HUMPHREY CARPENTER

J.R.R. TOLKIEN
Una biografía

Dedicado a la memoria de la «T.C., B.S.»

INDICE

Nota del autor

Este libro se basa en cartas, diarios y otros papeles del desaparecido profesor J.R.R. Tolkien, y en los recuerdos de sus familiares y amigos.

Tolkien no aprobaba del todo las biografías. 0, con mayor pro. piedad, no le gustaba que se las emplease como una forma de critica literaria. «Tengo la firme opinión —escribió una vez— de que investigar la biografía de un autor es una forma totalmente vana y falsa de aproximarse a sus obras.» No obstante, tenla sin duda conciencia de que la notable popularidad de sus narraciones tornaba muy probable que una vez muerto se escribiera su biografía, y hasta él mismo parece haber hecho algunos preparativos al respecto, ya que en los últimos anos de su vida agregó notas explicatorias y diversos comentarios a una cantidad de viejas cartas y papeles. Escribió también algunas paginas de recuerdos de infancia. Es posible entonces que este libro no sea por completo ajeno a sus deseos.

Al escribirlo, he tratado de contar la historia de la vida de Tolkien sin intentar ningún juicio crítico de sus obras de ficción. En parte, esto es por deferencia a sus puntos de vista; pero, de todos modos, entiendo que la primera biografía publicada de un escritor no es necesariamente el mejor lugar para hacer juicios literarios que reflejarían, en suma, tanto el carácter del crítico como el del autor estudiado. Sin embargo, he procurado delinear algunas influencias, literarias y de otros tipos, que pesaban sobre la imaginación de Tolkien, con la esperanza de que esto arroje alguna luz sobre sus libros.

H.C.

Oxford, 1976.

I Una visita

Una visita

Es la media mañana de un día de primavera en 1967. He conducido desde el centro de Oxford, a través del Magdalen Bridge, por London Road, colina arriba, hasta el respetable pero insulso suburbio de Headington. Cerca de una gran escuela privada para muchachas giré a la izquierda por Sandfield, una calle residencial de viviendas de ladrillo, de dos pisos, con cuidados jardines al frente.

El número setenta y seis está bastante lejos calle abajo. La casa está pintada de blanco y cubierta en parte por una alta cerca, un seto y algunos árboles. Estaciono el coche, abro el portal en arco, atravieso el breve sendero bordeado de rosales, y toco la campanilla de la puerta del frente.

Durante algunos instantes solo se oye el lejano rumor del tránsito en la calle principal. Dudo si volver a llamar o retirarme, cuando el profesor Tolkien abre la puerta.

Es algo más pequeño de lo que esperaba. En sus libros otorga mucha importancia a la gran estatura, de modo que sorprende un poco ver que la suya esté algo por debajo de la altura media; no mucho, pero lo bastante para que se note. Me presento y, como he pedido una cita por anticipado y me esperaba, una sonrisa reemplaza la mirada perpleja y algo defensiva con que me ha recibido. Su mano se extiende y aprieta la mía con firmeza.

Detrás de él puedo ver el vestíbulo de entrada, pequeño, pulcro, sin nada distinto a lo que se podría encontrar en la casa de cualquier pareja mayor de clase media. W.H. Auden, en un poco afortunado comentario recogido por los periódicos, ha llamado «horrible» a esa casa, pero eso es un disparate. No se trata más que de una sencilla y corriente casa de los suburbios.

La señora Tolkien aparece un instante para darme la bienvenida. Es más baja que su marido; una delicada anciana de cejas negras y cabello blanco recogido sobre la cabeza. Nos saludamos, y luego el profesor sale por la puerta del frente y me conduce a su «estudio» al costado de la casa.

Se trata, en realidad, del garaje, donde hace tiempo no hay un coche —él explica que no tiene uno desde el comienzo de la segunda guerra mundial. A partir de su retiro, lo ha transformado en una habitación destinada a alojar los libros que antes permanecían guardados en su apartamento de la universidad. Los estantes están atiborrados de diccionarios, tomos de etimología y filología, y ediciones de textos en muchas lenguas, sobre todo inglés antiguo y medio y noruego antiguo, aunque también hay una sección destinada a las traducciones de *El Señor de los Anillos* en polaco, neerlandés, danés, sueco y japonés; el mapa de su imaginaria «Tierra Media» está prendido con chinchetas al marco de la ventana. En el suelo hay una maleta muy antigua llena de cartas, y sobre el escritorio se ven plumas, portalapiceras, tinteros y dos máquinas de escribir. La habitación huele a libros y a humo de tabaco.

No es muy cómoda, y el profesor se excusa por recibirme allí, pero explica que carece de espacio en el estudio-dormitorio de la casa, que es donde en realidad escribe. Dice que de todos modos ése es un arreglo temporáneo, ya que pronto terminará, según espera, al menos la mayor parte de la obra prometida a sus editores, y entonces él y Mrs. Tolkien podrán trasladarse a una residencia más cómoda y adecuada, lejos de visitantes e intrusos. Después de esta última observación parece levemente confuso.

Paso por encima de la estufa eléctrica y me invita a sentarme en un sillón con respaldo en forma de rueda, mientras él saca su pipa del bolsillo de su chaqueta de *tweed* y se lanza a explicar que no puede concederme más que unos pocos minutos. El ruidoso tic tac de un brillante reloj despertador azul parece corroborarlo. Me comenta que debe esclarecer una aparente contradicción en un pasaje de *El Señor de los Anillos* que un lector le ha señalado en una carta; el asunto exige ser considerado cuanto antes, ya que la edición revisada de su obra está a punto de entrar en imprenta. Lo explica

todo con gran lujo de detalles, hablando de su libro como si se tratase de una crónica de acontecimientos reales en vez de una obra de ficción; en apariencia, no se ve como un autor que ha cometido una leve equivocación que deba ser corregida o resuelta, sino como un historiador obligado a arrojar luz sobre un punto oscuro en un documento.

Me desconcierta que pueda creer que conozco su obra tan bien como él. La he leído muchas veces, pero me habla de detalles que significan poco o nada para mí. Empiezo a temer que me haga alguna pregunta penetrante para revelar de ese modo mi ignorancia, y en efecto me hace una pregunta; pero por fortuna es retórica y no exige otra respuesta que un «Sí».

Temo el que pueda haber otras preguntas más difíciles, y más aún porque no logro oír todo lo que dice. Tiene una voz extraña, profunda pero sin resonancia; totalmente inglesa, aunque con una cualidad que no puedo definir, como si proviniera de otro tiempo o de otra civilización. Sin embargo, casi nunca habla con claridad. Las palabras surgen en vivas oleadas. Apremiado por el énfasis, comprime o elimina frases enteras. A menudo alza la mano hasta la boca, lo que no hace sino dificultar todavía más la comprensión. Habla con frases complejas, casi sin vacilar, y luego se produce una larga pausa seguramente en espera de mi respuesta. ¿A qué? Si ha habido una pregunta, no la he oído. De pronto continúa (sin terminar jamás la frase) y ahora llega a una enfática conclusión. Al mismo tiempo, sujeta la pipa entre los dientes, habla con las mandíbulas apretadas y enciende una cerilla en el preciso momento en que llega al punto final.

Me esfuerzo otra vez por pensar en una observación aguda, y él continúa antes de que pueda encontrarla. Siguiendo algún leve hilo conector, empieza a hablar de un comentario aparecido en un periódico que lo ha indignado. Siento entonces que puedo contribuir en alguna pequeña medida, y digo algo con la esperanza de que parezca inteligente. Escucha con educado interés y me da una larga respuesta, haciendo excelente uso de mi observación (en realidad muy trivial), como queriéndome demostrar que he dicho algo valioso. Luego se lanza a un tema tangencial, y una vez más me encuentro fuera de mi terreno, sin poder contribuir con otra cosa que un monosílabo de aprobación aquí y allá, aunque se me ocurre que quizá soy valorado tanto por escuchar como por participar en la Conversación.

Mientras habla, se mueve sin cesar, recorriendo la pequeña habitación oscura con una energía que sugiere inquietud. Sacude su pipa en el aire, la golpea sobre un cenicero, la llena, enciende una cerilla, y rara vez aspira más que unas pocas bocanadas. Tiene manos pequeñas, pulcras, surcadas de arrugas, con un anillo de boda corriente en el anular izquierdo. Sus ropas, aunque algo ajadas, le caen bien, y a sus setenta y seis años apenas si muestra signos de gordura bajo los botones de su chaleco de color. No puedo apartar mucho tiempo mi atención de sus ojos, que vagan por la habitación u observan fijamente a través de la ventana, pero de vez en cuando me lanzan una mirada como una saeta o se clavan con firmeza en mí cuando se establece algún punto esencial. Están rodeados de pliegues que cambian con cada nueva expresión, y la acentúan.

El torrente de palabras se agota por un instante, y la pipa vuelve a ser encendida. Veo la oportunidad y expongo mi asunto, que ahora parece carente de importancia. Sin embargo, él se entusiasma de inmediato y me escucha con atención. Cuando esta parte de la conversación concluye, me pongo de pie para marcharme; pero por el momento mi partida no es, según parece, esperada ni deseada, puesto que comienza a hablar de nuevo, Una vez más se refiere a su propia mitología. Aferra su pipa y habla con ella entre los dientes; su mirada parece fija en algún objeto lejano, y es como si hubiese olvidado que estoy allí. Se me ocurre que en todo lo externo se asemeja al arquetipo del profesor de Oxford, e incluso, por momentos, a la *caricatura* teatral de ese profesor. Pero eso es exactamente lo que no es. Ocurre como si un espíritu extraño se hubiese disfrazado de profesor de mediana edad. El cuerpo puede recorrer esta pequeña y modesta habitación suburbana; pero la mente está muy lejos, vagando por las llanuras y las montañas de la Tierra Media.

Y luego todo se acaba; soy conducido fuera del garaje hasta el portal del jardín, el más pequeño, el que está frente a la puerta de entrada; explica que debe cerrar con candado las puertas del garaje, para evitar que los aficionados al fútbol estacionen sus coches en el camino de entrada cuando

asisten al estadio local a ver un partido. Para mi sorpresa, me pide que vuelva a verlo. No por el momento, ya que ni él ni la señora Tolkien se han encontrado bien últimamente y piensan ir de vacaciones a Bournemouth, aparte de que su trabajo está atrasado en muchos años y las cartas no contestadas se amontonan. Pero alguna vez, pronto. Me da un apretón de manos y regresa, con cierto aire de abandono, a la casa.

II.- ***1892-1916: Los primeros años***

1 Bloemfontein

Un día de marzo de 1891 el vapor Roslin Castle partía de Inglaterra rumbo a El Cabo. En la cubierta de popa, saludando a su familia, ala que por largo tiempo no volverla a ver, habla una muchacha bonita y delgada de veintiún años. Mabel Suffield se marchaba a Sudáfrica para casarse con Arthur Tolkien.

Era, en todos los aspectos, un momento divisorio en su vida. Atrás quedaban Birmingham, los días de niebla, los tés en su casa. Tenla frente a ella un país desconocido, el sol incesante y el matrimonio con un hombre que le llevaba trece años.

Aunque Mabel era muy joven, el noviazgo había sido largo; Arthur Tolkien le habla propuesto matrimonio y ella había aceptado tres años antes, inmediatamente después de cumplir los dieciocho. Pero el padre de Mabel, a causa de la juventud de su hija, no había permitido un compromiso formal durante dos años, de modo que Arthur y ella solo pudieron intercambiar correspondencia en secreto y encontrarse en reuniones bajo la mirada de La familia. Mabel confiaba sus cartas a su hermana menor, Jane, quien las entregaba a Arthur en el andén de la New Street Station de Birmingham, mientras esperaba el tren que la conducía de La escuela al suburbio donde vivían los Suffield. Las reuniones eran por lo general musicales, y Arthur y Mabel solo podían mirarse discretamente y apenas rozarse, mientras las hermanas de él tocaban el piano.

Era, por supuesto, un piano Tolkien, uno de los modelos verticales fabricados por la firma del mismo nombre que habla hecho La fortuna que en otros tiempos poseyera la familia. En la tapa habla una inscripción: «Pianoforte Irresistible: Manufacturado Especialmente para Climas Extremos» pero ahora la firma estaba en otras manos, y el padre de Arthur, en bancarrota y sin un negocio familiar que proveyera de empleo a sus hijos. Arthur había intentado abrirse paso en Lloyds Bank, pero no se ascendía con rapidez en las oficinas de Birmingham, y él sabía que debería poner la vista en otro lado para mantener a una esposa y una familia. Pensó en Sudáfrica, donde el descubrimiento de oro y diamantes hacía de la banca un negocio en expansión con buenas perspectivas de trabajo. Menos de un año después de proponer matrimonio a Mabel obtuvo un puesto en el Bank of África, y se embarcó hacia El Cabo.

Muy pronto la iniciativa de Arthur se vio justificada. El primer año tuvo que emprender largos viajes, enviado en misiones temporáneas a muchas de las ciudades principales entre El Cabo y Johannesburgo. Se desempeñó bien, y a fines de 1890 fue designado gerente de la importante sucursal de Bloemfontein, capital del Estado Libre de Orange. Se le proporcionó una casa, los ingresos eran adecuados, y el matrimonio, finalmente posible. Mabel celebró su vigésimo primer aniversario a fines de enero de 1891, y pocas semanas más tarde estaba a bordo del Roslin Castle, navegando hacia Sudáfrica y hacia Arthur, con su compromiso bendecido ahora por la aprobación paterna.

Tal vez «tolerancia» fuera una palabra más precisa, porque Jhon Suffield era un hombre orgulloso, ante todo en lo que se refería a sus antepasados, quienes en muchos sentidos eran lo único de que podía enorgullecerse. Había sido dueño de una próspera tienda de paños en Birmingham, pero ahora estaba en bancarrota, como el padre de Arthur Tolkien. Se ganaba la vida como viajante de comercio del desinfectante Jeyes, pero la mala fortuna no había hecho más que fortalecer su orgullo por la vieja y respetable familia de Midland de la que descendía. ¿Qué eran, en comparación, los Tolkien? Meros inmigrantes alemanes, ingleses apenas desde hacía unas pocas generaciones, en verdad un linaje poco adecuado para el marido de su hija.

Si estas reflexiones ocuparon la mente de Mabel durante su viaje de tres semanas, estaban lejos de ella el día en que el barco amarró en Ciudad de El Cabo, a principios de abril, y en que vio por Fin una bella figura en traje blanco, de abundante bigote, que apenas demostraba sus treinta y cuatro años, mientras examinaba con ansiedad la multitud esperando ver a su querida «Mab». Arthur Reuel Tolkien y Mabel Suffield se casaron en la catedral de Ciudad de El Cabo el 16 de abril de 1891, y pasaron la luna de miel en un hotel en el cercano Sea Point. Y después de un viaje de más de mil

kilómetros hasta la capital del Estado Libre de Orange, llegaron a la casa que había de ser el primer y único hogar de Mabel con Arthur.

Bloemfontein había iniciado su existencia cuarenta y cinco años antes como una simple aldea. No era grande en 1891. En efecto, no habrá sido un espectáculo imponente para Mabel cuando, con Arthur, descendió del tren en la estación construida hacía poco tiempo. En el centro se encontraba la plaza del mercado, adonde acudían las grandes carretas, tiradas por bueyes, de los granjeros de lengua holandesa, para descargar y vender la lana que constituía la columna vertebral de la economía del Estado. Alrededor de la plaza se agrupaban firmes signos de civilización: la Casa del Parlamento, con sus columnas; la iglesia reformada holandesa, de dos torres; el hospital, la catedral anglicana, la biblioteca pública y la Presidencia. Había un club para residentes europeos (alemanes, holandeses e ingleses), y otro de tenis, una corte de justicia y numerosas tiendas. Pero los árboles plantados por los primeros pobladores eran todavía escasos, y el parque de la ciudad, como observó Mabel, sólo consistía en un poco de agua y diez sauces. Cien metros más allá de las casas comenzaba el veldt abierto, donde los lobos, los perros salvajes y los chacales amenazaban al ganado y donde, al anochecer, un jinete rezagado podía ser atacado por un león. El viento soplaba desde esas praderas sin árboles hacia Bloemfontein, levantando polvaredas en las anchas calles de tierra. Mabel, en una carta a su familia, describía así el lugar: «¡Aullante desierto! ¡Espantosa desolación!».

Sin embargo, por Arthur, aprendería a amarlo; y mientras tanto, la vida que llevaba no carecía de comodidades. El edificio del Bank of África, en Maitland Street, cerca del mercado, incluía una residencia sólidamente construida, con un gran jardín. La casa tenía servidumbre, en su mayor parte negra o mestiza, aunque también algunos inmigrantes blancos; y había bastante compañía para escoger entre los numerosos residentes de habla inglesa, quienes organizaban series regulares y predecibles de cenas y bailes. Mabel tenía mucho tiempo libre, porque Arthur, cuando no estaba ocupado en el banco, asistía a clases de holandés, el idioma en el cual se escribían todos los documentos oficiales y legales, o atendía a sus útiles relaciones en el club. No podía tomar la vida con ligereza, porque si bien sólo había otro banco en Bloemfontein, se trataba del banco National, del Estado Libre de Orange, en tanto que el Bank of África, al que pertenecía Arthur, era extranjero, uitlander, y sólo tolerado merced a un decreto parlamentario especial. Para empeorar las cosas, el antiguo gerente del Bank of África había pasado al National, de modo que Arthur debía esforzarse tratando de evitar que las cuentas importantes lo siguieran. En la localidad había muchos proyectos que podían ser ventajosos para su banco, relacionados con los diamantes de Kimberley, al oeste, o el oro de Witwatersrand, al norte; de modo que fue esa una etapa crucial en su carrera y Mabel podía ver que él se sentía feliz. La salud de Arthur no siempre había sido buena desde su llegada a Sudáfrica, pero el clima parecía adaptarse a su temperamento, e incluso le agradaba, como observó Mabel con cierta aprensión, puesto que a ella le ocurrió todo lo contrario a los pocos meses. El verano abrumadoramente cálido, y el invierno frío, seco y polvoriento le irritaban los nervios mucho más de lo que dejaba traslucir ante Arthur, y las «vacaciones en casa» parecían muy lejanas, dado que no podrían visitar Inglaterra mientras no hubieran pasado otros tres años en Bloemfontein.

Sin embargo, adoraba a Arthur, y era feliz cuando conseguía arrancarlo de su escritorio y salir con él de paseo, jugar juntos al tenis o al golf, o dedicarse a leer libros, como solían, uno al otro y en voz alta. Pronto hubo otra cosa que ocupó su mente: estaba embarazada.

El 4 de enero de 1892 Arthur Tolkien escribió a su hogar en Birmingham:

> Querida madre:
>
> Esta semana tengo buenas noticias para ti. Mabel me ha dado un hijo precioso anoche (3 de enero). Se ha anticipado un poco, pero el niño es fuerte y sano, y Mabel ha salido muy bien del trance. El niño es (naturalmente) encantador. Tiene hermosas orejas y manos de dedos muy largos, el cabello rubio claro, ojos «Tolkien» y una boca decididamente «Suffield». El efecto general se parece a una versión mejorada de su tía Mabel Mitton. Cuando llamamos ayer al doctor Stollreither dijo que era una falsa alarma y que la enfermera debería irse a su

> casa al menos por quince días, pero se equivocó y volví a llamarlo cerca de las ocho, se quedó hasta las 12.40 y bebimos un whisky a la salud del niño. Su primer nombre será Jhon, como su abuelo, y es probable que el nombre completo sea Jhon Ronald Reuel. Mab quiere que se llame Ronald, y yo deseo conservar Jhon y Reuel...

«Reuel» era el segundo nombre de Arthur, pero no había precedentes familiares para «Ronald». Éste era el nombre con que Arthur y Mabel terminarían por llamar a su hijo, el nombre que emplearían sus parientes y posteriormente su esposa. Sin embargo, él comentaba a veces que no le parecía su verdadero nombre; y en efecto, la gente parecía titubear cuando debía elegir la forma de dirigirse a él. Unos pocos amigos íntimos de la universidad lo llamaban «Jhon Ronald», lo cual sonaba bien y hasta grandilocuente. Ya adulto, sus amigos lo llamaban (como era habitual en la época) por su apellido, o «Tollers», un cordial sobrenombre típico de la época. Para los menos íntimos, en especial en sus últimos años, era generalmente «J.R.R.T.». Quizá fueran estas cuatro iniciales las que parecían representar mejor al hombre.

Jhon Ronald Reuel Tolkien fue bautizado en la catedral de Bloemfontein el **31** de enero de 1892, y pocos meses más tarde se le tomó una fotografía en el jardín de Bank House, en brazos de la niñera encargada de cuidarlo. Su madre, junto a él, era evidente que gozaba de muy buena salud, en tanto que Arthur, siempre bien vestido, parecía a todas luces satisfecho con su traje tropical blanco y su sombrero de paja. Más atrás estaban los dos criados negros, una doncella y un joven mucamo llamado Isaak, ambos alegres y algo sorprendidos por haber sido incluidos en la fotografía. Mabel encontraba objetable la actitud de los boers hacia los nativos, y en Bank House imperaba la tolerancia, en particular con la extraordinaria conducta de Isaak, quien un día robó al pequeño Jhon Ronald Reuel y lo llevó a su kraal para mostrar con orgullo la novedad de un niñito blanco. Esto asustó a todo el mundo y provocó un gran revuelo, pero Isaak no fue despedido y, en muestra de agradecimiento hacia su patrón, llamó a su propio hijo «Isaak Mister Tolkien Victor», el último nombre en honor de la reina Victoria.

Otros hechos perturbaban la vida de los Tolkien. Un día, el mono de un vecino trepó sobre la pared y mordisqueo tres delantales del pequeño. Las serpientes acechaban en el cobertizo de madera, y era necesario evitarlas. Muchos meses más tarde, cuando comenzaba a caminar, Ronald pisó una tarántula. El animal lo picó, y el pequeño comenzó a correr aterrorizado por el jardín, hasta que la niñera lo alzó y le extrajo el veneno chupando la picadura. Al crecer, recordaría un día de calor en que había corrido lleno de horror entre la alta hierba seca; pero el recuerdo de la tarántula se desvaneció y dijo que el incidente no había provocado en él ninguna antipatía especial por las arañas. Sin embargo, en sus narraciones aparecen más de una vez monstruosas arañas venenosas.

En general, la vida en Bank House seguía un orden regular. A la mañana temprano y al atardecer llevaban al niño al jardín, donde podía ver a su padre atendiendo las vides o plantando árboles nuevos. Durante el primer año de la vida de su hijo, Arthur Tolkien plantó un bosquecillo de cipreses, pinos y cedros. Tal vez esto haya tenido cierta relación con el profundo amor a los árboles que había de desarrollarse en Ronald.

Desde las nueve y media hasta las cuatro y media el niño debía permanecer dentro de la casa, alejado del ardor del sol. Incluso en ella el calor era a veces intenso, y entonces vestían a Ronald de blanco. «Parece un hada cuando está muy vestido con ropitas y escarpines blancos —escribía Mabel a la madre de su marido—. Y se parece todavía más a un elfo cuando está muy desvestido.»

Ahora Mabel estaba más acompañada. Poco después del primer cumpleaños del bebé, su hermana y su cuñado, May y Walter Incledon, llegaron de Inglaterra. Walter, un comerciante de Birmingham, de poco más de treinta años, tenía intereses en las minas de oro y diamantes de Sudáfrica; dejó a May y a su hijita Marjorie en Bank House y viajó a las zonas mineras. May Incledon había llegado a tiempo para mantener animada a su hermana durante otro amargo, frío y triste verano en Bloemfontein, un verano aún más difícil de soportar al tener que ausentarse Arthur durante algunas semanas por motivos de negocios. El frío era intenso, y las dos hermanas no se apartaban de la estufa del comedor, mientras hablaban de los días de Birmingham y Mabel tejía ropas para el niño.

Mabel no ocultaba su irritación por la vida de Bloemfontein, el clima, las infinitas obligaciones sociales y las tediosas cenas. Ahora estaba más próxima la perspectiva de unas vacaciones en Inglaterra, tal vez un año más tarde, aunque Arthur siempre sugería razones para postergar el viaje. «No dejaré que lo demore mucho más —escribía Mabel—. Le gusta demasiado este clima, para mi agrado. Quisiera que también me gustara a mí, porque estoy segura de que él nunca volverá a establecerse en Inglaterra.»

Finalmente hubo que postergar el viaje. Mabel se encontró otra vez embarazada y el 17 de febrero de 1894 dio a luz a otro hijo. Fue bautizado Hilary Arthur Reuel.

Hilary fue un niño sano que creció bien en el clima de Bloemfontein, cosa que no ocurría en igual medida con su hermano mayor. Ronald era fuerte y hermoso, de pelo rubio y ojos azules:

«un verdadero muchachito sajón», como decía su padre. Hablaba con verbosidad, y entretenía a los empleados del banco durante su visita cotidiana al despacho de su padre, en la planta baja. Pedía lápiz y papel y garrapateaba toscos dibujos. Pero la dentición lo puso febril e inquieto, de modo que fue necesario llamar diariamente al médico y Mabel pronto desmejoró. El clima estaba en su peor momento: una intensa sequía perturbó los negocios y los temperamentos, y el veldt fue devastado por una plaga de langostas que destruyó una cosecha magnífica. A pesar de todo esto, Arthur escribió a su padre las palabras que Mabel temía: «Pienso que me irá bien en este país, y no creo que pudiera adaptarme otra vez a la vida en Inglaterra».

Se quedaran o no, era obvio que el calor perjudicaba mucho la salud de Ronald. Necesitaba un clima más fresco.

Fue por esto que en noviembre de 1894 Mabel recorrió con sus dos hijos los muchos cientos de kilómetros hasta la costa, cerca de Ciudad de El Cabo. Ronald tenía entonces casi tres años, lo suficiente para conservar un leve recuerdo del largo viaje en tren y de sí mismo corriendo desde el mar hasta una casilla de baño en una ancha y lisa playa de arena. Después de estas vacaciones, Mabel y los niños regresaron a Bloemfontein, y se iniciaron los preparativos para la visita a Inglaterra. Arthur había reservado un pasaje para la niñera que los acompañaría. Él también hubiese querido ir, pero no podía apartarse de sus tareas; había ciertos proyectos ferroviarios que interesaban al banco y, como escribió a su padre, «en tiempos de competencia como los que corren, uno no quiere dejar en manos ajenas los negocios propios». Además, durante el tiempo que estuviera fuera sólo recibiría media paga, lo cual, sumado a los gastos del viaje, constituía un problema difícil de resolver. Decidió entonces permanecer por el momento en Bloemfontein, y reunirse con su esposa y sus hijos en Inglaterra algo más tarde. Ronald vio a su padre escribir A.R. Tolkien en la tapa de un baúl. Éste fue el único recuerdo preciso que de él conservó.

El S.S. Guelph zarpó de Sudáfrica, con Mabel y los niños, a comienzos de abril de 1895. En la mente de Ronald sólo quedarían algunas pocas palabras de afrikaans y la leve memoria de un paisaje árido, seco y polvoriento; Hilary era demasiado pequeño para recordar siquiera eso. Tres semanas más tarde, la hermana menor de Mabel, Jane, ahora una mujer, los recibió en Southampton; al cabo de pocas horas todos estaban en Birmingham, apretados en la minúscula casa familiar de King's Heath. La madre de Mabel se mostraba tierna y comprensiva, y el padre, jovial como siempre, hacía chistes y terribles juegos de palabras. Se quedaron; la primavera y el verano determinaron una acentuada mejoría de la salud de Ronald, pero aunque Arthur escribió que extrañaba mucho a su esposa e hijos y que anhelaba reunirse con ellos, siempre había algo que lo retenía.

En noviembre llegó la noticia de que había contraído fiebre reumática. Se encontraba mejor, pero no podía afrontar el invierno inglés, y era necesario que estuviera totalmente repuesto antes de emprender el viaje. Mabel pasó unas navidades llenas de desesperada ansiedad, aunque Ronald se divirtió, fascinado por el espectáculo de su primer árbol de Navidad, muy distinto del eucalipto casi seco que habían tenido en Bank House en el diciembre anterior.

Cuando llegó enero, se supo que Arthur aún no estaba recuperado y Mabel decidió entonces regresar a Bloemfontein para cuidar de él. Se hicieron los arreglos del caso, y un excitado Ronald dictó una carta dirigida a su padre que fue escrita por la niñera:

9 Ashfleld Road, King's Heath, 14 de febrero de 1896.

Querido papá:

Estoy muy contento de volver a verte hace tanto tiempo que te dejamos espero que el barco nos lleve a todos a tu lado mamá Baby y yo. Sé que te gustará recibir una carta de tu pequeño Ronald hace tanto que no te escribo ahora soy un hombre grande porque tengo una chaqueta y un chaleco de hombre mamá dice que no nos conocerás a Baby ni a mí estamos muy grandes y tenemos un montón de regalos de Navidad para mostrarte tía Gracie ha venido a vernos salgo a pasear todos los días y ando un poco a caballo en mi buzón del correo. Hilary te envía amor y besos y también tu

Ronald

Esta carta nunca fue enviada, porque llegó un telegrama anunciando que Arthur había tenido una severa hemorragia y que Mabel debía esperar lo peor. Al día siguiente, 15 de febrero de 1896, Arthur murió. Cuando su viuda recibió un informe completo acerca de las últimas horas de su esposo, el cuerpo de éste ya había sido enterrado en el cementerio anglicano de Bloemfontein, a nueve mil kilómetros de Birmingham.

2 Birmingham

Pasada la impresión del primer momento, Mabel Tolkien comprendió que debía tomar decisiones. No podía quedarse para siempre, con sus dos hijos, en la pequeña casa suburbana de sus padres, pero carecía de recursos para establecerse por su cuenta. A pesar de haber trabajado duro y de haber ahorrado concienzudamente, Arthur apenas había reunido un modesto capital, en gran parte invertido en las minas de Bonanza; aunque los dividendos eran altos, Mabel recibiría una renta no mayor de treinta chelines semanales, lo cual apenas le alcanzaba para mantenerse ella y los niños. También estaba el problema de la educación de sus hijos. Durante algunos años podría ocuparse de ella personalmente: sabía latín, francés y alemán, y podía dibujar, pintar y tocar el piano. Más tarde, cuando Ronald y Hilary tuvieran la edad suficiente, deberían aprobar el examen de ingreso en la misma escuela donde había estudiado Arthur, la King Edward's School de Birmingham, la mejor de la ciudad. Mientras tanto, tenía que encontrar un alojamiento barato en alquiler. Había muchas viviendas en Birmingham, pero los niños necesitaban vida al aire libre y un hogar que los hiciera felices a pesar de su pobreza. Comenzó a buscar en los anuncios.

Ronald, ahora de cinco años, se había adaptado con lentitud a la vida con sus abuelos. Casi había olvidado a su padre, a quien pronto había de considerar parte de un pasado casi legendario. El cambio de Bloemfontein a Birmingham lo había desconcertado, y a veces esperaba ver la galería de Bank House emergiendo de la casa de sus abuelos en Ashfield Road; pero a medida que pasaban las semanas y los recuerdos de Sudáfrica se desvanecían, tenía más conciencia de los adultos que lo rodeaban. Su tío Willie y su tía Jane vivían también allí; había además un pensionista, un empleado de seguros de cabellos color zanahoria que acostumbraba sentarse en la escalera y cantar Polly-Wolly-Doodle, acompañándose con su banjo, y mirando con peculiar interés a jane. La familia lo consideraba ordinario, y se horrorizaron cuando se comprometió con ella. Ronald anhelaba secretamente un banjo.

Al atardecer, su abuelo regresaba de recorrer las calles de Birmingham y de adular a los tenderos y los gerentes de fábricas para conseguir pedidos del Fluido Jeyes. Jhon Suffield llevaba la barba larga y parecía muy viejo. Tenía sesenta y tres años, y juraba que viviría hasta los cien. Hombre de excelente humor, no parecía afectarlo el tener que ganarse la vida como viajante de comercio, aun que en un tiempo había sido el dueño de una tienda de paños en e] centro de la ciudad. A veces tomaba una hoja de papel y una pluma de punta muy fina, dibujaba luego un círculo alrededor de una moneda de seis peniques, y en ese pequeño espacio era capaz de escribir el padrenuestro completo. Sus antepasados habían sido graba. dores y plateros, y tal vez había heredado de ellos esa habilidad; comentaba con orgullo que el rey Guillermo IV había otorgado a la familia un escudo de armas por los hermosos trabajos realizados, y también que lora Suffield era un pariente lejano (lo que no era verdad).

Ronald empezó así a conocer las maneras de la familia Suffield. Llegó a sentirse más cerca de ella que de la de su padre muerto. El abuelo Tolkien vivía muy cerca en la misma calle, y a veces llevaban a Ronald a verlo; pero Jhon Benjamin Tolkien tenía ochenta y nueve años y había sufrido una terrible conmoción por la muerte de su hijo. Falleció seis meses más tarde; así se cortó otro de los lazos de Ronald con la familia Tolkien.

Estaba, sin embargo, la hermana menor de su padre, la tía Grace, quien le narraba historias de sus antepasados Tolkien; pare. cían improbables, pero, según ella, se basaban en hechos reales. Sostenía que el nombre original de la familia era Von Hohenzollern, por provenir del distrito de Hohenzollern en el Sacro Imperio Romano. Cierto George Von Hohenzollern había luchado junto a] archiduque Fernando de Austria durante el sitio de Viena, en 1529. Condujo una invasión contra los turcos, y se apoderó del estandarte del sultán. Por esta razón (decía tía Grace) había recibido el apodo de Tollkühn (temerario), el cual persistió. Debido a algunas uniones matrimoniales, la familia tenía relaciones con la nobleza de Francia, y adquirió en este país la versión francesa del apodo, du

Téméraire. Los miembros de la familia Tolkien tenían opiniones diferentes acerca de cuándo y por qué habían llegado sus ancestros a Inglaterra. La versión más prosaica aseguraba que había sido en 1756, escapando de la invasión prusiana a Sajonia, donde tenían tierras. Tía Grace prefería la historia más romántica (aunque poco creíble) de un du Téméraire que había huido a través del Canal en 1794 para eludir la guillotina, asumiendo luego una variante del nombre original, «Tolkien». Era un consumado clavecinista y relojero. Por cierto que esta historia —una típica versión que las familias de clase media suelen dar de sus orígenes— otorgaba color a la presencia de personas con el apellido Tolkien en el Londres de principios del siglo diecinueve, quienes, en efecto, eran fabricantes de relojes y pianos. Y fue en su calidad de constructor de pianos y vendedor de partituras que Jhon Benjamin Tolkien, el padre de Arthur, había establecido un comercio en Birmingham algunos años más tarde.

A los Tolkien les agradaba rodear sus orígenes de historias románticas, pero fuera cual fuese la verdad de las mismas, la familia era, durante la infancia de Ronald, totalmente inglesa por su aspecto y carácter, e imposible de distinguir de los miles de familias de comerciantes de clase media que residían en los suburbios de Birmingham. De todos modos, a Ronald le interesaba más la familia de su madre. Pronto desarrolló un gran afecto por los Suffield y lo que representaban. Descubrió que, si bien la mayor parte de ellos residía en Birmingham, procedían de la tranquila ciudad de Evesham, en Worcestershire, donde los Suffield habían vivido durante muchas generaciones. Por ser, en cierto sentido, un niño sin hogar —su viaje desde Sudáfrica y el vagabundeo que ahora iniciaba producían en él una sensación de desarraigo—, se aferró a la idea de que Evesham en particular, y toda la zona de West Midland en general, eran su verdadero hogar. Escribió en cierta oportunidad: «Aunque Tolkien de nombre, soy Suffield por mis gustos, aptitudes y educación». Y de Worcestershire dijo: «Todos los rincones de este condado (hermosos o sórdidos) son para mí, de alguna manera indefinible, “mi casa’, más que cualquier otra parte del mundo».

En el verano de 1896, Mabel Tolkien encontró un alojamiento bastante barato para que ella y sus hijos pudieran vivir de manera independiente; y así se trasladaron desde Birmingham hasta la aldea de Sarehole, a unos dos kilómetros al sur de la ciudad. En Ronald, el efecto de este desplazamiento fue profundo y permanente. Se encontró en el campo de Inglaterra en el momento en que su imaginación despertaba.

La vivienda donde se instalaron estaba en el número 5 de Gracewell: era una pequeña casa de ladrillo, aislada, al final de la calle. Mabel la había alquilado a un propietario del lugar. Fuera del portal, el camino ascendía por una colina hacia Mosebey y de allí hacia Birmingham. En la otra dirección llevaba a Stratford-upon-Avon. Pero el tránsito se limitaba a ocasionales carros de granjeros o comerciantes, y era fácil olvidar que la ciudad estaba tan cerca.

Cruzando el camino había un prado que terminaba en el río Cole, apenas un arroyo ancho, sobre el cual estaba el molino de Sarehole, un viejo edificio de ladrillo con una alta chimenea. Durante tres siglos se había cultivado allí cereal, pero ahora los tiempos eran otros. Se había instalado una máquina de vapor para mover el molino cuando bajaba el cauce del río, y la principal tarea del molinero consistía en moler huesos para fabricar abono. El agua continuaba precipitándose por la compuerta y corriendo por debajo de la gran rueda, y el interior del edificio estaba cubierto de un fino polvo blanco. Hilary Tolkien sólo tenía dos años y medio, pero pronto empezó a acompañar a su hermano mayor en sus expediciones por el prado hasta el molino; a través de la cerca miraban cómo giraba la rueda en su oscura caverna, y luego corrían hasta el patio, donde las bolsas eran cargadas en carros. A veces se aventuraban más allá del portal y accedían a un camino donde podían ver grandes ejes, poleas y correas de cuero, y hombres trabajando. Los molineros eran padre e hijo. El primero de ellos tenía barba negra, pero el que asustaba a los niños era el hijo, con un rostro anguloso y las ropas cubiertas de polvo blanco. Ronald lo llamaba «Ogro Blanco». Cuando les gritaba que se marcharan, huían del patio y corrían hasta un lugar, detrás del molino, donde había un silencioso estanque con cisnes. El estanque terminaba en una compuerta por donde las

aguas oscuras eran bruscamente lanzadas hacia la gran rueda situada más abajo: era un sitio a la vez peligroso y excitante.

No lejos del molino de Sarehole, subiendo en parte la colina en dirección a Moseley, se encontraba otro de los lugares favoritos de los muchachos: un profundo arenal rodeado de árboles. En realidad, era posible hacer exploraciones en muchos puntos, aunque había peligros. Un viejo granjero que una vez persiguió a Ronald por recoger setas mereció el apodo de «Ogro Negro». Estos deliciosos terrores eran la esencia de aquellos días de Sarehole, recordados de este modo (casi ochenta años más tarde) por Hilary Tolkien:

«Pasábamos encantadores veranos sin otra ocupación que arrancar flores y meternos en campo ajeno. El Ogro Negro solía apoderarse de nuestros zapatos y calcetines cuando los dejábamos en la orilla y nos íbamos a jugar al agua; se marchaba corriendo con ellos, obligándonos a que se los pidiéramos. ¡Y entonces los arrojaba lejos! El Ogro Blanco no era tan malo. Pero para llegar a un sitio donde íbamos a recoger moras (llamado el Dell), debíamos pasar por las tierras del Blanco, y a éste no le gustaba mucho porque el sendero era estrecho y nos salíamos de él en busca de mariposas y otras cosas interesantes. Mi madre nos llevaba la merienda a ese hermoso lugar; cuando llegaba ponía una voz profunda ¡y ambos salíamos corriendo!»

No había muchas casas en Sarehole aparte de las de la calle donde vivían los Tolkien, pero el pueblo de Hall! Green estaba a corta distancia siguiendo un sendero y cruzando un vado. A veces, Hilary y Ronald compraban dulces a una mujer vieja y desdentada que tenía allí un puesto. Poco a poco comenzaron a relacionarse con los niños del lugar. No era fácil, puesto que el acento de clase media de los dos hermanos, sus largos cabellos y sus batas, eran tema de burla, y ellos, por su parte, hallaban extraño el dialecto de Warwickshire y las rudas maneras de los chicos campesinos. Pero empezaron a adquirir el vocabulario local, adoptando algunas de sus palabras: «chawl», un trozo de carne de cerdo; «miskin», pala para recoger el polvo; «pikelet», panqueque; «Gamgee», algodón. Esta última debía su origen al doctor Gamgee, un vecino de Birmingham que había inventado la «tela Gamgee», una especie de gasa de algodón usada en cirugía. En el distrito, su nombre se había convertido en un término doméstico.

Pronto Mabel empezó a instruir a sus hijos; no hubiesen podido tener mejor maestra, ni ella un alumno más capaz que Ronald, que a los cuatro años ya sabía leer y pronto aprendió a escribir a la perfección. La escritura de su madre era deliciosamente poco convencional. Había recibido de su padre la habilidad caligráfica, y elegido un estilo derecho y elaborado, con bucles ornamentando las mayúsculas. Desde temprano Ronald desarrolló una caligrafía distinta a la de su madre, aunque tan personal y elegante como la de ella. Pero las lecciones que prefería eran las de lenguas. Muy pronto, en esos días de Sarehole, Mabel le enseñó los rudimentos del latín, y esto encantó a su hijo. Le interesaban tanto los sonidos y formas de las palabras como sus significados, y ella comprendió que tenía aptitudes especiales para el estudio del lenguaje. Empezó entonces a enseñarle francés. Le entusiasmó mucho menos, sólo porque el sonido no le agradaba tanto como el del inglés y el latín. También intentó, sin éxito, que se interesase por el piano. Parecía, en realidad, que las palabras ocupaban para él el lugar de la música: le fascinaba escucharlas, leerlas, recitarlas, casi sin importar lo que significaran.

También podía dibujar, en especial si se trataba de un árbol o de un paisaje. Su madre le enseñó bastante botánica, de la que llegó a adquirir muchos conocimientos en poco tiempo. Pero le interesaban más los sentimientos que be inspiraban las plantas que los aspectos botánicos. Esto era particularmente notorio en el caso de los árboles. Aunque le gustaba dibujarlos, lo que prefería sobre todo era estar con ellos. Trepar, apoyarse, hablar con ellos. Le entristecía ver que no todo el mundo compartía este modo de sentir. Al respecto hubo un incidente que quedó grabado en su memoria: «Había un sauce suspendido sobre el estanque del molino, y aprendí a trepar por él. Creo que era de un carnicero de la cable Stratford. Un día lo cortaron. No hicieron nada con él. El tronco quedó allí, caído. Nunca lo olvidé».

Aparte de las horas de clase, su madre le daba muchos libros de cuentos. Se divirtió con Alicia en el país de las maravillas, aunque no deseaba tener ese tipo de aventuras. No be gustó La Isla del Tesoro, ni los cuentos de Andersen, ni El Flautista de Hamelin. Le agradaban las historias de pieles rojas, y anhelaba tirar con arco y flechas. Le agradaron aún más los libros de «Curdie» de George Macdonald, situados en un remoto reino donde, bajo las montañas, acechaban deformes y malévolos duendes. También le excitaban las leyendas del rey Arturo. Pero en nada encontró mayor deleite que en los cuentos de hadas de Andrew Lang, y en especial, en el Red Fairy Book, porque, oculto entre sus apretadas páginas, estaba el mejor cuento que había leído. Era el de Sigurd cuando mata al dragón Fafnir: una poderosa y extraña narración situada en el inefable Norte. A Ronald le fascinaba leerlo. «Deseaba a los dragones con profundo deseo —escribió mucho después—. Por supuesto, con mi tímido cuerpo, no los deseo en las cercanías. Pero el mundo que encerraba la imaginación de Fafnir era más rico y más hermoso, cualquiera que fuese el coste del riesgo.»
Y no se contentó sólo con leer sobre los dragones. Cuando tenía alrededor de siete años comenzó a escribir su primera narración sobre el tema. «No recuerdo nada de ella, a excepción de un hecho filológico. Mi madre no hizo comentario acerca del dragón, pero señaló que no se podía decir "un verde dragón grande" sino "un gran dragón verde". Me pregunté por qué, y todavía me lo pregunto. El hecho de que recuerde esto tal vez sea significativo, pues no creo que haya intentado volver a escribir un cuento por mucho tiempo y me concentré luego en el estudio del lenguaje.»

Las estaciones pasaban en Sarehole. Se celebró el jubileo de Diamante de la reina Victoria, y la escuela de Moseley, en lo alto de la colina, fue iluminada con luces de colores. De alguna manera Mabel lograba vestir y alimentar a sus hijos con su escasa renta, acrecentada en parte con la ayuda ocasional de los Tolkien o los Suffield. Hilary se parecía cada vez más a su padre, mientras se definía en Ronald la cara larga y delgada de los Suffield. De vez en cuando un sueño extraño lo perturbaba: una gran ola se encrespaba y avanzaba incontenible sobre los árboles y el campo verde, amenazando devorarlo junto con todo lo que lo rodeaba. Este sueño regresaría durante muchos años. Más tarde se refirió a él como «mi complejo de la Atlántida». Pero por lo común nada turbaba su sueño, y entre las preocupaciones cotidianas de la empobrecida existencia de la familia, brillaba el amor que sentía por su madre y por el campo de Sarehole, lleno de solaz y aventura. Disfrutaba de su entorno con gozo desesperado, sintiendo quizá que un día perdería ese paraíso. Y así fue, demasiado pronto.

El cristianismo había ocupado una parte cada vez más importante en la vida de Mabel Tolkien después de la muerte de su marido. Todos los domingos había llevado a sus hijos en larga caminata hasta una iglesia anglicana. Luego, un domingo, Ronald y Hilary descubrieron que iban por un camino extraño a un lugar de culto diferente: St. Anne, en la calle Alcester, en los barrios pobres cercanos al centro de Birmingham. Era una iglesia católica.

Durante cierto tiempo Mabel había pensado en convertirse al catolicismo. Y no dio sola ese paso. Su hermana May Incledon, ahora con dos hijos, había regresado de Sudáfrica esperando que su marido, Walter, se reuniera con ella cuando terminara con su trabajo. Sin que él lo supiera, también ella había decidido convertirse al catolicismo. Durante la primavera de 1900 May y Mabel recibieron instrucción en la iglesia de St. Anne, y en junio del mismo año fueron recibidas por la Iglesia Católica Romana.

De inmediato, la furia familiar cayó sobre ellas. Su padre, Jhon Suffield, había sido educado en una escuela metodista y era en la actualidad un unitario. Que sus hijas se volvieran papistas era para él un ultraje inconcebible. El marido de May, Walter Incledon, se veía a sí mismo como un pilar de la iglesia anglicana local, y consideraba imposible que May se asociara a la Iglesia de Roma. Cuando regresó a Birmingham le prohibió que volviera a entrar en un templo católico y ella tuvo que obedecer, aunque en procura de consuelo —o tal vez de venganza— May se volvió hacia el espiritismo.

Desde la muerte de Arthur, Walter Incledon había proporcionado a Mabel Tolkien una pequeña ayuda financiera. Pero ahora no recibiría más dinero de él. En cambio, debería enfrentarse a su hos-

tilidad y la de otros miembros de su propia familia, para no mencionar la de los Tolkien; muchos de éstos eran baptistas y se oponían al catolicismo con firmeza. Las tensiones que esto provocaba, sumadas a las nuevas dificultades financieras, no hacían ningún bien a la salud de Mabel; pero nada conmovía su lealtad hacia su nueva fe, y contra toda oposición comenzó a instruir a sus dos hijos en la religión católica.

Así llegó el momento en que Ronald debía empezar la escuela. En el otoño de 1899, a los siete años, rindió el examen de ingreso en la King Edward's, la antigua escuela a la que asistiera su padre. No logró ser admitido; su madre tal vez había sido demasiado indulgente en su enseñanza. Pero un año más tarde repitió el examen y aprobó, ingresando en la escuela en septiembre de 1900. Un tío Tolkien bien dispuesto hacia Mabel, lo cual era poco común, pagó la matrícula, que en ese momento era de doce libras anuales. La escuela estaba en el centro de Birmingham, a seis kilómetros de Sarehole, y durante las primeras semanas Ronald debía caminar gran parte del trayecto, porque su madre no podía pagar el tren y los tranvías no llegaban hasta su casa. Era evidente que eso no podía continuar así, y con pena Mabel decidió poner fin a su época en el campo. Alquiló una casa en Moseley, más cerca del centro y en el trayecto del tranvía, y a fines de 1900 ella y sus hijos empacaron sus pertenencias y abandonaron el hogar donde habían sido tan felices durante cuatro años. «Cuatro años —recordaba Ronald Tolkien mucho tiempo después—, pero la parte más formativa y, en apariencia, más larga de mi vida.»

Era poco probable que un viajero, si llegaba a Birmingham por el ferrocarril de London & North Western, no viera la King Edward's School, ya que se alzaba majestuosa sobre el humo y los vapores subterráneos de la estación de New Street. Parecía el paraninfo de un rico colegio de Oxford; pesado y ennegrecido por el hollín, era un ensayo de gótico victoriano de Barry, arquitecto de la reconstrucción de las Casas del Parlamento[1]. La escuela, fundada por Eduardo VI, gozaba de subsidio generoso, y sus directores habían logrado abrir varias sucursales en las partes más pobres de la ciudad. Pero el nivel educativo de la King Edward's central no tenía comparación en Birmingham, y muchos de los centenares de jóvenes que se sentaban en los gastados bancos y analizaban los textos de César mientras las locomotoras silbaban abajo obtuvieron becas en las principales universidades.

En 1900 la King Edward's casi había rebasado su capacidad y estaba atestada y llena de ruido. Un muchacho que había crecido en un tranquilo pueblo rural debía sentirse intimidado, y no es de sorprender que Ronald Tolkien estuviera ausente por enfermedad durante parte del primer curso. Pero gradualmente se acostumbró al estrépito y al tumulto, y más aún: pronto comenzaron a gustarle, y se aplicó de buena gana a la rutina de la escuela, aunque sin demostrar todavía ninguna aptitud excepcional.

La vida en el nuevo hogar era muy diferente a la de Sarehole. Su madre había alquilado una pequeña casa en la calle principal del suburbio de Moseley, y lo que se veía desde sus ventanas contrastaba tristemente con el campo de Warwickshire: tranvías que subían la colina con dificultad, pasajeros de rostros aburridos, y a lo lejos las humeantes chimeneas de las fábricas de Sparkbrook y Small Heath. Ronald siempre recordó aquella casa como «horrorosa». Casi no se habían establecido cuando debieron abandonarla: debía ser demolida para dejar su lugar a una estación de bomberos. Mabel encontró un nuevo alojamiento a poco más de un kilómetro, cerca de la estación de King's Heath. No estaba lejos de la casa de sus padres, pero lo que había dictado su elección era la proximidad de la nueva iglesia católica de St. Dunstan, tosca por fuera y recubierta de pino en su interior.

Ronald aún sentía tristeza y desaliento por haberse visto privado del campo de Sarehole, pero encontraba cierto consuelo en su nuevo hogar. Los fondos de la casa de King's Heath daban a la línea férrea, y la vida estaba puntuada por el ruido de los trenes y las maniobras de los vagones cargados de carbón. A ambos lados de las vías los taludes estaban cubiertos de hierba y flores. Y otra cosa atrajo su atención: los curiosos nombres de los vagones en las vías secundarias; nombres

---

[1] El Edificio de Barry fue demolido cuando la escuela se trasladó, en la década de 1930.

extraños que no sabía cómo pronunciar pero que ejercían sobre él una extraña fascinación. Y así, meditando sobre Nantyglo, Senghenydd, Blaen-Rhondda, Penrhiwceiber y Tredegar, descubrió la existencia del idioma galés.

Tiempo después viajó en tren a Gales, y mientras los nombres de las estaciones pasaban a gran velocidad, notó que esas palabras le interesaban más que ninguna de las que conocía; ese idioma era antiguo y sin embargo estaba vivo. Pidió información al respecto, pero los únicos libros en galés que le ofrecieron eran incomprensibles. Sin embargo, aunque breve y frustrante, el conocimiento de ese idioma le abrió otro mundo lingüístico.

Su madre pasó por un período de inquietud. No le gustaba la casa de King's Heath, y tampoco, como descubrió, la iglesia de St. Dunstan. Empezó a buscar, y de nuevo, dando largas caminatas, llevó a sus hijos los domingos hacia otros lugares de culto. Pronto descubrió el Oratorio de Birmingham, una gran iglesia en el suburbio de Edgbaston atendida por una comunidad de sacerdotes. ¿No podría encontrar entre todos ellos un confesor comprensivo y un amigo? Desde luego que sí. Y por otra parte, en el mismo Oratorio, y bajo la dirección de sus sacerdotes, estaba la escuela de St. Philip, menos onerosa que la King Edward's, y donde sus hijos podían recibir educación católica. Además, había un factor decisivo: se alquilaba una casa al lado mismo de la escuela. Por lo tanto, a principios de 1902 la familia se trasladó de King's Heath a Edgbaston, y Ronald y Hilary, ahora de diez y ocho años respectivamente, ingresaron en St. Philip.

El Oratorio de Birmingham había sido fundado en 1849 por Jhon Henry Newman, quien en ese momento acababa de convertirse al catolicismo. Pasó entre sus muros las últimas cuatro décadas de su vida, y allí murió en 1890. El espíritu de Newman presidía aún las salas de techo alto del Oratorio, en la Hagley Road, y en 1902 la comunidad incluía muchos sacerdotes que habían sido sus amigos y servido a sus órdenes. Uno de ellos, el padre Francis Xavier Morgan, de cuarenta y tres años, asumió el cargo de párroco poco después del traslado de los Tolkien al distrito. Mabel encontró en él a la vez que un sacerdote comprensivo, un valioso amigo. Mitad galés y mitad angloespañol (la familia de su madre se dedicaba con éxito al comercio de vinos de jerez), Francis Morgan no era un hombre de gran intelecto, pero poseía una inmensa reserva de humor y amabilidad, y un brillo que a menudo se atribuía a su ascendencia española. Era en verdad un hombre muy bullicioso, rotundo y cálido, que al principio atemorizaba a los niños pequeños, aunque, cuando lo conocían mejor, solían encariñarse con él. Pronto se convirtió en un elemento indispensable del hogar de los Tolkien.

Sin su amistad, la vida de Mabel y sus dos hijos no habría progresado mucho. Vivían en el 26 de la Oliver Road, en una casa apenas mejor que una chabola, rodeada de calles sórdidas. La escuela de St. Philip estaba sólo a un paso, pero sus aulas de paredes de ladrillo desnudo no podían reemplazar el esplendor gótico de la King Edward's, sin contar con que su nivel académico también era inferior. Pronto Ronald se adelantó a sus compañeros de clase, y Mabel comprendió que St. Philip no podía ofrecerle la educación que necesitaba. Lo sacó de allí y volvió a encargarse ella misma de su instrucción, y por cierto que con gran éxito, ya que pocos meses más tarde Ronald obtenía una beca de la Fundación para la King Edward's, adonde regresó en otoño de 1903. Tampoco Hilary continuaba asistiendo a St. Philip, pero aún no había logrado aprobar el examen de ingreso a King Edward's, «110 por mi culpa —le escribía su madre a un pariente—, ni porque él no supiera las cosas; pero es distraído, y lento para escribir». Por el momento, siguió enseñándole en su casa.

A su retorno a King Edward's, Ronald fue situado en la sexta clase, a mitad de camino. Empezó a estudiar griego. Acerca de su primer contacto con esta lengua escribió años más tarde: «La fluidez del griego, resaltada por la dureza y el brillo de su superficie, me cautivaron. Pero parte de la atracción eran la antigüedad y su carácter extraño y distante (para mí): estaba muy lejos del hogar». A cargo de la sexta clase estaba George Brewerton, un hombre enérgico y uno de los pocos profesores asistentes de la escuela especializado en la enseñanza de la literatura inglesa. Este tema apenas figuraba en el programa, y cuando se enseñaba, se refería de manera casi exclusiva al estudio de las obras de Shakespeare, que, como Ronald descubrió pronto, «le disgustaban cordialmente». Más tarde recordó en especial «la amarga desilusión y el desagrado de la época

escolar por el deplorable uso que hacía Shakespeare del acercamiento del "Gran bosque de Birnam a la alta colina de Dunsinane": yo anhelaba crear un entorno donde los árboles pudiesen realmente marchar a la guerra». Pero si no le agradaba Shakespeare, había otros alimentos más afines a su gusto. Su maestro Brewerton era, por inclinación, un medievalista. Maestro siempre enérgico, exigía que sus alumnos utilizaran las palabras claras y antiguas del idioma inglés. Si un muchacho empleaba el término «manure», Brewerton rugía: «¿Manure? Se llama muck. Dilo tres veces, muck, muck, muck».[2] Alentaba a sus alumnos a leer Chaucer, y les recitaba los Cuentos de Canterbury en el Middle English original. Para los oídos de Ronald Tolkien esto fue una revelación, y decidió saber más sobre la historia del lenguaje.

En la Navidad de 1903 Mabel Tolkien escribía a su suegra:

> Mi querida señora Tolkien:
> Dice usted que le gustan los dibujos de los muchachos más que ningún otro regalo que ellos le puedan hacer; por eso le envían éstos. Este año a Ronald le ha ido espléndidamente, y acaba de hacer una verdadera demostración en el aula del padre Francis: desde que terminó, el 16 de diciembre, ha estudiado mucho buscando nuevos temas, y yo con él: no he salido durante casi un mes, ni siquiera para ir al Oratorio; pero este feo tiempo húmedo me hace bien, y desde que Ronald terminó he podido descansar por las mañanas. Sigo pasando semanas de insomnio, lo que unido al malestar y al frío internos casi me hacen imposible seguir.
>
> He encontrado un giro postal de dos libras y seis chelines que usted envió a los chicos hace algún tiempo, por lo menos un año, y que se había perdido. Han estado toda la tarde en el centro gastando eso y un poquito más en cosas que querían regalar. Han hecho todas mis compras de Navidad: Ronald puede elegir un forro de seda del matiz exacto como un verdadero parisien modiste. ¿Estarán apareciendo sus antepasados pañeros o artistas? En la escuela avanza a ritmo muy rápido. Sabe mucho más griego que yo latín; dice que va a estudiar alemán conmigo en estas vacaciones, aunque por ahora yo en realidad prefiero estar en cama.
>
> Uno de los sacerdotes, uno joven y alegre, be está enseñando a jugar al ajedrez: dice que ha leído demasiado, todo lo que conviene a un chico que aún no tiene quince años, y que él no conoce una sola obra clásica que pueda recomendarle. Ronald tomará en Navidad la primera comunión, de modo que este año tendremos una gran fiesta. No le digo esto para molestarla; sólo porque ha dicho usted que desea saber todo acerca de ellos dos.
>
> La quiere siempre,
>
> Mab.

El Año Nuevo no empezó bien. Ronald y Hilary estaban en cama con sarampión, seguido de tos convulsa, y en el caso de Hilary de neumonía. La tarea adicional de cuidarlos era excesiva para la madre; y como ella temía, fue «imposible continuar». En abril de 1904 estaba en el hospital, con el diagnóstico de diabetes.

La casa de la Oliver Road fue cerrada, las escasas pertenencias enviadas al guardamuebles y los muchachos a casa de parientes: Hilary quedó con sus abuelos Suffield, y Ronald en Hove con la familia de Edwin Neave, el empleado de seguros de pelo color zanahoria, quien ahora estaba casado con la tía jane. No se conocía aún el tratamiento de la diabetes con insulina, y el estado de Mabel inspiraba temor; pero en el verano se había recuperado lo suficiente para ser dada de alta. Era evidente que tenía necesidad de una larga y cuidadosa convalecencia. El padre Francis Morgan propuso un plan. En Rednal, una aldea de Worcestershire ubicada a pocas millas de Birmingham, el cardenal Newman había construido una modesta casa de campo que servía de retiro a los sacerdotes del Oratorio. Dentro de la propiedad había un pequeño cottage donde residía el cartero del lugar, cuya esposa podía cederles un salón y un dormitorio y cocinar para ellos. Era un arreglo ideal para la convalecencia de Mabel, y tanto ella como sus hijos se beneficiarían de ese reencuentro con el

---

[2] Aproximadamente, *manure*, abono; *muck*, estiércol.

aire del campo. De modo que a fines de junio de 1904, los muchachos se reunieron con su madre y todos fueron a pasar el verano en Rednal.

Era como si hubiesen regresado a Sarehole. La vivienda estaba situada en la esquina de una tranquila calle rural, y más atrás se encontraban los terrenos arbolados de la Casa del Oratorio, con su capilla y el pequeño cementerio donde estaban enterrados los sacerdotes fallecidos y el mismo Newman. Los muchachos podían recorrer la propiedad a su antojo, y más allá trepar los empinados senderos que llevaban, a través de los árboles, hacia las alturas de Lickey Hill. La señora Till, la esposa del cartero, les daba buenas comidas, y un mes más tarde Mabel escribía, en una postal a su suegra:

«Los chicos parecen estar ridículamente bien, comparados con los pálidos y débiles fantasmas que subieron conmigo al tren hace cuatro semanas! Hilary tiene un traje de tweed y ¡hoy estrena sus primeros Etons!, y parece inmenso. Hemos tenido un tiempo perfecto. Los chicos escribirán el primer día de lluvia. Por ahora están ocupados con reuniones en Bilberry —té en Hay— salir a remontar barriletes con el padre Francis —dibujar— trepar a los árboles; jamás han disfrutado tanto de unas vacaciones».

El padre Francis les hizo muchas visitas. Tenía en Rednal un perro llamado Lord Roberts, y solía sentarse en la galería cubierta de hiedra de la Casa del Oratorio, a fumar en una gran pipa de madera de cerezo; «tanto más notable —recordaba Ronald—, porque jamás fumaba excepto allí. Posiblemente mi adicción posterior a la pipa deriva de esto». Cuando el padre Francis no estaba, ni había otros sacerdotes en Rednal, Mabel y sus hijos asistían a misa en Bromsgrove, para lo cual compartían un coche de alquiler con Mr. y Mrs. Church, el jardinero, y la criada de los padres del Oratorio. Era una existencia idílica.

Demasiado pronto llegó, con septiembre, el inicio de las clases, y Ronald tuvo que retornar a King Edward's. Pero su madre no se resignaba a dejar el lugar donde eran tan felices, y regresar al humo y la suciedad de Birmingham. De modo que, durante un tiempo, Ronald se levantaba temprano y caminaba casi dos kilómetros hasta la estación para tomar un tren e ir a la escuela. A la hora que regresaba ya oscurecía, y más de una vez Hilary debió acudir a recibirlo con una lámpara.

Sin que sus hijos lo advirtieran, el estado de Mabel comenzó nuevamente a empeorar. A comienzos de noviembre tuvo una recaída que les pareció brusca y aterradora. Entró en coma diabético y falleció seis días más tarde, el 14 de noviembre, con el padre Francis y su hermana May Incledon junto a su lecho.

3 «Lenguajes privados»... y Edith

«Mi querida madre fue en verdad una mártir, y no a todos concede Dios un camino tan sencillo hacia sus grandes dones como nos otorgó a Hilary y a mí, al darnos una madre que se mató de trabajo y preocupación para asegurar que conserváramos la fe.»

Ronald Tolkien escribió esto nueve años después de la muerte de su madre. Es un indicio del modo en que la asociaba con su propia calidad de miembro de la Iglesia Católica. Podría decirse que, después de la muerte de Mabel, la religión ocupó en su afecto el lugar que ella ocupara previamente. El consuelo que le proporcionaba era tanto emocional como espiritual. Quizá su muerte tuvo también el efecto de consolidar sus estudios de lenguas. Ella fue, después de todo, su primera maestra, y quien alentó su interés por las palabras. Ahora que no estaba, él continuaría sin descanso ese camino. Y ciertamente, la pérdida de su madre tuvo un efecto decisivo sobre la personalidad de Ronald. Lo convirtió en un pesimista.

O, mejor dicho, lo convirtió en dos personas. Él era por naturaleza un hombre de alegría casi irreprimible y con un enorme entusiasmo por la vida. Amaba la buena conversación y la actividad física. Tenía un profundo sentido del humor y gran capacidad para hacer amigos. Pero a partir de entonces, su personalidad desarrollaría una segunda faceta, más íntima, pero predominante en sus cartas y diarios, y susceptible de sufrir accesos de hondo abatimiento. Sin duda, en estrecha relación con la muerte de su madre, cuando este estado de ánimo se apoderaba de él, lo invadía una profunda sensación de pérdida inminente. Nada era seguro. Ninguna batalla se ganaba de manera definitiva.

Mabel Tolkien fue sepultada en el cementerio católico de Bromsgrove. Sobre la tumba, el padre Francis Morgan puso una cruz de piedra igual a las de las sepulturas de los sacerdotes del Oratorio en el cementerio de Rednal. En su testamento, Mabel le confiaba la tutela de sus dos hijos, y fue, como se demostró, una elección acertada, ya que la generosidad y el afecto del sacerdote hacia ellos fue inagotable. Su generosidad tuvo carácter práctico, porque poseía una renta privada procedente del negocio familiar de vinos de jerez, y como no estaba obligado por el Oratorio a ceder sus bienes a la comunidad, podía disponer de ellos para sus fines personales. Mabel sólo había dejado ochocientas libras de capital invertido para el sustento de sus hijos, pero el padre Francis aumentó esa cifra calladamente con su propio peculio, asegurando que no faltara nada esencial para el bienestar de Ronald y Hilary.

Ahora, muerta Mabel había que buscar un alojamiento para ellos: un problema complejo, pues aunque lo ideal era que residieran con sus familiares, podía ocurrir que los tíos y tías Suffield y Tolkien trataran de alejarlos de la Iglesia Católica. Ya se consideraba la idea de desechar la voluntad de Mabel y enviarlos a una escuela protestante. Pero había una tía política que no tenía puntos de vista religiosos especiales, y disponía de una habitación para alquilar. Vivía en Birmingham, cerca del Oratorio, y el padre Francis pensó que su casa sería apropiada por el momento. De modo que pocas semanas después de la muerte de su madre, Ronald y Hilary (ahora de trece y once años) se trasladaron a la casa de su tía y ocuparon el dormitorio del piso superior.

Se llamaba Beatrice Suffield. Vivía en una casa oscura en Stirling Road, una larga calle lateral en el distrito de Edgbaston. Los muchachos disponían de una gran habitación para ellos, y a Hilary le encantaba asomarse a la ventana y arrojar piedras a los gatos. Pero Ronald, aún bajo el impacto de la muerte de su madre, odiaba la visión casi ininterrumpida de los techados y, más allá, las chimeneas de las fábricas. A la distancia se alcanzaba a divisar el campo verde, pero eso pertenecía ahora a un pasado remoto e irrecuperable. En la ciudad Ronald se sentía atrapado. La muerte de su madre lo había alejado del aire libre, de Lickey Hill, adonde iban a recoger grosellas, y del cottage de Rednal en el que habían sido tan felices. Y como la muerte de su madre era el motivo por el que había perdido esas cosas, llegó a asociarlas con ella. Su idealización del medio rural, agudizada ya por el anterior desarraigo de Sarehole, se acrecentó ahora por su sentimiento de soledad. Este amor al recuerdo de los campos abiertos de su juventud se convertiría en un aspecto esencial de sus textos, y

estaba vinculado de modo profundo con su amor por el recuerdo de su madre.

Tía Beatrice les dio a ambos comida y alojamiento, pero poco más. Había enviudado poco tiempo antes, no tenía hijos y su vida era modesta. También era pobre afectivamente, y demostró escasa comprensión por el estado de ánimo de los chicos. Una tarde Ronald entró en la cocina, vio cenizas en la rejilla y descubrió que su tía había quemado todos los papeles y cartas personales de su madre. Ni por un instante pensó que ellos podían querer conservarlos.

Por fortuna, el Oratorio estaba cerca, y pronto se convirtió en el verdadero hogar de Ronald y de Hilary. Por la mañana temprano se apresuraban a ayudar al padre Francis en la misa que oficiaba en su altar lateral favorito de la iglesia del Oratorio. Desayunaban luego en el refectorio, y después de jugar como solían con el gato de la cocina en el pasaplatos giratorio, partían a la escuela. Hilary había aprobado su examen de ingreso y estaba ahora en la King Edward's, de modo que ambos caminaban hasta New Street si tenían tiempo, o tomaban un autobús de caballos si el reloj de Five Ways indicaba que era tarde.

Ronald tuvo muchos amigos en la escuela, y un joven en particular se convirtió en su compañero inseparable. Su nombre era Christopher Wiseman. Un año menor que Ronald, era el hijo de un ministro wesleyano que vivía en Edgbaston; tenía el cabello rubio, una ancha cara que expresaba cordialidad, y un temperamento enérgicamente crítico. Ambos se conocieron en el quinto curso en el otoño de 1905. Tolkien alcanzó el primer puesto en la clase —ahora se mostraba ya como una promesa académica—, y Wiseman, el segundo. Esa rivalidad se convirtió pronto en una amistad fundada sobre el interés compartido por el latín y el griego, un gran amor por el rugby (en la King Edward's jamás se jugó al fútbol) y un mismo entusiasmo por discutir todas las cosas. Wiseman era un resuelto metodista, pero los dos jóvenes descubrieron que podían debatir acerca de temas religiosos sin amargura.

Juntos pasaron de un curso a otro en la escuela. Era evidente que Ronald Tolkien tenía capacidad para las lenguas, tal como lo previera su madre, y la King Edward's era el entorno ideal para que esa capacidad floreciera. El estudio del latín y el griego era la columna vertebral del programa, y se enseñaban particularmente bien en la primera clase (o Senior Class), a la que llegó Ronald poco antes de cumplir los dieciséis años. La primera clase estaba bajo la atenta mirada de Robert Cary Gibson, un hombre notable, de barba atildada y en punta, quien era un inventor aficionado y un destacado científico así como un excelente profesor de literatura clásica; entre sus invenciones se contaban un molino de viento que cargaba baterías y proporcionaba luz eléctrica a su casa, una especie de hectógrafo que duplicaba las hojas de los exámenes (de modo ilegible, según los alumnos) y un pequeño cañón que disparaba pelotas de golf. Cuando enseñaba, alentaba a los alumnos a explorar los senderos laterales de la cultura, y a estudiar con profundidad todo lo que encontraran en su camino; esto impresionó mucho a Ronald Tolkien. A pesar de lo diversificado de su enseñanza, Gilson indujo a sus alumnos a estudiar en detalle la lingüística clásica. Esto se ajustaba a la perfección a las inclinaciones de Tolkien, y en parte como resultado de las lecciones de Gilson empezó a desarrollar su interés por los principios generales del lenguaje.

Una cosa era saber latín, griego, francés y alemán; y otra comprender por qué eran como eran. Tolkien había empezado a buscar los «huesos», los elementos comunes a todos ellos, y, en realidad, a estudiar filología, la ciencia de las palabras. Y todavía encontró un nuevo incentivo cuando conoció el anglosajón.

Esto se debió a George Brewerton, el maestro que prefería muck a manure. Bajo su dirección Ronald Tolkien había mostrado interés por el inglés de la época de Chaucer. Complacido, Brewerton le ofreció en préstamo un texto elemental de anglosajón. La oferta fue aceptada de inmediato.

Al abrir el volumen, Tolkien se encontró con la lengua que hablaban los ingleses antes que los primeros normandos pusieran pie en su tierra. El anglosajón, llamado también inglés antiguo, era

para él familiar y reconocible, como antecedente de su propio idioma, pero al mismo tiempo remoto y oscuro. El libro explicaba claramente la lengua en términos que él podía comprender con facilidad, y pronto empezó a traducir con creciente facilidad los ejemplos de prosa de la parte final de la obra. Halló que el inglés antiguo le atraía, aunque no tenía el encanto estético del galés. La atracción era en gran medida histórica, ya que se trataba de estudiar el antecesor de su propio idioma. Y con verdadera excitación progreso desde los sencillos pasajes del texto al gran poema del inglés antiguo Beowulf Al leerlo, primero en una traducción y luego en la lengua original, pensó que era uno de los más extraordinarios poemas de todos los tiempos, y quedó fascinado por la historia del guerrero Beowulf, su lucha contra dos monstruos y su muerte después de la batalla con el dragón.

Luego Tolkien regresó al inglés medio y descubrió Sir Gawain and the Green Knight, otro poema que encendió su imaginación; se trataba de la historia de un caballero de la corte del rey Arturo que busca un misterioso gigante, quien habrá de darle un hachazo terrible. A Tolkien le encantaron el poema y su lenguaje, porque pensó que el dialecto era sin duda muy parecido al que hablaron los antepasados de su madre, en West Midland. Exploró más el inglés medio y leyó Pearl, un poema alegórico acerca de un niño muerto, que según se cree fue escrito por el autor de Sir Gawain. Luego se dedicó a otra lengua internándose con vacilación en el noruego antiguo, leyendo línea por línea las palabras originales de la historia de Sigurd y el dragón Fafnir que cuando niño le habían fascinado en el Red Fairy Book, de Andrew Lang. Para entonces había adquirido ya conocimientos lingüísticos notables para un joven escolar.

Continuó su búsqueda de los «huesos» de todas estas lenguas en la biblioteca de la escuela y en los estantes más remotos de la librería Cornish, calle abajo. Encontró por casualidad, y reunió con dificultad el dinero para comprarlos, unos libros alemanes de filología que eran «áridos como el polvo», pero respondían a sus interrogantes. Filología: «amor a las palabras». Eso era lo que lo motivaba. No era un mero interés por los principios científicos del lenguaje, sino un profundo amor por la imagen y el sonido de las palabras, el cual procedía de la época en que su madre le había dado las primeras lecciones de latín. Y como resultado de este amor por las palabras, empezó a inventar sus propios lenguajes.

La mayoría de los niños crean sus propias palabras. Algunos incluso desarrollan rudimentarios lenguajes privados que comparten entre sí. Esto mismo habían hecho las jóvenes primas de Ronald, Mary y Marjorie Incledon. Su lenguaje se llamaba «animálico» y estaba construido principalmente con nombres de animales; por ejemplo, Dog nightingale woodpecker forty[3] significaba «Eres un burro». Los Incledon ya no vivían en Birmingham, sino en Barnt Green, pueblo vecino de Rednal, y Ronald y Hilary solían pasar allí parte de sus vacaciones. Ronald aprendió «animálico»; le divertía. Poco después, Marjorie (la hermana mayor) se desinteresó de él y, cuando ella abandonó, Mary y Ronald colaboraron en la invención de un nuevo lenguaje, más sofisticado. Se llamó «Nevbosh» o Nuevo Disparate, y pronto estuvo lo bastante desarrollado para que los primos pudieran cantar limericks en él:

Dar fys ma vel gom co palt 'Hoc

Pys go iskili far maino woc?

Pro si go fys do roc de
Do cat ym maino bocte
De volt fact soc ma taimful gyroc!'

[There was an old mad who said 'How / can I possibly carry my cow? / For if I were to ask **it** / To get in my basket / It would make such a terrible row!']'[4]

[3] Literalmente, *perro ruiseñor picamaderos cuarenta.*
[4] Un anciano una vez dijo ¿cómo / puedo hacer llevar a mi vaca? / Porque si le ruego / que se meta en mi cesto / armará un alboroto espantoso.

Este tipo de cosas causaban gran regocijo en Barnt Green, y cuando Ronald llegó a la adolescencia le dieron una idea. Ya al comienzo de sus estudios de griego se había entretenido creando palabras al estilo de esa lengua. ¿No era posible llevar la experiencia más allá e inventar un lenguaje completo, algo más serio y bien organizado que el nevbosh, que en gran medida era sólo latín, francés o inglés disfrazados? Un lenguaje semejante podía no tener un uso específico —aunque en ese momento era muy popular un lenguaje inventado, el esperanto— pero le divertiría, permitiéndole poner sobre el papel sus sonidos favoritos. En efecto, tal vez valiera la pena probar: de haberle interesado la música, seguramente hubiese querido componer melodías. Entonces, ¿por qué no hacer un sistema personal de palabras que fueran como una sinfonía privada?

En su vida adulta, Tolkien llegó a pensar que su impulso hacia la invención lingüística era similar al que sentían muchos niños en la escuela. Observó una vez, refiriéndose a la invención de lenguajes:

«No es tan extraño, sabe usted. Una cantidad de niños, muy superior de la que se supone, tiene lo que podría llamarse un elemento creativo, y no se limita necesariamente a algo determinado: quizá no quieran pintar, o dibujar, o hacer música, pero de todos modos quieren crear algo. Y si la mayor parte de la educación adopta una forma lingüística, su creación tomará también una forma lingüística. Es tan extraordinariamente común que una vez pensé en la necesidad de que hubiera alguna investigación orgánica al respecto».

Cuando el joven Tolkien comenzó a trabajar en su invención lingüística de modo estructurado, decidió escoger como modelo, o al menos como punto de partida, un lenguaje que ya existiera. No conocía lo suficiente el galés, así es que se volvió hacia otra fuente favorita de palabras: la colección de libros españoles que había en la habitación del padre Francis. Su tutor hablaba un perfecto español, y Ronald le había pedido a menudo que le enseñara el idioma; no fue así, pero podía utilizar con toda libertad los libros. Los leyó nuevamente y empezó a trabajar en un lenguaje inventado que llamó «Naffarm». Tenía mucha influencia española, pero poseía su propio sistema fonológico y gramatical. Se ocupaba de él de vez en cuando, y quizá lo habría desarrollado aún más si no hubiese descubierto un lenguaje que lo excitaba en mayor medida que el español.

Uno de sus compañeros había comprado un libro en una venta a beneficio de las misiones, pero al descubrir que no le servía de nada, se lo vendió a Tolkien. Se trataba del Primer of the Gothic Language, de joseph Wright. Tolkien lo abrió y experimentó de inmediato «una sensación de deleite tan completa, por lo menos, como cuando leí por primera vez el Homero de Chapman». El gótico dejó de hablarse con la declinación de los pueblos godos, pero sobrevivieron para la posteridad fragmentos escritos, y Tolkien encontró en ellos un atractivo inmenso. No se contentó sólo con aprender el lenguaje, sino que comenzó a inventar palabras «extra» para llenar huecos en el limitado vocabulario que había sobrevivido; luego pasó a la construcción de un lenguaje germánico supuesto, pero históricamente posible. Comunicó su entusiasmo a Christopher Wiseman, un oyente comprensivo puesto que él mismo estaba estudiando el egipcio y sus jeroglíficos. Tolkien desarrollaba sus lenguajes inventados hacia atrás; es decir, postulaba las palabras «anteriores» hipotéticas que consideraba necesarias para la invención mediante un sistema «histórico» organizado. Trabajaba también en alfabetos inventados; uno de sus cuadernos de escuela contenía un sistema de símbolos codificados para cada letra del alfabeto inglés. Pero lo que más le preocupaba eran los lenguajes, y muchos días se encerraba en la habitación que compartía con Hilary y, como escribió en su diario, «Hoy construí una cantidad de lenguaje privado».

El padre Francis había hecho muchas cosas por los jóvenes Tolkien desde que éstos perdieran a su madre. Todos los veranos los llevaba de vacaciones a Lyme Regis, donde residían en el Three Cups Hotel y visitaban a sus amigos de la vecindad. A Ronald le encantaba el paisaje de Lyme y los días de lluvia solía dibujar, aunque cuando el tiempo era bueno disfrutaba más recorriendo la costa o visitando el espectacular deslizamiento de tierra que había ocurrido recientemente en los riscos cercanos al pueblo. En una oportunidad habló una quijada prehistórica que le pareció un trozo de dragón petrificado. Durante esas vacaciones el padre Francis hablaba mucho con los jóvenes; y así cayó en la cuenta de que no eran felices en el triste alojamiento que les proporcionaba su tía

Beatrice. De regreso en Birmingham, comenzó a buscar algo mejor. Pensó en la señora Faulkner, quien vivía en Duchess Road, detrás del Oratorio. Ofrecía veladas musicales a las que asistían varios sacerdotes, y también alquilaba habitaciones. Decidió que su casa sería un hogar más agradable para Ronald y Hilary. La señora Faulkner aceptó, y a principios de 1908 los hermanos se trasladaron al número 37 de Duchess Road.

Era una casa sombría, cubierta de enredaderas, con deterioradas cortinas de encaje. La habitación de Ronald y Hilary estaba en el segundo piso. Los otros ocupantes de la casa eran el marido de la señora Faulkner, Louis (un comerciante en vinos con una predilección especial por su propia mercancía), su hija Helen, la criada Annie, y otra pensionista, una muchacha de diecinueve años que vivía en el primer piso, debajo de la habitación de los Tolkien, y pasaba la mayor parte del tiempo atareada con su máquina de coser. Se llamaba Edith Bratt.

Era pequeña, delgada, de ojos grises, rasgos firmes y claros, pelo negro corto, y notablemente bonita. Los jóvenes supieron que también ella era huérfana; su madre había muerto cinco años atrás y su padre algún tiempo antes. En realidad, era hija ilegítima. Su madre, Frances Bratt, la había traído al mundo el 21 de enero de 1889 en Gloucester, adonde se había dirigido quizá para evitar el escándalo, ya que su familia, propietaria de una fábrica de botas y zapatos, residía en Wolverhampton. Frances tenía treinta años cuando nació Edith. Posteriormente, regresó al distrito de Birmingham, afrontó la murmuración de los vecinos y educó a su hija en el suburbio de Handsworth. Frances Bratt no se casó nunca, y en el certificado de nacimiento de Edith no se mencionaba el nombre del padre, aunque Frances conservaba una fotografía de él y la familia Bratt conocía su identidad. Puede que Edith también la conociera, pero en todo caso jamás se la reveló a sus propios hijos.

Su infancia había sido moderadamente feliz. Fue educada por su madre y su prima, Jennie Grove. El parentesco con los Grove era muy apreciado por los Bratt, porque los vinculaba con el renombrado Sir George Grove, editor de un diccionario musical. Edith misma tenía talento para la música. Tocaba muy bien el piano, y al fallecer su madre fue enviada a una escuela de señoritas que se especializaba en música. Cuando salió de la escuela se esperaba que pudiera hacer carrera como profesora de piano y quizá como concertista. Pero su tutor, el abogado de la familia, parecía ignorar el camino a seguir. Le procuró una habitación en casa de Mrs. Faulkner, suponiendo que el amor que la mujer profesaba hacia la música le proporcionaría a Edith una atmósfera favorable y un piano. para practicar. Eso fue todo cuanto se le ocurrió; y tampoco había ninguna urgencia, porque Edith había heredado algunas tierras en varias partes de Birmingham, las cuales producían la renta necesaria para mantenerla. No era imprescindible hacer nada más por el momento, y nada se hizo. Edith permaneció en casa de Mrs. Faulkner, y pronto descubrió que la dueña de casa estaba encantada de tener una pensionista capaz de tocar y acompañar a los solistas en sus veladas; pero practicar el piano era en realidad otra cosa muy distinta.

—Por ahora, Edith querida —decía la señora Faulkner, irrumpiendo en el salón apenas empezaban las escalas y los arpegios—, con eso basta.

Y la triste Edith volvía a su habitación y a su máquina de coser.

Entonces llegaron los hermanos Tolkien. Edith los encontró muy agradables. En particular le gustó Ronald, con su rostro serio y sus maneras perfectas, mientras él, aunque conocía pocas muchachas de su edad, no tardó en descubrir que la familiaridad borraba cualquier inquietud que pudiera sentir. Pronto se hicieron amigos.

Desde luego, él tenía dieciséis y ella diecinueve. Pero él era maduro para sus años, y ella, pequeña y menuda, parecía menor. Por cierto que a Edith no le interesaban las lenguas como a Ronald, y la educación que había recibido era bastante limitada, pero su temperamento era muy atractivo. Decidieron aliarse contra «la Vieja» como llamaban a la señora Faulkner. Edith persuadía a la

criada, Annie, a robar comida de la cocina para los hambrientos varones del segundo piso, y cuando la Vieja salía, los muchachos iban al cuarto de Edith y celebraban allí fiestas secretas.

Edith y Ronald comenzaron a frecuentar las casas de té de Birmingham, en especial una cuyo balcón daba sobre la calle. Desde allí arrojaban terrones de azúcar a los sombreros de las personas que pasaban, cambiando de mesa una vez que el azucarero se vaciaba. Más tarde inventaron un silbido privado. Cuando Ronald lo oía, por la mañana temprano o a la hora de acostarse, se asomaba a la ventana para ver, abajo, a Edith aguardando en la de ella.

Entre estos dos seres, sobre todo por el carácter de ambos y la situación en que estaban, era natural que floreciera un romance. Ambos eran huérfanos necesitados de afecto, y pronto descubrieron que podían proporcionárselo mutuamente. En el verano de 1909 decidieron que estaban enamorados.

Escribiéndole a Edith mucho después, Ronald recordaba «mi primer beso, y la primera vez que me besaste tú (de forma casi accidental), y cómo nos dábamos las buenas noches y tú a veces tenías tu camisón blanco, tan pequeño, y nuestras conversaciones de ventana a ventana, absurdamente largas; y cómo mirábamos subir el sol sobre la ciudad a través de la niebla y el Big Ben que daba las horas una tras otra, y las polillas que casi te espantaban, y nuestro silbido, y nuestros paseos en bicicleta y nuestras conversaciones como fuegos artificiales, y esos tres grandes besos».

Ronald, según se suponía, debía esforzarse para conseguir una beca en Oxford, pero le era difícil concentrarse en los textos clásicos cuando una mitad de su mente estaba ocupada por la invención de lenguajes y la otra mitad por Edith. Y además, había una nueva atracción en la escuela: la Sociedad de Debate, muy popular entre los muchachos de los cursos superiores. Aún no había hablado en un debate, quizá por su todavía despareja voz de adolescente y por su reputación, ya establecida, de no tener una dicción clara. Pero ese curso, alentado por una confianza recientemente encontrada, hizo su discurso inicial apoyando una moción a favor de las tácticas y los objetivos de las sufragistas. Fue considerado un esfuerzo meritorio, aunque el periódico de la escuela estimó que sus talentos como orador eran «desmerecidos en cierta medida por una pronunciación defectuosa». En otro discurso, en favor de una moción (seguramente propuesta por él mismo) por la que «esta Casa deplora el hecho de la Conquista Normanda», atacó, según la crónica del periódico, «el aluvión de barbarismos polisilábicos que expulsaron las palabras nativas más honestas, aunque más humildes»; y en un debate sobre la autoría de las obras de Shakespeare, derramó «un brusco torrente de ilimitado abuso sobre Shakespeare, el inmundo lugar de su nacimiento, sus mezquinos alrededores, y su propio carácter sórdido».

También tenía gran éxito en el rugby. Era muy delgado, casi escuálido, pero había aprendido a compensar la falta de peso con la ferocidad. Un nuevo esfuerzo fue recompensado con su ingreso en el equipo de la escuela. Una vez en él, jugó como nunca lo había hecho. Al reflexionar años más tarde sobre estas actitudes, las atribuyó directamente a un impulso caballeresco. «Por tener una formación romántica, convertí una relación con una chica en un asunto serio, y en la fuente de mi esfuerzo.»

Un día de 1909, hacia el final de los cursos de otoño, arregló en secreto con Edith un paseo en bicicleta por el campo. «Creíamos haber manejado las cosas de manera muy inteligente —escribió—. Edith había salido en su bicicleta para visitar, en apariencia, a su prima Jennie Grove. Un rato más tarde yo salí "hacia el campo de juegos de la escuela" pero nos reunimos y fuimos hacia Lickeys.» Pasaron la tarde en las colinas y luego se dirigieron al pueblo de Rednal a tomar el té, en una casa donde Ronald había estado unos meses antes mientras trabajaba para conseguir su beca. Después retornaron y llegaron separados a Duchess Road para no despertar sospechas. Pero no consideraron el cotilleo. La mujer que les sirvió el té dijo a la señora Church, el ama de llaves de la Casa del Oratorio, que Ronald había estado de visita con una muchacha desconocida. La señora Church se lo dijo a la cocinera del Oratorio. Y la cocinera, a quien siempre le gustaba contar historias, refirió ésta al padre Francis.

El tutor de Ronald había sido como un padre para él, y es fácil imaginar sus sentimientos cuando supo que el joven en quien habla invertido tanto afecto, cuidado y dinero no concentraba sus esfuerzos en estudios vitales sino que (como fue evidente después de una corta investigación) mantenía una relación amorosa clandestina con una muchacha tres años mayor que él y que vivía en su misma casa. El padre Francis llamó a Ronald al Oratorio, le dijo que estaba profundamente disgustado y que ese asunto debía terminar. Luego hizo arreglos para trasladar a los muchachos a otro alojamiento, separando de ese modo a Ronald de Edith.

Tal vez parezca extraño que Ronald no desobedeciera de forma lisa y llana al padre Francis y continuara abiertamente su romance, pero las convenciones sociales de la época imponían que los jóvenes obedecieran a sus padres o tutores; además, Ronald sentía gran afecto por el sacerdote, y dependía de él en lo económico. Y no era un joven rebelde. No resulta asombroso, entonces, que procediera como se le había dicho.

En plena tormenta, Ronald debía acudir a rendir su examen para la beca. En un estado de ánimo más calmo, habría gozado intensamente de su primera visión de Oxford. Contemplados desde el Corpus Christi College, donde estaba, las torres y parapetos ofrecían una perspectiva en la que su escuela era una humilde sombra. Oxford era una novedad para él en todos los aspectos, pues sus antepasados nunca habían asistido a una universidad. Ésa era la ocasión de conquistar honores para los Tolkien y los Suffield, de restituir el cariño y la generosidad del padre Francis, de demostrar que su amor por Edith no lo había distraído de su trabajo. Pero no fue tan fácil. Al ver los tableros de información después del examen, se enteró de que no habla logrado obtener su beca. Desdichado, retomó por Merton Street y Oriel Square hasta la estación del ferrocarril, preguntándose quizá si volvería alguna vez.

En verdad, su fracaso no era sorprendente ni desastroso. La competencia por las becas de Oxford siempre era dura en extremo, y éste había sido sólo el primer intento. Podía probar de nuevo en diciembre, aunque para entonces tendría casi diecinueve años, y si fallaba otra vez, asistir a Oxford sería imposible: el costo de la matrícula común estaba fuera de las posibilidades de su tutor. Era obvio que debía esforzarse mucho más.

«Como siempre, deprimido y en la tiniebla —anotó en su diario el día de Año Nuevo de 1910—. Que Dios me ayude. Me siento débil y agotado.» (Era la primera vez que llevaba un diario, o al menos éste fue el primero de los que se conservaron. Como haría más adelante, los usaba en especial para registrar penas y desesperaciones; cuando hacia fines de 1910 su ánimo comenzó a mejorar dejó de hacer anotaciones diarias.) Enfrentaba un dilema: Hilary y él se habían trasladado a un nuevo alojamiento, no lejos de la casa de la señora Faulkner, donde Edith continuaba viviendo. El padre Francis había exigido que interrumpiera su relación amorosa, pero no le había prohibido específicamente que viera a Edith. Ronald odiaba engañar a su tutor; sin embargo, resolvió encontrarse con ella en secreto. Pasaron juntos una tarde; fueron en tren al campo y estudiaron sus planes. También acudieron a una joyería, donde Edith compró una lapicera para Ronald por los dieciocho años de éste, y él un reloj pulsera de dieciséis peniques por los veintiuno de ella. Al día siguiente festejaron sus aniversarios en una casa de té. Edith había decidido aceptar una invitación de un anciano abogado y su esposa, quienes siempre la habían apoyado, e instalarse en su casa de Cheltenham. Cuando le dijo esto a Ronald, él anotó «Gracias a Dios» en su diario; era la mejor solución.

Pero nuevamente los vieron juntos. Esa vez el padre Francis fue muy concreto: Ronald no debía encontrarse con Edith, ni siquiera escribirle. Sólo podría verla una vez más, para decirle adiós, el día que ella partiera a Cheltenham. Luego de eso no debería comunicarse con ella hasta que cumpliera veintiún años, momento en que su tutor dejaría de ser responsable de él. Esto significaba una larga espera. «Tres años es terrible», escribió Ronald en su diario.

Un joven con más valor podría haberse negado; a pesar de su lealtad hacia el padre Francis, a Ronald le fue difícil obedecer. El 16 de febrero escribió: «Anoche recé suplicando ver a E. por casualidad. Plegaria respondida. La vía las 12.55 en el Príncipe de Gales. Le dije que no podía

escribirle y arreglamos encontramos dentro de dos jueves, para la despedida. Me siento mejor, pero querría tanto verla una vez más para darle ánimos... No puedo pensar en otra cosa». El 21 de febrero: «Vi una figura pequeña y triste chapoteando con un impermeable y un sombrerito de tweed y no pude resistirme a cruzar y decirle una palabra de amor y aliento. Durante un rato esto me animó. Recé y pensé mucho». Y el 23 de febrero: «La encontré cuando venía de rezar por mí en la catedral».

Aunque estos encuentros fueron accidentales, tuvieron las peores consecuencias. El ¿6 de febrero, Ronald recibió «una carta tremenda del P. F. diciendo que yo había sido visto otra vez con una muchacha, lo cual era malvado y estúpido. Amenaza con dar por terminada mi carrera universitaria si no acabo con eso. Significa que no puedo ver a E. Ni escribirle. Dios me ayude. Vi a E. a mediodía, pero no quise quedarme con ella. Le debo todo al P. F. y tengo que obedecer». Cuando Edith se enteró de lo ocurrido, escribió a Ronald: «Ha llegado nuestro peor momento».

El miércoles ¿ de marzo, Edith salió de Duchess Road para dirigirse a su nuevo hogar en Cheltenham. A pesar de la prohibición de su tutor, Ronald pidió tener un último encuentro. La buscó por las calles a la hora de la partida, al principio en vano. Pero luego: «Pasó por mi lado, en su bicicleta, camino de la estación, en Francis Road. Tal vez no la vea durante tres años».

4 «T.C., B.S., etc.»

El padre Francis no era un hombre lúcido, y no entendió que al obligar a Ronald y Edith a separarse estaba transformando un amor juvenil en un romance frustrado. Ronald escribió treinta años más tarde: «Probablemente ninguna otra cosa hubiera fortalecido nuestra voluntad hasta el punto de dar permanencia a esa relación (aunque era sin duda un caso de verdadero amor»).

En las semanas que siguieron a la partida de Edith, Ronald se sintió deprimido y enfermo. Poca ayuda podía esperar del padre Francis, quien aún no había superado la ofensa por la decepción que había tenido. En Pascua, Ronald pidió permiso a su tutor para escribir a Edith, y él se lo concedió, aunque de mala gana. Escribió y ella respondió diciendo que estaba contenta en ese nuevo hogar y que «toda esa horrible época en Duchess Road le parecía sólo un sueño».

En verdad, llegó a sentirse muy a gusto en Cheltenham. Estaba en casa de C.H. Jessop y su esposa, a quienes llamaba «tío» y «tía», aunque no eran en realidad sus parientes. «Tío» tendía a ser hosco, pero «Tía» era realmente amable. A la casa acudían pocos invitados, aparte del vicario y algunos amigos de edad madura de los Jessop, pero Edith encontró compañía de su misma edad: su antigua compañera de escuela Molly Field, cuya familia vivía cerca. Edith se ejercitaba en el piano todos los días, tomaba lecciones de órgano y había empezado a tocar en los servicios de la iglesia parroquial anglicana, a los que acudía con regularidad. Participaba en las actividades eclesiásticas, asistía al Club de jóvenes y a las salidas del coro. Se había unido también a la Primrose League y concurría a las reuniones del Partido Conservador. Estaba construyendo su propia vida, una vida mejor que la conocida anteriormente, y que le resultaría difícil abandonar cuando llegara el momento.

Para Ronald, la escuela se convirtió en el centro de su vida. La relación con el padre Francis era todavía tensa, y el Oratorio no podía recuperar el espacio que tuviera en su afecto. Pero en la King Edward's halló buena compañía y amistad. Era una escuela diurna, no de pupilos, y no había «Tarts» ni «Bloods» como los que indignaban a C.S. Lewis en su escuela (y que luego describió en Surprised by Joy). Por cierto, los muchachos mayores tenían prestigio a los ojos de los menores, pero era el prestigio de la edad y los logros, y no el de la casta. Y en cuanto a la homosexualidad, Tolkien afirmó que a los diecinueve ni siquiera conocía la palabra. De todos modos, fue una sociedad exclusivamente masculina a la que se entregó en ese momento. A la edad en que muchos jóvenes descubrían el encanto de la compañía femenina, él trataba de olvidarla y de recluir el romance en el fondo de su mente. Todos los placeres y descubrimientos de los siguientes tres años —tan vitales en su desarrollo como los pasados con su madre— fueron compartidos no con Edith, sino con personas de su mismo sexo; quizá por eso llegó a asociar la compañía masculina con muchas cosas buenas de la vida.

La biblioteca era una institución importante en la King Edward's. Aunque nominalmente a cargo de un profesor adjunto, era administrada en la práctica por un grupo de estudiantes senior a quienes se otorgaba el título de Bibliotecario. En 1911 se contaban entre ellos Ronald Tolkien, Christopher Wiseman, R.Q Gilson (hijo del rector) y otros tres o cuatro. Estos jóvenes formaron un pequeño grupo amistoso llamado Tea Club. Ésta es la versión de su origen que Wiseman da sesenta y cuatro años más tarde:

«Empezó en el período de verano, con gran empuje. Los exámenes se prolongaban durante seis semanas, y a menos que uno tuviera un examen, la verdad es que no había mucho por hacer, de modo que empezamos a tomar el té en la biblioteca de la escuela. La gente acostumbraba traer "colaboraciones"; recuerdo que alguien trajo pescado y a nadie le interesó, de modo que quedó en un estante, sobre unos libros, hasta que el olfato lo descubrió bastante tiempo después. Solíamos calentar la tetera con un calentador de alcohol; el único problema era qué hacer con las hojas. Pero las reuniones del Tea Club continuaban después del horario escolar, y entonces llegaban los limpiadores con escobas, trapos y cubos; echaban serrín y lo barrían, y nosotros arrojábamos las

hojas de té en los cubos. Esas primeras reuniones se celebraban en uno de los gabinetes de la biblioteca. Pero luego, como era verano, salíamos y tomábamos el té en Barrow's Stores, en la Corporation Street. En el Tea Room había una especie de compartimento, con una mesa para seis personas y dos grandes sillones, muy apartado, conocido como el Vagón de Tren. Éste llegó a ser nuestro lugar favorito, de modo que cambiamos el nombre de nuestro club por Barrovian Society, en honor de Barrow's Stores. Con posterioridad, fui editor del periódico de la escuela, el School Chronicle, y en una ocasión tuve que publicar una lista de alumnos que habían conquistado diversas distinciones: puse entonces un asterisco junto a los nombres de los miembros de nuestra sociedad, y al pie de la página, junto al asterisco, decía: "Además, miembros del T.C., B.S., etc.". ¡El significado fue un profundo misterio durante siete días!»

Hubo algunas pequeñas variaciones en este curioso grupo, pero pronto quedó definido un núcleo permanente integrado por Tolkien, Wiseman y Robert Quilter Gilson. «R.Q» había heredado de su padre un rostro vivaz y una mente rápida, pero quizá como reacción ante el entusiasmo paternal por la invención científica, dedicó sus energías más íntimas al dibujo, para el que revelaba gran talento. Hablaba poco aunque era ingenioso, amaba el siglo XVIII y la pintura renacentista. En esto, sus gustos y conocimientos contrastaban con los de sus dos amigos. Wiseman sabía de ciencias naturales y de música; se había convertido en un excelente matemático y en un compositor aficionado. «Jhon Ronald», como llamaban a Tolkien, era versado en lenguas germánicas y en filología, y se había dedicado a la literatura nórdica. Sin embargo, estos tres inquietos estudiantes tenían en común una gran pasión por las literaturas griega y latina, y su amistad creció con ese equilibrio entre los gustos y conocimientos compartidos y no compartidos.

La contribución de Tolkien a la «T.C., B.S.», como por fin la llamaron, reflejaba la amplia gama de sus lecturas en ese momento. Deleitaba a sus amigos recitando trozos de Beowulf, Pearl y Sir Gawain and the Green Knight, o narraba episodios espantosos de la Volsungasaga nórdica, dedicando al pasar alguna burla a Wagner, cuya interpretación de los mitos le parecía despreciable. Sus amigos no hallaban extraños de ningún modo estos despliegues de erudición; en realidad, según palabras de Wiseman, «la T.C., B.S. los aceptaba como otro ejemplo del hecho de que la misma T.C., B.S. era extraña». Tal vez lo fuera, aunque estas asociaciones eran (y son) bastante corrientes entre los adolescentes bien educados, cuando atraviesan una etapa de fervoroso descubrimiento intelectual.

Más tarde un cuarto miembro se añadió al grupo. Se trataba de Geoffrey Bache Smith, un año más joven que Gilson y casi tres que Tolkien. No era un clasicista como los otros, sino que provenía del sector moderno de la escuela. Vivía con su hermano y su madre viuda en West Bromwich y poseía lo que sus amigos consideraban «el ingenio de Midland». La T.C., B.S. lo aceptó en sus filas en parte por esto, y en parte porque tenía una característica demasiado rara en la King Edward's: conocía la literatura inglesa, y en particular la poesía, y él mismo era un poeta con ciertas aptitudes. Bajo la influencia de «G.B.S.», los miembros de la T.C., B.S. despertaron al significado de la poesía, como ya hiciera Tolkien poco tiempo antes.

Sólo dos profesores en la King Edward's intentaban enseñar literatura inglesa con seriedad. Uno era George Brewerton; el otro, R.W. Reynolds. Anteriormente crítico literario en una publicación de Londres, «Dickie» Reynolds intentaba infundir en sus alumnos cierta idea del gusto y del estilo. No había tenido ningún éxito particular con Tolkien, quien prefería la poesía griega y latina a Milton o a Keats. Pero las clases de Reynolds pueden haber tenido alguna relación con el hecho de que a los dieciocho años Tolkien empezara a escribir poesía con carácter de prueba. No escribió mucha, ni era muy buena; en todo caso no mejor que el promedio de los esfuerzos juveniles de la época. Incluso una composición descriptiva que escribiera en julio de 1910, titulada Wood-sunshine, resultaba levemente inverosímil. Incluía estas líneas:

Come sing ye light fairy things tripping so gay,
Like visions, like glinting reflections of joy
All fashion'd of radiance, careless of grief,
O'er this green and brown carpet; nor hasten away.

O! come to mel dance for mel Sprites of the wood,
O! come to mel Sing to me once ere ye fadel'[5]

Que un joven jugador de rugby de dieciocho años, con una fuerte predilección por Grendel y el dragón Fafnir, haya elegido como tema unas hadas bailando sobre la alfombra del bosque, puede parecer curioso. ¿Por qué querría Tolkien escribir sobre hadas?

Quizá J.M. Barrie tenga algo que ver con esto. En abril de 1910 Tolkien asistió en Birmingham a una representación de Peter Pan, y escribió en su diario: «Indescriptible, pero no la olvidaré mientras viva. Hubiese querido que E. estuviera conmigo». Aunque es probable que tuviese mayor importancia su entusiasmo por el poeta místico católico Francis Thompson. Al fin de sus años en la escuela conocía bien su poesía, y más tarde llegó a ser algo así como un experto en ella. En Wood-sunshine hay una marcada semejanza con un episodio de la primera parte de las Sister Songs de Thompson, en las cuales el poeta describe en primer término la visión de un elfo solitario, y luego, de un enjambre de espíritus del bosque en un claro; al moverse el elfo, los espíritus se desvanecen. Quizá naciera aquí el interés de Tolkien por tales cosas. Sea cual fuere el origen, en sus primeros poemas a menudo aparecen elfos que bailan.

Su principal preocupación durante 1910 fue trabajar duramente para el segundo intento de la beca de Oxford. Dedicaba tantas horas de estudio como podía, aunque había numerosas distracciones, y el rugby no era la menor. Pasó muchas tardes en el enfangado campo de juegos de la escuela, en Eastern Road, distante de su casa un largo trecho. Solía recorrerlo en la oscuridad, con la trémula luz de la lamparilla de petróleo en la bicicleta. A veces resultó herido jugando al rugby: en un partido se rompió la nariz, que nunca recuperó del todo su forma original; en otra ocasión se cortó la lengua, y aunque la herida se curó de forma satisfactoria, él atribuiría a este hecho su dicción imperfecta. (Aunque, en realidad, esa dicción era notoria antes de que se cortara la lengua, y su mala articulación se debía a que tenía demasiado que decir, y no a dificultad física alguna. Era capaz de recitar poesía con perfecta claridad.) Pasaba también mucho tiempo ocupado con los lenguajes, los históricos y los inventados. En la primavera de 1910 dictó una conferencia en la primera clase de la King Edward's con un denso título: «Las lenguas modernas de Europa: derivaciones y posibilidades». La lectura ocupó tres clases de una hora, y así y todo, el profesor lo detuvo antes de que pudiera llegar hasta las «posibilidades». Dedicaba también mucho tiempo a la Sociedad de Debates. En la King Edward's existía la costumbre de mantener un debate totalmente en latín; pero como para Tolkien esto era demasiado fácil, en uno de ellos asumió el papel de embajador de Grecia ante el Senado Romano, y habló exclusivamente en griego. Sorprendió también a todos cuando, en su carácter de enviado de los bárbaros, utilizó con fluidez el gótico, y en una tercera oportunidad, el anglosajón. Estas actividades le ocupaban muchas horas, y en verdad no hubiera podido decir que había invertido demasiado tiempo preparándose para la beca. De todos modos, salió para Oxford en diciembre de 1910 con bastante más confianza en sus posibilidades.

Esta vez tuvo éxito. El 17 de diciembre de 1910 supo que le había sido otorgada la beca Open Classical Exhibition para el Exeter College. El resultado no era el más satisfactorio, porque tenía sobrada capacidad para conseguir una beca mejor provista; la Exhibition, económicamente más modesta, era sólo de sesenta libras anuales. Sin embargo, se trataba de un éxito considerable; y con una beca de fin de curso de la King Edward's y la ayuda adicional del padre Francis podría asistir a Oxford.

Ahora que su futuro inmediato estaba asegurado, ya no tenía que continuar sus estudios con

---

[5] Venid a cantar, cosas ligeras como hadas brincando alegres, / como visiones, como brillantes reflejos de alegría, / hechas sólo de luz, despreocupadas del pesar, / sobre esta alfombra verde y marrón; y no os vayáis / ¡Oh, venid a mí, espíritus del bosque / ¡oh, venid a mí, cantad para mí antes de desvanceros!

apremio. Pero había aún mucho que hacer en los últimos cursos de la King Edward's. Fue prefecto, secretario de la Sociedad de Debates y secretario de rugby. Leyó, en la Sociedad Literaria de la escuela, un trabajo sobre las sagas nórdicas, ilustrado con lecturas en el idioma original. Por esa época descubrió el Kalevala finés, o Tierra de los Héroes, una colección de poemas que es el principal depósito de la mitología de Finlandia. Poco después escribió elogiosamente acerca de «ese extraño pueblo con esos dioses nuevos, esa raza de sencillos y escandalosos héroes carentes de la menor hipocresía», agregando: «cuanto más leo, más me siento en mi hogar, más me regocijo». Había descubierto el Kalevala en la traducción de W.H. Kirby para Everyman, y decidió conseguir una edición original en finés apenas pudiera.

El curso de verano de 1911 fue el último que cumplió en la King Edward's School. Concluyó, como era habitual, con la representación de una obra de teatro griega, en la que los coros empleaban melodías de music-hall. En esa ocasión se eligió La Paz de Aristófanes, y Tolkien representó el papel de Hermes. Luego se cantó en griego el himno nacional (otra costumbre de la King Edward's), y cayó el telón sobre su época escolar. «Mis familiares enviaron en mi busca al portero de la escuela —recordó años después—. Elles dijo que podía demorarme un poco; "en este momento", explicó, "es el alma de la fiesta". Demostró tacto. En verdad, como acababa de participar en una obra griega, estaba vestido con himatión y sandalias, y me entregaba a lo que creía una excelente versión de una frenética danza báquica.» Pero de pronto todo había terminado. Amaba su escuela, y odiaba abandonarla. «Me sentí como un gorrión joven arrojado de su alto nido.»

En las vacaciones de ese verano hizo un viaje a Suiza. Su hermano Hilary y él participaron en una excursión organizada por una familia llamada Brookes-Smith, en cuya granja de Sussex estaba trabajando entonces Hilary, quien había abandonado los estudios para dedicarse a la agricultura. Los viajeros eran una docena: los Brookes-Smith con sus hijos y una o dos maestras amigas, Ronald y Hilary Tolkien y su tía jane (ahora viuda). Llegaron a Interlaken y desde allí echaron a andar. Cincuenta y seis años más tarde Ronald recordaba la aventura:

«Fuimos a pie prácticamente todo el camino, cargados con grandes bolsos, por senderos de montaña, desde Interlaken hasta Lauterbrunnen, y luego a Mürren, y por fin hasta lo más alto del Lauterbrunnenthal; un desolado paisaje de morenas. Dormíamos —los hombres— en duras condiciones, con frecuencia sobre una parva de heno o en un establo, porque seguíamos el mapa, evitábamos las carreteras y jamás reservábamos habitaciones; después del frugal desayuno, comíamos al aire libre. Debimos continuar luego hacia el este, por los dos Scheidegge en dirección a Grindelwald, dejando a nuestra derecha Eiger y Munch, y a su tiempo llegamos a Meiringen. Me alejé con pena de la imagen de lajungftau, mientras la afilada cumbre del Silberhorn se recortaba contra un cielo azul profundo.

»Entramos a pie en Brig, un puro recuerdo de ruido: una red de tranvías chillando sobre sus rieles por lo menos unas veinte horas por día. Al día siguiente trepamos unos miles de metros hasta un "village" al pie del glaciar de Aletsch, y allí pasamos varias noches en una hostería, bajo techo y en camas (o mejor dicho debajo de ellas: una bett es un saco informe donde uno se mete).

»Un día hicimos una larga marcha con guías hasta el glaciar de Aletsch, donde estuve a punto de morir. Teníamos guías, pero o bien los cálidos efectos del verano estaban más allá de su conocimiento, o no les importaba mucho, o salimos demasiado tarde. De todos modos, a mediodía seguíamos en fila, atados, por un estrecho sendero con una ladera nevada que ascendía hasta el horizonte a la derecha, y a la izquierda una profunda hondonada. El verano había fundido mucha nieve, y había a la vista piedras y rocas que (según supongo) el resto del año estarían cubiertas. Con el calor del día el deshielo continuó, y nos alarmamos al ver que muchas de aquellas piedras comenzaban a rodar por la ladera cada vez a mayor velocidad: algunas eran del tamaño de una naranja, otras del de un balón de fútbol, y las había aun mayores. Atravesaban, silbando, nuestro sendero lanzándose a la hondonada. Empezaban a moverse lentamente, y por lo común descendían siguiendo una línea recta, pero el camino era escabroso y había que mirar dónde pisábamos. La per-

sona que iba delante de mí (una maestra de escuela de edad madura) lanzó un brusco chillido y dio un salto hacia adelante mientras una enorme roca pasaba disparada entre ambos, apenas a unos centímetros de mis cobardes rodillas.

»Después de esto nos dirigimos a Valais; aquí mis recuerdos son menos claros, aunque no he olvidado la entrada en Zermatt, al anochecer; nuestro aspecto era lamentable y las bourgeoises dames francesas nos miraban a través de sus impertinentes. Ascendimos con guías hasta una cabaña muy alta del Club Alpino, atados (de lo contrario yo habría caído a una profunda grieta abierta en la nieve), y recuerdo la deslumbrante blancura del escabroso desierto de hielo que se extendía entre nosotros y el cuerno negro del Matterhorn, a algunos kilómetros.»

Antes de iniciar el viaje de regreso a Inglaterra, Tolkien compró algunas postales. Entre ellas había una reproducción de una pintura del artista alemán Madelener. Se llama Der Berggeist, el espíritu de la montaña, y muestra a un anciano de barba cana, sombrero redondo de ala ancha y largo manto, sentado en una roca debajo de un pino. Habla con un fauno blanco que está frotándose la nariz con las manos, al que observa con expresión cómica y a la vez compasiva; a lo lejos se vislumbran unas montañas rocosas. Tolkien guardó con sumo cuidado esta postal, y mucho más tarde escribió en el sobre donde la conservaba: «Origen de Gandalf».

A principios de septiembre, los turistas volvían a Inglaterra. Ya en Birmingham, Tolkien empacó sus pertenencias, y a fines de la segunda semana de octubre aceptó el generoso ofrecimiento de su antiguo profesor «Diclue» Reynolds, quien lo llevó hasta Oxford en su automóvil para el comienzo del primer curso universitario.

5 Oxford

Cuando el coche entró en Oxford, Ronald ya había decidido que allí sería feliz. Era una ciudad a la cual podía querer y venerar, después de la sordidez y la monotonía de Birmingham. Desde luego, para un observador fortuito, el college al que asistiría Tolkien, Exeter, no era el más hermoso de la universidad. El insípido frente de George Gilbert Scott y la capilla, una copia igualmente insípida de la Sainte Chapelle, no eran en verdad más notables que el falso gótico de Barry en Birmingham. Pero a pocos metros estaba el Fellow's Garden, donde los altos y plateados abedules se elevaban por encima de los techados, y los castaños extendían sus ramas sobre el muro hacia la Brasenose Lane y la Radcliffe Square. Y para Ronald Tolkien era su colegio, su hogar, el primer hogar verdadero que conocía desde la muerte de su madre. Al pie de la escalera estaba su nombre pintado en una tabla, y los desparejos escalones de madera con la ancha barandilla negra conducían a sus habitaciones: un dormitorio y un sencillo pero bonito salón que daba a la estrecha Turl Street. Era perfecto.

Hacia 1911, en Oxford, la mayoría de los estudiantes sin grado académico pertenecía a prósperas familias de clase alta, muchas de ellas miembros de la aristocracia. Era para este tipo de jóvenes que la universidad, en ese momento, estaba primordialmente provista; y a esto se debía el estilo de vida en muchos aspectos lujoso, con scouts (criados del college) que atendían a los estudiantes en sus habitaciones. Pero aparte de los ricos y los aristócratas, había un grupo muy diferente de estudiantes, los poor scholars, quienes, si bien no puede decirse que fueran pobres, no procedían de familias ricas, y sólo les era posible asistir a la universidad merced a la ayuda financiera de las becas. El primer grupo no siempre hacía agradable la vida al segundo, y si Tolkien (de clase media) hubiese estado en alguno de los colleges más elegantes, probablemente habría sido víctima de una buena cantidad de esnobismo. En cambio, y por fortuna para él, no existía en el Exeter College una tradición semejante de distinción social.

También fue una suerte para Tolkien que entre los estudiantes del segundo año de su college hubiese dos católicos que lo recibieran y lo ayudaran a instalarse. A partir de ese momento, hizo amistades con rapidez. Tenía que ser cuidadoso con el dinero, ya que sus recursos eran escasos, y vivir en una sociedad organizada para el gusto de los ricos no era fácil. Su scout le llevaba un frugal desayuno, café y tostadas, a sus habitaciones; pero existía la tradición de invitar a los amigos, lo cual exigía ofrecer algo más sustancial a expensas propias. La comida del mediodía consistía en pan, queso y cerveza, y también era llevada por el scout, en tanto que la cena, que se celebraba formalmente en el Hall, no era cara. Era agradable aceptar el vino o la cerveza que ofrecían los amigos, pero había que retribuir el gesto. El sábado por la mañana, cuando llegaba la cuenta del college (el battel), podía ser desagradablemente elevada. Además había que adquirir ropas y algunos muebles para las habitaciones, puesto que el college sólo cubría las necesidades mínimas. El costo de todo esto aumentaba a gran velocidad, y aunque los comerciantes de Oxford estuvieran acostumbrados a conceder crédito casi ilimitado, finalmente había que pagarles. Un año más tarde, Tolkien escribía que «tenía una buena cantidad de cuentas para las que no encontraba explicación», y agregaba: «La cuestión del dinero no es muy placentera».

Pronto se entregó de lleno a las actividades universitarias. Jugaba al rugby, aunque no llegó a ser una figura destacada en el equipo de su college. No remaba, ese deporte era en Oxford el coto privado de los estudiantes de las escuelas más caras, pero se asoció al Club de Ensayos y a la Sociedad Dialéctica de la Universidad. También participó en la sociedad de debates, llamada Stapeldon, y pronto creó su propio club. Tenía el nombre de Apolausticks («los devotos de la autoindulgencia») y lo integraban en su mayoría estudiantes del primer curso, como él. Había ponencias, discusiones y debates, y también grandes y extravagantes cenas. Aunque un grado más sofisticado que los tés en la biblioteca de la escuela, todo era expresión del mismo instinto que había conducido a la creación de la T.C., B.S. Tolkien estaba a sus anchas en grupos de amigos

donde hubiera buena conversación, abundancia de tabaco (ahora era firme partidario de la pipa, con ocasionales incursiones en los cigarrillos caros), y compañía masculina.

En Oxford la compañía debía ser masculina. Por supuesto, había mujeres que asistían a las clases, pero residían en los colleges femeninos, horrendos enclaves en las afueras de la ciudad, y no les estaba permitido acercarse a los jóvenes, si no lo hacían junto a un severo chaperon. De todos modos, los hombres preferían estar entre ellos. En su mayoría procedían de escuelas de varones y aceptaban de buena gana el tono masculino de Oxford.

Usaban para comunicarse una curiosa jerga que convertía breakfast en brekker, lecture en lekker, Union en Ugger, sing-song [sonsonete] en sigger-sogger y practical joke [broma pesada] en pragger-jogger. Tolkien adoptó esta forma de discurso y también se unió con entusiasmo a los rags entre Town y Gown[6] que por entonces eran populares. Presentamos aquí su propia versión acerca de los entretenimientos, bastante típicos, de una noche:

«A las nueve menos diez oímos un distante rumor de voces y nos enteramos de que algo se tramaba, de modo que salimos corriendo del college y estuvimos en el centro de la diversión unas dos horas. Durante casi una hora dominamos la ciudad, y también a la policía y a los proctors.[7] Geoffrey y yo "capturamos" un autobús y lo llevamos hasta Cornmarket haciendo diversos ruidos extraterrenos; mientras nos seguía una loca muchedumbre compuesta de universitarios y gentes de la ciudad. Estaba repleto de no graduados antes de llegar al Carfax. Allí dirigí una breve arenga a la enorme muchedumbre antes de descender y regresar al maggers memugger o Martyr's Memorial, donde volví a dirigirme a la multitud. ¡Nada de esto tuvo consecuencias disciplinarias!»

Este tipo de conducta ruidosa y grosera era más común entre los estudiantes de clase alta que entre los poor scholars como Tolkien, quienes en su mayoría evitaban esas actividades y se dedicaban a sus estudios; pero Tolkien era demasiado sociable para quedar al margen de nada animado que ocurriera. Lo cierto es que, como resultado de esto, no estaba trabajando mucho.

Asistía a clases regulares y leía a los clásicos, pero el Exeter College no tenía en esa época —durante sus dos primeros cursos— un profesor residente de literaturas clásicas, y cuando el puesto fue cubierto (por E.A. Barber, buen erudito pero frío maestro) Tolkien se había vuelto perezoso. Estaba aburrido de los autores griegos y latinos y lo excitaban mucho más las literaturas germánicas. No tenía interés por las clases sobre Cicerón y Demóstenes, y se alegraba cuando podía refugiarse en sus habitaciones para seguir trabajando en sus lenguajes inventados. Había, sin embargo, una parte del programa que le interesaba. Había elegido como tema especial Filología Comparada, y esto significaba que asistía a las clases del extraordinario joseph Wright.

Joe Wright era un verdadero self-made man, oriundo de Yorkshire, que se había abierto camino desde los más humildes orígenes hasta convenirse en profesor de filología comparada. Había trabajado como cardador de lana desde los seis años, sin tener la oportunidad de aprender a leer y a escribir. Pero a los quince sintió celos de sus compañeros que podían leer los periódicos, de modo que aprendió por su cuenta el alfabeto. Esto no le llevó demasiado tiempo y sólo aumentó su deseo de aprender, de modo que estudió, en una escuela nocturna, francés y alemán. También aprendió por sí solo latín y matemáticas, estudiando hasta las dos de la madrugada aunque debía levantarse a las cinco para ir a trabajar. A los dieciocho años, pensó que era su obligación transmitir a otros sus conocimientos, y creó una escuela nocturna en el dormitorio de la casa de su madre viuda, cobrando dos peniques semanales a sus compañeros de trabajo. Cuando llegó a los veintiuno, decidió utilizar sus ahorros estudiando en una universidad alemana; tomó un barco hacia Amberes y caminó, en varias etapas, hasta Heidelberg, donde se interesó por la filología. Y así, el antiguo cardador de lana estudió sánscrito, gótico, búlgaro antiguo, lituano, ruso, noruego antiguo, sajón antiguo, viejo y mediano alemán e inglés antiguo, y alcanzó por fin el doctorado. De regreso a Inglaterra, se

[6] Correrías estudiantiles entre *Town* = ciudad y *Gown* = toga de los universitarios.
[7] Funcionarios de la universidad a cargo de la disciplina.

estableció en Oxford, donde muy pronto fue designado profesor adjunto de Filología Comparada. Esto le permitió alquilar una casa pequeña en Norham Road y contratar un ama de llaves. Vivía con la economía típica de la gente de Yorkshire: acostumbraba beber cerveza, que compraba en pequeños barriles, pero al notar que se consumía demasiado aprisa, dispuso que Sarah, su ama de llaves, la comprara, y él pagaría por cada vaso que bebiese. Continuó trabajando sin cesar, y escribió una serie de textos de enseñanza de lenguas, entre ellos el manual de gótico que constituyera una revelación para Tolkien. Y comenzó también su English Dialect Dictionary, que se publicó más tarde en seis enormes volúmenes. Jamás perdió su acento de Yorkshire, y siempre pudo hablar con fluidez el dialecto de su pueblo natal. Por las noches trabajaba hasta la madrugada. Su casa estaba dividida en dos, y en la otra mitad residía el doctor Neubauer, lector de Literatura Rabínica. Neubauer no podía trabajar con luz artificial pues estaba mal de la vista. A la madrugada, cuando Wright se iba a dormir, golpeaba la pared para despertar a su vecino, a quien decía: «Buenos días». Neubauer respondía: «Buenas noches».

Wright se casó con una de sus ex alumnas. Tuvieron dos niños que murieron en la infancia. A pesar de eso, el matrimonio llevó adelante una vida estoica y activa en una gran casa construida en la Banbury Road, sobre diseño del propio Joe. En 1912 Ronald Tolkien se presentó a Wright como discípulo, y siempre recordó «la vastedad de la mesa del comedor de Joe Wright, ante cuyo extremo me senté, solo, a estudiar los elementos de la filología griega, con la última luz en los cristales, mientras crecía la oscuridad». Con seguridad, tampoco olvidaría aquellos colosales tés de Yorkshire ofrecidos por los Wright las tardes de los domingos, cuando Joe cortaba, de una tarta de cerezas de peso pesado, trozos dignos de Garganta, y Jaca, el terrier aberdeen, ejecutaba su número especial para las fiestas, consistente en chasquear ruidosamente los labios cuando su amo pronunciaba la palabra gótica para higuera, smakka-bagms.

Como profesor, Wright comunicó a Tolkien su enorme entusiasmo por la filología, el tema que lo había sacado de la oscuridad y la miseria. Wright fue siempre un maestro exigente, y eso era lo que Tolkien necesitaba. Había empezado a sentirse un poco superior a sus compañeros de literaturas clásicas por su conocimiento mucho más amplio de la lingüística, pero encontraba ahora a alguien que podía decirle cuánto tiempo le faltaba aún por recorrer. Al mismo tiempo, Joe Wright alentaba sus iniciativas. Cuando se enteró de que Tolkien tenía un interés embrionario por el galés, le aconsejó que persistiera, aunque le dio ese consejo en su característico estilo de Yorkshire: «Dedícate al celta, muchacho; ahí hay dinero».

Tolkien siguió este consejo, aunque no del modo como Joe Wright se imaginaba. Logró encontrar libros de galés medieval, y comenzó a leer la lengua con la que quedó fascinado desde que viera algunos nombres en los vagones de carbón. No se decepcionó; en verdad, confirmó todas sus expectativas de belleza. Belleza: eso era lo que le gustaba del galés; la apariencia y el sonido de las palabras, independientemente de su significado. Dijo en cierta ocasión: «La mayoría de la gente de habla inglesa, por ejemplo, admitirá que cellar door[8] es "hermosa", en especial si la palabra se disocia de su significado (y de las letras que la componen). Más hermosa, digamos, que sky y mucho más hermosa que beautiful. Pues bien, para mí, en el galés las cellar doors se dan con extraordinaria frecuencia». Lo entusiasmaba tanto el galés que es extraño que no visitara Gales en esa época. Aunque de algún modo esto caracterizaba su vida. Si bien estudió la literatura antigua de muchos países, visitó pocos de ellos, muchas veces por la fuerza de las circunstancias, pero en parte, tal vez, por falta de inclinación. Y en realidad, una página de un texto medieval puede ser más poderosa que la realidad moderna del país donde nació.

Durante sus días de estudiante universitario, Tolkien desarrolló el interés de su infancia por el dibujo y la pintura, y empezó a demostrar cierta habilidad, particularmente en el esbozo de paisajes. También se ocupó mucho de la caligrafía, aprendiendo gran cantidad de estilos. Este interés era una combinación de su entusiasmo por las palabras y su mirada de artista, pero reflejaba también su

[8] *Cellar door*, puerta de sótano; *sky*, cielo; *beautiful*, hermoso, hermosa.

personalidad multifacética; alguien que lo conoció durante esos años observó (con cierta exageración): «Tenía un estilo caligráfico para cada uno de sus amigos».

Sus primeras vacaciones de la universidad, en la Navidad de 1911, lo llevaron a visitar sus antiguos lares. La T.C., B.S. había sobrevivido a su partida de la King Edward's, y se preparaba ahora para el mayor acontecimiento de su breve historia: la representación de Los Rivales, de Sheridan. R.Q Gilson, un entusiasta del siglo XVII, había presentado la propuesta, y como su padre era el rector no tuvo dificultad en obtener el correspondiente permiso, aunque jamás se había puesto en escena una obra teatral de autor inglés. Gilson y Christopher Wiseman, quienes seguían siendo alumnos de la King Edward's, designaron los papeles que representarían sus amigos. Era clara la elección de G.B. Smith, quien aún no era considerado un miembro pleno de la T.C., B.S. pero que agradaba a todos. ¿Y quién representaría el papel cómico fundamental de la señora Malaprop? ¿Quién sino Jhon Ronald? De modo que Tolkien, al término de su primer curso en Oxford, se dirigió a Birmingham para participar en los ensayos finales.

La obra sólo se representaría una vez. Ocurrió que el ensayo con trajes terminó bastante antes de la hora de levantar el telón, y, en lugar de quedarse en la sala, la T.C., B.S. decidió tomar el té en Barrow's (la tienda que había proporcionado la «B» a la T.C., B.S.) ocultando sus disfraces debajo de las chaquetas. El «vagón de tren» estaba vacío cuando llegaron, de modo que se quitaron las chaquetas. Durante el resto de sus vidas permaneció en la memoria de todos la sorpresa de la camarera y del personal de la tienda.

Acerca del espectáculo, el periódico de la escuela informó: «La señora Malaprop de J.R.R. Tolkien fue excelente en todos los aspectos, sin excluir de ningún modo la caracterización. R.Q Gilson, en su papel de Captain Absolute, fue un héroe muy atractivo y llevó el peso de una parte muy extensa con admirable espíritu y habilidad; y el colérico Sir Anthony, de C.L. Wiseman, fue extremadamente eficaz. Entre los papeles menores, es digna del mayor elogio la interpretación de Faulkland, un papel difícil e ingrato, ofrecida por G.B. Smith». Este encuentro afirmó la amistad de Tolkien con G.B. Smith, amistad que habría de ser larga y productiva. Smith fue considerado, a partir de ese momento, un miembro de pleno derecho de la T.C., B.S.

En las vacaciones del verano de **1912,** Tolkien pasó dos semanas con el King Edward's Horse, un regimiento territorial de caballería al que se había enrolado poco tiempo antes. Disfrutó galopando por las llanuras de Kent —el campamento estaba cerca de Folkestone— pero fueron unos días húmedos y ventosos, y muchas veces las tiendas se volaban durante la noche. Esta experiencia de la vida a caballo y en campamento fue suficiente para él, y algunos meses más tarde renunció a dicho regimiento. Al concluir este breve período de vida militar, pasó el resto de sus vacaciones recorriendo Berkshire a pie, trepando a las sierras y haciendo dibujos de los pueblos. Y así, demasiado pronto, terminó su primer curso universitario.

El haber trabajado poco hizo que adoptara hábitos ociosos. En Birmingham concurría a misa varias veces a la semana, pero sin la vigilancia del padre Francis le era más fácil quedarse acostado hasta tarde, en particular después de haber permanecido casi toda la noche conversando con los amigos y fumando delante del fuego. Recordó luego con tristeza que sus primeros tiempos en Oxford habían transcurrido «con poca o ninguna práctica de la religión». Trató de corregirse y llevaba, para Edith, un diario donde registraba los fallos y malas acciones en los que había incurrido. Pero aunque ella era para él un brillante ideal —¿acaso no se habían jurado amor mutuo, acaso esto no los comprometía?— tenía prohibido escribirle hasta que cumpliera los veintiún años, y esto no ocurriría hasta vanos meses después. Mientras tanto, podía pasar alegremente el tiempo con cenas caras, conversaciones hasta el amanecer, y horas entregadas al galés medieval y a los lenguajes inventados.

Fue en estos días cuando descubrió el finlandés. Había esperado aprender algo de esa lengua desde que leyera el Kalevala en traducción inglesa, y en la biblioteca del Exeter College encontró una gra-

mática finesa. Con su ayuda atacó el lenguaje original de los poemas. Más tarde dijo: «Era como descubrir una bodega llena de botellas de vinos sorprendentes, de especie y sabor nunca antes catados. Fue embriagador».

Jamás aprendió el idioma lo suficiente como para hacer otra cosa que abrirse paso a través de parte del Kalevala original, pero el efecto de esto sobre su invención de lenguajes fue notable y definitorio. Abandonó el neogótico y empezó a crear un lenguaje privado muy influido por el finés; fue el que con el tiempo aparecería en los textos sobre el «Quenya» o el «Alto Elfo». Esto no ocurriría hasta después de muchos años; sin embargo, la semilla de lo que vendría germinaba ya en su mente. Leyó un estudio sobre el Kalevala en una de las sociedades de la universidad, y en ella habló de la importancia del tipo de mitología que se hallaba en los poemas finlandeses. «Estas baladas mitológicas —dijo— están llenas de esa vegetación de baja altura, muy primitiva, que la literatura de Europa ha cercenado y reducido en general durante muchos siglos, con distinto grado de éxito según las diferentes personas. » Y agregó: «Querría que tuviéramos más de esto atesorado, algo de este mismo carácter y que hubiera pertenecido a los ingleses». Era una idea excitante: quizá pensaba ya en crear esa mitología para Inglaterra.

En la Navidad de 1912 estuvo en Barnt Green, cerca de Birmingham, con los Incledon. Esta familia solía animar sus fiestas montando alguna pequeña pieza teatral; en esa ocasión, el mismo Ronald escribió la obra que representaron. Se llamaba «El Sabueso, el Jefe y la Sufragista». Posteriormente, a lo largo de su vida, Tolkien mostró cierto desdén por el drama, pero en esa oportunidad no sólo fue el autor, sino también el actor principal, encarnando el papel del «Profesor Joseph Quilter, M.A., B.A., A.B.C., alias el detective de fama mundial Sexton Q Blake-Holmes, el Sabueso», quien busca a una heredera perdida llamada Gwendoline Goodchild. Mientras tanto, la heredera se ha enamorado de un humilde estudiante que vive en la misma casa de pensión que ella y debe mantenerse oculta de su padre hasta cumplirlos veintiún años —dos días más tarde—, fecha en que será libre de casarse.

Esta disparatada historia familiar era más realista de lo que los Incledon pensaban. No sólo Ronald cumpliría los veintiuno pocos días más tarde, sino que se proponía también reunirse con Edith Bratt, a quien había esperado casi tres años, y que —estaba muy seguro— también lo esperaba a él. Cuando el reloj dio la medianoche, señalando el comienzo del 3 de enero de 1913, su mayoría de edad, se sentó en la cama y le escribió una carta, renovando su declaración de amor y preguntándole: «¿Cuánto tiempo pasará antes de que podamos unirnos otra vez, ante Dios y el mundo?».

Pero cuando Edith respondió, fue para decir que se había comprometido con George Field, hermano de Molly, su compañera de escuela.

6 Reunión

El podría haber decidido olvidar a la muchacha. Sus amigos desconocían su existencia, y jamás había informado de ella a sus tíos o primos. Sólo el padre Francis estaba al tanto, y aunque ya no era legalmente el tutor de Ronald, seguía pensando que el vínculo no debía reanudarse. De modo que Ronald podría haber roto la carta y dejado que Edith se casara con George Field.

Pero no era posible romper a la ligera las declaraciones y promesas de los tiempos de Duchess Road. Además, en los últimos tres años Edith había sido su ideal, su inspiración, su esperanza para el futuro. Él había nutrido y cultivado ese amor de modo que creciera en secreto, aunque su único sostén era el recuerdo de un romance adolescente y algunas fotografías de cuando ella era aún una niña. A Ronald sólo se le ocurrió una actitud: ir a Cheltenham, y pedirle que rompiera con George Field y se casara con él.

En el fondo estaba seguro de que Edith lo aceptaría. Así lo daba a entender ella en su carta, donde explicaba que sólo se había comprometido con George por lo amable que él había sido; sentía que estaba desperdiciando su vida, no conocía a ningún otro joven, y después de los tres años transcurridos, no creía que Ronald quisiera volver a verla. «Empecé a dudar de ti, Ronald —le decía en la carta—, y pensé que no te preocuparías más por mí.» Pero también señalaba que todo había cambiado ahora que él escribía renovando su promesa de amor.

Entonces, el miércoles 8 de enero de 1913 Ronald viajó en tren a Cheltenham; Edith lo esperaba en la estación. Salieron a caminar al campo y se sentaron a hablar debajo de un viaducto ferroviario. Al fin de ese día Edith había resuelto romper con George Field y casarse con Ronald Tolkien.

Escribió a George y le devolvió su anillo; al principio, el pobre muchacho se sintió terriblemente disgustado, y su familia, ofendida y furiosa. Pero al poco tiempo no se habló más del asunto y todos volvieron a ser amigos. Inquieta ante la posible reacción familiar, la pareja no anunció su compromiso y prefirió esperar hasta que las perspectivas de Ronald fueran más claras. Pero Ronald Tolkien regresó a Oxford con «una explosiva felicidad».

Al llegar, lo primero que hizo fue escribir al padre Francis y anunciarle que pensaba casarse con Edith. Abrigaba temores, pero la respuesta del sacerdote fue serena y resignada, aunque nada entusiasta. Con todo, era una buena noticia, pues aunque el padre Francis ya no era el tutor legal de Ronald, continuaba proporcionándole cierto apoyo financiero muy necesario y era por tanto esencial que tolerara el compromiso.

Ahora que se había reunido con Edith, era necesario que volcara toda su atención en el primero de los dos exámenes que debía aprobar para obtener su grado en Clásicas, llamado Honour Moderations.[9] Intentó preparar en seis meses el trabajo que debería haber realizado en los cuatro términos anteriores, pero no era fácil romper el hábito de quedarse hasta muy tarde conversando con los amigos, y hallaba difícil levantarse temprano por la mañana, aunque, como muchos antes que él, acusaba de esto al clima húmedo de Oxford y no a la costumbre de trasnochar. Cuando comenzaron los exámenes, a fines de febrero, estaba todavía mal preparado en varias materias. Se sintió, en general, aliviado, cuando supo que al menos había logrado honores de Segunda Clase.

Sabía que hubiese debido conseguir mejores resultados. No es fácil lograr honores de Primera Clase, pero está dentro de las posibilidades del estudiante capaz dedicado de lleno a su trabajo. Eso es lo que se espera de alguien que piensa seguir una carrera académica, y Tolkien ya tenía en mente esa idea. Sin embargo, había alcanzado un «alfa puro» —un trabajo escrito prácticamente sin

[9] *Honour Moderations,* como la mayoría de los exámenes de Oxford, comprende una cantidad de textos escritos sobre diversos aspectos del tema del candidato. La calificación va ría, en orden de mérito descendente, de la Primera Clase a la Cuarta.

errores— en su tema especial, Filología Comparada. Esto era en parte un tributo a la excelencia de las enseñanzas de Joe Wright, y también, un indicio de que el talento mayor de Tolkien se orientaba a este campo; y el Exeter College lo tuvo en consideración. Decepcionó a sus autoridades que uno de sus becarios no consiguiera la Primera Clase, pero se sugirió que, si había obtenido un alfa en filología, debía convertirse en filólogo. El doctor Farnell, rector de Exeter, sabía que Ronald se interesaba en el inglés antiguo y medio, y en las lenguas germánicas; ¿no sería sensato entonces que pasara a la Escuela de Inglés? Tolkien aceptó, y a comienzos de 1913 abandonó los cursos de Clásicas, y empezó a asistir a los de Inglés.

La Honour School of English Language and Literature era todavía joven, según los criterios de Oxford, y estaba dividida por el centro. De un lado estaban los filólogos y medievalistas, para los que la literatura posterior a Chaucer carecía de la importancia suficiente para constituir la base de un programa de cursos que condujera a la graduación. Del otro, los entusiastas de la literatura «moderna» (es decir, desde Chaucer hasta el siglo XIX), quienes consideraban que el estudio de la filología y del inglés antiguo y medio no era más que un «pedantesco traficar con las palabras». En cierto sentido, era un error obligar a ambos grupos de opinión a comprimirse en la misma Honours School. El resultado era que los estudiantes que elegían la especialización en Lenguaje (es decir, inglés antiguo y medio, y filología) debían de todos modos leer una buena cantidad de literatura moderna; y quienes optaban por Literatura (el curso moderno) debían también estudiar los textos del Anglo-Saxon Reader de Sweet y algo de filología. Ambos cursos eran transacciones, y nadie estaba satisfecho del todo.

Era fácil imaginar qué parte de la escuela elegiría Tolkien. Se especializaría en estudios lingüísticos; su tutor sería Kenneth Sisam, un joven neozelandés adjunto de A.S. Napier, el profesor de Lenguaje y Literatura Inglesa. Después de entrevistarse con Sisam y dar una ojeada al programa, Tolkien se sintió «sobrecogido por el pánico, porque me es imposible imaginar cómo puede proporcionarme suficiente trabajo honesto para dos años y un trimestre». Todo parecía demasiado sencillo y familiar: ya conocía bien muchos de los textos que debería leer, e incluso sabía un poco de noruego antiguo, que escogería como tema especial (con el experto en islandés, W.A. Craigie). Al principio, además, Sisam no parecía que fuese un tutor demasiado comunicativo. Era un hombre apenas cuatro años mayor que Tolkien, sereno y sin la autoritaria presencia de Joe Wright. Pero era un erudito preciso y laborioso, y Ronald sintió pronto respeto y simpatía por él. En cuanto al trabajo mismo, Tolkien pasaba más tiempo en su escritorio que cuando estudiaba Clásicas. No era tan fácil como había esperado, ya que el nivel de la Oxford English School era muy alto; pero pronto alcanzó un firme dominio del programa y comenzó a escribir largos e intrincados ensayos sobre «Problemas de diseminación del cambio fonético», «El alargamiento de las vocales en los tiempos del inglés antiguo y medio» y «Elementos anglonormandos en el inglés». Le interesaba en especial aumentar sus conocimientos sobre el dialecto de West Midland en el inglés medio, a causa de la vinculación de éste con sus antepasados y su propia infancia. Leyó también unas cuantas obras en inglés antiguo que no había encontrado anteriormente.

Entre ellas el Grist de Cynewulf, un conjunto de poemas anglosajones de índole religiosa. Dos líneas de esta obra lo impresionaron en particular:

> Eala Earendel engla beorhtast
> ofer middangeard monnum sended.

[Hail Earendel, brightest of angels / above the middle-earth sent unto men.][10] El diccionario anglosajón define Earendel como «luz brillante, rayo», pero aquí es evidente que tiene un sentido especial. Tolkien interpretaba que se refería a Juan el Bautista, aunque creía que Earendel había sido

[10] Salve Earendel, el más brillante de los ángeles / enviado a los hombres sobre la media tierra.

en sus orígenes el nombre de la estrella que precede el alba, es decir, el planeta Venus. Su aparición en los versos de Cynewulf lo conmovió de un modo extraño. «Sentí una curiosa excitación —escribió mucho más tarde—, como si saliendo de un sueño, algo se agitara en mí. Detrás de aquellas palabras había algo muy remoto, raro y hermoso, si podía asirlo, algo que estaba mucho más allá del antiguo inglés.»

Cuando estudió el tema especial, encontró todavía más cosas que excitaron su imaginación. El noruego antiguo (o islandés antiguo, los términos son intercambiables) es la lengua que llevaron a Islandia los noruegos al huir de su tierra natal en el siglo IX. Tolkien, que ya conocía algo de noruego, inició el estudio a fondo de su literatura. Leyó las sagas y la Edda Menor, o prosaica, así como la Edda Mayor, o poética, y encontró la fuente de los mitos y leyendas de Islandia.

Edda Mayor es el nombre que recibe una colección de poemas, algunos incompletos o corrompidos, cuyo manuscrito principal data del siglo XIII, aunque muchos de los poemas son más antiguos, originarios quizá de un período anterior al establecimiento en Islandia. Algunos son heroicos y describen el mundo de los hombres, y otros son mitológicos y se refieren a los hechos de los dioses. Entre los poemas narrativos mitológicos de la Edda Mayor el más extraordinario es el Voluspa, o Profecía de la Vidente, que narra la historia del cosmos desde su creación y predice su destino. Es el más notable de todos los poemas germánicos, data del final del paganismo nórdico, del momento en que los viejos dioses ceden su lugar al cristianismo; su representación del mundo pagano genera un sentimiento de misterio y temor reverencial, de estar ante la presencia de un mito vivo. Ejerció un profundo encanto sobre la imaginación de Tolkien.

En los meses que siguieron al reencuentro, el problema de la religión de Edith comenzó a preocupar a ambos. Si se casaban por la iglesia de Ronald, ella debería convertirse al catolicismo. En realidad, le hubiera alegrado hacerlo, puesto que en un tiempo su familia había sido católica. Pero no era tan sencillo. Edith había sido miembro de la Iglesia de Inglaterra, y un miembro muy activo. Mientras estuvo separada de Ronald, gran parte de su vida se centró en la iglesia parroquial de Cheltenham, en cuyas actividades había participado. En consecuencia, su prestigio allí era considerable. Se trataba de una buena parroquia, típica de una ciudad elegante. Y ahora Ronald pretendía que renunciara a todo eso y entrase en una Iglesia donde nadie la conocía; desde este punto de vista, no era una perspectiva apetecible. Por otro lado temía que su «tío» Jessop, en cuya casa vivía, se enojara, ya que, como mucha gente de su clase y edad, era violentamente anticatólico. ¿Permitiría que continuara viviendo bajo su techo hasta el día del casamiento si se transformaba en una «papista»? Era una situación compleja, y Edith sugirió a Ronald que postergaran la solución hasta tanto el compromiso fuera oficial, o hasta que la fecha de la boda estuviese próxima. Pero él no pensaba del mismo modo. Deseaba que ella actuara de inmediato. Despreciaba a la Iglesia de Inglaterra, decía que no era más que «un batiburrillo patético y fantasmal de tradiciones recordadas a medias y creencias mutiladas». Y si Edith era perseguida por su decisión de ser católica, pues eso era precisamente lo que le había ocurrido a su propia querida madre, y ella supo soportarlo. «Creo también firmemente —escribió a Edith— que ninguna reserva o temor mundano deben apartarnos de seguir sin vacilación la luz. » (Ronald había vuelto a oír misa con regularidad, resuelto, tal vez, a pasar por alto sus negligencias del año anterior.) Era indiscutible que para él la conversión de Edith era un asunto emocional, y en parte, aunque no quisiese admitirlo, una forma de probar su amor tras la infidelidad de comprometerse con George Field.

Edith hizo lo que él deseaba. Transmitió a los Jessop su decisión de convenirse al catolicismo; «tío» reaccionó como ella temía: ordenándole abandonar la casa apenas consiguiera otro alojamiento. Ante esta crisis, Edith decidió compartir una vivienda con su prima Jennie Grove, una mujer de edad mediana, pequeña y resuelta, con un defecto en la espalda. Juntas empezaron a buscar casa. Consideraron la posibilidad de establecerse en Oxford para que Edith pudiera estar cerca de Ronald; sin embargo, ella desechó la idea. Tal vez estaba resentida por la presión que él ejerciera en el asunto del catolicismo, pero lo cierto es que, hasta que se casara, prefería llevar una vida independiente.

Las dos mujeres decidieron por fin establecerse en Warwick, que no estaba lejos de su Birmingham natal y que era un sitio mucho más atractivo que la ciudad. Después de una breve búsqueda, encontraron un alojamiento temporáneo y Ronald se reunió con ellas en junio de 1913.

Warwick, con sus árboles, su colina y su castillo, le pareció a él un lugar notablemente bello. Hacía calor y la pareja dio un paseo en bote por el río Avon. Fueron a la bendición en el templo católico, «de donde salimos serenos y felices —escribió él—, porque era la primera vez que podíamos ir juntos a una iglesia». Pasaron cierto tiempo buscando vivienda estable para Edith y Jennie; y cuando por fin la hallaron, fue preciso hacer innumerables arreglos. A Ronald le irritaban bastante las horas ocupadas por las necesidades domésticas. En verdad, Edith y Ronald no siempre estaban felices juntos. Ya no se conocían tan bien como antes, habían pasado los tres años de su separación en dos sociedades totalmente diferentes: una por entero masculina, jactanciosa y académica; la otra mixta, amable y doméstica. Habían crecido, pero se habían alejado. Desde ese momento en adelante era necesario que ambos hiciesen concesiones si querían lograr una verdadera comprensión. Ronald debería tolerar que Edith se entregara a los detalles de la vida cotidiana, por triviales que a él se le antojasen. Ella debería hacer un esfuerzo para comprender la preocupación de su esposo por sus libros y por el lenguaje, no importaba lo egoísta que le pareciera. Ninguno de los dos lo consiguió del todo. Sus cartas están llenas de afecto, pero también, a veces, de mutua irritación. Ronald la llamaba «mi pequeña» (su nombre favorito para ella), y se refería con afecto a su «casita», pero ella no poseía de ningún modo una personalidad pequeña, y muchas veces cuando estaban juntos sus temperamentos estallaban. Parte de la dificultad residía en el papel de amante sentimental que Ronald eligiera para sí, muy distinto del carácter que demostraba a sus amigos varones. Había entre ambos verdadero amor y comprensión, aunque él solía envolverlos en ese cliché romántico; si en cambio le hubiese mostrado más su aspecto «libresco», si la hubiese incluido en su relación con sus amigos varones, tal vez ella se hubiese inquietado menos cuando esos elementos se alzaban amenazantes contra el matrimonio. Pero él resolvió mantener separadas las dos partes de su vida.

Después de la visita a Warwick, Ronald fue a París con dos jóvenes mejicanos con quienes debía cumplir las funciones de acompañante y preceptor. En París encontraron a un tercer joven, y a dos de sus tías, quienes casi no hablaban inglés. El español de Ronald era apenas rudimentario, lo cual le avergonzaba, y hasta su francés parecía flaquear cuando se veía obligado a hablarlo. Le gustó mucho París y gozó explorando la ciudad, pero le desagradaron los franceses que vio en la calle, y escribió a Edith acerca de «la vulgaridad, la indecencia y esa forma de hablar escupiendo». Ya mucho antes de este viaje, no le gustaban Francia ni los franceses, y lo que vio no hizo más que aumentar su «galofobia». Y por cierto, alguna razón tuvo para odiar a Francia después de lo que ocurrió a continuación. Los jóvenes y sus tías decidieron visitar Bretaña; a Ronald la idea le encantó, porque el pueblo bretón es de origen celta y habla un lenguaje en muchos aspectos similar al galés. Sin embargo, el lugar elegido fue Dinard, un balneario de moda como cualquier otro. (¡Bretañal —le escribió a Edith—. Y para ver sólo viajeros, papeles sucios y casillas de playa.» Aún faltaba lo peor. A los pocos días de haber llegado, mientras Ronald daba un paseo junto a uno de los jóvenes y la tía de más edad, un coche subió a la acera arrollando a la mujer y causándole graves heridas internas. De inmediato la anciana fue llevada al hospital, pero falleció algunas horas más tarde. Las vacaciones terminaron con angustiosos arreglos para embarcar el cuerpo a México. Ronald llevó a los jóvenes de regreso a Inglaterra, escribiendo a Edith: «Nunca más, si no estoy en la miseria absoluta, volveré a tomar un trabajo semejante».

En el otoño de 1913 su amigo G.B. Smith llegó a Oxford como becario del Corpus Christi College, donde estudiaría Inglés. Ahora la T.C., B.S. estaba representada por igual en Oxford y en Cambridge, ya que R.Q Gilson y Christopher Wiseman se hallaban en esta última universidad. Tolkien jamás había mencionado a ninguno de sus cuatro amigos la existencia de Edith Bratt, pero ahora que ella iba a ingresar en la Iglesia Católica, y habían decidido comprometerse formalmente, era inevitable que les comunicara la noticia. Escribió a Gilson y a Wiseman, sin saber bien qué decir, y

sin citar siquiera el nombre de su novia; era obvio su sentimiento de que ese asunto tenía poco que ver con la camaradería masculina de la T.C., B.S. Ellos le felicitaron, y Gilson observó con bastante penetración: «No tengo ningún temor de que un estricto T.C., B.-sista como tú pueda ser nunca otra cosa».

Edith fue adoctrinada en el catolicismo por el padre Murphy, el cura párroco de Warwick, quien cumplió esa tarea con mera eficacia. Ronald habría de lamentar más tarde la poca instrucción que ella recibió en esa oportunidad. Pero fue incapaz de ayudarla. Le resultaba difícil comunicarle la naturaleza profunda y apasionada de su propia fe, entrelazada como estaba con la memoria de su madre muerta.

El 8 de enero de 1914 Edith fue recibida por la Iglesia Católica. Ella y Ronald habían elegido esa fecha por ser la del aniversario de su reencuentro. Poco después se comprometieron oficialmente, con los servicios del padre Murphy. Edith se confesó y comulgó, por primera vez, lo cual le produjo «una gran y maravillosa felicidad», y continuó durante un tiempo asistiendo de manera regular a misa y tomando con frecuencia la comunión. Pero la iglesia católica de Warwick era pobre en comparación con el esplendor de Cheltenham (incluso Ronald la llamaba «sórdida») y aunque Edith ayudó en las tareas de un club eclesiástico para muchachas empleadas, no hizo muchos amigos entre los feligreses. Además comenzó a disgustarle la confesión. Cuando no se sentía bien (lo que ocurría bastante a menudo) prefería postergar su asistencia a misa. Argumentaba que levantarse temprano para ir a la iglesia y ayunar hasta después de tomar la comunión, le resultaba penoso. «Quiero ir —le decía a Ronald—, y desearía hacerlo con frecuencia, pero es imposible: mi salud no me lo permite.»

La vida de Edith era muy monótona. Tenía una vivienda propia y contaba con la compañía de su prima Jennie, pero discutían por cualquier motivo; y si Ronald no iba de visita, no había nadie más con quien hablar ni nada que hacer aparte de ocuparse de la casa. Ella tenía su propio piano y podía practicar durante horas, pero sabía que ya nunca haría una carrera musical —el casamiento y el cuidado de una familia lo impedirían—, de modo que tampoco encontraba incentivo para tocar. No era necesaria como organista en la iglesia católica. Extrañaba la vida social de Cheltenham, y apenas tenía dinero para ir alguna que otra vez a un concierto o al teatro. Por esto le irritaban las cartas en que Ronald describía la vida de Oxford, llena de cenas, rags y salidas al cine.

Ronald estaba desarrollando una evidente propensión a la elegancia. Compró para sus habitaciones muebles y estampas japonesas. También dos trajes a medida, que según creía le quedaban muy bien. Inició otro club con su amigo Colin Cuhlis; se llamaba Chequers, y los sábados por la noche se reunían en sus habitaciones o en las de Cullis para cenar. Fue elegido presidente de la sociedad de debates del college (una institución de gran influencia en Exeter) después de una pugna de partidos en la que descubrió el sabor de la política universitaria, sabor que por cierto le agradó mucho. Jugaba al tenis, remaba, y a veces estudiaba un poco, lo suficiente para ganar el Premio Skeat de Inglés, instituido por el college en la primavera de 1914. Empleó las cinco libras del premio en comprar libros de galés medieval y varias obras de William Morris: The Life and Death of Jason, la traducción de la Volsungcsaga y la obra en prosa y verso The House of the Wolfings.

Morris había estudiado en el Exeter College, y quizá este hecho estimuló el interés de Tolkien hacia él. Pero hasta ese momento, parecía no haberse familiarizado con los imaginativos textos de Morris. En verdad, su conocimiento de la literatura moderna era bastante limitado, pues el programa de la Oxford English School no exigía que él, como lingüista, hiciese más que un estudio comparativo superficial de los escritores posteriores a Chaucer. En esa época esbozó algunos apuntes sobre Jhonson, Dryden y el drama de la Restauración; pero no hay indicaciones de que tuviese por ellos algo más que un interés pasajero. En cuanto a la ficción contemporánea, escribió a Edith: «Como sabes, es raro que yo lea una novela». Para él la literatura inglesa concluía con Chaucer; o para

decirlo de otro modo, recibía todo el goce y el estímulo que necesitaba de los grandes poemas de los períodos antiguo y medio del inglés, y de la primera literatura de Islandia.

Pero ésa era precisamente la razón de que encontrara ahora tan interesante The House of the Wolfings. El punto de vista de Morris sobre la literatura coincidía con el de Tolkien. En la obra mencionada, Morris había tratado de recrear la fascinación que él mismo había sentido ante las primeras narraciones inglesas e islandesas. La acción de The House of the Wolfings está situada en un país amenazado por una fuerza invasora romana. Escrito en parte en prosa y en parte en verso, se refiere a una Casa, o tribu familiar, que habita junto a un gran río en un claro del bosque llamado Mirkwood, un nombre tomado de la antigua geografía y la tradición germánicas. Muchos elementos de esta historia impresionaron a Tolkien. Su estilo es muy personal, recargado de arcaísmos e invenciones poéticas, destinados a recrear el aura de las leyendas antiguas. Es obvio que Tolkien tomó nota de esto, y parecería que también apreció otra faceta de esa obra: la capacidad de Morris para describir con gran precisión, a pesar de la vaguedad con que se sitúa la historia en tiempo y lugar, los detalles de su paisaje imaginado. Años más tarde, Tolkien seguiría el ejemplo de Morris.

Su propia percepción de los paisajes recibió un poderoso estímulo durante el verano de 1914 cuando, después de visitar a Edith, pasó las vacaciones en Cornwall, en la península de Lizard, con el padre Vincent Reade, del Oratorio de Birmingham. Cornwall le encantó. El padre Vincent y él hacían largas caminatas todos los días; así le describió a Edith una de ellas: «Fuimos por el páramo hasta la parte superior de los riscos de Kynance Cove. Nada que te diga en una carta puede comunicar esa visión. El sol te golpea y la enorme marea del Atlántico rompe y estalla contra las rocas y los arrecifes. El mar ha labrado en los farallones extraños tubos de órgano que producen sonidos de trompetas o lanzan espuma como ballenas, y en todas partes se ven rocas negras y rojas y espuma blanca contra el violeta y el verde transparente del mar». Esa visión de la costa de Cornualles y el océano nunca pudo olvidarla, y se convirtió en su paisaje ideal.

Un día, el padre Vincent y él exploraron los pueblos cercanos al promontorio de Lizard. Anotó después de esa expedición: «El camino de regreso a casa, después del té, se inició en un rústico escenario "de Warwickshire", descendiendo luego hasta las costas del río Helford (casi como un fiordo), para subir a continuación por caminos "de Devonshire" hasta la costa opuesta; entonces entramos en un campo más abierto donde nuestro camino se trenzaba y zigzagueaba y se enredaba y subía y bajaba hasta que cayó el sol rojo y casi llegaba el ocaso. Después de aventuras e indicaciones alcanzamos las tierras bajas y desnudas "de Goonhilly" y allí nuestros pies doloridos hallaron cuatro millas de hierba. Era de noche cuando llegamos a las proximidades de Ruan Minor, y volvimos a caer en las idas y vueltas. La luz se hizo "misteriosa". A veces nos metíamos entre los árboles, y los murciélagos y los búhos nos ponían la piel de gallina; otras un caballo asmático detrás de un cerco o un cerdo viejo con insomnio nos hacían saltar el corazón, o quizá no ocurría nada peor que meterse en un arroyo imprevisto. Esos veinticinco kilómetros concluyeron, se acabaron y durante los últimos tres fuimos animados por el haz giratorio del faro de Lizard y el ruido del mar que se acercaba».

Al final de esas largas vacaciones se dirigió a Nottinghamshire para pasar unos días en la granja que su tía Jane gobernaba con los Brookes-Smith y su hermano Hilary. Allí escribió un poema. ¡Lo encabezaba la línea del Grist de Cynewulf que tanto le había fascinado:

Eala Earendel engla beorhtast! Su título era The Voyage of Earendel the Evening Star, y empezaba así:

Earendel sprang up from the Ocean's cup
 In the gloom of the mid-world's rim;
From the door of Night as a ray of light
 Leapt over the twilight brim,
And launching his bark like a silver spark
  From the golden-fading sand

Down the sunlit breath of Day's fiery death
He sped from Westerland.[11]

El poema prosigue describiendo el viaje de la barca estelar por el firmamento, viaje que continúa hasta que la luz de la mañana oculta su imagen.

Esta idea de un marino estelar cuya barca salta al cielo se desarrolla a partir de la referencia a Earendel que hace Cynewulf en sus versos. Pero el poema obtenido fue absolutamente original, y marcó el inicio de la mitología propia de Tolkien.

[11] El viaje de Earendel, la estrella vespertina: Earendel se precipitó desde la copa del océano / la oscuridad del aro del medio mundo; / desde la puerta de la noche como un rayo de luz / saltó sobre el borde del ocaso, / y empujando su barca como una chispa de plata / desde la arena de oro desfalleciente / hacia el aliento soleado de, la fiera muerte del día / partió de Westerland.

7 Guerra

Cuando Tolkien escribe The Voyage of Earendel, a fines del verano de 1914, Inglaterra ha declarado ya la guerra a Alemania. En respuesta ala petición de Kitchener, los jóvenes se alistaban por millares. Pero los sentimientos de Tolkien eran de otro carácter: le interesaba permanecer en Oxford hasta graduarse, y tenía la esperanza de obtener calificaciones de Primera Clase. De modo que, aunque sus tíos y tías esperaban que se alistase (su hermano Hilary ya lo había hecho, como corneta), regresó a la universidad para el siguiente curso.

Al principio informó: «Es terrible. Verdaderamente no creo que pueda seguir: trabajar parece imposible. No hay aquí nadie conocido, con excepción de Culis». Pero se puso más contento cuando se enteró de la existencia de un programa que le permitía entrenarse para el ejército sin abandonar los estudios, postergando el llamado a filas para después de la graduación. Firmó su compromiso en este sentido.

Una vez que hubo decidido qué hacer, la vida se tornó más agradable. Se mudó del college a una «cueva» en St. Jhon's Street, que compartía con Colin Cullis, quien no se había alistado debido a su mala salud. Tolkien encontró en el lugar «una deliciosa alegría en comparación con la vida anterior en el college». También le alegro descubrir que su amigo G.B. Smith, de la T.C., B.S., estaba aún en Oxford esperando que lo llamaran. Smith debía unirse a los Lancashire Fusiliers, y Tolkien resolvió intentar que lo destinaran al mismo regimiento y, si era posible, al mismo batallón.

Pocos días después del comienzo del curso, empezó su instrucción en los parques de la universidad, en el Officers' Training Corps. Debía combinar esto con su tarea académica normal, pero comprobó que esa doble vida le convenía. «La instrucción militar es un regalo de Dios —dijo a Edith en una carta—. En casi una quincena todavía no me he encontrado siquiera con los verdaderos "sleepies" de Oxford.» Al mismo tiempo, se estaba probando como escritor. Su entusiasmo por William Morris le había inspirado la idea de adaptar una de las historias del Kalevala finlandés a un relato en prosa y verso, al estilo de Morris. Eligió la historia de Kullervo, un infortunado joven que comete incesto sin saberlo y, cuando lo descubre, se arroja sobre su propia espada. Tolkien empezó a trabajar en «La historia de Kullervo», como él la llamaba; aunque era poco más que un pastiche de Morris, fue su primer ensayo en la redacción de una leyenda en verso y prosa. Quedó inconclusa.

En 1914, a comienzos de las vacaciones de Navidad, viajó a Londres para asistir a una reunión de la T.C., B.S. La familia de Christopher Wiseman se había trasladado al sur, y los cuatro miembros del «club» se reunieron en su casa de Wandsworth: Tolkien, Wiseman, R.Q Gilson y G.B. Smith. Pasaron la mayor parte del fin de semana sentados alrededor de la estufa de gas del pequeño salón del piso superior, fumando sus pipas y conversando. Como decía Wiseman, se sentían «de tamaño intelectual cuatro veces más grande» cuando estaban juntos.

Es curioso que ese pequeño grupo de amigos de la escuela continuara reuniéndose y escribiéndose. Comenzaban a pensar que juntos podrían conseguir algo valioso. En una oportunidad Tolkien comparo su asociación con la hermandad prerrafaelista, pero los demás se burlaron de la idea. Sin embargo, sentían que de alguna manera estaban destinados a encender una nueva luz. Tal vez no fuera más que la última chispa de ambición juvenil antes que la experiencia del mundo la extinguiera, pero, al menos para Tolkien, tuvo consecuencias importantes y prácticas. Decidió que era un poeta.

Más tarde explicó que ese encuentro de la T.C., B.S., celebrado a fines de 1914, le había ayudado a descubrir «una voz para toda clase de cosas ocultas», agregando: «Siempre he atribuido esto a la fuerza de inspiración que sentíamos los cuatro luego de pasar unas pocas horas juntos».
A partir de ese fin de semana en Londres, comenzó a escribir poemas. En general no eran

particularmente notables y en especial no se distinguían por la economía de palabras. Citamos algunas líneas del Sea Ghant of an Elder Day, escrito el 4 de diciembre de 1914 y basado en el recuerdo de sus vacaciones en Cornwall pocos meses antes:

In a dim and perilous region, down whose great tempestuous ways
I heard no sound of men's voices; in those eldest of the days,
I sat on the ruined margin of the deep voiced echoing sea
Whose roaring foaming music crashed in endless cadency
On the land besieged for ever in an aeon of assaults
And torn in towers and pinnacles and caverned in great vaults.[12]

Cuando Tolkien mostró este y otros poemas a Wiseman, su amigo observó que he recordaban la crítica que Symons hiciera a Meredith, «cuando comparaba a M. con una señora a quien le gustaba ponerse todas sus joyas después del desayuno». Wiseman le aconsejó: «No exageres».

Tolkien se muestra más cuidadoso en un poema que describe el mutuo amor entre Edith y él, escogiendo para expresar esto una imagen favorita:

Lo! young we are and yet have stood
like planted hearts in the great Sun
of Love so long (as two fair trees
in woodland or in open dale
stand utterly entwined, and breathe
the airs, and suck the very light
together) that we have become
as one, deep-rooted in the soil
of Life, and tangled in sweet growth.[13]

Entre otros poemas escritos por Tolkien en esta época estaba The Man in the Moon Game Down Too Soon [«El hombre de la luna bajó demasiado pronto»] (que se publicaría luego en Las aventuras de Tom Bombadil). Eligió otro tema «de hadas» similar en Goblin Feet,[14] que escribió para complacer a Edith, quien había dicho que le agradaban «la primavera y las flores y los árboles y la gente pequeña como los elfos». Goblin Feet representa todas las cosas de este tipo que Tolden pronto llegó a detestar, de modo que citarlo tal vez no sea justo; sin embargo, posee una innegable seguridad de ritmo, y como fue incluido en varias antologías de la época, se puede decir que es su primera obra publicada de cierta significación:

I am off down the road
Where the fairy lanterns glowed
And the little pretty flittermice are flying:

A slender band of grey
It runs cripple away

---

[12] *Canto marino de un día mayor:* En una región sombría *y* peligrosa, en cuyos grandes caminos tempestuosos / no of el sonido de voces humanas; en aquéllos los mayores de los días / me senté en la margen ruinosa del mar de voz profunda *y* resonante / cuya música rugía espumosa rompiendo en incesante cadencia / sobre la tierra sitiada para siempre en un eón de asaltos / abierta en torres *y* pináculos *y* excavada en grandes bóvedas.

[13] ¡Mira!, somos jóvenes *y* sin embargo hemos sido / como corazones plantados en el gran Sol / del amor tanto tiempo (así como dos bellos árboles / que en el bosque o en un prado abierto / se alzan por completo entrelazados *y* respiran / los aires *y* absorben la luz misma / juntos) que nos hemos vuelto / uno, profundamente enraizado en el suelo / de la Vida, *y* enredado en la dulce hierba

[14] Pies de duende.

And the hedges and the grasses are a-sighing.

The air is full of wings
Of the blundering beetle-things
That go droning by a-whirring and a-humming.

O! I hear the tiny horns
Of enchanted leprechauns
And the padding feet of many gnomes a-coming.

O! the lights! O! the gleams: O! the little tinkling sounds:

O! the rustle of their noiseless little robes:

O! the echo of their feet, of their little happy feet:

O! their swinging lamps in little star-lit globes.[15]

G.B. Smith leía todos los poemas de Tolkien y le enviaba sus críticas. Era alentador, pero observaba que podían ser mejorados si frecuentaba con mayor asiduidad la literatura inglesa. Smith sugirió entonces que leyera a Browne, a Sidney, a Bacon; y más tarde recomendó que prestara atención a los nuevos poemas de Rupert Brooke. Pero Tolkien apenas le hacía caso. Ya había establecido su propio rumbo poético, y no necesitaba que ninguna otra persona lo guiara.

Tolkien sintió enseguida que no deseaba escribir poemas ocasionales, sino conectados por un mismo asunto. A principios de 1915 retornó a su poema anterior sobre Earendel y comenzó a elaborar una historia más amplia. Había mostrado los versos originales a G.B. Smith, quien, a pesar de encontrarlos satisfactorios, preguntó de qué trataban en realidad. Tolkien replicó entonces: «No lo sé. Trataré de averiguarlo». No dijo que trataría de inventarlo; dijo trataré de averiguarlo. No se veía como un inventor de narraciones, sino como un descubridor de leyendas. Y esto se debía a sus lenguajes privados.

Trabajó cierto tiempo en el lenguaje influido por el finlandés, y en 1915 lo había desarrollado hasta un grado de cierta complejidad. Pensaba que era «una loca afición» y casi no esperaba un público para él. Pero a veces escribía poemas en ese idioma, y cuanto más se empeñaba, más sentía que necesitaba una «historia» que lo sostuviera. En otras palabras, no era posible tener una lengua sin una raza de personas que la hablaran. Ya estaba perfeccionando el lenguaje: ahora debía decidir a quién pertenecía.

Cuando hablaba de esto con Edith, lo llamaba «mi disparatado lenguaje de hadas». Citaremos algunos versos de un poema escrito en ese lenguaje, fechado en «noviembre 1915, marzo 1916». No ha sobrevivido ninguna traducción, aunque las palabras Lasselanta (caída de las hojas y, por lo tanto, otoño) y Eldamar (el elvenhome del oeste) serían empleadas por Tolkien en muchos otros contextos:

Ai lintulinda Lasselanta
Pilingeve suyer nalla ganta

[15] He salido al camino / donde brillan las linternas de las hadas / y las bellas ratitas aleteantes van volando: / una tenue franja gris / se aleja suavemente / y los cercos y la hierba sus pirando.
El aire está lleno de alas / de las torpes cosillas como insectos / zumbando, susurrando y canturreando. / ¡Oh!, escucho los cuernos diminutos / de encantados leprechauns / y los suaves pies de muchos gnomos que se acercan.
Oh!, las luces, ¡oh!, los brillos, ¡oh!, pequeños sonidos tintineantes: / ¡oh!, el roce de sus ropas silenciosas y pequeñas: / ¡oh!, el eco de sus pies, de sus pequeños pies dichosos: / ¡oh!, sus lámparas que se balancean en pequeños globos iluminados por estrellas.

Kuluvi ya karnevalinar
V'ematte singi Eldamar.

Durante 1915 la imagen se aclaró en la mente de Tolkien. Decidió que ése era el idioma hablado por las hadas o los elfos vistos por Earendel durante su extraño viaje. Empezó a trabajar en Lay of Earendel, que describía los viajes del marino antes de que su barca se convirtiera en una estrella. Este Lay debía dividirse en varios poemas; el primero, The Shores of Faery, describiría la misteriosa tierra de Valinor, donde crecen los Dos Árboles, uno que da doradas manzanas de sol, y el otro manzanas plateadas de luna. A esta comarca llega Earendel.

El poema está, comparativamente, poco relacionado con las ulteriores ideas mitológicas de Tolkien, pero incluye elementos que aparecerían en The Silmarillion, y merece ser citado porque indica lo que ocurría, en ese momento, en su imaginación. La forma que aquí ofrecemos es la primitiva:

West of the Moon, East of the Sun
There stands a lonely Hill
Its feet are in the pale green Sea;
Its towers are white and still:

Beyond Taníquetil
In Valinor.
No stars come there but one alone
That hunted with the Moon,

For there the Two Trees naked grow
That bear Night's silver bloom;
That bear the globéd fruit of Noon
In Valinor.
There are the shores of Faery
With their moonlit pebbled strand
Whose foam is silver music
On the opalescent floor
Beyond the great sea-shadows
On the margent of the sand
That stretches on for ever
From the golden feet of KôrBeyond Taníquetil
In Valinor.

O! West of the Moon, East of the Sun
Lies the Haven of the Star;
The white town of the Wanderer

And the rocks of Eglamar:

There Wingelot is harboured
While Earendel looks afar
On the magic and the wonder
'Tween here and Eghamar-Out, out beyond Taníquetil
In Valinor - afar.[16]

---

16 Al oeste de la luna, al este del sol / hay una colina solitaria / sus pies están en el mar verde claro / sus torres son blancas *y* quietas: / más allá de Taníquetil / en Valinor. / Allí no van las estrellas, excepto una sola / que cazaba con la luna.

Porque crecen allí los Dos Árboles desnudos / que dan la flor plateada de la Noche / que dan el esférico fruto del Mediodía / en Valinor. / Están las costas de Faery / con sus playas de guijarros iluminadas por la luna / cuya espuma es música de plata / en el suelo opalescente / más allá de las grandes sombras del mar / en el margen de la arena / que se

Mientras la mente de Tolkien elaboraba los orígenes de su mitología, él se preparaba para Schools, el examen final de Lengua y Literatura Inglesas. El mismo comenzó la segunda semana de junio de 1915, y Tolkien obtuvo Honores de Primera Clase.

En consecuencia, podía albergar esperanzas de conseguir un trabajo académico cuando terminara la guerra; pero hasta tanto eso no sucediera, debía cumplir su misión como subteniente de los Lancashire Fusiliers. No fue destinado, como era su deseo, al 19.º batallón donde servía G. B. Smith, sino al 13.°. En julio llegaba a Bedford para iniciar la instrucción, y era alojado en una casa de la ciudad con otra media docena de oficiales. Asistió a cursos que lo capacitaron para instruir a los nuevos reclutas. A medias con un compañero adquirió una motocicleta, y cuando tenía un permiso de fin de semana se montaba en ella y se dirigía a Warwick para visitar a Edith. Se dejó el bigote. La mayor parte del tiempo parecía y se conducía como cualquier otro oficial de su edad.

En agosto lo trasladaron a Staffordshire, y durante las semanas siguientes su batallón fue desplazado de un campamento a otro, con la aparente falta de planificación que caracteriza los movimientos de tropas en tiempos de guerra. Las condiciones eran incómodas en todo sentido, y en los intervalos entre las comidas incomibles, la instrucción en la guerra de trincheras y las clases sobre ametralladoras, había poco que hacer aparte de jugar al bridge (lo que le gustaba) y escuchar ragtime en un gramófono (lo que no le gustaba). No sentía un aprecio especial por ninguno de sus camaradas. «Los caballeros son inexistentes entre los superiores —escribió a Edith— e incluso son muy raros los seres humanos.» Pasaba algún tiempo leyendo islandés —había decidido no abandonar su trabajo académico durante la guerra— pero las horas transcurrían con lentitud. «No son entretenidos —escribió— estos días grises malgastados en ir de un lugar a otro y a otro, los temas aburridos, las oscuras aguas estancadas del arte de matar.»

A principio de 1916 resolvió especializarse en señales; prefería ocuparse de palabras, mensajes y códigos en lugar de la dura tarea y la responsabilidad de mandar un pelotón. Aprendió por lo tanto el código Morse, señalización con discos y banderas, transmisión de mensajes por medio de lámpara y heliógrafo, el empleo de bengalas y teléfonos de campaña, e incluso la forma de operar con palomas mensajeras (a las cuales se recurría a veces en el campo de batalla). Por fin, fue designado oficial de señales de su batallón.

La fecha del embarque a Francia estaba próxima; Edith y Ronald decidieron casarse antes de que él partiera, ya que las listas de bajas entre las tropas británicas insinuaban que quizá nunca regresaría. Ya habían esperado más de lo necesario; él tenía veinticuatro años y ella veintisiete. No poseían mucho dinero, pero por lo menos él recibía la paga regular del ejército. Decidió, además, pedir al padre Francis que transfiriera todo su modesto capital en acciones a su propio nombre. Esperaba también recibir algún dinero por su poesía. Su poema Goblin Feet había sido aceptado por Blackwells para el volumen anual de Oxford Poetry, y alentado por esto, envió una selección de poesías a los editores Sidgwick & Jackson. Para aumentar aún más sus recursos, vendió su parte de la motocicleta.

Fue a Birmingham a hablar del dinero con el padre Francis, y a decirle que iba a casarse con Edith. Arregló los asuntos económicos, pero cuando llegó el momento, le fue imposible hablar de su matrimonio, y salió del templo sin mencionarlo: no había podido olvidar la oposición del padre Francis al noviazgo seis años antes. Sólo quince días antes de la boda escribió comunicándole la noticia. La respuesta fue amable: el padre Francis les deseaba a ambos «felicidad y todas las bendiciones», y

---

extiende para siempre / desde los pies dorados de Kór- / más allá de Taníquetil / en Valinor.

¡Oh!, al oeste de la luna, al este del sol / está el Puerto de la Estrella / la blanca ciudad del Vagabundo / *y* las rocas de Eglamar: / allí wingelot es resguardada / mientras Earendel mira a lo lejos / la magia y la maravilla / entre aquí *y* Eglamar— / lejos, lejos, más allá de Taníquetil / en Valinor — a lo lejos.

declaraba que se ocuparía personalmente de la ceremonia en la iglesia del Oratorio. Era demasiado tarde: ya se habían hecho arreglos para que la boda se realizara en el templo católico de Warwick.

El padre Murphy casó a Ronald Tolkien y a Edith Bratt después de la primera misa el miércoles 22 de marzo de 1916. Habían elegido un miércoles porque ése era el día de la semana en que se habían reencontrado en 1913. Hubo un incidente embarazoso: Edith no pensó que al firmar el registro debería anotar el nombre de su padre, y jamás había mencionado ante Ronald que era hija ilegítima. Ante el registro, espantada, escribió el nombre de su tío, Frederick Bratt, pero no se le ocurrió qué poner donde decía «Rango o profesión del padre», y dejó el espacio en blanco. Más tarde le contó la verdad a Ronald. «Creo que a causa de eso te quiero aún con más ternura, esposa mía —le escribió él—, y que debemos olvidarlo, en la medida en que sea posible, y dejarlo en manos de Dios.» Después de la boda fueron en tren a Clevedon, en Somerset, donde pasarían una semana. En el camarote escribieron, en el dorso de un telegrama de felicitación, versiones de la nueva firma de Edith: Edith Mary Tolkien... Edith Tolkien... La señora Tolkien... La señora de J.R.R. Tolkien. Quedaba muy bien.

8 La fractura de la sociedad

Cuando regresó de su luna de miel, Tolkien encontró una carta de Sidgwick & Jackson: rechazaban sus poemas. Aunque lo esperaba, no dejó de ser decepcionante. Edith había regresado a Warwick, aunque sólo para ordenar sus asuntos. Habían decidido que mientras durara la guerra ella no tendría un hogar permanente:

se instalaría en habitaciones alquiladas tan cerca como fuera posible del campamento de su esposo. Con su prima Jennie (que aún vivía con ella) fue a Great Haywood, un pueblo de Staffordshire próximo al actual campamento de Ronald. Había allí una iglesia católica con un bondadoso sacerdote, y Ronald le había encontrado un buen alojamiento. Pero apenas pudo ver instalada a Edith cuando recibió la orden de embarque, y al atardecer del domingo 4 de junio de 1916 partió hacia Londres y desde allí a Francia.

Todo el mundo sabía en Inglaterra desde hacía algún tiempo que «El gran empujón» era inminente. Durante **1915** el Frente Occidental había permanecido prácticamente inmóvil; y ni el gas venenoso de Yprès ni la masacre en masa de Verdun habían alterado las líneas más que unos pocos kilómetros. Pero ahora que cientos de miles de nuevos reclutas surgían de los campos de instrucción para formar el Nuevo Ejército, era evidente que ocurriría algo espectacular.

Tolkien llegó a Calais el martes 6 de junio, y fue conducido al campamento base de Etaples. En el viaje se había perdido todo su equipo: catre, bolsa de dormir, botas de repuesto, ducha portátil, todo lo que eligiera con gran cuidado y comprara a elevado costo se había desvanecido sin dejar huellas entre los intersticios del sistema de transporte del ejército, obligándole a pedir, tomar prestados y adquirir nuevos elementos.

En Etaples, los días pasaban sin que nada ocurriese. La nerviosa excitación del embarque dejó paso a un fatigado aburrimiento, empeorado por la total ignorancia de lo que ocurría. Tolkien escribió un poema sobre Inglaterra. Participaba en ejercicios de entrenamiento, escuchaba a las gaviotas que giraban en lo alto. Junto con muchos otros, fue transferido al 11.º batallón, donde la compañía que encontró no le gustó en absoluto. Los oficiales jóvenes eran todos reclutas como él, algunos menores de veintiún años, en tanto que los comandantes, de mayor edad, eran en muchos casos soldados profesionales, hombres de mentes estrechas e interminables historias acerca de la India o la guerra boer. Esos viejos soldados estaban siempre listos para aprovechar cualquier error que un recluta cometiere, y Tolden escribió que lo trataban como a un niño de escuela. Respetaba mucho más a los «hombres», los suboficiales y soldados rasos que constituían el resto de los ochocientos miembros del batallón. Unos pocos provenían de Gales del Sur, pero en su mayoría eran de Lancashire. Los oficiales no podían entablar relaciones amistosas con ellos, porque el sistema no lo permitía; pero cada oficial tenía un asistente encargado de ocuparse de su equipo y de atenderlo de modo muy parecido al de los scouts de Oxford. Por ellos Tolkien llegó a conocer muy bien a algunos de los hombres. Refiriéndose a uno de los principales personajes de El Señor de los Anillos, escribió muchos años más tarde: «Mi Sam Gamgee [Gamyi] es en realidad un reflejo del soldado inglés, de los asistentes y soldados rasos que conocí en la guerra de 1914, y que me parecieron tan superiores a mí mismo».

Después de tres semanas en Etaples el batallón salió para el frente. El viaje en tren se hizo muy lento debido a las innumerables detenciones que sufrió, y pasaron más de veinticuatro horas antes de que el paisaje chato y uniforme del Paso de Calais diera lugar a un terreno montuoso en que un río canalizado, bordeado de álamos, pasaba junto a las vías. Era el Somme. Y ya se podían oír las descargas.

El batallón de Tolkien descendió en Amiens y recibió alimentos de las cocinas instaladas en la calle principal; luego partió de la ciudad cargado con sus pesados equipos, apartándose o deteniéndose cuando pasaban carros de munición o enormes cañones arrastrados por caballos. Pronto estuvieron en el campo de Picardía. A ambos lados de la recta carretera se acabaron las casas y aparecieron extensiones cubiertas de rojas amapolas o amarillas flores de mostaza. Empezó a llover a torrentes, y en apenas un instante la polvorienta superficie del camino se convirtió en un fango blanco como la tiza. El batallón, empapado y maldiciendo, continuó la marcha hasta una aldea llamada Rubempré, a quince kilómetros de Amiens. Allí pasaron la noche en condiciones a las que pronto se acostumbrarían: lechos de paja en los establos y cobertizos para la tropa, espacio libre para los catres de los oficiales en las granjas. Los edificios eran antiguos y sólidos, con grandes vigas torcidas y muros de barro. Afuera, más allá de los caminos y las casas bajas, los campos barridos por la lluvia se extendían hasta el horizonte. La guerra mostraba sus consecuencias de forma inevitable: techados rotos y edificios en ruinas, y muy cerca ya, el ruido al que se habían estado acercando durante todo ese tiempo: los zumbidos y las explosiones del bombardeo aliado sobre las líneas alemanas.

Todo el día siguiente permanecieron en Rubempré haciendo ejercicios físicos y práctica de bayoneta. El viernes 30 de junio se trasladaron a otra aldea, más cercana al frente. La mañana siguiente, muy temprano, comenzó el ataque. No participarían en él, pues su misión era esperar como reserva y entrar en combate varios días más tarde, cuando el comandante en jefe, Sir Douglas Haig, estimara que las líneas alemanas estaban rotas y las tropas aliadas podían penetrar profundamente en territorio enemigo. Pero no fue eso lo que ocurrió.

El sábado 1 de julio a las 7.30 de la mañana las tropas del frente británico iniciaron la salida. Rob Gilson, de la T.C., B.S., iba con el regimiento de Suffolk. Salieron de las trincheras y, tal como se les ordenó, avanzaron en línea a campo abierto; la marcha se hacía lenta a causa de los treinta y cinco kilos de equipo que cada hombre cargaba. Se les había dicho que las defensas del enemigo y las temibles alambradas de púa habían sido rotas por el cañoneo aliado. Pero al acercarse pudieron comprobar que las alambradas seguían allí; fue entonces cuando las ametralladoras alemanas abrieron fuego contra ellos.

El batallón de Tolkien permaneció en la retaguardia, desplazándose a un pueblo llamado Bouzincourt, donde la mayor parte vivaqueó en el campo y algunos afortunados (entre ellos Tolden) durmieron en cabañas. Había señales de que sin duda las cosas no habían marchado como se esperaba: centenares de hombres heridos, muchos espantosamente mutilados; tropas cavando tumbas; un siniestro olor a podredumbre. En el primer día de combate habían muerto veinte mil soldados aliados. Las defensas alemanas no habían sido destruidas, las alambradas apenas, y los tiradores enemigos habían abatido una línea tras otra de combatientes ingleses y franceses mientras avanzaban a paso lento, ofreciendo un blanco perfecto.

El jueves 6 de julio el 11.º batallón de los Lancashire Fusiliers entró en acción, pero sólo la Compañía «A» fue enviada a las trincheras, y Tolden se quedó en Bouzincourt con el resto. Releyó las cartas de Edith con noticias del hogar, y volvió a mirar las notas de los demás miembros de la T.C., B.S. Le preocupaban Gilson y Smith, ya que los dos habían estado en lo peor del combate, y sintió un profundo alivio cuando, más tarde, ese mismo día, G.B. Smith regresó a Bouzincourt vivo e ileso. Smith tenía un breve período de descanso antes de volver al frente, y ambos permanecieron juntos todo el tiempo que les fue posible hablando de poesía, de la guerra y del futuro. En cierta ocasión pasearon por un campo donde las amapolas aún se mecían con la brisa, a pesar de que la batalla convertía el paisaje en un informe desierto de barro. Aguardaban con ansiedad noticias de Rob Gilson. El domingo por la noche la Compañía A regresó de las trincheras, con una docena de muertos, más de cien heridos, y contando historias de horror. Por fin, el vienes 14 de julio, llegó para la Compañía B y para Tolkien el turno de entrar en combate.

Lo que experimentó Tolkien había sido soportado ya por miles de soldados: la larga marcha nocturna hacia las trincheras, el deslizarse a lo largo de más de dos kilómetros por los callejones de enlace que llevaban al frente mismo, y las horas de confusión e impaciencia hasta que quedara concluido el relevo de la compañía anterior. Para un oficial de señales como Tolkien sólo había amargo desengaño, pues en lugar de las condiciones de orden en que se lo entrenara encontró una maraña de cables, teléfonos de campo cubiertos de fango y, lo que era peor, la prohibición de usar el telégrafo excepto para los mensajes menos importantes (antes del ataque los alemanes habían intervenido las líneas telefónicas e interceptado los mensajes cruciales). Ni siquiera podía emplearse el Morse y había que confiar en luces, banderas y, en último caso, correos o incluso palomas mensajeras. Lo peor eran los muertos; en cada rincón había cadáveres espantosamente destrozados por las granadas. Los que aún tenían rostro, miraban con ojos terribles. Más allá, la tierra de nadie estaba sembrada de cuerpos hinchados y descompuestos. Todo era desolación. La hierba y el trigo habían desaparecido en un mar de fango. De los árboles sólo quedaban unos troncos mutilados y ennegrecidos. Tolkien no olvidó jamás lo que llamaba el «horror animal» de la guerra de trincheras.

La fecha de su primer combate fue la designada por el mando aliado para iniciar una gran ofensiva, y su regimiento debía unirse con la 7ª Brigada de Infantería para atacar la ruinosa aldea de Ovillers, aún en poder de los alemanes. El ataque no tuvo éxito, porque una vez más las alambradas del enemigo no habían sido debidamente cortadas, y muchos hombres del batallón de Tolkien perecieron a causa del fuego de ametralladoras. Pero él salió ileso, y después de cuarenta y ocho horas de vigilia se le concedió el derecho a dormir en una excavación. Veinticuatro horas más tarde su compañía fue relevada. Al regresar a las cabañas de Bouzincourt encontró una carta de G.B. Smith:

> 15 de junio de 1916
>
> Mi querido Jhon Ronald:
>
> He leído esta mañana que Rob ha muerto.
> Yo estoy bien, pero ¿qué importa?
> Por favor, no os apartéis de mí, tú y Christopher. Estoy agotado y terriblemente deprimido ante esta noticia, la peor de todas.
> Ahora comprende uno, con angustia, lo que era en realidad la T.C., B.S.
> ¿Qué vamos a hacer ahora, querido Jhon Ronald?
> Tuyo, como siempre,
>
> G.B.S.
>
> Rob Gilson había muerto en La Boisselle, el 1 de julio, conduciendo a sus hombres el primer día de la batalla.

Tolkien le respondió a Smith: «En este momento, no me siento parte de un cuerpo completo. Con sinceridad, siento que la T.C., B.S. se ha terminado». Pero Smith contestó: «La T.C., B.S. no se ha terminado ni lo hará jamás».

Un día tras otro la misma rutina: un período de descanso, el retorno a las trincheras, más ataques (en general infructuosos), otro período de descanso. Tolkien estuvo entre quienes apoyaron el asalto al reducto de Schwaben, una gran fortificación en las trincheras alemanas. Se tomaron prisioneros, entre ellos algunos hombres de un regimiento sajón que en 1759, en Minden, había luchado junto a los Lancashire Fusiliers contra los franceses. Uno de esos prisioneros era un oficial herido, a quien Tolkien se dirigió en alemán ofreciéndole agua; el oficial corrigió su pronunciación. Había períodos en que los cañones callaban. En uno de esos momentos (recordó luego Tolkien) tenía la mano en el receptor de un teléfono de campaña cuando una rata emergió de su escondite y pasó por encima de sus dedos.

El sábado 19 Tolkien y G.B. Smith volvieron a encontrarse en Acheux. Conversaron, y continuaron viéndose los días siguientes; el último comieron juntos en Bouzincourt. Mientras lo hacían se produjo un bombardeo, pero no fueron heridos. Luego Tolkien regresó a las trincheras.

Aunque los combates no eran tan intensos como en los primeros días de la batalla del Somme, las pérdidas británicas seguían siendo altas, y muchos hombres del batallón de Tolkien perecieron. Él no sufrió la menor herida, pero cuanto más tiempo pasaba en el frente, mayores eran sus posibilidades de contarse entre los muertos. La licencia era inminente pero nunca llegaba.

Lo rescató la «pirexia de origen desconocido», como la llamaban los oficiales médicos. Para los soldados sólo se trataba de «la fiebre de las trincheras». Era transmitida por los piojos, causaba alta temperatura y otros síntomas, y ya miles de hombres habían padecido la enfermedad. El viernes 27 de octubre Tolkien cayó enfermo. De inmediato fue enviado a Beauval, a quince kilómetros de las líneas, y de ahí a un hospital ubicado a poca distancia. Un día después se halaba en un tren de enfermos con destino a la costa, y el domingo por la noche encontraron una cama para él en el hospital de Le Touquet, donde permaneció una semana.

Pero la fiebre no remitió, y el 8 de noviembre fue embarcado a Inglaterra y enviado a Birmingham. De modo que en pocos días se encontró transportado desde el horror de las trincheras hasta las sábanas blancas y la ciudad que tan bien conocía.

Se reunió con Edith y la tercera semana de diciembre estaba lo bastante repuesto para dejar el hospital e ir a pasar las Navidades con ella a Great Haywood. Allí recibió una carta de Christopher Wiseman, que servía en la Marina:

> H.M.S. Superb, 16 de diciembre de 1916
>
> Querido J.R.:
>
> Acabo de recibir de mi casa la noticia de que G.B.S. ha muerto el 3 de diciembre, a causa de las heridas recibidas por la explosión de una granada. No puedo decir ahora gran cosa acerca de esto. Ruego humildemente a Dios Todopoderoso que me permita ser digno de él.
>
> Chris.

Smith caminaba por la calle en un pueblo de detrás de las líneas cuando una granada explotó cerca; fue herido en el brazo derecho y en el muslo. Se intentó la operación, pero la gangrena ya se había declarado. Lo enterraron en el cementerio británico de Warlencourt. Poco antes había escrito a Tolkien:

> Mi mayor consuelo es que si esta noche me voy por los imbornales —salgo en misión dentro de unos minutos— todavía quedarán miembros de la gran T.C., B.S. para anunciar lo que yo soñaba y en lo que todos concordábamos. Estoy seguro de que la muerte de uno de sus miembros no puede disolverla T.C., B.S. La muerte puede hacernos repulsivos o impotentes como individuos, pero no puede poner fin a los cuatro inmortales. Es un descubrimiento que comunicaré a Rob antes de salir esta noche.
>
> Y díselo también a Christopher. Que Dios te bendiga, querido Jhon Ronald, y que digas las cosas que yo intentaba decir cuando yo no esté para decirlas, si ésa es mi suerte.
>
> Siempre tuyo,
>
> G.B.S.

III.- ***1917-1925: La creación de una mitología***

1 Cuentos perdidos

Que digas las cosas que yo intentaba decir cuando yo no esté para decirlas. Las palabras de G.B. Smith eran un claro llamado para que Ronald Tolkien comenzara la gran obra que había meditado durante cierto tiempo: un proyecto enorme y asombroso con pocos paralelos en la historia de la literatura. Iba a crear una mitología completa.

La idea tenla su origen en el amor que Tolkien profesaba por la invención de lenguajes. Habla descubierto que para desarrollar tales invenciones hasta cierto grado de complejidad, debía crear una «historia» en la cual esos lenguajes pudieran crecer. Ya en los primeros poemas de Earendel habla esbozado en parte esa historia: ahora se proponía registrarla en su totalidad.

Otra fuerza actuaba sobre él: el deseo de expresar sus sentimientos más profundos por medio de la poesía, deseo que habla nacido gracias a la inspiración de la T.C., B.S. No puede decirse que sus primeros versos fueran notables; eran tan inmaduros como el crudo idealismo de los cuatro jóvenes, pero constituían los primeros pasos hacia el gran poema en prosa (porque es una obra poética a pesar de estar en prosa) que ahora empezaba a escribir.

Y un tercer elemento: su deseo de crear una mitología para Inglaterra. Ya en parte lo había anunciado durante sus días de estudiante cuando escribió sobre el Kalevala finlandés: «Querría que tuviéramos más de esto atesorado, algo de este mismo carácter y que haya pertenecido a los ingleses». Esta idea creció hasta alcanzar grandes proporciones. Tolkien la expresaba así, al recordarlo muchos años después: (¡No os riáis! Pero en un tiempo (hace mucho que he perdido la cresta) tuve la idea de crear un cuerpo de leyendas más o menos conexas, desde las más grandes, cosmogónicas, hasta el nivel de los cuentos románticos de hadas —las mayores apoyadas en las menores, en su contacto con el suelo, y las menores extrayendo esplendor de las vastas telas de fondo—, que pudiera dedicar sencillamente a Inglaterra, a mi país. Deberían poseer el tono y calidad que yo deseaba, más bien claro y fresco, oler a nuestro "aire" (el clima y el suelo del Noroeste, de Gran Bretaña y las regiones próximas de Europa; no Italia ni el Egeo, ni menos aún, el Oriente); y aunque poseyeran (si yo podía lograrla) la elusiva belleza que algunos llaman céltica (aunque es raro hallarla en los auténticos textos antiguos celtas), deberían ser "elevadas", limpias de vulgaridad y aptas para las mentes más adultas de una tierra largamente embebida en la poesía. Yo había de representar por entero algunas de las historias mayores, y dejar muchas apenas situadas en el plan y esbozadas. Los ciclos deberían estar vinculados en un todo majestuoso, y sin embargo dejar lugar para otras manos y mentes que aportaran música, drama y pintura. Absurdo».

El concepto podía parecer absurdo por ambicioso, pero a su regreso de Francia, Tolkien decidió realizarlo. Ése era el momento y el lugar: estaba una vez más con Edith, en Great Haywood, en el campo inglés que tanto quería. Incluso Christopher Wiseman, que estaba muy lejos en alta mar, sintió que algo estaba a punto de ocurrir. Escribió a Tolkien: «Deberías comenzar la epopeya». Tolkien lo hizo. En la cubierta de un cuaderno barato escribió con un grueso lápiz azul el título que había elegido para su ciclo mitológico: «El libro de los cuentos perdidos». En el cuaderno empezó a escribir lo que en su momento sería conocido cono El Silmarillion.

La descripción de los hechos externos de la vida de Tolkien no puede proporcionar más que una explicación superficial de los orígenes de su mitología. En efecto, el artilugio que vincula los relatos en el primer borrador del libro (luego abandonado) debe algo a The Earthly Paradue de William Morris; porque en esa narración un viajero del mar llega a una tierra desconocida donde oye una serie de relatos. El viajero de Tolkien se llamaba Eriol, nombre que, según se explica, significa «uno que sueña solo». Pero las historias que oye Eriol, grandes, trágicas, heroicas, no pueden explicarse como el mero producto de las influencias literarias o la experiencia personal. Cuando Tolkien comenzó a escribir, utilizó una veta de su imaginación más rica y profunda que las exploradas con anterioridad, una veta que continuaría dando frutos durante el resto de su vida.

La primera de las «leyendas» que componen El Silmarillion habla de la creación del universo y el establecimiento del mundo conocido, que Tolkien, recordando la palabra noruega Midgard y las equivalentes en inglés antiguo, llama «Tierra Media». Algunos lectores han interpretado que esto se refiere a otro planeta, pero Tolkien no tenía esa intención. «La Tierra Media es nuestro mundo —escribió—. He situado (como era de esperar) la acción en un período de la antigüedad imaginario por completo (aunque no del todo imposible), en que la forma de las masas continentales era diferente. »

Luego, las narraciones del ciclo se refieren en particular a la creación de las «Silmarilli» (las tres grandes joyas de los elfos que dan título al libro), su robo del reino bendito de Valinor por el maligno poder de Morgoth, y las guerras por medio de las cuales los elfos tratan de recuperarlas.

Algunos se desconciertan por la relación entre las narraciones de Tolkien y su cristianismo, y hallan difícil comprender cómo un católico devoto podía escribir con tanta convicción acerca de un mundo donde no se adora a Dios. Pero no hay ningún misterio. El Silmarillion es la obra de un hombre profundamente religioso. No contradice el cristianismo, sino que lo complementa. En la leyenda no se adora a Dios, pero Dios está allí, de forma más explícita en El Silmarillion que en su continuación, El Señor de los Anillos. El universo de Tolkien está regido por Dios, El Único. Por debajo de Él, en la jerarquía, están los Valar, guardianes del mundo, que no son dioses sino potencias angélicas, sagradas en sí y sujetas a Dios; y en un terrible momento de la historia ponen el poder que ellos tienen en Sus manos.

Tolkien fundió su mitología en este molde porque deseaba que fuera remota, extraña, y que, al mismo tiempo, no fuera mentira. Deseaba que sus relatos mitológicos y legendarios expresaran su propia visión moral del universo; y como buen cristiano, no podía situar esta visión en un cosmos donde no estuviera el Dios que él adoraba. Al mismo tiempo, situar de modo «realista» los cuentos en el mundo conocido, cuyas creencias eran explícitamente cristianas, les habría quitado su color imaginativo. Por lo tanto, Dios está presente en el universo de Tolkien, aunque no de manera visible.

Cuando escribió El Silmarillion, Tolkien creía que en cierto sentido estaba escribiendo la verdad. No se trataba de que esos pueblos que describía, los «elfos», los «enanos», los malévolos «orcos», hubiesen recorrido la tierra ni realizado los hechos que él registraba. Pero sentía —o esperaba— que sus relatos eran de algún modo la encarnación de una profunda verdad. Esto no significa que estuviera escribiendo una alegoría; lejos de ello, a menudo expresó su disgusto por esa forma de literatura. «Me desagrada la alegoría apenas la huelo», dijo una vez, y frases similares se repiten en sus cartas a los lectores de sus obras. Entonces, ¿en qué sentido suponía que El Silmarillion podía ser «verdad»?

Parte de la respuesta puede encontrarse en su ensayo Sobre los cuentos de hadas y en Hoja de Niggle: ambos sugieren que un hombre puede recibir de Dios el don de registrar «una brusca vislumbre de la realidad o la verdad subyacente». En efecto, mientras escribía El Silmarillion Tolkien creía que hacía algo más que inventar una historia. Acerca de las narraciones que componen el libro escribió: «Surgieron en mi mente como cosas "dadas", y se vinculaban entre sí a medida que iban llegando. Una tarea absorbente, aunque llena de interrupciones, no sólo por las necesidades de la vida, sino porque mi mente volaba hacia el otro polo y se entregaba a la lingüística; no obstante, siempre tuve la sensación de registrar algo que ya estaba "allí", en alguna parte, jamás la de "inventar"».

El primer relato escrito por Tolkien durante su convalecencia en Great Haywood a principios de 1917, ocupa en realidad un lugar situado hacia el final del ciclo. Se trata de La caída de Gondolin, y narra el asalto de la última fortaleza de los elfos por Morgoth, la mayor potencia del mal. Después de una terrible batalla, un grupo de habitantes de Gondolin, entre ellos Earendel,[17] nieto del rey,

[17] La grafía «Earendil» no fue adoptada por Tolkien hasta algunos años más tarde.

logra huir. Aquí está, pues, el nexo con los tempranos poemas de Earendel, los primeros esbozos de la mitología. El estilo de La caída de Gondolin sugiere que Tolkien fue influido por William Morris, y no deja de ser razonable suponer que la gran batalla que forma el núcleo de la historia deba una pequeña parte de su inspiración a las experiencias de Tolkien en el Somme, o, mejor, a sus reacciones ante esas experiencias, ya que la lucha en Gondolin posee una grandeza heroica de la cual carece la guerra moderna. Pero en todo caso sólo eran influencias superficiales: Tolkien no se valió de modelos para su extraño y fascinante relato, y las dos características más notables son de su absoluta invención: los nombres, y el hecho de que la mayoría de los protagonistas sean elfos.
En términos estrictos se podría decir que los elfos de El Silmarillion surgieron de las hadas de los primeros poemas de Tolkien; pero la verdad es que no hay mucha relación entre unos y otros. Los elfos pueden haber nacido en su mente como resultado del entusiasmo que sentía por las Sister Songs de Francis Thompson, o por la ternura que inspiraba en Edith «la gentecilla como los elfos»; pero las criaturas de El Silmarillion no se asemejan en nada a los pequeños leprechauns, o a Goblin Feet. Son, a todas luces, hombres, o más bien, el Hombre antes de la Caída que le privó de sus poderes. Tolkien creía con devoción que en un tiempo había habido sobre la tierra un Edén, y que el pecado original del hombre y su posterior destronamiento habían provocado los males del mundo; pero sus elfos, aunque capaces de pecado y error, no habían «caído», en el sentido teológico, y eran, en consecuencia, capaces de hacer muchas cosas situadas más allá del poder de los hombres. Eran artesanos, poetas, creadores de obras de una belleza muy superior a la del arte humano. Y lo más importante: eran, si no morían en la batalla, inmortales. La ancianidad, la enfermedad o la muerte no interrumpían su tarea si ésta se hallaba aún inconclusa o imperfecta. Eran, por lo tanto, el ideal de todo artista.

Así son los elfos de El Silmarillion y de El Señor de los Anillos. El mismo Tolkien presenta de este modo su naturaleza cuando escribe acerca de ellos: «Están hechos por el hombre a su imagen y semejanza, pero son libres de las limitaciones que él siente más opresivas. Son inmortales, y su voluntad les basta para el cumplimiento de los deseos y la imaginación».

En cuanto a los nombres de personas y lugares en La caída de Gondolin y los demás relatos de El Silmarillion, estaban construidos con los lenguajes inventados por Tolkien. Como la existencia de esos lenguajes había sido la raison d'être de toda la mitología, no es extraño que dedicara bastante atención a la tarea de crear nombres con ellos. De hecho, la elaboración de nombres y el trabajo lingüístico asociado a ella ocupaban una parte de su atención igual o mayor que la aplicada para escribir los cuentos mismos. Por eso vale la pena saber cómo llevaba a cabo esta tarea.

Tolkien había esbozado una cantidad de lenguajes inventados en su adolescencia, desarrollando algunos hasta cierto grado de complejidad. Pero en definitiva uno solo de esos experimentos le había parecido satisfactorio, y llegaba a expresar su gusto lingüístico personal. Era un lenguaje muy influido por el finlandés. Tolkien lo llamaba «Quenya», y hacia 1917 estaba muy elaborado y tenía un vocabulario de muchos cientos de palabras, basadas en una cantidad muy limitada de raíces. El quenya derivaba —como habría ocurrido con cualquier idioma real— de otra lengua más primitiva hablada, supuestamente, en una época anterior; y a partir del «Eldarin» primitivo, Tolkien creó un segundo idioma, contemporáneo del quenya, hablado por distintos pueblos de elfos. Lo llamó, más tarde, «Sindarin» y modeló su fonología sobre la del galés, la lengua que, después del finlandés, estaba más cerca de sus gustos personales.

Además del quenya y el sindarin, Tolkien inventó otros lenguajes de elfos. Aunque sólo estaban bosquejados, las complejidades de su interrelación y la elaboración de un «árbol familiar» de lenguas ocuparon mucho su mente. Pero los nombres de elfos de El Silmarillion provenían casi en su totalidad del quenya y el sindarin.

Es imposible, en unas pocas frases, explicar de un modo adecuado cómo se valía Tolkien de sus lenguajes élficos para dar nombres a los personajes y lugares de sus relatos. Pero, resumiendo, era como sigue. Cuando trabajaba siguiendo un plan, componía todos esos nombres con mucha cautela, determinando en principio el significado y desarrollando después su forma, primero en un idioma y

luego en el otro; en general optaba por escribirlo en sindarin. Sin embargo, en la práctica era a menudo más arbitrario. Esto parece extraño, si se recuerda el profundo amor que sentía por la invención cuidadosa; pero en el calor de la escritura solía construir un nombre que sonaba adecuado para el personaje atendiendo sólo de un modo superficial a su origen lingüístico. Más tarde, eliminaba estos nombres porque «no tenían sentido», o los sometía a un severo escrutinio filológico para descubrir cómo podían haber llegado a su forma extraña y en apariencia inexplicable. Éste es también un aspecto de su imaginación que debe recordar quien intente comprender cómo trabajaba Tolkien. A medida que pasaban los años, tendía a considerar sus propios lenguajes inventados y sus propias narraciones como lenguas «reales» y crónicas históricas que necesitaban ser aclaradas. En otras palabras, con este ánimo, cuando hallaba en alguno de los relatos una aparente contradicción o un nombre poco satisfactorio, no decía: «Esto no es lo que deseo, debo cambiarlo», sino que enfocaba el problema preguntándose: «¿Qué significa esto? Debo descubrirlo».

Este hecho no se debía a que hubiese perdido el ingenio o el sentido de la proporción. En parte era un juego intelectual, un solitario (le gustaban los solitarios con naipes), y en parte surgía de su creencia en la verdad última de su propia mitología. Sin embargo, en otros momentos enfrentaba la posibilidad de hacer cambios drásticos en algún aspecto esencial de la estructura de la historia, como haría cualquier otro autor. Eran, por supuesto, actitudes contradictorias; pero en esto, como en muchos otros aspectos de su personalidad, Tolkien era un hombre de antítesis.

Ésta era, pues, la extraordinaria tarea que había comenzado en Great Haywood, a principios de 1917, mientras se encontraba de licencia por enfermedad. Edith, feliz de ayudarlo, hizo una bella copia manuscrita de La caída de Gondolin en un gran cuaderno. Fue un interludio de dicha singular. Por las noches ella tocaba el piano y él recitaba sus poemas o la dibujaba. En esa época, ella concibió un hijo. Pero el idilio no podía durar; la «fiebre de las trincheras» no significaba más que fiebre elevada y malestar general, y un mes de internación en Birmingham había bastado, en apariencia, para curarlo. Su batallón lo reclamaba para el servicio en Francia. Él no quería ir, por supuesto, y hubiera sido una tragedia que su vida fuera segada por un cañón alemán ahora que comenzaba su gran obra. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Su salud proporcionó la respuesta. Hacia el final de su licencia en Great Haywood sufrió una recaída. Mejoró tras unas semanas y fue destinado temporáneamente a Yorkshire. Edith y su prima Jennie alquilaron unas habitaciones amuebladas en Hornsea, a pocas millas del campamento. Pero apenas vuelto al servicio enfermó una vez más, y fue enviado a un sanatorio de Harrogate.

No estaba fingiendo, sin duda tenía verdaderos síntomas de enfermedad. Pero, como Edith le escribió: «Cada día en la cama significa otro día en Inglaterra», y él era consciente de que la recuperación significaría, de manera casi inevitable, el retorno a las trincheras. Su cuerpo, como ocurrió con muchos soldados, respondió y mantuvo su temperatura por encima de lo normal, y el hecho de pasar día tras día en la cama tratado con aspirinas no hizo nada para restaurar sus fuerzas. En abril fue otra vez considerado apto, y enviado para un entrenamiento adicional a una escuela de señales del ejército, en el Nordeste. Si aprobaba un examen tenía buenas posibilidades de que fuera designado oficial de señales en el campamento de Yorkshire, cargo que lo mantendría alejado del frente. Rindió el examen en julio, y fracasó. Pocos días más tarde volvió a enfermar, y para la segunda semana de agosto estaba internado.

Esta vez se encontró en un ambiente acogedor: el hospital de oficiales de Brookiand, en Hull. Un agradable grupo de pacientes, entre quienes se encontraba un amigo de los Lancashire Fusiliers, le hizo compañía. Recibió la visita de las monjas de un convento católico local, con una de las cuales desarrolló una amistad que había de continuar mientras ella viviera. También continuó escribiendo. Entretanto Edith, embarazada, vivía con su prima en una deplorable pensión de la costa. Le había dolido marcharse de Warwick, aunque luego Great Haywood le resultara agradable, pero la vida que ahora llevaba era difícil de soportar. No podía contar con su piano, la comida escaseaba a causa

de los barcos británicos hundidos por los submarinos alemanes, y ella apenas podía ver a Ronald, ya que el viaje desde Hornsea hasta el hospital era largo y fatigoso. El templo católico local estaba precariamente alojado en un cine y Edith casi tuvo el deseo de acompañar a Jennie a la iglesia anglicana. El embarazo la agotaba. Por fin, decidió regresar a Cheltenham, donde viviera tres años, la única ciudad que de verdad le gustaba. Hizo arreglos para dar a luz en un hospital cómodo, y encontrar alojamiento para ella y para Jennie.

Alrededor de esa época, quizá mientras estaba en el hospital de Hull, Tolkien escribió otra de las principales narraciones para El libro de los cuentos perdidos: la de la desgraciada Túrin, que más tarde se llamaría Los hijos de Húrin. Aquí también podemos detectar influencias literarias: la lucha del héroe con un gran dragón nos remite de manera inevitable a las hazañas de Sigurd y Beowulf, así como el inadvertido incesto con su hermana y el posterior suicidio derivan conscientemente de la historia de Kullervo en el Kalevala. Pero estas influencias son sólo superficiales, como en otros casos. Los hijos de Húrin es una poderosa fusión de tradiciones islandesas y finlandesas, pero va más allá de esto y alcanza un grado de complejidad dramática y una sutileza de caracterización difíciles de hallar en las leyendas antiguas.

El 16 de noviembre de 1917 Ronald y Edith Tolkien tuvieron un hijo, en una maternidad de Cheltenham. Fue un parto difícil, y la vida de Edith estuvo en peligro. Ronald había sido dado de alta en el hospital, pero era necesario en el campamento y no pudo obtener licencia para ir a ver a su esposa hasta una semana después; Edith ya había empezado a reponerse. Decidieron llamar al niño Jhon Francis Reuel; «Francis» en honor del padre Francis Morgan, que había ido desde Birmingham para bautizar a la criatura. Después del bautismo, Ronald regresó al campamento. Edith se trasladó con el niño a Roos, un pueblo de Yorkshire, al norte del estuario del Humber, no lejos del campamento donde Ronald, ascendido a teniente, servia ahora. En ese momento parecía ya poco probable que fuera enviado otra vez al frente.

Apenas obtenía una licencia, él y Edith salían a caminar por el campo. Cerca de Roos encontraron un bosquecillo con gran cantidad de plantas de cicuta, en el que pasaban las tardes. Ronald evocaba así a la Edith de entonces: «Tenía el pelo muy negro, la piel clara, los ojos brillantes, y podía cantar. ¡Y bailar!». Ella cantaba y bailaba para él en el bosque, y de aquí procede el relato que había de dar origen a El Silmarillion: la historia de un hombre mortal, Beren, que amaba a la doncella inmortal, Lúthien Tinúviel, a quien había visto por primera vez bailando entre las plantas de cicuta, en medio del bosque.

Este cuento de hadas profundamente romántico contenía una gama de emociones más extensa que cualquier obra anterior de Tolden, logrando por momentos una intensidad de pasiones wagneriana. Es también la primera de sus historias en que aparece el elemento de la búsqueda, el viaje de los dos amantes a la terrible fortaleza de Morgoth, donde esperan cortar un Silmaril de la Corona de Hierro, tan destinado al fracaso, se nos ocurre, como la tentativa de Frodo de llevar el Anillo a su destino.
De todas sus leyendas, la historia de Beren y Lúthien era la favorita de Tolkien, en gran medida porque a cierto nivel identificaba el personaje de Lúthien con su esposa. Al cabo de más de cincuenta años, después de la muerte de Edith, escribió a su hijo Christopher explicándole por qué deseaba incluir el nombre Lúthien en su lápida: «Ella era (y lo sabía) mi Lúthien. No te diré más ahora. Pero me gustaría, antes de que pase mucho tiempo, tener una larga conversación contigo. Porque como parece probable que jamás escriba una biografía ordenada —se opone a mi naturaleza, la cual expresa mejor las cosas que siente valiéndose para ello de mitos y relatos—, alguien que está cerca de mi corazón debería tener algún conocimiento de aquello que los registros no registran: los terribles sufrimientos de nuestra infancia, de los que nos rescatamos el uno al otro, aunque sin poder curar del todo heridas que, más tarde, se demostraron muchas veces pertinaces; los sufrimientos que debimos soportar una vez que nos declaramos mutuo amor; todo lo cual (más allá y por encima de las debilidades personales) podría ayudar a hacer perdonables, o comprensibles, los errores y oscuridades que a veces ensombrecieron nuestras vidas, y a explicar por qué nunca rozaron lo más profundo de nuestras almas ni borraron el recuerdo de nuestro amor juvenil. Por qué siempre, y en

especial a solas, nos encontrábamos todavía a la media luz del bosque caminando con las manos unidas para escapar a la sombra de la muerte inminente antes de nuestra despedida final».

El período de Tolden en Roos concluyó en la primavera de 1918, cuando fue destinado a Penkridge, uno de los campamentos de Staffordshire donde se había entrenado antes de partir a la guerra. En ese momento, los miembros de su batallón que aún servían en Francia habían muerto o caído prisioneros en Chemin des Dames.
Edith, el niño y Jennie Grove se trasladaron al sur para acompañarlo. Edith consideraba que vivían «una vida errante, miserable y sin hogar»; y apenas se habían establecido en Penkridge cuando él fue enviado otra vez a Hull. Pero ahora Edith se negó a seguirlo. Estaba fatigada por los cuidados del niño, y muchas veces dolorida: los efectos del parto difícil duraron largo tiempo. Le escribió a Ronald con amargura: «No volveré a seguirte de un sitio a otro». A su regreso a la guarnición de Humber, Ronald cayó nuevamente enfermo, y fue internado en el hospital de oficiales de Hull. «Es tan enorme el tiempo que has pasado en cama desde que llegaste de Francia hace dos años —escribía Edith— que nunca más deberías sentirte cansado.» En el hospital, además de trabajar en su mitología y sus lenguajes élficos, aprendió un poco de ruso y mejoró su italiano y su español.

En octubre salió del hospital. La paz parecía algo más próxima, y fue a Oxford a ver si había alguna posibilidad de encontrar un puesto académico. Las perspectivas no eran demasiado halagüeñas: la universidad apenas funcionaba, y nadie sabía qué ocurriría cuando la paz llegase. Pero visitó a William Craigie, quien le había enseñado islandés, y recibió algún aliento de su parte. Craigie pertenecía al equipo del New English Dictionary, cuya parte final aún se estaba compilando en Oxford, y dijo a Tolkien que podría darle empleo como lexicógrafo asistente. Cuando la guerra llegó a su fin el 11 de noviembre, Tolkien entró en contacto con las autoridades militares y obtuvo licencia para permanecer en Oxford, «con el fin de completar su educación», hasta que fuera desmovilizado. Encontró alojamiento cerca de su viejo refugio en St. Jhon's Street, y a fines de noviembre de 1918 él, Edith, el niño y Jennie Grove se establecieron en Oxford.

2 Interludio en Oxford

Tolkien había soñado largo tiempo con regresar a Oxford. Durante toda la guerra había sufrido nostalgias de su universidad y de sus amigos, así como del modo de vida que practicara durante cuatro años. También le pesaba percatarse del tiempo perdido: tenía ahora veintisiete años, y Edith, treinta. Pero por fin podían disfrutar de aquello que tanto deseaban: «un hogar para los dos».

Consciente de que había entrado en una nueva fase de su vida, Tolkien inició, el día de Año Nuevo de 1919, un diario donde registraba los principales acontecimientos y sus opiniones acerca de ellos. Al principio se valió de la escritura corriente, pero luego comenzó a usar un alfabeto que acababa de concebir, y que parecía una mezcla de hebreo, griego y taquigrafía Pitman. Pronto decidió vincularlo con su mitología, y lo llamó «Alfabeto de Rúmil», en alusión a un sabio elfo de sus relatos. Sus anotaciones diarias estaban en inglés, pero escritas con ese alfabeto. La única dificultad radicaba en que no podía decidir una forma final; alteraba continuamente el valor de las letras y su empleo, de modo que un signo utilizado para designar la «r» una semana a la siguiente podía significar «1». Tampoco recordaba llevar una guía sistemática de estos cambios, por lo que al cabo de cierto tiempo halló difícil la lectura de las anotaciones más antiguas. La resolución de no continuar modificando el alfabeto y dejarlo como estaba de nada sirvió: un inquieto perfeccionismo, en esto como en muchas otras cosas, lo obligaba a constantes ajustes, por sutiles que fueran.

Con paciencia, una vez descifrado, este diario proporciona una detallada visión del nuevo modelo de vida de Tolkien. Después del desayuno, abandonaba el número 50 de St. Jhon's Street y se dirigía al despacho del New English Dictionary, situado en el edificio del Old Ashmolean, en la cercana Broad Street. Allí, en lo que llamaba «ese gran despacho polvoriento, el más pardo de los despachos pardos», un pequeño grupo de expertos elaboraba el más amplio diccionario de la lengua inglesa que se haya recopilado jamás. La empresa había sido acometida en 1878, y en 1900 se habían publicado ya los volúmenes que iban desde la letra A hasta la H; pero dieciocho años después, a causa de la demora producida por la guerra, faltaba aún la parte de la U a la Z. El editor original, Sir James Murray, había muerto en 1915, y supervisaba entonces la obra Henry Bradley, un hombre extraordinario que durante veinte años había sido empleado de una fábrica de cuchillos de Sheffield antes de dedicarse por completo a la investigación y convertirse en un distinguido filólogo.[18]

A Tolkien le agradaban el trabajo en el Dictionary y sus colegas, en especial el destacado C.T. Onions. Durante las primeras semanas se le encomendó la tarea de investigar la etimología de warm, wasp, water, wick (lamp) y winter.[19] Se puede advertir de un vistazo, leyendo el texto que se imprimió finalmente para wasp, el tipo de conocimientos necesarios para esto. No es una palabra que revista demasiada dificultad, pero el artículo cita formas comparables en sajón antiguo, holandés medio, holandés moderno, alto alemán antiguo, bajo alemán medio, alto alemán medio, alemán moderno, teutón antiguo, preteutón primitivo, lituano, esloveno antiguo, ruso y latín. No es sorprendente que Tolkien haya encontrado que este tipo de trabajo le enseñaba mucho acerca de idiomas, y dijo una vez refiriéndose al período 1919-1920, cuando trabajó en el Dictionary: «Aprendí más en esos dos años que en cualquier otro período de igual duración de mi vida». Cumplía muy bien su tarea, incluso teniendo en cuenta el nivel del Dictionary, y el doctor Bradley dijo de él: «Su trabajo demuestra un extraordinario dominio del anglosajón y de los hechos y principios de la gramática comparada de las lenguas germánicas. No vacilaría en afirmar que jamás he conocido a un hombre de su edad que fuese su igual en estos aspectos».

---

[18] En su infancia, Bradley había aprendido a leer *de abajo arriba,* mirando la Biblia que tenía su padre sobre las rodillas durante las plegarias familiares.

[19] Tibio, avispa, agua, mecha (de lámpara) e invierno.

Desde el despacho, una breve caminata lo llevaba a su hogar para comer, y más tarde para tomar el té. El doctor Bradley era un jefe de tareas poco exigente en cuanto a horarios, y de todos modos no se suponía que el trabajo debiera ocupar todo el día de Tolkien. Como muchas de las personas empleadas en el Dictionary, se esperaba que completara su tiempo y sus ganancias dando clases en la universidad. Tolkien hizo saber que estaba dispuesto a tomar alumnos, y uno por uno los colleges empezaron a responder, en especial los de mujeres, ya que el Lady Margaret Hall y el St. Hugh necesitaban con urgencia alguien que enseñara anglosajón a sus alumnas, y Tolkien tenía la ventaja de ser un hombre casado, es decir, que no había necesidad de que las alumnas asistieran a su casa acompañadas.

Pronto él y Edith decidieron que podían pagar el alquiler de una casa pequeña, y encontraron una adecuada a la vuelta de sus habitaciones, en el número 1 de Alfred Street (que ahora se llama Pusey Street). Se trasladaron a fines del verano de 1919, y contrataron a una criada que trabajaba también como cocinera. Era una gran alegría poseer una casa propia. El piano de Edith regresó del depósito, y ella pudo volver a tocar con regularidad, por primera vez en muchos años. Estaba nuevamente embarazada, y a su tiempo dio a luz en su hogar y crió al niño en una casa adecuada. En la primavera de 1920 Ronald ganaba con sus clases suficiente dinero para abandonar su trabajo en el Dictionary.

Continuó escribiendo mientras tanto El libro de los cuentos perdidos, y una noche leyó en voz alta La caída de Gondolin en el club de ensayos del Exeter College. Fue bien recibido por un auditorio de estudiantes no graduados, entre los que se encontraban dos jóvenes llamados Nevill Coghill y Hugo Dyson.

De pronto, los planes de la familia se alteraron. Tolden solicitó el puesto de lector de Lengua Inglesa de la Universidad de Leeds, sin pensar casi que pudieran tomarlo en consideración; pero en el verano de 1920 le pidieron que acudiera a Leeds para una entrevista. En la estación fue recibido por George Gordon, profesor de Inglés de la universidad. Gordon había sido un miembro prominente de la Escuela de Inglés de Oxford durante la guerra, pero Tolden no lo había conocido, y la conversación que entablaron durante el trayecto hasta la universidad fue un poco fría. Hablaron de Sir Walter Raleigh, profesor de Literatura Inglesa en Oxford. Tolden evocó así esa conversación: «Yo no apreciaba demasiado a Raleigh; no se trataba, por supuesto, de un buen orador, pero algún espíritu bondadoso me hizo decir que era un ser “olímpico”. Eso cayó bien, aunque yo sólo quería decir que se apoyaba graciosamente en un alto pináculo por encima de mis críticas. Antes de salir de Leeds yo sabía, en lo más íntimo, que el puesto era mío».

3 Aventura en el Norte

Cubierta de humo, hollín y una densa niebla industrial; atestada de fábricas y viviendas dispuestas en hilera, Leeds ofrecía escasas perspectivas de vida confortable. Los últimos edificios universitarios victorianos, construidos con ladrillos de distintos colores y en falso estilo gótico, no resistían la comparación con el entorno al que Tolkien estaba acostumbrado. Tuvo serias dudas antes de decidirse a aceptar el cargo y viajar al norte de Inglaterra.

Al principio todo fueron dificultades. En octubre de 1920, poco después de que comenzaran los cursos, Edith dio a luz un segundo hijo, quien fue bautizado Michael Hilary Reuel; Tolden, que ocupaba un pequeño estudio en Leeds, debía viajar a Oxford los fines de semana para ver a su familia. Sólo a principios de 1921 Edith y el niño estuvieron en condiciones de partir hacia el norte, e incluso entonces Tolkien sólo pudo encontrar para ellos un alojamiento temporáneo. A fines de 1921 alquilaron una pequeña y oscura casa en el 11 de St. Mark's Terrace, una calle lateral cercana a la universidad, donde establecieron su nuevo hogar.

El Departamento de Inglés de la Universidad de Leeds era pequeño todavía, pero George Gordon estaba empeñado en su engrandecimiento. Gordon era más un organizador que un investigador, y a Tolkien le pareció «un verdadero jefe de hombres». Gordon se mostró muy cordial con su nuevo asistente; le hizo lugar en su propio despacho, una habitación de ladrillo, con cañerías de agua caliente, que compartía ya con el profesor de francés, y se preocupó por la instalación de su familia. Y lo que era más importante, cedió a Tolkien la virtual responsabilidad sobre la enseñanza de toda la lingüística impartida por el departamento.

Gordon había decidido seguir el modelo de Oxford y dividir los estudios de inglés en dos opciones, una para los estudiantes que quisieran especializarse en literatura posterior a Chaucer y otra para quienes desearan concentrar su atención en anglosajón e inglés medio. Este último curso acababa de iniciarse, y Gordon quería que Tolkien organizara un programa atractivo para los alumnos, y que los dotara además de un sólido entrenamiento filológico. Tolkien puso manos a la obra de inmediato. Al comienzo, le preocupaban un poco los rígidos y formales estudiantes de Yorkshire, pero pronto llegó a sentir admiración por muchos de ellos. Escribió una vez: «Estoy a favor de los "lentos y aburridos". Una proporción sorprendentemente grande de ellos se demuestra "educable", dado que la primera condición para esto es la voluntad de *trabajar un poco».* Muchos de sus alumnos de Leeds trabajaban mucho, y pronto alcanzaron resultados excelentes.

Sin embargo, Tolkien estuvo a punto de no quedarse en Leeds. Durante el primer curso fue invitado a presentar su candidatura para dos profesorados de lengua inglesa: la cátedra Baines, en Liverpool, y la nueva cátedra De Beers en Ciudad de El Cabo. Envió ambas solicitudes. Liverpool no la aceptó, pero a fines de enero de 1921 Ciudad de El Cabo le ofreció el cargo. Por muchas razones, le hubiera gustado ir allá; siempre había querido volver a Sudáfrica, entre otras cosas porque significaba retornar al país de su nacimiento. Pero rechazó la oferta. Edith y el menor de los niños no estaban en condiciones de viajar, y no quería separarse de ellos. No obstante, doce meses más tarde escribió en su diario: «Me he preguntado con frecuencia si no era ésa nuestra oportunidad y nos faltó valor para aprovecharla». Los acontecimientos posteriores demostrarían que ese temor era infundado.

A comienzos de 1922 se designó un nuevo docente adjunto en la sección de lenguaje del Departamento de Inglés de Leeds: Eric V. Gordon. Este canadiense pequeño y pelinegro (que no tenía relación con George Gordon) había sido un *Rhodes Scholar* en Oxford, y Tolkien había sido su tutor durante 1920. Lo recibió muy bien en Leeds. «Ha llegado Eric Valentine Gordon, se ha establecido sólidamente y es un devoto amigo y compañero», escribió en su diario.

Poco después de la llegada de Gordon los dos hombres empezaron a colaborar en una importante

tarea de investigación. Tolkien había estado trabajando durante algún tiempo en un glosario para el libro de citas en inglés medio que editara su anterior tutor, Kenneth Sisam. Esto significaba, en realidad, la confección de un pequeño diccionario de inglés medio, tarea que acometió con infinita exactitud y mucha imaginación. El glosario llevó largo tiempo, pero estaba en prensa a principios de 1922; y en aquel tiempo Tolkien deseaba dedicarse a una tarea de mayor envergadura. Él y E.V. Gordon decidieron preparar una nueva edición del poema en inglés medio *Sir Gawain and the Green Knight,* puesto que no existía ninguna adecuada para los estudiantes universitarios. Tolkien se ocuparía del texto y el vocabulario, y Gordon se haría cargo de la mayor parte de las notas.

Tolkien halló que su colaborador era «un pequeño demonio industrioso», y tuvo que trabajar a gran velocidad para mantenerse a su paso. Terminaron la obra, que publicó la Clarendon Press, a principios de 1925. Fue una gran contribución al estudio de la literatura medieval, aunque Tolkien divertiría años más tarde a sus estudiantes haciendo disparatadas referencias a algunas interpretaciones expuestas en la obra, como si él mismo no tuviese nada que ver con ella: «¡Tolkien y Gordon estaban muy equivocados, cuando dijeron eso! ¡No puedo comprender en qué estaban' pensando!».

E.V. Gordon compartía el sentido del humor de Tolkien. Ambos ayudaron a crear un Viking Club entre los estudiantes, que se reunían allí para beber grandes cantidades de cerveza, leer sagas y entonar canciones humorísticas. Éstas eran escritas en su mayoría por Tolkien y Gordon, quienes componían toscos poemas acerca de los estudiantes, traducían versos infantiles al anglosajón y cantaban canciones de bebedores en noruego antiguo. Más tarde, varias de estas composiciones fueron editadas en privado con el título de *Canciones para filólogos.* El Viking Club hizo populares como profesores a Tolkien y a Gordon, y esto, unido a la excelencia de su enseñanza, atrajo cada vez más alumnos a la sección de lenguaje del Departamento de Inglés. En 1925 había veinte especialistas en lingüística entre los estudiantes, más de un tercio del total del Departamento, y una proporción mucho mayor de la que seguía, en Oxford, el curso equivalente.

La vida hogareña de los Tolden era, en general, feliz. Edith encontró agradable la informal atmósfera universitaria, y tuvo muchas amistades entre las esposas de los profesores. El dinero no abundaba y Tolkien estaba ahorrando para comprar una casa, de modo que rara vez salían de vacaciones, pero en el verano de 1922 visitaron por algunas semanas Filey, en la costa de Yorkshire. A Tolkien el lugar no le gustó, dijo que no era más que «un horrible balneario suburbano», y mientras estaba allí tuvo que dedicar bastante tiempo a la calificación de exámenes para el certificado escolar, tarea que entonces realizaba todos los años para ganar algo más de dinero. También escribió varios poemas.

Había compuesto mucha poesía durante los últimos años, gran parte de la cual estaba vinculada con su mitología. Algunos poemas fueron publicados en *The Gryphon,* la revista de la Universidad de Leeds. en una colección local denominada *Yorkshire Poetry,* y en un libro de poemas de miembros del Departamento de Inglés titulado *Northern Venture.* Comenzó en esa época una serie de poemas llamados *Cuentos y canciones de Bimble Bay.* Uno, sugerido por sus sentimientos acerca de Filey, se queja del carácter sórdido y ruidoso de la vida urbana moderna. Otro, *La visita del dragón,* describe las depredaciones causadas por un dragón que llega a Bimble Bay y encuentra a «Miss Biggins». Un tercero, *Glip,* se refiere a una extraña criatura viscosa que vive debajo del suelo de una caverna y tiene ojos claros y luminosos. Todos parecen vislumbres de importantes textos futuros.

En mayo de 1923 Tolkien fue víctima de un grave resfriado que se convirtió en neumonía. Su abuelo Jhon Suffield, de noventa años, visitaba en ese momento a la familia, y Tolkien recuerda su imagen, «de pie junto a mi cama, una figura alta y vestida de negro, que me miraba y decía con desdén que toda mi generación y yo mismo éramos unos degenerados debiluchos. Y allí estaba yo, esforzándome por respirar, mientras él se despedía porque debía partir en un barco a hacer un viaje por mar alrededor de las Islas Británicas». El anciano vivió todavía siete años, pasando gran parte

de este tiempo con su hija menor, la tía jane, quien había dejado Nottinghamshire para residir en una granja en Dormston, Worcestershire. Estaba en el final de un camino sin salida, que la gente del lugar llamaba a veces «Bag End».

Cuanto Tolden se recobró de la neumonía fue con Edith y los niños a casa de su hermano Hilary, quien después de servir en la guerra había adquirido un pequeño huerto cerca de Evesham, la ciudad ancestral de los Suffield. Toda la familia trabajó en el huerto, y también hubo alegres juegos con cometas gigantescas que los dos hermanos elevaban frente a la casa, para entretener a los niños. Tolkien logró encontrar algún tiempo para trabajar un poco en su mitología.

El libro de los cuentos perdidos estaba casi terminado. En Oxford y en Leeds, Tolkien había escrito los relatos de la creación del universo, la elaboración de las Silmarils y su robo del reino bendito de Valinor por Morgoth. Al ciclo le faltaba aún un final preciso —debía concluir con el viaje de la nave estelar de Earendel, que había sido el primer elemento surgido en la mente de Tolkien— y algunas narraciones eran aún meros esbozos, pero un pequeño esfuerzo adicional bastaría para concluir la obra. Sin embargo, Tolkien no se apresuró, y comenzó a reescribir todo el conjunto. Era casi como si no quisiera terminar. Quizá dudaba de encontrar editor; de hecho, era una obra muy poco convencional. Pero no más extraña que los muy populares libros de Lord Dunsany. Entonces, ¿qué lo detenía? En primer lugar, su deseo de perfección; pero también algo que había dicho una vez Christopher Wiseman acerca de los elfos de sus poemas iniciales: «Estas criaturas están vivas para ti porque aún las estás creando. Cuando hayas terminado de crearlas estarán tan muertas, para ti, como los átomos que componen nuestro alimento viviente». En otras palabras, Tolkien no deseaba concluir su obra porque le resultaba intolerable la idea de no continuar creando dentro de su mundo inventado, o «subcreación», como lo llamaría más tarde.

No terminó, pues, *El Silmarillion* (título que dio al libro), sino que lo revisó, alteró y pulió. También dio a dos de los relatos principales forma de poema, indicación de que todavía se interesaba tanto por la poesía como por la prosa. Para la historia de Túrin eligió un equivalente moderno del metro aliterativo que se encuentra en *Beowulf,* y para la historia de Beren y Lúthien se decidió por los pareados. Llamó al último poema *La gesta de Beren y Lúthien,* pero el nombre definitivo fue *El lay de Leithian.*

Mientras tanto, su carrera en Leeds dio un gran paso. En 1922 George Gordon había regresado a Oxford como profesor de Literatura Inglesa, y Tolden era candidato a la cátedra de Leeds que aquél había ocupado. Por fin se designó a Lascelles Abercrombie, pero Michael Sadler, el vicerrector, prometió a Tolden que la universidad crearía pronto un nuevo profesorado de Lengua Inglesa y que él sería el titular. Sadler mantuvo su palabra y Tolkien fue nombrado profesor en 1924, a los treinta y dos años, es decir, extraordinariamente joven para los cánones de las universidades británicas. El mismo año, Edith y él compraron una casa en las afueras de Leeds, en el 2 de Darnley Road, West Park. Era mucho mejor que la casa de la St. Mark's Terrace, de tamaño considerable, y rodeada de campos abiertos adonde Tolkien podía llevar a pasear a sus hijos.

A comienzos de 1924 un nuevo embarazo conmovió a Edith. Esperaba que fuera una niña, pero en noviembre dio a luz un varón. Fue bautizado Christopher Reuel; el primer nombre en honor de Christopher Wiseman. El niño creció y se convirtió en una particular alegría para su padre, quien escribió en su diario: «Ahora no podría vivir sin lo que Dios me ha enviado».

En los primeros días de 1925 llegó la noticia de que pronto quedaría libre en Oxford la cátedra de Anglosajón; su titular, Craigie, se marchaba a América. Se anunció la vacante, y Tolkien se ofreció. En teoría sus posibilidades no eran muy buenas, ya que los otros tres candidatos tenían excelentes credenciales: Allen Mawer, de Liverpool, R.W. Chambers, de Londres, y Kenneth Sisam. Sin embargo, Mawer decidió no presentarse, y Chambers no aceptó la cátedra, de modo que la decisión quedó entre Tolkien y su antiguo tutor, Sisam.

Kenneth Sisam ocupaba en ese momento un alto cargo en la Clarendon Press, pero aunque no practicaba la investigación con dedicación exclusiva, tenía buena reputación en Oxford y muchos defensores. Tolkien era respaldado por mucha gente, incluso George Gordon, un maestro de la intriga. Pero en la elección los votos quedaron igualados, de modo que la decisión recayó en el vicerrector, Joseph Wells. Votó por Tolkien.

IV.- 1925-1949 (i): *«En un agujero en el suelo vivía un hobbit»*

Y después de esto, podría decirse que no sucedió nada más. Tolkien volvió a Oxford, fue profesor de Anglosajón en Rawlinson y Bosworth durante veinte años, luego profesor de Lenguaje y Literatura Inglesa en Merton, paso más tarde la primera parte de su retiro en un clásico suburbio de Oxford, se trasladó luego a algún lugar de la costa, regresó a Oxford después de la muerte de su esposa, y murió pacíficamente a los ochenta y un años. La vida Corriente y poco notable que llevan otros muchos eruditos; una vida académica brillante, es verdad, pero solo dentro de un campo profesional muy limitado que poco interesa a los legos. Y eso serla todo, aparte del extraño hecho de que durante esos años en que no sucedió nada" Tolkien escribió dos libros que llegaron a ser *best-sellers* mundiales, y cautivaron la imaginación e influyeron sobre el pensamiento de varios millones de lectores. Es una extraña paradoja que *El hobbit* y *El Señor de los Anillos* sean obras de un oscuro profesor de Oxford especializado en el dialecto de West Midland del ingles medio, que vivió una existencia suburbana de 10 más común, educando a sus hijos y cultivando su jardín.
¿O no lo es? ¿No será verdad precisamente lo contrario? ¿No deberíamos asombrarnos ante el hecho de que una mente tan luminosa sea feliz dentro de la pequeña rutina de la vida académica y doméstica? ¿De que un hombre que ansiaba el ruido de las olas rompiendo contra la costa de Cornwall, se contentara con dirigir la palabra a las señoras maduras en la recepción de un hotel en un balneario de clase media? ¿De que un poeta que se regocijaba al ver y oler el fuego crepitando en el hogar de una hostería, pudiera tener el deseo de regresar a su casa para sentarse frente a una estufa eléctrica que simulaba carbones ardientes? ¿Qué pensar de todo esto?

Tal vez sólo podamos observar, desconcertados, los años de su madurez y su ancianidad. O quizá también, lentamente, veamos emerger un cierto diseño.

1 La vida en Oxford

Hasta fines del siglo xix los poseedores de la mayor parte de las plazas de profesores becados de Oxford —es decir, la mayoría de los profesores de la universidad— estaban obligados a tomar las órdenes sagradas y a no casarse mientras ejercieran su profesión. Los reformadores de ese momento introdujeron profesores becados no clericales y abolieron el requisito del celibato. A partir de este hecho, el rostro de Oxford cambió de manera visible, porque en los años siguientes una marea de ladrillo se extendió hacia el norte desde los viejos límites de la ciudad, cubriendo el campo, a lo largo del camino de Banbury y de Woodstock, a medida que los especuladores construían centenares de casas para los nuevos profesores casados. A comienzos del siglo xx, Oxford era una colonia concentrada de académicos, sus esposas, hijos y criados, y sus habitantes ocupaban una amplia gama de viviendas, desde los palacios góticos (con torres y vidrios de color incluidos), hasta las sencillas villas suburbanas. Surgieron iglesias, escuelas y racimos de tiendas para atender las necesidades de esta extraña comunidad, y pronto quedaron pocos terrenos sin ocupar. Aunque en pequeña medida, todavía se continuaba construyendo en la década de 1920, y los Tolkien adquirieron una modesta casa nueva, de ladrillo claro y forma de L, en una calle de North Oxford. La familia viajó desde Leeds y se estableció en 1926.

Allí, en Northmoor Road, permanecieron veintiún años. En 1929 el editor y librero Basil Blackwell dejó vacante una casa vecina, y los Tolkien decidieron adquirirla, trasladándose del número veintidós al veinte a principios del año siguiente. Esta segunda casa, amplia y gris, era más espléndida que la anterior, con pequeñas ventanas de cristales emplomados y un empinado techo de pizarra. Poco antes de la mudanza nació el cuarto y último hijo, la niña que Edith tanto había esperado y que fue bautizada Priscilla Mary Reuel.

Aparte de estos dos incidentes, el nacimiento de Priscilla y el cambio de casa en 1930, la vida en Northmoor Road no tuvo mayores acontecimientos; era, dicho con más precisión, una vida ordenada y casi rutinaria, con pequeñas interrupciones pero ningún cambio significativo. Por esto, quizá la mejor forma de describirla sea imaginarnos un día típico a principios de los años treinta.

Es el día de un santo, de modo que comienza temprano. El despertador sueña a las siete en el dormitorio de Tolkien, una habitación trasera que mira al este, al jardín. En realidad, es un cuarto de vestir contiguo a un baño, pero duerme allí porque a Edith le molesta que ronque: además él se acuesta muy tarde, lo que no armoniza con los hábitos de su esposa. Por lo tanto, cada uno tiene su habitación, y así no se estorban mutuamente.

Tolkien se levanta de mala gana (nunca, por naturaleza, le ha gustado levantarse temprano), decide afeitarse después de la misa, y va en bata por el pasillo hasta los dormitorios de los muchachos para despertar a Michael y a Christopher. Jhon, el mayor, tiene ahora catorce años y estudia en una escuela católica de pupilos, en Berkshire; pero los dos varones menores, de once y siete, viven todavía en la casa.

Al entrar en el dormitorio de Michael, Tolkien está a punto de pisar una locomotora en miniatura abandonada en medio del suelo. Protesta para sus adentros. Michael y Christopher tienen pasión por los trenes y han dedicado un altillo íntegro a una maqueta. También les gustan los trenes reales, y dibujan (con increíble precisión) las locomotoras del Great Western Railway. Tolkien no comprende ni aprueba lo que llama su «manía ferroviaria"; para él los trenes sólo significan ruido, suciedad y deterioro del paisaje rural. Pero tolera este hobby, y a veces se deja persuadir y los lleva hasta alguna estación distante para ver pasar el Cheltenham Flyer.

Una vez despiertos los niños, se viste con su conjunto cotidiano de pantalones de franela y chaqueta de tweed. Luego él y sus hijos, quienes llevan las chaquetas azul marino de la Dragon School, sacan las bicicletas del garaje y se dirigen por Northmoor Road —donde las cortinas de las otras casas aún permanecen cerradas— hasta Linton Road y de ahí hasta la ancha Banbury Road, donde en ocasiones encuentran algún coche o autobús camino de la ciudad. Es una mañana de primavera y los bellos cerezos en flor extienden sus ramas sobre el pavimento.

Pedalean algo más de un kilómetro hasta la iglesia católica de St. Aloysius, un edificio con escaso encanto ubicado junto al hospital de Woodstock Road. La misa es a las siete y media, de modo que cuando vuelven a su casa llegan para el desayuno con unos minutos de retraso. Éste se sirve a las ocho en punto; o con más exactitud a las siete y cincuenta y cinco, ya que a Edith le gusta tener los relojes cinco minutos adelantados. Phoebe Coles, la empleada doméstica diurna, acaba de llegar y se la oye hacer ruido con la vajilla. Phoebe, que usa toca de doncella y permanece en la casa todo el día, está con la familia desde hace dos años, y según todas las señales se quedará mucho más, lo que es una bendición, porque antes de su llegada los problemas con los criados parecían interminables.

Durante el desayuno, Tolkien hojea su periódico, de modo siempre superficial. Como su amigo C.S. Lewis, considera las "noticias" la mayor parte de las veces triviales y dignas de ser ignoradas, y ambos proclaman (para fastidio de muchos de sus amigos) que la única "verdad" sólo se encuentra en la literatura. Sin embargo, a los dos les gusta resolver los crucigramas.

Cuando termina el desayuno, Tolkien va a su estudio y enciende la estufa. No es un día cálido y la casa (como la mayoría de las de clase media en esa época) no tiene calefacción central, de modo que necesita un buen fuego para que el cuarto sea habitable. Tiene prisa, a las nueve llegará una alumna y desea ordenar sus notas para las clases de la mañana, de modo que limpia apresuradamente las cenizas; aún están calientes, la noche anterior se había quedado trabajando hasta las dos de la madrugada. Después de encender el fuego arroja una buena cantidad de carbón, cierra las puertas de la estufa y abre por completo el tiraje. Luego corre arriba a afeitarse. Los niños se marchan a la escuela.

No ha terminado de rasurarse cuando suena la campanilla de la puerta de entrada. Edith atiende, luego le pide que baje; él aparece con la mitad de la cara cubierta de espuma. Sólo es el cartero, para decir que de la chimenea del estudio brota una gran humareda. ¿No debería el señor Tolkien cerciorarse de que todo anda bien? Tolkien se precipita al estudio y ve que, como ocurre con gran frecuencia, el fuego amenaza con escapar de la estufa. Arroja un poco de agua, da las gracias luego al cartero, y cambia con él algunas frases acerca del cultivo de hortalizas en primavera. Luego empieza a abrir la correspondencia, recuerda que no ha terminado de afeitarse, y sólo consigue estar presentable justo en el momento en que llega su alumna.

Es una joven graduada que estudia inglés medio. A las nueve y diez ella y Tolkien están enfrascados en su tarea, estudiando el significado de una palabra dudosa del Ancrene Wine. Si alguien metiera la cabeza en el estudio no los vería, porque en la puerta se abre un túnel de libros formado por una doble hilera de bibliotecas, y sólo al salir de él el resto de la habitación se hace visible. Hay ventanas en dos de las paredes; la que mira al sur da a un jardín vecino, y la que mira al oeste, a la calle. El escritorio de Tolkien se encuentra junto a la primera de ellas, pero Tolkien no está allí; de pie, junto a la estufa, sacude su pipa en el aire mientras habla. La muchacha frunce un poco el entrecejo ante el complicado discurso de su profesor, y lo difícil que le resulta comprenderlo por la rapidez y, a veces, la falta de claridad con que se expresa. Pero apenas empieza a entender el sentido de su argumentación y el objetivo que persigue, comienza a tomar notas en el cuaderno entusiasmada. Cuando su "hora" de supervisión concluye, a las once menos veinte, siente que ha recibido una nueva imagen de la forma en que el autor medieval elegía las palabras. Se marcha en su bicicleta, pensando que si todos los filólogos de Oxford pudieran enseñar así, la Escuela de Inglés sería un lugar más animado.

Después de acompañarla a la puerta, Tolkien regresa a su estudio y recoge sus notas para la clase. No tiene tiempo de examinarlas por completo, y espera que todo lo que vaya a necesitar esté allí. Lleva también un ejemplar del texto que piensa comentar, el poema Exodus en inglés antiguo, sabiendo que si ocurre lo peor y las notas fallan, siempre podrá improvisar sobre él. Luego, con su cartera y su toga de master en el cesto de la bicicleta, se dirige a la ciudad.

A veces da clase en su propio college, Pembroke, pero esta mañana, como suele suceder, su destino son las Examination Schools, instaladas en un edificio opresivo de estilo victoriano tardío en High Street. A los profesores de asignaturas más populares se les otorga una aula grande, como la East School, donde hoy C.S. Lewis reunirá un gran auditorio en su curso sobre estudios medievales. Tolkien suele tener un vasto público para sus conferencias sobre Beowulf, destinadas a no graduados sin especialización; pero hoy habla sobre un texto de lectura obligatoria sólo para los

escasos hombres y mujeres de la Escuela de Inglés que han optado por el curso de Filología, y por consiguiente se dirige a una pequeña aula oscura de la planta baja donde apenas ocho o diez estudiantes, conocedores de su puntualidad, le esperan ya con las togas puestas. Tolkien se pone su propia toga y comienza su clase exactamente cuando las profundas campanadas del reloj de Merton, a cuatrocientos metros de distancia, dan las once.

Habla con fluidez, por lo general leyendo sus notas, pero con acotaciones improvisadas en el momento. Analiza el texto línea por línea, destacando el significado de algunas palabras y expresiones, y los problemas que éstas suscitan. Los jóvenes oyentes lo conocen bien y son fieles a sus clases, no sólo porque les ofrece una interpretación luminosa de los textos, sino también porque él les gusta: les agradan los chistes que hace y su manera crepitante de hablar, y lo encuentran humano, mucho más que a algunos de sus colegas, quienes hablan con total desprecio por su auditorio.

No tenía motivos para preocuparse de que sus anotaciones fueran insuficientes. Las campanadas de las doce y el ruido de gente en el pasillo interrumpen la clase mucho antes de que haya concluido con el material preparado. En realidad, durante los últimos diez minutos se ha apartado por completo de sus notas, para referirse a un aspecto particular de la relación entre el gótico y el inglés antiguo, sugerido por una palabra del texto. Luego recoge sus papeles, habla brevemente con uno de sus discípulos y se marcha, cediendo el aula a otro profesor.

En el pasillo encuentra a C.S. Lewis, con quien mantiene una breve conversación. Hubiera deseado que fuera lunes, día en que puede beber una pinta de cerveza con Lewis y charlar con él más o menos una hora, pero hoy ninguno de los dos tiene tiempo, y Tolkien debe hacer algunas compras antes de regresar a su casa para comer. Deja a Lewis y va en bicicleta por High Street hasta el tumultuoso Covered Market; recoge en la tienda de Lindsey, el carnicero, unas salchichas que Edith había olvidado incluir en el pedido entregado la víspera, y pasa por la papelería de la esquina de Market Street para comprar plumas. Luego retorna a su casa en bicicleta por Banbury Road, y logra destinar quince minutos a escribir una carta que debe, hace mucho tiempo, a E.V. Gordon, acerca del proyecto de colaborar en una edición de Pearl. Comienza a redactar la carta en su gran máquina de escribir Hammond, cuyos caracteres están dispuestos en un disco giratorio: su modelo posee cursivas y las letras anglosajonas þ, ð, y æ. Antes de que pueda terminar, Edith hace sonar la campanilla llamando a la mesa.

Durante la comida, en la que toda la familia está presente, se habla acerca del disgusto que siente Michael por las lecciones de natación, y también se discute si un dedo del pie lastimado puede impedir que el niño se bañe. Después de comer, Tolkien sale al jardín a ver cómo crecen las habichuelas. Edith saca a Priscilla a jugar en el césped, y estudia con su marido la posibilidad de remover la tierra en lo que ha quedado del antiguo campo de tenis, para aumentar el espacio destinado a las hortalizas. Luego, dejando que Edith alimente los canarios y los loros del aviario situado al lado de la casa, monta otra vez en su bicicleta y pedalea hasta la ciudad, ahora para una reunión de la English Faculty.

Como la facultad carece de un local propio, aparte de una biblioteca repleta de libros en el ático de las Examination Schools, y Merton es el college con el que está más estrechamente asociada, la reunión tiene lugar en él. Tolkien es miembro de Pembroke, pero no está demasiado vinculado con su college, y se siente, como todos los profesores, fiel en primer lugar a su propia facultad. La reunión comienza a las dos y media. Además de los otros profesores —Wyld, que ocupa la cátedra de Lengua y Literatura Inglesas, y Nichol Smith, profesor de Literatura Inglesa— están presentes una docena de tutores, varios de ellos mujeres. A veces estas reuniones son ásperas, y en muchas Tolkien ha sido blanco de amargos ataques por parte del sector "literario" al proponer reformas del programa. Pero esos días han pasado ya, y gran cantidad de esas reformas han sido aceptadas y están en vigencia. La reunión de hoy se refiere a asuntos rutinarios como fechas de examen, detalles menores de los programas, y el asunto de los fondos para la biblioteca de la facultad. Todo lleva tiempo, y la reunión concluye casi a las cuatro, lo que da a Tolkien apenas unos minutos para pasar por la Bodleian Library y hacer una consulta en un libro que ha pedido el día anterior. Luego regresa a su casa para tomar el té con los niños a las cuatro y media.

Después del té puede pasar una hora y media ante su escritorio, terminando la carta a E.V. Gordon y esbozando las notas para la clase del día siguiente. Cuando todo marcha bien, puede preparar un

curso entero antes del comienzo de las clases; pero con demasiada frecuencia la presión del tiempo lo obliga a dejar este trabajo para último momento. En esta oportunidad poco puede hacer, ya que Michael requiere su ayuda para completar unos ejercicios de prosa latina, y esto le ocupa veinte minutos. Muy pronto llegan las seis y media y Tolkien debe cambiarse de ropa para la cena. No sale a cenar fuera más de una o dos veces a la semana, pero ésta es una noche de invitados en Pembroke, su college, y ha prometido asistir para ver al invitado de un amigo. Anuda deprisa su corbata negra, y vuelve a montar en su bicicleta; esta noche Edith cenará más temprano.

Llega al college a tiempo para el jerez en el Senior Common Room. Su situación en Pembroke es algo anómala, a causa de las confusas y desconcertantes prácticas administrativas de Oxford. Casi podría decirse que los colleges son la universidad, porque la mayoría de los miembros del profesorado poseen becas en ellos, y su primera responsabilidad consiste en instruir a los estudiantes no graduados del college al cual pertenecen. Pero los profesores tienen una posición diferente. Están fuera de ese sistema, y enseñan según los requisitos de su facultad, sin tener en cuenta de qué college son sus discípulos. Sin embargo, para que el profesor no se vea privado de las ventajas sociales y otros recursos, se le sitúa en un college otorgándole una beca ex officio. Esto a veces crea cierta animadversión, ya que en toda otra circunstancia los colleges eligen a sus propios miembros, y los profesores, como Tolkien, son en cierta medida vistos con recelo. Tolkien cree que genera algún resentimiento en Pembroke y, en efecto, la atmósfera de la sala de profesores es grave y poco amistosa. Por fortuna se encuentra allí R.B. McCallum, un profesor adjunto varios años más joven que Tolkien, y que es su aliado. Aguarda tranquilo el momento de presentar a su invitado. La cena resulta ser agradable y "comestible", ya que los platos que se sirven son sencillos y no tienen rastros de esa aburrida cocina francesa que (según estima Tolkien con disgusto) ha empezado a invadir las mesas de varios colleges.

Después de la cena se excusa y se marcha temprano, dirigiéndose al Balliol College, donde se celebra, en las habitaciones de Jhon Bryson, una reunión de los Coalbiters. El Kolbítar, para darle su nombre islandés (que designa a quienes, en invierno, se instalan tan cerca del fuego que "muerden el carbón" —bite the coal—), es un club informal de lectura fundado por Tolkien basándose en el modelo del Viking Club de Leeds, aunque sus miembros son todos tutores. Se reúnen por la noche, varias veces durante el curso, para leer sagas islandesas. Esta noche la concurrencia es numerosa: George Gordon, ahora presidente del Magdalen College; Nevill Coghill, del Exeter College; C.T. Onions, del Dictionary; Dawkins, profesor de griego moderno y bizantino; el mismo Bryson, y, como Tolkien advierte complacido, también C.S. Lewis, quien le reprocha ruidosamente su tardanza. Están leyendo la Grettís Saga, y comienza Tolkien, lo que es habitual, dado que en el club es el mejor conocedor de la lengua. Lo hace en el punto donde habían terminado en la sesión anterior, improvisando una fluida traducción del texto que tiene abierto sobre las rodillas. Después de traducir dos páginas, continúa Dawkins. También él conoce bien el idioma, aunque no tanto como Tolkien, y cuando continúan los demás lo hacen a ritmo mucho más lento; son sólo principiantes en esa lengua nórdica, y ninguno traduce más de media página. Pero éste es el único propósito de los Coal biters , ya que Tolkien ha fundado el club para persuadir a sus amigos de que vale la pena leer en lengua original la literatura islandesa; alienta por lo tanto sus pasos algo vacilantes, y aplaude sus esfuerzos.

Más o menos a la hora llegan a un lugar apto para dar por concluida la lectura, y se abre una botella de whisky mientras analizan la saga. Luego escuchan un poema burlón y muy divertido que ha escrito Tolkien acerca de otro miembro de la Facultad de Inglés. Pasadas las once, se despiden. Tolkien camina con Lewis hasta el final de Broad Street, y toman caminos distintos, Lewis por Holywell Street hacia el Magdalen (es soltero y durante los cursos suele dormir en el college) y Tolkien, en bicicleta, hacia su casa de Northmoor Road.

Cuando llega, Edith ya se ha acostado y la casa está a oscuras. Se dirige a su estudio, llena su pipa y enciende la estufa. Sabe que debería elaborar más sus anotaciones para la clase de la mañana siguiente, pero no puede resistir la tentación de sacar de un cajón el manuscrito inconcluso de un relato que está escribiendo para entretenerse y entretener a sus hijos. Sospecha que probablemente es una pérdida de tiempo, porque, si de escribir se trata, debería trabajar en El Silmarillion. Pero algo lo atrae noche tras noche a ese divertido relato, al menos divertido para los muchachos. Se

sienta ante su escritorio, pone una nueva pluma en su lapicera (prefiere una lapicera corriente a una pluma fuente), abre el tintero, toma una hoja de examen (que tiene al dorso el viejo ensayo de algún candidato sobre la batalla de Maldon) y empieza a escribir: "Cuando Bilbo abrió los ojos, se preguntó si los tenía, porque todo era tan oscuro como cuando estaban cerrados. No había nadie cerca. ¡Imaginad el miedo que pasó!".

Lo dejaremos allí. Estará en su escritorio hasta la una y media o las dos, tal vez hasta más tarde, mientras sólo el rasguido de la pluma turba el silencio, y alrededor de él todo Northmoor Road duerme.

2 Observando Fotografías

Éstos eran, pues, algunos de los aspectos externos de su vida: las clases, la preparación de las clases, la rutina doméstica, la correspondencia, esporádicas reuniones con amigos; era incluso raro que una sola jornada incluyera a la vez una cena en el college y una sesión de los Coalbiters; estos y otros acontecimientos desusados, como la reunión de la facultad, han sido incluidos en ese día imaginario simplemente para indicar la gama de sus actividades. Un día promedio sería más tedioso.

O quizá para el lector todos los acontecimientos descritos sean tediosos, imposibles de redimir por un destello de excitación: las actividades triviales de un hombre encerrado en un estrecho modo de vida, carente del menor interés para quien sea ajeno a él. Todo esto, podría decir ese lector, desde encender la estufa y acudir en bicicleta a las clases, hasta sentirse mal recibido en la sala de profesores de una universidad, nada dice acerca del hombre que escribió El Silmarillion, El hobbit y El Señor de los Anillos, en nada ayuda a explicar el carácter de su mente y la forma en que su imaginación respondía a su ambiente. Tolkien mismo habría estado de acuerdo con esto. Una de sus convicciones más firmes era que la investigación de la vida de un autor revela muy poco acerca de su trabajo creativo. Tal vez esté en lo cierto, pero antes de abandonar nuestra tarea por imposible, intentaremos ir algo más allá del punto de vista adoptado para su día imaginario, y observarlos aspectos más evidentes de su personalidad, o por lo menos aventurar algunas suposiciones sobre ellos. Y si después de esto no tenemos una idea más precisa de por qué escribió esos libros, al menos conoceremos un poco mejor al hombre que los escribió.

Acaso convendría empezar con las fotografías. Hay muchas, porque los Tolkien tomaban y guardaban infinidad de instantáneas. Al principio no conducen a ninguna parte. Las fotos de Tolkien en su madurez no revelan casi nada. Frente a la cámara hay un inglés corriente de clase media, de estatura poco destacada y no muy robusto, bastante bien parecido, con un rostro alargado, y esto es casi todo lo que se puede decir. Desde luego, la agudeza de su mirada sugiere una mente alerta, pero nada más se advierte, excepto sus ropas, que son excepcionalmente ordinarias.

Su forma de vestir era, en parte, resultado de las circunstancias, como la necesidad de mantener a una gran familia con unos ingresos que no permitían extravagancias personales. Más tarde, cuando llegó a ser un hombre adinerado, se permitió los chalecos de color. Pero su forma de vestir en la madurez es también signo de que rechazaba el dandismo, sentimiento que compartía con C.S. Lewis. Ninguno de los dos podía soportar forma alguna de afectación en el vestir, pensaban que era poco masculino y por lo tanto objetable. Lewis llevaba esto hasta el extremo no sólo de adquirir ropa ordinaria, sino de vestir con absoluta indiferencia. Tolkien, más cuidadoso, al menos llevaba los pantalones planchados. Pero en lo fundamental, ambos hombres tenían la misma actitud acerca de su apariencia, actitud que compartían muchos de sus contemporáneos. Esta preferencia por la sencilla ropa masculina era en parte una reacción contra el dandismo excesivo y la homosexualidad implícita de los "estetas" que habían aparecido en Oxford en los tiempos de Wilde, y cuyos sucesores perduraban en las décadas de 1920 y principios de 1930, con ropas de tonos delicados y maneras de matices ambiguos. Tolkien y la mayoría de sus amigos no deseaban saber nada con ese modo de vida, y a esto se debe su preferencia casi obsesiva por las chaquetas de tweed, los pantalones de franela, las corbatas poco llamativas, los sólidos zapatos marrones hechos para las caminatas por el campo, los sombreros e impermeables de colores apagados, y el pelo corto. La forma de vestir de Tolkien reflejaba también algunos de sus valores positivos, su amor a todo lo que fuera moderado, sensato, discreto y británico. Pero aparte de esto, sus ropas no dejaban traslucir la compleja y delicada naturaleza íntima del hombre que las llevaba.

¿Qué más podemos descubrir en sus fotografías? En la mayoría hay una cosa tan evidente que casi pasa inadvertida: el invariable carácter vulgar del fondo. En una foto, está tomando el té en su jardín; en otra, de pie al sol, junto a un ángulo de su casa; en otra juega con una pala, con sus hijos, en la arena de algún lugar de la costa. Uno empieza a pensar que vivía en lugares totalmente

convencionales, y que incluso sólo visitaba lugares así.

Y esto era verdad. Ocupaba una casa de North Oxford que era casi indistinguible, por fuera y por dentro, de otros cientos de casas de ese distrito, y aún menos vistosa que muchas del vecindario. Llevaba a su familia a pasar las vacaciones a lugares corrientes. Durante los años centrales de su vida, el período más rico en creatividad, no hizo ningún viaje fuera de Gran Bretaña. Esto también era en parte producto de las circunstancias, de los medios limitados, ya que no carecía de deseos de viajar: por ejemplo, le hubiera gustado seguir el ejemplo de E.V. Gordon y visitar Islandia. Años después, cuando tuvo más dinero y menos responsabilidades familiares, hizo algunos pocos viajes al exterior. Pero el viajar jamás ocupó un lugar en su mente, por el sencillo hecho de que su imaginación no necesitaba del estímulo de paisajes y culturas poco familiares. Más sorprendente es que se negara también el estímulo de los sitios familiares y amados cercanos a su casa. Es verdad que durante los años en que poseyó y condujo un coche (desde **1932** hasta el comienzo de la segunda guerra mundial) le gustaba explorar los pueblos de Oxfordshire, y en particular los que se encontraban al este del condado; pero no era un andariego por naturaleza, y sólo una o dos veces se unió a C.S. Lewis en los largos paseos a pie a través del campo, que desempeñaban un papel tan importante en la vida de su amigo. Conocía las montañas de Gales, pero era raro que las visitara; amaba el mar, pero sus únicas expediciones tomaban la forma de típicas vacaciones de familia británica en balnearios de lo más corrientes. Argumentar que esto se debía a sus obligaciones domésticas no nos da una respuesta completa. Poco a poco se llega a la convicción de que no le importaba dónde se encontraba.

En un sentido esto no es cierto, y en otro sí. En verdad no era indiferente al medio que lo rodeaba, puesto que la destrucción del paisaje por el hombre le inspiraba verdadera furia. Citamos la angustiada descripción que hiciera de su retorno al paisaje infantil del molino de Sarehole en **1933,** mientras llevaba a su familia a visitar a sus parientes de Birmingham, expuesta en su diario:

"No mencionaré la congoja que sentí al pasar por Hall Green, ahora un suburbio inmenso e insignificante lleno de tranvías, donde realmente me perdí, ni por lo que queda de los senderos queridos de mi infancia, ni ante la puerta misma de nuestra antigua casa, ahora en el centro de un mar de ladrillo nuevo. Aún se conserva el viejo molino, así como la vivienda de Mrs. Hunt, que se levanta junto al sendero cuando éste empieza a subir; pero el punto, más allá del lago —ahora rodeado por una cerca—, donde el camino de las campanillas azules se unía con el del molino, es hoy un cruce peligroso lleno de coches y luces rojas. La casa del Ogro Blanco (a los niños les excitaba la idea de verla) se ha convertido en un puesto de gasolina; y la mayor parte de la Short Avenue, y los olmos que había desde ella hasta el cruce, han desaparecido. Cómo envidio a aquellos que no han visto los paisajes de su niñez sufrir tan violentos y horribles cambios."

También era sensible al daño que la construcción de aeródromos en tiempos de guerra y el "mejoramiento" de los caminos infligieran al campo de Oxfordshire. Posteriormente, cuando sus opiniones más firmes empezaron a convertirse en obsesiones, cada vez que veía una nueva carretera atravesando el campo, exclamaba:

«¡Allá va la última tierra arable inglesal". En ese momento sostenía que no quedaba en el país un solo bosque o colina intactos, y que, de haberlos, prefería no visitarlos por temor a que no estuvieran cubiertos de desechos. Pero a pesar de todo, eligió vivir en un entorno creado por el hombre, primero en los suburbios de Oxford, y luego en los de Bournemouth, casi tan "insignificantes" como la jungla de ladrillo rojo en que se había convertido Sarehole. ¿Cómo pueden reconciliarse puntos de vista tan distintos?

De nuevo, parte de la respuesta está en las circunstancias. Los sitios donde vivía no habían sido verdaderamente elegidos por él:

eran nuevos lugares donde, por una cantidad de razones, se encontraba. Tal vez, pero entonces, ¿por qué su alma no se rebelaba contra ellos? La réplica llega de inmediato: muchas veces lo hacía, ante sus amigos íntimos o en su diario. Pero la mayor parte del tiempo no era así, y la explicación parece radicar en su creencia de que vivimos en un mundo caído. Si el mundo no hubiese caído, si el hombre no fuera un pecador, él mismo habría pasado la infancia sin problemas junto a su madre, en un paraíso similar al Sarehole de su memoria. Pero su madre había sido arrancada de su lado por la maldad del mundo (Tolkien terminó por creer que había muerto por el descuido y la crueldad de su familia) y ahora hasta el paisaje mismo de Sarehole había sido destruido de manera brutal. En un mundo así, donde eran imposibles la perfección y la dicha verdadera, ¿importaba en realidad dónde vivir, o qué ropas usar, o qué comer (siempre que fuera comida sencilla)? Todo eran imperfecciones

temporáneas, hechos apenas transitorios. En este sentido, su actitud ante la vida era profundamente cristiana y ascética.

Hay otra explicación para el modo en apariencia despreocupado con que enfocaba los aspectos externos de la vida. Cuando llegó a la edad mediana su imaginación no necesitaba ya de estímulos prácticos, o más bien, había recibido todo el estímulo requerido en los primeros años de su vida, esos años de paisajes y acontecimientos cambiantes; ahora podía nutrirse de recuerdos acumulados. Así explicaba él mismo este proceso, al describir la creación de El Señor de los Anillos:

"Historias semejantes no nacen de la observación de las hojas de los árboles ni de la botánica o la ciencia del suelo; crecen como semillas en la oscuridad, alimentándose del humus de la mente: todo lo que se ha visto o pensado o leído, y que fue olvidado hace tiempo... La materia de mi humus es, principal y evidentemente, materia lingüística.»

La materia vegetal debe descomponerse durante mucho tiempo antes de que sirva para enriquecer el suelo, y Tolkien dice que las semillas de su imaginación se nutrían de experiencias tempranas, que el tiempo había descompuesto lo suficiente. Una nueva experiencia no era necesaria ni buscada.

Tal vez hayamos sabido algo de él contemplando viejas fotografías; valdría la pena, entonces, pasar de su aspecto y su entorno a la consideración de otras características externas, como su voz y su manera de hablar. Desde la adolescencia hasta el fin de su vida fue notoria la velocidad y la imprecisión de su discurso. En realidad, es fácil exagerar y convertirlo en la caricatura del profesor que murmura para sus adentros de manera inaudible. Pero no era así. Hablaba rápidamente y con escasa claridad; pero cuando el oyente se acostumbraba a esta característica, no era difícil comprender la mayor parte de lo que decía. O más bien, la dificultad no era física sino intelectual. Se movía tan de prisa de una idea a otra, y hablaba con tantas alusiones, suponiendo que el oyente poseía igual cantidad de conocimientos, que sólo quienes poseían nociones comparables evitaban quedarse atrás. Hablar con demasiada inteligencia no tiene por qué ser más defendible que hacerlo con excesiva rapidez, y con justicia se puede acusar a Tolkien de sobrestimar la capacidad intelectual de sus oyentes. O se podría decir, también, que no se preocupaba por hablar con claridad porque en definitiva conversaba consigo mismo, exponiendo sus ideas sin la menor voluntad de diálogo real. Así ocurría en los últimos años, cuando vivía privado de compañía intelectual; el resultado era que no estaba acostumbrado a la conversación y tendía a monologar. Pero, incluso entonces, era posible desafiarlo verbalmente, y él escuchaba y respondía con entusiasmo.

Nunca tuvo el signo del hombre verdaderamente egoísta, el hombre que no escucha a nadie más. Tolkien siempre escuchaba, siempre sentía profunda preocupación por las penas y las alegrías de los demás. En consecuencia, aunque era una persona tímida, hacía amigos con facilidad. Le agradaba entablar conversación con un refugiado centroeuropeo en un tren, con el camarero de su restaurante favorito, con el botones de un hotel. Ese tipo de compañía lo hacían completamente feliz. Cuenta de un viaje en tren en 1953, mientras regresaba de dar una conferencia sobre Sir Gawain en Glasgow: "Viajé desde Motherwell hasta Wolverhampton con una monja escocesa y una muchachita a quien salvé de quedarse de pie en el pasillo de un tren repleto; se les permitió pasar a "primera" sin pagar porque le dije al inspector que me agradaba la compañía de las dos mujeres. Mi recompensa consistió en ser informado, antes de que nos separáramos (mientras yo comía), de que la muchachita había declarado: "Me gusta, pero no entiendo una palabra de lo que dice". Sólo pude balbucir que lo último era universal, pero lo primero no tan corriente".

Durante sus últimos años mantuvo amistad con los taxistas que contrataba, con el policía que cuidaba las calles vecinas a su bungalow de Bournemouth y con el criado del college y su esposa, quienes lo atendieron hasta el fin de sus días. No había un elemento de condescendencia en estas relaciones; simplemente sucedía que le agradaba sentirse acompañado, y ésas eran las personas que tenía más cerca. No carecía, por otra parte, de conciencia de clase, sino todo lo contrario. Pero era a causa de esta certidumbre de su posición en la vida, que no había en él nada de vanidad social o intelectual. Su imagen del mundo, según la cual cada hombre pertenecía o debía pertenecer a un "estado" específico, alto o bajo, significaba que en cierto modo era un conservador a la antigua. Pero en otro sentido, esto hacía que fuera muy cordial con su prójimo; porque suelen ser quienes están inseguros de su situación en el mundo, quienes sienten que deben ponerse a prueba y, si es

necesario, derribar a otros para hacerlo, los verdaderamente crueles. Tolkien era, según la jerga moderna, "de derechas": reverenciaba a su rey y a su país y no creía en el gobierno del pueblo; pero se oponía a la democracia sólo porque pensaba que el pueblo no obtendría ningún beneficio con ella. Escribió una vez: «No soy un "demócrata", aunque sólo sea porque igualdad y "humildad" son principios espirituales corrompidos por la intención de mecanizarlos y formalizarlos, con el resultado de que no obtenemos pequeñez y humildad universales, sino universales grandeza y orgullo, hasta que algún Orco se apodere del anillo del poder y entonces recibiremos, como estamos recibiendo, esclavitud". En cuanto a las virtudes de la antigua sociedad feudal, una vez dijo acerca del respeto por los superiores: "Quitarse el sombrero ante el Squire[20], puede ser malo para el Squire, pero es muy bueno para uno mismo".

¿Qué más podemos observar? Tal vez el relato imaginario de un día típico nos dice algo particular cuando comienza con la visita a St. Aloysius: cualquier análisis de la vida de Tolkien debe considerar la importancia que para él tuvo la religión. Su compromiso con el cristianismo, y en especial con la Iglesia Católica, era total. Esto no significa que la práctica de su fe fuera siempre para él una fuente de consuelo: Tolkien se imponía un riguroso código de conducta, especialmente en cuanto a la decisión de confesarse antes de comulgar; y cuando (como solía ocurrir), no podía obligarse a la confesión, se prohibía también la comunión y entraba en un patético estado de angustia espiritual. Otro motivo de desasosiego fue, en sus últimos años, la introducción de la misa en lengua vernácula, porque le apenaba en lo más profundo que en la liturgia se usara el inglés en lugar del latín que conocía y amaba desde la infancia. Pero incluso durante la misa en inglés en la desnuda iglesia moderna de Headington, a la cual asistía durante su retiro, y aunque le irritasen el coro de niños y los llantos de los bebés, experimentaba al recibir la comunión una honda alegría espiritual, un estado de dicha al que no podía acceder de ninguna otra manera. Por lo tanto, la religión fue uno de los elementos más fuertes y profundos de su personalidad.

En cierto nivel, su devoción por el catolicismo se explica sólo como un asunto espiritual; en otro, estaba estrechamente vinculada al amor que sentía por su madre, quien había hecho de él un católico y había muerto (creía él) por sus creencias. En verdad, el amor por la memoria de aquella mujer puede verse como una motivación imperiosa en la vida y la obra de Tolkien. La muerte de su madre hizo de él un pesimista, o mejor, un ser capaz de violentos cambios emocionales. Al perderla, ya no hubo seguridad, y una abismal incertidumbre equilibro su natural optimismo. Tal vez a consecuencia de esto no era nunca moderado: el amor, el entusiasmo intelectual, el disgusto, la ira, la inseguridad personal, la culpa, la risa, cada emoción ocupaba íntegramente y con plena potencia su mente mientras la experimentaba, y en ese momento no admitía nada que pudiera modificarla. Era por lo tanto un hombre de contrastes extremos. Cuando se encontraba deprimido, sentía que no había esperanza, para él ni para el mundo; y como éste era con frecuencia el ánimo que le llevaba a registrar sus sentimientos sobre el papel, sus diarios tienden a mostrar sólo el aspecto más triste de su naturaleza. Pero cinco minutos después, en compañía de algún amigo, era capaz de olvidar su tristeza y mostrar el mejor de los humores.

Es poco probable que alguien tan guiado por sus emociones sea un cínico, y Tolkien nunca lo era: se preocupaba demasiado por todas las cosas como para mantener un distanciamiento intelectual. En realidad, no podía tener medias palabras ni dejar de comprometerse con cualquier tema que fuera de su interés. Esto conducía a veces a extrañas actitudes. Por ejemplo, su francofobia (casi inexplicable en sí) lo llevaba a enfurecerse no sólo contra lo que consideraba una perniciosa influencia de la cocina francesa en Inglaterra, sino incluso contra la conquista normanda, que le dolía tanto como si hubiese ocurrido durante su vida. Esta potencia de las emociones se reflejaba también en su apasionamiento por la perfección en cualquier clase de trabajo escrito, y en su incapacidad de tomar con filosofía un problema doméstico. También por esto se preocupaba demasiado.

Si hubiese sido un hombre orgulloso, sus violentas emociones tal vez lo habrían hecho insoportable. Pero era en verdad muy humilde. Esto no significa que no tuviera plena conciencia de su talento, muy por el contrario, poseía una idea precisa de sus posibilidades, y una firme creencia

[20] Hacendado, especialmente el más importante de una localidad.

en su capacidad como erudito y como escritor. Sin embargo, no consideraba particularmente importante ese talento (con el resultado de que, en sus últimos años, su celebridad le asombraba), ni se enorgullecía de su propio carácter. Lejos de ello, se consideraba un hombre débil, lo cual constituía un motivo más de pesimismo. Pero su humildad tenía también otra consecuencia: una profunda sensación de comedia, que surgía de verse como otro desdichado miembro de la raza humana.

Podía reírse de cualquiera; pero sobre todo de él mismo, y su completa carencia del sentido de la respetabilidad hacía que se comportara muchas veces como un tumultuoso estudiante. En una fiesta de Año Nuevo, durante la década del treinta, era capaz de disfrazarse de oso polar con la piel de oveja islandesa que estaba delante del hogar y la cara pintada de blanco, o vestirse de guerrero anglosajón, con su correspondiente hacha, y asustar a un sorprendido vecino en la calle. Años más tarde, le encantaba incluir su dentadura postiza entre las monedas con que pagaba a algún tendero distraído. "Poseo —escribió cierta vez— un sentido del humor muy elemental, que hasta mis críticos más benignos encuentran fastidioso."

Era un hombre extraño y complejo, y este intento de estudiar su personalidad no nos ha enseñado mucho. Pero como hace decir C.S. Lewis a un personaje de una de sus novelas, «creo que no es posible estudiar a los hombres; sólo se puede llegar a conocerlos, lo cual es una cosa muy diferente".

3 «Había estado dentro del lenguaje»

Quien se interese por Tolkien como autor de El Señor de los Anillos tal vez se asuste ante un capítulo cuyo tema sea «Tolkien como profesor y erudito». En efecto, dicho así suena aburrido. Lo primero que debemos aclarar, entonces, es que no lo es. No había dos Tolkien, uno académico y otro escritor. Eran el mismo hombre, y las dos facetas coincidían de tal modo que no era posible distinguirlas entre sí, o mejor, no había dos facetas, sino distintas expresiones de la misma mente y la misma imaginación. Por esto, si deseamos comprender en alguna medida su obra como escritor, deberemos detenernos en su tarea académica.

Lo primero que convendría comprender es por qué le gustaban los lenguajes. Sabemos bastante de esto gracias a los relatos de su infancia. El hecho de que lo entusiasmaran los nombres en galés de los vagones de carbón, el "brillo superficial» del griego, las extrañas formas de las palabras góticas en un libro que llegó a sus manos por casualidad, o el finlandés del Kalevala, indican que poseía una sensibilidad inusitada al sonido y apariencia de las palabras. Éstas ocupaban para él el lugar que tiene la música en la vida de muchas personas. En verdad, la respuesta que las palabras despertaban en Tolkien era casi por entero emocional.

Pero ¿por qué se especializó en el inglés antiguo? Hubiese sido más natural que una persona que amaba tanto las palabras extrañas dedicara toda su atención a las lenguas extranjeras. La respuesta debe buscarse una vez más en su capacidad de entusiasmo. Conocemos ya su respuesta emocional ante el finés, el galés y el gótico, y deberíamos entender que algo igualmente entusiasta ocurrió cuando se percató de que una gran proporción de la prosa y la poesía anglosajonas y del comienzo de la Edad Media inglesa estaba escrita en el dialecto que hablaban los antepasados de su madre. En otras palabras, aunque remota, esa lengua guardaba con él una relación personal intensa y profunda.

Ya sabemos que se sentía muy unido a las West Midlands por lo asociadas que estaban a la memoria de su madre. La familia de ella provenía de Evesham, y él creía que esa aldea y las tierras circundantes de Worcestershire habían sido el hogar de los Suffield durante incontables generaciones. Además había pasado gran parte de su infancia en Sarehole, una población de West Midland. Por tanto, esa parte del campo británico ejercía una poderosa atracción emocional sobre Tolkien; su lenguaje también.

Escribió una vez a W.H. Auden: "Soy por la sangre un nativo de West Midland, y el primer inglés medio de West Midland me pareció un idioma conocido apenas puse los ojos en él." Un idioma conocido, algo que ya le parecía familiar. Se podría desdeñar esto, considerarlo una ridícula exageración, porque, ¿cómo podría «reconocer» un lenguaje abandonado setecientos cincuenta años antes? Sin embargo, esto era lo que realmente creía, que había heredado una leve memoria ancestral de la lengua hablada por lejanas generaciones de la familia Suffield. Apenas se le ocurrió esta idea, era inevitable que estudiara ese idioma en profundidad y lo convirtiera en el centro de su vida académica.

Esto no significa que estudiara sólo el primer inglés de West Midland. Conoció bien todos los dialectos del anglosajón y el inglés medio, y leyó gran cantidad de textos islandeses. Además, durante 1919 y 1920, mientras trabajaba en el Oxford Dictionary, se familiarizó con algunas otras lenguas germánicas antiguas. Cuando inició sus tareas en la Universidad de Leeds en 1920 poseía amplios conocimientos lingüísticos.

En Leeds, y luego en Oxford, demostró que era un buen profesor. El aula no era su mejor entorno, ya que su rápido discurso y su confusa articulación obligaban a los estudiantes a concentrarse para entender lo que decía. A veces, incluso era incapaz de explicarse en términos claros, pues hallaba difícil restringir su conocimiento para que sus discípulos comprendiesen todo lo que decía. Pero siempre conseguía que el tema pareciese algo vivo, demostrando de ese modo lo importante que era.

El ejemplo más famoso, recordado por todos sus alumnos, se refiere al inicio de su serie de conferencias sobre Beowulf. Llegaba al aula en silencio, miraba al auditorio, y empezaba de pronto a recitar con voz sonora las primeras líneas del poema en el anglosajón original, comenzando con un violento grito, Hwœt! (la primera palabra de este y otros poemas en inglés antiguo), que algunos estudiantes interpretaban como «Quiet!», es decir, «¡silencio!». No era una lectura, era una representación conmovedora, la personificación de un bardo anglosajón, e impresionó a

generaciones de estudiantes porque les hizo comprender que Beowulf no era simplemente un texto que se debía leer para aprobar un examen, sino un poderoso poema dramático. Un antiguo discípulo de Tolkien, el escritor J.I.M. Stewart, lo expresaba así: "Podía convertir un aula en una posada donde se bebía hidromiel, y donde él era el bardo y nosotros los huéspedes atentos". También asistió a sus clases W.H. Auden, quien le escribió muchos años más tarde: "Nunca le he dicho, creo, qué experiencia inolvidable fue, en mis días de estudiante, escucharle cuando recitaba Beowulf La voz era la de Gandalf".

Una razón de la eficiencia de Tolkien como maestro residía en que no se limitaba a ser un filólogo, sino que era además un escritor y un poeta, un hombre que no sólo estudiaba las palabras, sino que las usaba para finalidades poéticas. Como le ocurría desde niño, hallaba poesía en el sonido mismo de las palabras, pero además tenía la comprensión de un poeta en lo referente a la manera de usar el lenguaje. En la necrológica de Tolkien publicada en The Times (sin duda escrita por C.S. Lewis mucho antes de la muerte de su amigo), se hablaba de su "penetración única e inmediata en el lenguaje de la poesía y la poesía del lenguaje". En términos prácticos, esto significaba que podía enseñar a sus alumnos no sólo qué expresaban las palabras sino por qué el autor había elegido una forma determinada y cómo se acomodaba ésta al esquema general de su obra. De este modo, alentaba a los estudiantes de textos antiguos a tratarlos como literatura merecedora de apreciación y crítica serias, y no como meros ejemplos de una lengua en desarrollo.

Incluso cuando se refería sólo a asuntos técnicos de lenguaje, Tolkien era un maestro apasionado. En la necrológica, Lewis sugiere que esto se debía en parte a su prolongada preocupación por los lenguajes privados, al hecho de que Tolkien no era sólo un estudioso sino un creador lingüístico: "Por extraño que pueda parecer, ésta era sin duda la fuente de esa riqueza y esa concreción sin paralelos que lo distinguieron más tarde de todos los demás filólogos. Había estado dentro del lenguaje».

"Que lo distinguieron más tarde de todos los demás filólogos» puede parecer una afirmación excesiva, pero es absolutamente cierta. La filología comparada se desarrolló en Alemania en el siglo XIX, y aunque sus maestros demostraron una concienzuda precisión, SUS escritos son incomparables por lo tediosos. El propio maestro de Tolkien, Joseph Wright, había estudiado en Alemania; y aunque la contribución que hicieran sus libros a la ciencia de la lengua sea inestimable, en casi nada reflejan su vigorosa personalidad. Aunque estimaba a su antiguo mentor, Tolkien tal vez pensara en él cuando se refería al "filólogo con gafas, inglés pero formado en Alemania, donde había perdido su espíritu literario".

A Tolkien jamás le ocurrió tal cosa. Sus escritos filológicos reflejan siempre la riqueza de su mente. Sabía dar, incluso a los puntos más intrincados de un tema, gracia de expresión y conocimiento amplio de su significado: En ninguna parte se demuestra mejor esto que en su artículo (publicado en 1929) sobre el Ancrene Wisse, una obra medieval para la instrucción de un grupo de ermitaños, probablemente originaria de West Midland. En ese texto, notable y sutil, Tolkien demuestra que dos importantes manuscritos del texto (se hallan uno en Cambridge, y otro en la Bodleian Library de Oxford) no estaban escritos en un mero dialecto imperfecto, sino en un lenguaje literario con una tradición ininterrumpida que se remonta hasta antes de la conquista. Expresa esta conclusión en términos vividos, y se debe apreciar que, en realidad, no hace sino hablar de su querido dialecto de West Midland en su totalidad:

"No es un lenguaje relegado de antiguo alas "alturas", que lucha una vez más por la expresión emulando apologéticamente a los mejores, o movido por la compasión hacia los inferiores, sino uno que nunca ha caído en la inferioridad, y que ha logrado, en tiempos difíciles, mantener el aire de un gentilhombre, aunque sea un gentilhombre rural. Posee tradiciones, y cierta familiaridad con los libros y la pluma, y está además en estrecho contacto con un buen idioma vivo: un suelo en alguna parte de Inglaterra.»

Este tipo de argumentación, de vigorosa imaginería, caracterizaba todos sus artículos y sus clases, por abstruso o poco prometedor que pudiera parecer el tema. En este sentido, casi ha fundado una nueva escuela de filología; nadie antes que él ha aportado tanta humanidad, y hasta se podría decir emoción, a su materia. Este enfoque ha ejercido influencia en muchos de sus mejores discípulos, quienes se han convertido a su vez en distinguidos filólogos.

También deberíamos citar la inmensa seriedad con que encaraba su trabajo. Afirmaciones amplias y vigorosas como la mencionada caracterizaban su obra; pero no eran meras aserciones,

sino el producto de incontables horas de investigación, hasta en los más mínimos detalles del tema. Tolkien se destacaba extraordinariamente en esto, incluso para el elevado estándar de escrupulosidad de la filología comparada. En este sentido, es necesario remarcar su pasión por la exactitud, doblemente valiosa ya que se asociaba a su olfato para detectar tramas y relaciones. “Detectar» es una buena palabra; no cuesta demasiado imaginarlo como un Sherlock Holmes de la lingüística que refiere una serie de hechos en apariencia desvinculados y deduce de ellos la verdad acerca de un asunto importante. También demostraba su habilidad para “detectar” en un nivel más sencillo cuando, al estudiar con un discípulo una palabra o frase, mencionaba una amplia gama de formas y expresiones comparables de otras lenguas. Del mismo modo, le encantaba sacar a la luz, en una conversación casual, inesperadas revelaciones sobre los nombres, como su observación de que el apellido Waugh era, históricamente, el singular de Wales (Gales).

Pero quizá todo esto hace pensar en un erudito encerrado en su torre de marfil. ¿Qué hacía Tolkien[7] ¿Qué significa, en términos concretos, ser profesor de anglosajón en Oxford? La respuesta más simple es que significaba mucho trabajo duro. Los estatutos exigían que Tolkien dictara un mínimo de treinta y seis clases por año; pero él consideraba que eran insuficientes para desarrollar el tema, y el segundo año después de ser designado profesor dio ciento treinta y seis clases. Esto se debía en parte a que no eran muchas las personas que pudieran enseñar anglosajón e inglés medio. Más tarde logró que se nombrara a otro filólogo, un excelente aunque atemorizador maestro llamado Charles Wrenn, para colaborar con él, y pudo así cumplir un programa menos sobrecargado. A pesar de ello, durante toda la década de 1930 dictó al menos el doble de las clases establecidas, sin duda más que la mayoría de sus colegas.

Las clases, y su preparación, ocupaban gran cantidad de su tiempo. En realidad, esta pesada tarea docente era, a veces, más de lo que podía hacer con eficacia y, en ocasiones, abandonaba algún curso por falta de tiempo para prepararlo. Oxford aprovechaba con júbilo este pecado para acusarlo de que no preparaba sus conferencias como era debido, cuando en verdad las preparaba con demasiada severidad. El profundo compromiso que sentía hacia su materia le impedía tratarla si no era de modo exhaustivo, con el resultado de que muchas veces se extraviaba en la consideración de detalles subsidiarios, y jamás lograba concluir el tratamiento del tema principal.

Su trabajo exigía también que supervisara a los estudiantes graduados y que tomara exámenes en la universidad. Además, cumplía tareas free lance como examinador externo de otras universidades, porque con cuatro hijos que criar tenía necesidad de aumentar sus ingresos. En las décadas de 1920 y 1930 hizo frecuentes visitas como examinador a muchas universidades británicas, y pasó incontables horas corrigiendo trabajos. Después de la segunda guerra mundial restringió estas actividades y sólo tomó exámenes regularmente en la Universidad Católica de Irlanda, recorriendo el Eire y ganando muchos amigos. Esto le agradó mucho. Menos atractiva, y en realidad nada placentera, era la corrección de los exámenes de las escuelas secundarias británicas (el School Certificate), que emprendía anualmente en el período anterior a la guerra para ganar más dinero. Habría hecho mejor empleo de su tiempo dedicándose a la investigación o la literatura, pero su preocupación por la comodidad familiar le obligaba a pasar muchas horas entregado a esta desagradable tarea durante los veranos.

También la administración reclamaba buena cantidad de atención. Conviene recordar que un profesor de Oxford, por el sólo hecho de serlo, no ostenta necesariamente una posición de poder en su facultad, como los profesores de muchas otras universidades. No tiene autoridad sobre los tutores —que con toda probabilidad son la mayoría del elenco de la facultad— puesto que son designados por sus respectivos colleges y no responden ante el profesor. De modo que si éste desea iniciar un cambio importante del plan, debe adoptar tácticas persuasivas y no autoritarias. A su regreso a Oxford en 1925, Tolkien deseaba hacer un cambio importante, reformando los programas de la Final Honour School of English Language and Literature.

A partir de la primera guerra mundial se había ensanchado el antiguo abismo entre Lengua y Literatura, y cada facción de la English School —eran verdaderas facciones, con animosidades personales tanto como académicas— se entretenía en interferir en el programa de la otra. El sector Lang [Lengua] procuraba que los estudiantes de Lit [Literatura] pasaran buena parte de su tiempo estudiando las ramas más oscuras de la filología inglesa, mientras que el bando Lit insistía en que los estudiantes de Lang se apartaran durante muchas horas de su especialidad (anglosajón e inglés

medio) para estudiar las obras de Milton y Shakespeare. Tolkien creía que esto podía remediarse. Para él era aún más lamentable que los diversos cursos de lingüística insistieran en el estudio de la filología teórica, sin exigir que los estudiantes leyeran la literatura antigua y medieval en profundidad. Su propio amor a la filología se había fundado siempre en el conocimiento de la literatura, y estaba decidido a que esa situación se modificara. Propuso también que se diera más importancia en el programa al islandés; este deseo era una de las razones de la formación del grupo de los Coalbiters.

Sus propuestas imponían el consentimiento de toda la facultad, y al principio encontraron seria oposición. Incluso C.S. Lewis, cuando no era todavía su amigo personal, se contó entre quienes votaron contra él. Pero a medida que pasaba el tiempo, Lewis y muchos otros se pusieron de parte de Tolkien y le dieron su apoyo activo. En 1931 había logrado "(más allá de mis más alocadas esperanzas", escribió en su diario) que la mayoría de sus propuestas fueran aprobadas. El programa revisado fue puesto en marcha, y por primera vez en la historia de la Escuela de Inglés de Oxford se obtuvo algo parecido a una aproximación real entre Lang y Lit.

Además de ser responsables de la enseñanza y la administración, se espera que los profesores de Oxford —como de otras universidades— dediquen buena parte de su tiempo a investigaciones originales. Al respecto, los contemporáneos de Tolkien tenían grandes esperanzas puestas en él, debido a que su glosario del libro de Sisam, su edición, en colaboración con E.V. Gordon, de Sir Gawain and the Green Knight, y su artículo sobre el Ancrene Wisse, revelaban un incomparable dominio del primer inglés medio de West Midland; y se esperaba que en este campo produjera nuevas e importantes contribuciones. Tolkien tenía la intención de hacerlo: prometió a la Early English Text Society una edición del manuscrito de Cambridge del Ancrene Wisse, e hizo profundas investigaciones en esta rama del primer inglés medieval, el lenguaje con el «aire de un gentilhombre, aunque sea un gentilhombre rural», y que tanto amaba. Pero la edición no se completó hasta mucho después, y la mayor parte de sus investigaciones jamás llegó a la imprenta.

Una de las causas era la falta de tiempo. Había resuelto dedicar la mayor parte de sus horas de trabajo en Oxford a la enseñanza, y esto en sí limitaba su disponibilidad para la investigación. La corrección de exámenes para ganar dinero necesario devoraba aún más su tiempo. Y además, contaba su perfeccionismo.

Tolkien era un apasionado de la perfección en los trabajos escritos, no importaba del tipo que fueran, desde la filología hasta las narraciones. Esto se debía a su compromiso emocional con su propia tarea, lo cual no le permitía afrontarla si no era con profunda seriedad. Se negaba a que algo fuera a la imprenta si no había sido revisado, reconsiderado y pulido. Era en este sentido lo opuesto a C.S. Lewis, quien enviaba sus manuscritos casi sin mirarlos por segunda vez. Lewis, consciente de esta diferencia, escribió acerca de Tolkien: «Su nivel de autocrítica era alto; el mero hecho de que se le sugiriera publicar un escrito determinaba su automática revisión, en el curso de la cual se le ocurrían tantas ideas nuevas, que allí donde sus amigos esperaban el texto definitivo de un antiguo trabajo, recibían en realidad el primer borrador de otro distinto".

Ésta es la razón principal de que Tolkien sólo permitiera el acceso a las páginas impresas de una pequeña proporción de sus trabajos. Pero lo que publicó durante la década de 1930 fue un aporte científico esencial. Su texto sobre los dialectos del Reeve's Tale de Chaucer es lectura obligada para cualquiera que desee comprender las variaciones regionales del inglés del siglo XIV. (Fue leída en la Sociedad Filológica en 1931 pero sólo publicada en 1934, con una típica disculpa de Tolkien por la falta de lo que él consideraba la cantidad necesaria de revisión y de mejoras.) Y su conferencia sobre Beowulf los monstruos y los críticos, pronunciada ante la Academia Británica el 25 de noviembre de 1936 y publicada el año siguiente, es un hito en la historia de la crítica de este gran poema anglosajón.

Beowulf sostenía Tolkien en esa conferencia, es un poema, y no (como a menudo han sugerido otros comentadores) una mezcla confusa de tradiciones literarias, ni un texto para exámenes académicos. Describía, con su característico modo imaginativo, la forma en que críticos anteriores habían tratado la labor poética del Beowulf: "Un hombre hereda un campo donde hay una acumulación de viejas piedras, parte de una construcción más antigua. Algunas de esas piedras habían sido ya utilizadas para construir la vivienda que habitaba, cerca de la vieja casa de sus padres. Con el resto edificó una torre. Pero al llegar sus amigos, advirtieron (sin molestarse en subir por los escalones)

que esas piedras habían pertenecido a un edificio más antiguo. Entonces derribaron la torre, con bastante trabajo, buscando bajorrelieves o inscripciones ocultas, o para descubrir dónde habían hallado las piedras los remotos antepasados del hombre. Algunos sospechaban que había allí un depósito subterráneo de carbón, y empezaron a cavar, olvidándose incluso de las piedras. Todos habían dicho: "Esta torre es interesantísima". Pero también dijeron (después de derribarla): "¡En qué estado desastroso se encuentral". E incluso se oyó murmurar a los descendientes del hombre, aunque se hubiese esperado que comprendieran lo que él se proponía: "Es una persona muy extraña. ¿Por qué ha usado las piedras para construir esa torre absurda? ¿Por qué no restauró la vieja casa? No tiene sentido de la proporción". Y, sin embargo, desde la cima de esa torre el hombre había podido mirar el mar».

En su conferencia, Tolkien abogaba por la reconstrucción de esa torre. Declaró que aunque Beowulf trata de monstruos y dragones, no por eso es desdeñable como poesía heroica. «Un dragón no es una fantasía ociosa —dijo a su auditorio—. Incluso hoy, a pesar de los críticos, se pueden encontrar hombres que no ignoran la historia ni las leyendas trágicas, que han oído hablar de héroes y en verdad los han visto, y que han sentido también la fascinación del gusano."

Tolkien no hablaba como un filólogo, ni siquiera como un crítico literario, sino como un narrador. Así como Lewis decía de su filología: "Ha estado dentro del lenguaje», podríamos observar que cuando habla del dragón de Beowulf, habla como autor de El Silmarillion y (precisamente en esa época) de El hobbit. Había estado en la cueva del dragón.

A partir de la publicación de esa conferencia, muchos lectores de Beowulf han disentido del punto de vista de Tolkien acerca de la estructura del poema. Pero incluso uno de los críticos más severos de su análisis, su antiguo tutor Kenneth Sisam, admitía que ese texto poseía «una fineza de percepción y una elegancia expresiva" que lo distinguían de muchas otras obras en este campo.

La conferencia sobre Beowulf y la monografía sobre el Reeve's Tale fueron los únicos textos importantes sobre temas filológicos que Tolkien publicó en la década de 1930. Planeaba hacer mucho más: aparte de su versión del Ancrene Wisse, se proponía editar el poema anglosajón Exodus, tarea esta última que casi había completado, pero que nunca llegó a terminar a su entera satisfacción. Proyectaba también nuevas ediciones conjuntas con E.V. Gordon, en particular la de Pearl (obra que acompañaba de un modo natural al Gawain) y de las elegías, en la misma lengua, The Wanderer y The Seafarer. Pero Gordon y Tolkien estaban ahora geográficamente apartados. En 1931 Gordon, quien había sucedido a Tolkien como profesor en Leeds, se marchó de allí para ocupar una cátedra en la Universidad de Manchester; y aunque los dos hombres se encontraban y escribían con frecuencia, la colaboración se tornaba más complicada que cuando vivían en el mismo lugar. Gordon trabajó activamente en los tres proyectos, consultando a Tolkien más que colaborando con él, pero ninguno había llegado a la imprenta en 1938.

El verano de ese año, Gordon se internó en el hospital para una operación de cálculos en la vesícula biliar. La operación pareció tener éxito, pero su estado empeoró bruscamente y murió de un trastorno hepático inesperado a los cuarenta y dos años de edad.

La muerte de Gordon privó a Tolkien no sólo de un íntimo amigo sino también de un colaborador ideal; era claro ya en ese momento que necesitaba un colaborador, aunque sólo fuera para conseguir que entregara algún material a la imprenta.[21] Pero conoció a otra filóloga que llegó a ser una asociada eficaz para estas tareas. Se trataba de Simorme d'Ardenne, una graduada belga que había estudiado inglés medio con el propio Tolkien, y que se había graduado en Oxford poco después de 1930. Tolkien había contribuido para que le fuera publicada su edición de The Life and Passion of St. Juliene, una obra religiosa medieval escrita en el dialecto del Ancrene Wisse. Paradójicamente, el Juliene de Simonrie d'Ardenne contiene más opiniones de Tolkien sobre el primer inglés medio que ninguna obra publicada con su propia firma. Mlle. d'Ardenne fue luego profesora en Lieja; ella y Tolkien planearon colaborar en una edición de Katerine, otro texto en inglés medio del mismo

[21] Tolkien estaba dispuesto a completar la edición de *Pearl*, pero no lo logró (estaba absorbido, en ese momento, por el *Señor de los Anillos*). Por fin *Pearl* fue revisado y completado para su publicación por Ida Gordon, la viuda de E.V. Gordon, también filóloga profesional.

grupo. Pero la guerra estalló, impidiendo que ambos se comunicaran durante muchos años; después de 1945 sólo concluyeron un par de artículos breves sobre temas relacionados con el manuscrito del texto mencionado. En 1951, Tolkien asistió a un congreso de filología en Bélgica, y si bien aprovechó la ocasión para trabajar con Mlle. d'Ardenne, ella advirtió con tristeza que colaborar con él ya resultaba imposible, puesto que su mente sólo se concentraba en sus relatos.

Pero aunque lamentemos lo poco que dio a la imprenta del fruto de sus investigaciones, no debemos olvidar la influencia que ejercieron sus teorías y razonamientos (con el debido reconocimiento y sin él) en todos los lugares donde se estudia la filología inglesa.

Y no se deben olvidar tampoco las traducciones que él hizo de Pearl, de Sir Gawain and the Green Knight, y de Sir Orfeo. La traducción de Pearl fue iniciada en Leeds en la década de 1920, y el mayor interés de Tolkien lo constituía el desafío que encerraba la compleja estructura métrica y verbal del poema. La terminó en 1926, pero no hizo nada para publicarla hasta que Basil Blackwell le ofreció editarla casi veinte años más tarde, a cambio de acreditar una suma en la atrasada cuenta de Tolkien en la librería de Blackwell, en Oxford. La traducción fue compuesta en tipografía, pero Blackwell esperó en vano que Tolkien escribiera la introducción del volumen, y por fin el proyecto fue abandonado. La traducción del Gawain, probablemente iniciada entre las décadas de 1930 y 1940, quedó concluida a tiempo para ser emitida, en forma dramatizada, por la BBC, en 953. El mismo Tolkien grabó una breve introducción y un comentario final, más extenso. Después del éxito de El Señor de los Anillos, sus editores, Allen & Unwin, decidieron editar en un solo volumen las traducciones de Gawain y de Pearl. Para este fin, Tolkien revisó con detenimiento ambas traducciones, pero se requería una introducción, y él no supo cómo escribirla, inseguro de lo que se le debía explicaral lector no erudito a quien se destinaba la edición. El proyecto se postergó una vez más. Sólo después de su muerte se publicaron esas dos traducciones, junto con una versión en inglés moderno de un tercer poema del mismo período, Sir Orfeo, que Tolkien había traducido durante la guerra para un curso destinado a cadetes, en Oxford. Christopher Tolkien organizó la introducción al volumen reuniendo el material que pudo encontrar entre los papeles de su padre.

Estas traducciones fueron el último trabajo filológico publicado de Tolkien; aunque no poseen notas ni comentarios, son el resultado de sesenta años de minucioso estudio de los poemas, y muchas veces proporcionan interpretaciones acertadas y luminosas de pasajes difíciles y ambiguos del texto original. Lo que es más importante, acercan estos poemas a un público que no hubiera podido leerlos en inglés medio. Por este motivo, constituyen el adecuado final de la labor de un hombre para quien la primera función del lingüista era interpretar la literatura, y la primera función de la literatura es deleitarse en ella.

4 Jack

Cuando Tolkien regresó a Oxford en 1925, algo faltaba en su vida. Había desaparecido con la T.C, B.S. en la batalla del Somme, y desde entonces no había gozado de la amistad con el mismo grado de compromiso emocional e intelectual. Mantuvo alguna relación con el otro sobreviviente de la T.C, B.S., Christopher Wiseman; pero ahora éste se encontraba muy recargado de tareas como director de una escuela pública metodista,[22] y cada vez que se veían, no encontraban muchas cosas en común.

El 11 de mayo de 1926 Tolkien asistió a una reunión de la Facultad de Inglés en el Merton College. Entre los rostros familiares había un recién llegado, un hombre robusto de veintisiete años y vestido con desaliño, al que acababan de nombrar Fellow y Tutor de Lengua y Literatura Inglesas en el Magdalen College. Era Clive Staples Lewis, a quien sus amigos llamaban "Jack".

Al principio los dos hombres giraron con desconfianza uno en torno del otro. Tolkien sabía que Lewis, aunque medievalista, pertenecía al campo de la literatura y era, en consecuencia, un posible adversario; Lewis, por su parte, anotó en su diario que Tolkien era «un tipo suave, pálido, locuaz", y agregó: "No parece peligroso; a lo sumo necesitará uno o dos golpes". Pero pronto Lewis empezó a sentir sincero afecto por ese hombre de rostro alargado y mirada vivaz a quien le gustaban la buena conversación, la risa y la cerveza; y Tolkien fue subyugado por la mente rápida de Lewis y por su espíritu, tan generoso y amplio como sus deformados pantalones de franela. En mayo de 1927 Tolkien había enrolado ya a Lewis en su asociación de los Coal biters, para que participara en las lecturas de sagas islandesas; había dado comienzo una larga y compleja amistad.

Cualquiera que desee saber algo sobre las mutuas contribuciones de Tolkien y Lewis debería leer el ensayo de este último sobre la amistad en su libro The Four Loves. Allí se cuenta que dos compañeros de trabajo se convierten en amigos cuando descubren un punto de vista compartido, que esa amistad no es celosa sino que busca la compañía de otros, que estas amistades se dan casi necesariamente entre hombres, y que el mayor placer para un grupo de amigos es llegar a una hostería después de una fatigosa caminata. "Son éstas las horas doradas —escribe Lewis— en que tenemos las pantuflas puestas, los pies extendidos hacia el fuego y la copa junto al brazo; en que el mundo entero, y algo que está más allá del mundo, se abre a nuestras mentes mientras hablamos; y ninguno tiene exigencias o responsabilidades respecto de ningún otro, sino que todos somos libres e iguales como si nos hubiéramos encontrado una hora antes, al mismo tiempo que el afecto madurado por los años nos rodea. La vida, la vida natural, no puede dar otro don más valioso.»[23]

De eso se trataba: años de compañerismo, caminatas, reuniones los jueves por la noche en las habitaciones de Lewis. Era en parte el espíritu de la época; se puede encontrar un sentido parecido de la compañía masculina en los escritos de Chesterton; y era un sentimiento compartido, aunque con menos lucidez, por muchos hombres en aquel tiempo. Tiene precedentes en las civilizaciones antiguas y, más cerca en el tiempo, era en parte producto de la primera guerra mundial, donde el que tantos amigos hubieran muerto hacía que los sobrevivientes tuviesen necesidad de estar juntos. Las amistades de este tipo eran notables, y al mismo tiempo naturales e imposibles de evitar. No eran homosexuales (Lewis considera ridícula la sugestión) pero excluían a las mujeres. Es un gran misterio en la vida de Tolkien, y no comprenderemos gran cosa si intentamos analizarlo. Al mismo tiempo, si alguna vez hemos gozado de una amistad de ese tipo, sabremos con exactitud de qué se trata. Y si ni siquiera así lo logramos, algo de esto se expresa en El Señor de los Anillos.

¿Cómo empezó? Quizá porque ambos coincidían en su interés por lo nórdico. A Lewis le cautivaba la mitología nórdica ya desde adolescente, y cuando encontró a Tolkien, un ser afín que se regocijaba con los misterios de las Edda y las complejidades de la leyenda de Volsung, fue obvio que tendría muchas cosas que compartir con él. Empezaron a encontrarse regularmente en las habitaciones de Lewis en el Magdalen, y a conversar a veces hasta la madrugada sobre la política de

---

[22] Queen's College Taunton; Jhon Suffield, el abuelo de Tolkien, había sido uno de sus primeros alumnos.

[23] C.S. Lewis, *The Four Loves,Fontana, 1963, p. 68.*

la Escuela de Inglés, o sobre los dioses y los gigantes de Asgard. También comentaban poesías entre ellos. Lewis leyó el manuscrito del largo poema de Tolkien La gesta de Beren y Lúthien, después de lo cual le escribió: “Puedo decir con honestidad que no pasaba una noche tan deliciosa desde hacía mucho tiempo, y que el interés personal por leer la obra de un amigo no tiene la menor relación con esto: habría sentido lo mismo si se hubiera tratado de una obra de autor desconocido recogida al azar en una librería». Envió a Tolkien una opinión detallada del trabajo disfrazada de burlona reseña erudita y con citas de críticos ficticios “(Pumpernickel”, “Peabody” y «Schick»), quienes daban a entender que las líneas menos acertadas del poema se debían a errores de copia, puesto que era imposible que pertenecieran al autor original. A Tolkien le divirtió la carta, pero no aceptó ninguna de las enmiendas sugeridas por Lewis, aunque reescribió casi todos los pasajes criticados, hasta el punto que la versión revisada de La gesta de Beren y Lúthien era casi otro poema. Lewis descubrió pronto en esto una característica de su amigo. “Tiene sólo dos reacciones ante la crítica —escribió—. O no se entera, o rehace toda la obra desde el principio.»

En esta época —fines de 1929— Lewis apoyaba los planes de Tolkien para introducir reformas en la Escuela de Inglés. Los dos hombres discutían e intrigaban. Lewis escribió a Tolkien, en tono de conspiración: «Permíteme recordarte que hay orcos escondidos detrás de cada árbol”. Juntos realizaron una hábil campaña, y fue en parte merced al apoyo de Lewis ante el Faculty Board que Tolkien consiguió que en 1931 se aceptara su programa reformado.

En Surprised by Joy, Lewis escribió que su amistad con Tolkien había «señalado el derrumbe de dos viejos prejuicios. Cuando llegué al mundo se me advirtió (implícitamente) que nunca debía confiar en un papista; cuando llegué a la English Faculty se me advirtió (explícitamente) que no debía confiar nunca en un filólogo. Tolkien era las dos cosas». Apenas fue superado el segundo prejuicio, ambos entraron en la región del primero.

Lewis, hijo de un hombre de leyes de Belfast, había sido educado como un protestante del Ulster. De adolescente había profesado el agnosticismo, descubriendo luego que encontraba mayor afinidad en la mitología pagana que en el cristianismo. Más tarde abandonó un poco esos puntos de vista. A mediados de la década de 1920, después de obtener un certificado de Primera Clase en la Escuela de Inglés (luego obtendría un doble Primera Clase en Clásicas), mientras se ganaba a duras penas la vida como tutor, llegó a lo que él llamaba su “Nueva Visión»: la creencia de que el mito cristiano contiene tanta verdad como puede comprender la mayoría de los hombres. En 1926 había ido más lejos, arribando a la conclusión de que su búsqueda de la fuente de lo que llamaba Alegría era, en realidad, la búsqueda de Dios. Pronto le resultó evidente que debía aceptar o rechazar a Dios. Entonces conoció a Tolkien.

En él halló un ser dotado de ingenio y energía intelectual que era, sin embargo, un devoto cristiano. Durante los primeros años de su amistad era común ver a Tolkien sentado en uno de los austeros sillones del gran salón de los Magdalen New Buildings mientras Lewis, con la pipa apretada entre los labios y las cejas alzadas detrás de una nube de humo, hablaba o escuchaba sin dejar de caminar de un lado a otro, para de pronto detenerse y exclamar: (¡Distinguo, Tollers! Distinguo!» como respuesta a una afirmación excesivamente osada de su amigo. Lewis discutía, pero cada vez estaba más cerca de admitir que Tolkien se hallaba en lo cierto. Hacia el verano de 1929 profesaba ya el teísmo, una simple fe en Dios. Todavía no era un cristiano.

Por regla general, sus discusiones con Tolkien tenían lugar las mañanas de los lunes, cuando podían reunirse por una o dos horas a beber cerveza en el Eastgate, un pub cercano. El sábado 19 de septiembre de 1931 se encontraron, sin embargo, de noche. Lewis había invitado a Tolkien a cenar en el Magdalen, con otra persona, Hugo Dyson, a quien Tolkien había conocido en el Exeter College en 1919. Dyson enseñaba ahora literatura inglesa en la universidad de Reading, y visitaba Oxford a menudo. Era cristiano, y hombre de ingenio felino. Después de la cena, Lewis, Tolkien y Dyson salieron a caminar. Era una noche muy ventosa, pero echaron a andar por Addison’s Walk discutiendo sobre el propósito de los mitos. Lewis, que creía ahora en Dios, no podía comprender todavía la función de Cristo enel cristianismo, ni tampoco el significado de la crucifixión y la resurrección. Declaró que no podía ver la finalidad de esos acontecimientos, ni cómo —según escribió más tarde a un amigo— «la vida y muerte de Otra Persona (quienquiera que fuese) dos mil años atrás, hubiera podido ayudarnos aquí y ahora, a no ser que nos ayudara su ejemplo».

En el transcurso de la noche, Tolkien y Dyson le demostraron que proponía una exigencia indebida. En efecto, Lewis se sentía conmovido cuando hallaba en alguna religión pagana el concepto de sacrificio, y la idea de una deidad que moría y resucitaba había excitado su imaginación, desde que leyera la historia del dios nórdico Balder. Sin embargo, continuaron ellos, Lewis pedía de los Evangelios un sentido claro más allá del mito. ¿Acaso no podía transferir al cristianismo su apreciación, comparativamente poco crítica, del sacrificio en otros mitos?

—Pero los mitos son mentiras —dijo Lewis—, aunque esas mentiras sean dichas a través de la plata.[24]

—No —dijo Tolkien—. No lo son.

Y señalando las ramas de los grandes árboles de Magdalen Grove dobladas por el viento, inició una nueva argumentación.

—Llamas árbol a un árbol —dijo—, sin detenerte a pensar que no era un árbol hasta que alguien le dio ese nombre. Llamas estrella a una estrella, y dices que es sólo una bola de materia describiendo un curso matemático. Pero eso es simplemente como la ves tú. Al nombrar y describir las cosas no estás más que inventando tus propios términos. Y así como el lenguaje es invención de objetos e ideas, el mito es invención de la verdad. Venimos de Dios —continuó Tolkien—, e inevitablemente los mitos que tejemos, aunque contienen errores, reflejan también un astillado fragmento de la luz verdadera, la eterna verdad de Dios. Sólo elaborando mitos, sólo convirtiéndose en un «subcreador» e inventando historias, puede aspirar el hombre al estado de perfección que conoció antes de la Caída. Nuestros mitos pueden equivocarse, pero se dirigen, aunque vacilen, hacia el puerto verdadero, en tanto que el «progreso» materialista conduce sólo a un abismo devorador y a la Corona de Hierro de las fuerzas del Mal.

Al exponer esta creencia en la verdad inherente a la mitología, Tolkien revelaba el centro de su credo filosófico como escritor, el mismo que se encuentra en el corazón de El Silmarillion.

Por fin, volvieron a las habitaciones de Lewis y se quedaron Conversando hasta las tres de la mañana, hora en que Tolkien regresó a su casa. Después de acompañarlo hasta High Street, Lewis y Dyson caminaron por el claustro sin cesar de hablar hasta que la luz apareció en el cielo.

Lewis escuchó a Dyson afirmar a su modo lo mismo que sostuviera Tolkien. "¿Quieres decir —preguntó Lewis— que la historia de Cristo no es más que un mito verdadero, un mito que actúa sobre nosotros igual que los demás, pero que realmente ocurrió? Entonces
—dijo—, empiezo a comprender."

Doce días más tarde Lewis escribió a su amigo Arthur Greeves:

"He pasado de creer en Dios a creer decididamente en Cristo, en el cristianismo. Trataré de explicártelo en otro momento. Mi larga conversación nocturna con Dyson y Tolkien ha tenido mucho que ver con esto".

Mientras tanto, Tolkien, en los ratos libres que le dejaban las Examination Schools, componía un largo poema recordando lo que había dicho a Lewis. Lo llamó Mythopoeia, es decir, la acción de hacer mitos. Y escribió en su diario: "La amistad con Lewis compensa muchas cosas; y aparte del placer y el bienestar constantes, me ha hecho un gran bien el entrar en contacto con un hombre a la vez honesto, valiente e intelectual, un erudito, poeta y filósofo, y finalmente, después de una larga peregrinación, un amante de Nuestro Señor".

Lewis y Tolkien se veían mucho. Tolkien leyó a Lewis trozos de El Silmarillion, y éste lo urgió a apresurarse y completar su escritura. Tolkien dijo luego de esto: "La deuda —imposible de pagar— que tengo con él no es la "influencia", tal como se suele comprender, sino el aliento. Fue durante largo tiempo mi único auditorio. Sólo de él recibí por fin la idea de que mis «cosas" podían ser algo más que un entretenimiento personal".

La conversión de Lewis al cristianismo determinó el comienzo de una nueva etapa en la relación de ambos hombres. Desde el comienzo de la década del treinta en adelante, los dos dependieron menos de aquella mutua y exclusiva compañía y más de la de otras personas. En The Four Loves, Lewis afirma que "dos, lejos de ser el número necesario para la amistad, no es siquiera el mejor», y sugiere que cada nuevo amigo agregado a un grupo aporta alguna característica especial a los demás.

---

[24] El relato de esta conversación se funda en el poema de Tolkien *Mythopoeia,* al que dio también los títulos *Misomythos y Philomyth a Misomyth*. Un manuscrito lleva la dedicatoria «A C.S.L.»

Tolkien había experimentado esto en la T.C, B.S.; y ese grupo de amigos que empezaba ahora a congregarse era la expresión última del principio de la T.C, B.S., el ansia de organizar clubes que Tolkien había sentido desde aquellos tiempos de la adolescencia. Este grupo se llamó The Inklings.[25]

The Inklings empezó a formarse poco después de 1930, cuando los Coalbiters dejaron de reunirse, una vez que leyeron las principales sagas islandesas y en especial la Edda Mayor. En sus orígenes, The Inklings fue el nombre de una sociedad literaria fundada en 1931 por un estudiante universitario llamado Tangye Lean. Lewis y Tolkien asistían a sus reuniones, donde eran leídos y criticados escritos inéditos. Cuando Lean se marchó de Oxford, el club persistió, o mejor dicho, su nombre fue transferido, medio en broma, al círculo de amigos que solían reunirse en torno de Lewis a intervalos regulares.

Ahora, The Inklings ha entrado en la historia literaria, y se ha escrito mucho sobre el grupo, a veces con excesiva solemnidad. Se trataba nada más (ni nada menos) que de un conjunto de amigos, todos varones y cristianos, y en su mayoría interesados por la literatura. Bastantes personas han afirmado que fueron "miembros" en uno u otro período, aunque en verdad la pertenencia al grupo no estaba organizada. Algunos asistían con cierta regularidad a lo largo de varios períodos, en tanto que otros sólo lo hacían en ocasiones. Lewis era el núcleo permanente; sin él ninguna agrupación hubiera sido concebible. Una lista de nombres nos dará una idea de lo que en realidad era The Inklings; pero si los nombres importan, aparte de Lewis y Tolkien (que estaba presente casi siempre) se contaban, entre quienes asistieron antes y después de la guerra, el mayor Warren Lewis (hermano de C.S. Lewis, llamado «Warnie»); R.E. Havard (un médico de Oxford que atendía a Lewis y a los Tolkien); el viejo amigo de Lewis, Owen Barfield (quien, como era procurador en Londres, rara vez asistía), y Hugo Dyson.

Eran unas reuniones absolutamente casuales. No se debe imaginar que las mismas personas concurrían una semana tras otra, o enviaban sus excusas en caso de no poder hacerlo. Sin embargo, había algunos elementos invariables. El grupo, o varios de sus miembros, se reunía un día de la semana en un pub, por lo general los martes de mañana en el Eagle and Child (también conocido como The Bird and Baby),[26] aunque durante la guerra, cuando la cerveza escaseaba y los pubs estaban repletos de militares, había mayor flexibilidad. La noche de los jueves acudían al gran salón de Lewis en el Magdalen, algo después de las nueve. Se preparaba té y se encendían las pipas, y Lewis preguntaba con voz sonora: "¿Nadie tiene nada que leer?». Alguien mostraba un manuscrito y comenzaba a leer: un poema, un cuento, un capítulo. Luego había críticas, elogios, y también censuras, ya que no era una sociedad de admiración mutua. Las lecturas podían continuar, pero la reunión por lo general se convertía en un diálogo, a veces en un acalorado debate, y terminaba muy tarde.

Hacia 1940 The Inklings era un elemento importante de la vida de Tolkien, y en sus reuniones dio a conocer partes del manuscrito, aún inédito, de El hobbit. Cuando estalló la guerra en 1939 otro hombre se unió al grupo. Era Charles Williams, quien trabajaba en las oficinas de Londres de la Oxford University Press y que ahora acababa de ser trasladado a Oxford, como el resto del personal. Williams estaba en la cincuentena; su pensamiento y sus escritos —era novelista, poeta, teólogo y crítico— eran ya conocidos y respetados, aunque por un círculo pequeño de lectores. En particular habían encontrado un público entusiasta sus "novelas de misterio espirituales", obras que trataban de acontecimientos sobrenaturales y místicos situados en entornos mundanos. Lewis conocía y admiraba a Williams desde hacía algún tiempo, pero Tolkien sólo lo había visto una o dos veces. Luego desarrolló una compleja actitud hacia él.

Williams, con su extraño rostro (mitad ángel, mitad mono, decía Lewis), su traje azul tan poco oxfordiano, el cigarrillo colgándole de la boca, y un paquete de pruebas de imprenta envueltas en Time & Tide debajo del brazo, era una persona de gran encanto natural. Tolkien recordaba veinte años después: "Nos gustábamos el uno al otro y también nos agradaba hablar (sobre todo en broma)». Pero agregaba: «Nada teníamos que decirnos a niveles más profundos (o más altos)». Esto era así en parte porque, aunque a Williams le gustaban los capítulos de El Señor de los Anillos que

---

[25] «*Inkling*» (palabra procedente del ingles medio): Noción vaga, sospecha, presentimiento.
[26] *Eagle and Child*: Águila y niño; *Bird and Baby*: Pájaro y Bebé.

habían sido leídos al grupo, a Tolkien no le gustaban los libros de Williams, o al menos los que conocía. Declaró que los había encontrado "totalmente ajenos, a veces muy desagradables, en ocasiones ridículos». Y tal vez sus reservas acerca de Williams, o del lugar de Williams en The Inklings, no eran del todo intelectuales. Lewis creía, y lo había dicho en The Four Loves, que los verdaderos amigos no pueden tener celos cuando otro más se agrega. Pero Lewis hablaba aquí de Lewis; no de Tolkien. Es evidente que había resentimiento o celos por parte de éste, y no sin causa; ya que ahora el entusiasmo de su amigo parecía centrado exclusivamente en Williams. "Lewis era un hombre muy impresionable", escribió Tolkien mucho después; y en otra parte se refirió a la "influencia dominante» que, según él creía, Williams había llegado a ejercer sobre Lewis, en especial sobre su tercera novela, That Hideous Strength.

De modo que la llegada de Williams a Oxford señaló el comienzo de un leve enfriamiento por parte de Tolkien en relación con Lewis, y el comienzo de una tercera fase en la amistad de los dos hombres. Pero hubo otro motivo aún más sutil: se refería a la creciente reputación de Lewis como apologista del cristianismo. Tolkien, quien había desempeñado un importante papel en el retorno de su amigo a la fe cristiana, siempre había lamentado que no se convirtiese al catolicismo; por el contrario, Lewis había empezado a asistir a la iglesia anglicana local, continuando las prácticas religiosas de su infancia. Tolkien sentía una profunda aversión tanto por la Iglesia de Inglaterra como por sus mismos templos, y declaraba que lo entristecía a tal punto el que hubiesen sido pervertidos y apartados (a su juicio) del catolicismo que le resultaba imposible apreciar su belleza. Cuando Lewis publicó una parábola en prosa relatando la historia de su conversión, con el título de The Pilgrim's Regress (El regreso del peregrino), a Tolkien le pareció una ironía. "El regreso de Lewis al cristianismo —dijo— no había de ser por una puerta nueva, sino por la vieja; al menos, en el sentido de que al reasumirlo, asumiría también, o volvería a despertar, los prejuicios tan arteramente implantados en su infancia y su adolescencia. Y sería otra vez un protestante de Irlanda del Norte."

A mediados de la década de 1940 Lewis había alcanzado gran fama («demasiada —dijo Tolkien— para su gusto o el de cualquiera de nosotros») por sus escritos cristianos The Problem of Pain y The Screwt ape Letters. Tolkien sentía quizá, mientras observaba la creciente celebridad de su amigo en este sentido, que el alumno había superado al maestro logrando una fama casi injustificada. Una vez se refirió a Lewis, y no de modo elogioso, como el «Everyman's Theologian", el teólogo del hombre común.

Pero a comienzos de la década de 1940, si estos pensamientos estaban en la mente de Tolkien, se encontraban muy por debajo de la superficie. Sentía aún un afecto sin límites por Lewis, y acaso alimentaba todavía la esperanza de que su amigo se convirtiese algún día al catolicismo. Y The Inklings continuaba siendo una fuente de alegría y estimulo para él. "Hwœt! we Inclinga —escribió, parodiando las líneas iniciales de Beowulf—, on œrdagum searopancolra snyttru gehierdon». "Mirad que hemos oído hablar, en los viejos días, de la sabiduría de los Inklings, de mentes perspicaces; de cómo aquellos sabios se reunían a deliberar, recitando con destreza el conocimiento y el arte de las canciones, y meditando honestamente. ¡Ésa era la verdadera dichal"

5 Northmoor Road

«¿Qué hacían las mujeres entretanto? ¿Y cómo podría saberlo? Yo soy un hombre y jamás he espiado los misterios de la Bona Dea.» Esto escribía C. S. Lewis en The Four Loves, refiriéndose a la historia de las amistades masculinas. Éste es el corolario inevitable de una vida centrada en la compañía de los hombres, y en grupos como The Inklings: las mujeres quedan excluidas.

Edith Tolkien sólo había recibido una educación limitada en una escuela interna de niñas, donde se había destacado en música, pero no en otras asignaturas. Había pasado unos años en una casa de pensión en Birmingham, luego en Cheltenham, en un hogar de clase media y nada intelectual, y después largo tiempo con su prima Jennie, de edad mediana y poco instruida. No había tenido la posibilidad de continuar su educación ni de enriquecer su mente. Además, había perdido buena parte de su independencia. Podría haber iniciado una carrera como maestra de piano y tal vez como solista; pero esa perspectiva sencillamente se había desvanecido, en primer lugar porque no tenía la necesidad inmediata de ganarse la vida, y luego porque se había casado con Ronald Tolkien. En aquellos días, era impensable, en circunstancias normales, que una esposa de clase media continuara trabajando una vez casada; habría indicado que el marido no podía ganar lo suficiente por sí solo. De modo que el piano se redujo a un mero entretenimiento, aunque continuó tocando hasta la ancianidad, y a Tolkien le encantaba su música. Él no la había alentado a desarrollar ninguna actividad intelectual, en parte porque no consideraba que esto fuera un aspecto necesario de su función de esposa y madre, y en parte porque su actitud hacia ella durante el cortejo (ejemplificada por su expresión favorita, «pequeña») no tenía relación con su propia vida intelectual; Tolkien mostraba a Edith un aspecto de su personalidad muy diferente del que percibían sus amigos varones. Así como le gustaba sentirse entre hombres con sus amigos, esperaba vivir, en su hogar, en un mundo por entero femenino.

A pesar de esto, Edith podría haber contribuido de una manera positiva en la vida universitaria de Tolkien. Muchas esposas de profesores de Oxford lo lograban. Algunas afortunadas, entre ellas Lizzie, la mujer de Joseph Wright, eran expertas en la materia de sus maridos, y podían ayudarlos en sus tareas. Otras que, como Edith, no tenían grado universitario, administrando sus hogares con habilidad llegaban a convertirlos en una especie de centros sociales para los amigos de sus esposos, y participaban así en una parte importante de la vida de éstos.

Por desgracia, todo fue muy distinto para Edith. Tendía a ser tímida, de niña y adolescente su vida social había sido muy pobre, y al llegar a Oxford en 1918 quedó intimidada por lo que vio. Ella, Ronald y el niño (y su prima Jennie, que permaneció con ellos hasta que se trasladaron a Leeds), vivían en habitaciones modestas en una calle lateral de la ciudad; para ella, que no había estado antes en Oxford, la universidad era como una fortaleza casi impenetrable, una falange de edificios sobrecogedores entre los cuales se movían de un lugar a otro hombres de aspecto importante vestidos de toga, y donde Ronald desaparecía todos los días para cumplir sus tareas. Cuando la universidad se dignó atravesar el umbral de su casa fue en la persona de jóvenes corteses pero desmañados, amigos de Ronald, que no sabían cómo hablar a las mujeres, y a quienes ella no sabía qué decir, por la sencilla razón de que sus mundos no coincidían. Los visitantes podían ser, en el peor de los casos, mujeres de profesores, como la aterradora señora Farnell, esposa del rector de Exeter, cuya presencia asustaba incluso a Ronald. Esas damas no hicieron más que confirmar la creencia de Edith de que la universidad era de una eminencia inaccesible. Venían de sus tremendas viviendas en los colleges, o de sus mansiones en North Oxford, para arrullar por deferencia al pequeño Jhon en su cuna, y cuando se marchaban dejaban sus tarjetas de visita en la bandeja de la entrada (una tarjeta con su propio nombre; dos con el nombre del marido) para indicar que por supuesto se esperaba que la señora Tolkien devolviera la visita después de un breve tiempo. Pero a Edith le faltó el ánimo. ¿Qué podía decir a esas personas si iba a sus imponentes casas? ¿Qué tema de conversación podía compartir con esas mujeres majestuosas que hablaban de personas que ella

jamás había oído nombrar, de hijas de profesores y primos nobles y otras anfitrionas de Oxford? Ronald se preocupaba, sabiendo que si su mujer no se ajustaba a la estricta etiqueta de Oxford cometería un grave error. La persuadió de que devolviera una visita a Lizzie Wright, quien a pesar de su educación se parecía muy poco a las esposas de los demás profesores, y compartía en gran medida el carácter abierto y el buen sentido de su marido; pero incluso en este caso Ronald tuvo que acompañarla hasta la puerta de los Wright y tocar la campanilla antes de dar vuelta de prisa en la esquina. Las demás tarjetas se cubrieron de polvo, las visitas no se devolvieron, y se corrió la voz de que la esposa del señor Tolkien no visitaba y que por lo tanto debía ser silenciosamente excluida de las cenas y recepciones.

Posteriormente los Tolkien se trasladaron a Leeds, y Edith halló que la situación era allí muy diferente. La gente residía en casas modestas, y nadie se preocupaba por las tarjetas de visita. A pocas puertas de su casa, en St. Mark's Terrace, vivía la mujer de otro miembro de la universidad, y ambas se visitaban a menudo. Edith conoció también a muchos discípulos de Ronald, quienes acudían a su casa para tomar el té o hablar con su profesor; varios de ellos se convirtieron en amigos de la familia y siguieron frecuentándola hasta mucho tiempo después. Ella disfrutaba de estas visitas tanto como de los informales bailes universitarios a los que solía asistir.

Tampoco los niños quedaban a un lado, puesto que la universidad organizaba espléndidas fiestas de Navidad en las que el vicerrector solía disfrazarse de Papá Noel. Luego Ronald consiguió adquirir una casa más grande en Darnley Road, lejos del humo y la basura de la ciudad. Contrataron una criada y una niñera y, en general, Edith fue feliz allí.

Pero entonces regresaron a Oxford. Ronald compró su primera casa en Northmoor Road sin que Edith pudiera verla, ya que se encontraba todavía en Leeds. Le pareció muy pequeña cuando la conoció. Los muchachos mayores habían enfermado de exantema crónico después de usar un peine para el público en el estudio de un fotógrafo, y necesitaban un tratamiento largo y costoso. Cuando estuvieron lo bastante repuestos comenzaron a asistir a la Dragon School, pero los perturbó la conducta revoltosa de los demás chicos. Edith quedó embarazada de Priscilla. No se sintió verdaderamente en su hogar hasta después del nacimiento de la niña en 1929, y del traslado a la casa de al lado, más grande, en 1930.

Pero ni siquiera entonces la vida familiar recobró el equilibrio que había alcanzado en Leeds. Edith comenzó a sentirse ignorada por su esposo. Es cierto que Ronald pasaba muchas horas en casa, puesto que allí desarrollaba buena parte de sus tareas docentes, y sólo salía una o dos noches por semana, pero el problema estaba en los afectos. Ronald era tierno y considerado con ella; se preocupaba mucho por su salud (esto era recíproco), y por los asuntos domésticos; pero Edith era consciente de que una parte de él sólo conseguía animarse ante la presencia de otros hombres de su misma especie. En especial recelaba del afecto de Ronald hacia Jack Lewis.

Cada visita de Lewis era un motivo de alegría para los niños ya que no sólo evitaba hablarles con aire de superioridad, sino que además les regalaba libros de E. Nesbit, a los que eran muy afectos. Pero como con Edith se mostraba tímido y envarado, ella no lograba comprender el deleite que hallaba Ronald en su compañía, y se sentía algo celosa. No era ésa la única dificultad. En su infancia sólo había conocido una vida hogareña muy limitada, y no había conocido ningún ejemplo que pudiera ayudarla a llevar bien una casa. No es de sorprender entonces que enmascarara su inseguridad con autoritarismo, exigiendo que las comidas se sirvieran a una hora exacta, que los niños comieran hasta la última migaja, y que los criados cumplieran su tarea de modo impecable.

A menudo estaba muy sola, sin otra compañía que los criados y los niños, durante las horas en que Ronald se encontraba en su estudio o fuera. En esos años, la sociedad de Oxford se estaba volviendo poco a poco menos rígida; pero Edith no se encontraba a gusto, y apenas si entabló amistades, a excepción de la esposa de Charles Wrenn, Agnes. Sufría también en ocasiones severas jaquecas que la postraban uno o dos días.

Pronto fue patente para Ronald que Edith no era feliz en Oxford y, en especial, que albergaba resentimientos contra sus amigos. Comprendió claramente que su necesidad de amistades masculinas no era del todo compatible con su vida conyugal. Pero pensaba que ésta era otra de las tristezas de un mundo caído, y estimaba en general que un hombre tenía derecho a placeres masculinos y debía, si era menester, insistir en ellos. A uno de sus hijos que pensaba casarse le escribió: “Hay muchas cosas que un hombre siente legítimas aunque provoquen discusiones. ¡Que

nunca mienta acerca de ellas a su esposa o amantel Evítalas o —si valen la pena— insiste. Cosas de este tipo se producen con frecuencia: la cerveza, la pipa, no escribir cartas, otra amiga, etc., etc. Si las exigencias de la otra parte no son realmente razonables (como ocurre a veces, incluso entre los amantes y las parejas casadas que más se quieren) es mucho mejor afrontarlas sobre la mesa con una disputa que con subterfugios».

Además estaba el problema de la actitud de Edith hacia el catolicismo. Antes de su casamiento Ronald la había persuadido a abandonar la Iglesia de Inglaterra y a hacerse católica, y esto había generado en ella cierta tensión. En los años siguientes, casi dejó de ir a la iglesia. Cuando llevaba una década casada sus sentimientos anticatólicos aumentaron, y ya de vuelta en Oxford, en 1925, le disgustaba que Ronald llevara los niños a misa. En parte estos sentimientos se debían a que él insistía de modo rígido, casi medieval, en la frecuencia de la confesión, y Edith siempre había odiado confesar sus pecados a un sacerdote. Él no lograba discutir el asunto con ella de modo racional, ni con la lucidez demostrada en sus argumentaciones teológicas con Lewis: a Edith le revelaba sólo su vínculo emocional con la religión, el cual ella no comprendía bien. A veces el enojo de Edith llegaba a la furia, pero después de uno de estos estallidos, en 1940, hubo una verdadera reconciliación con Tolkien, y llegó a declarar que deseaba recomenzar su práctica religiosa. Después de esto, aunque siguió sin asistir regularmente a misa, no demostró animosidad contra el catolicismo y hasta llegó a interesarse por algunas actividades eclesiásticas, de modo que incluso algunos amigos religiosos consideraban que era una católica activa.

Hasta cierto punto, Ronald y Edith vivían vidas separadas en Northmoor Road; dormían en dormitorios distintos y mantenían horarios diferentes. Él trabajaba hasta tarde, en parte porque su jornada estaba ocupada por completo, y en parte porque sólo podía permanecer en su estudio sin ser interrumpido una vez que ella se acostaba. De día, le era imposible escribir largo tiempo, bien por. que Edith lo llamaba para realizar alguna tarea doméstica, bien porque debía tomar el té con alguna visita. Estas frecuentes interrupciones, que sólo eran un comprensible pedido de afecto y atención por parte de su esposa, irritaban a Tolkien, aunque las soportaba con paciencia.

Sería erróneo, sin embargo, pensar que Edith estaba excluida por completo de sus actividades. Durante esos años no le habló de su trabajo literario como lo había hecho mucho antes, en Great Haywood, y desde entonces pocas veces la había alentado en este sentido: sólo las primeras páginas de El libro de los cuentos perdidos fueron copiadas por ella. Pero Edith compartió inevitablemente el interés de la familia mientras él escribía El hobbit y El Señor de los Anillos, y aunque no conocía en detalle sus libros, ni tenía una comprensión profunda de ellos, nunca se vio apartada de este aspecto de la vida de su marido. Fue, además, la primera persona a quien él leyó dos de sus narraciones, Hoja de Niggle y El herrero de Wootton Major. Tolkien contó siempre con su aliento y aprobación.

Tenían muchos amigos en común. Entre ellos, algunos tenían que ver con la universidad, como Rosfrith Murray (hija del editor original del Oxford Dictionary, sir james Murray) y su sobrino Robert Murray, así como algunos colegas o antiguos discípulos, entre ellos Simonne d'Ardenne, Elaine Griffiths, Stella Mills y Mary Salu. Todos los citados eran amigos de la familia, y formaban parte de la vida de Edith como de la vida de Ronald, y esto era en sí un vínculo entre ambos. No siempre hablaban de las mismas cosas con las mismas personas, y a medida que envejecían seguían más decididamente sus propios caminos, de manera que Ronald disertaba sobre el nombre de un lugar de Inglaterra sin tener conciencia de que Edith conversaba simultáneamente con el mismo visitante acerca del sarampión de uno de sus nietos. Pero esto no desconcertaba a los huéspedes regulares.

Estas personas, y otras que conocieron a Ronald y Edith Tolkien durante muchos años, no dudaron jamás de que había entre ambos un afecto profundo. Era visible en las pequeñas cosas, como el modo casi absurdo en que cada uno se preocupaba por la salud del Otro, O el cuidado con que elegían y envolvían los regalos para alguno de sus aniversarios; y también en las cosas importantes, como el abandono, por parte de Ronald, de gran parte de su vida de retiro para dar a Edith esos años finales en Bournemouth que ella se merecía, a su entender; o el orgullo que ella mostraba por la celebridad de su esposo.

Otra fuente de dicha para ambos era el amor que tenían por la familia. Este los unió hasta el fin de sus vidas y fue, quizá, la mayor fuerza del matrimonio. Les encantaba hablar y meditar sobre cada detalle de la vida de sus hijos, y luego de sus nietos. Los enorgulleció que Michael ganara la George

Medal en la segunda guerra mundial, por sus acciones como artillero antiaéreo en la defensa de los aeródromos, durante la Batalla de Inglaterra, y también que Jhon fuera ordenado sacerdote poco después de restablecida la paz. Tolkien era inmensamente tierno y comprensivo como padre; jamás le avergonzó besar a sus hijos en público, aunque fueran ya hombres, y jamás se mostró reservado en la expresión de su calidez y su cariño.

Aunque con la perspectiva de los años la vida en Northmoor Road pueda parecemos tediosa y vacía de acontecimientos, debemos comprender que no era así como sentía la familia. Para ellos estaba llena de acción. Fue inolvidable la ocasión en que Tolkien compró, en 1932, su primer coche, un Morris Cowley al que bautizaron "Jo" por las primeras dos letras de su matrícula. Cuando aprendió a conducir, llevó a toda su familia a Eversham para visitar a su hermano Hilary. Durante el viaje, "Jo" sufrió dos pinchazos y derribó parte de un muro de piedra cerca de Chipping Norton, con el resultado de que Edith se negó a viajar en coche hasta varios meses más tarde, actitud no del todo injustificada, ya que Tolkien, al volante, era más osado que hábil. Aceleraba para cruzar las congestionadas calles principales de Oxford ignorando a los demás vehículos y gritando «¡Carga y dispérsalos!»; y en efecto, se dispersaban. Más tarde, "Jo" fue reemplazado por un segundo Morris que cumplió servicios hasta el comienzo de la segunda guerra mundial; el racionamiento de la gasolina motivó que pronto se desprendieran de él. En esa época Tolkien tomó conciencia del daño que provocaban, en el paisaje, los motores de combustión interna y los nuevos caminos, y después de la guerra no volvió a comprar un coche ni a conducir.
¿Qué otras cosas quedaron guardadas en el recuerdo de los pequeños? Largas horas de verano levantando el asfalto del viejo campo de tenis, para agrandar el espacio destinado a las hortalizas, bajo la supervisión de su padre, quien (como Edith) era un jardinero entusiasta, aunque cedía a Jhon buena parte de la tarea concreta de cultivar las hortalizas y podar los árboles, para entregarse al cuidado de las rosas y del césped, eliminando minuciosamente las cizañas. Los primeros años, en el número 22 de Northmoor Road, cuando una sucesión de au pair islandesas les contaban relatos folklóricos de duendes. Las visitas al teatro, que tanto agradaban siempre a su padre, a pesar de que desaprobaba el género dramático. Los viajes en bicicleta por la mañana temprano, para asistir a misa en St. Aloysius, o en St. Gregory, en Woodstock Road, o en el vecino convento carmelita. El tonel de cerveza guardado en la carbonera, detrás de la cocina, con su continuo gotear que daba a la casa (según decía Edith) el olor de una cervecería. Las tardes de julio y agosto navegando por el río Cherwell (que estaba muy cerca, calle abajo) en el bote que su padre alquilaba, hasta el puente de Magdalen, o hasta Water Eaton o Islip, donde tomaban el té junto a la orilla. Las caminatas por el campo de Wood Eaton, en busca de mariposas, y el regreso por el río, y el viejo sauce, en cuyo tronco hendido se escondía Michael. Las vacaciones junto al mar, en Lyme Regis, donde el anciano padre Francis Morgan, venido desde Birmingham para reunirse con ellos, los avergonzaba con sus maneras vulgares y estridentes, tal como hiciera allí mismo, veinticinco años antes, con Ronald y Hilary. El verano que pasaron en Lamorna Cove, Cornwall, en 1932, junto a Charles Wrenn, su esposa y su hija, y la carrera de natación celebrada por Tolkien y Wrenn, con sombreros panamá y pipas encendidas. Sobre estas vacaciones escribió Tolkien más tarde: "Había un curioso personaje del lugar, un anciano que difundía chismes y pronósticos del tiempo y cosas semejantes. Para entretener a mis hijos lo llamé Gaffer Gamgee, y ese nombre se incorporó al folklore familiar para designar ancianos del mismo tipo. La elección de Gamgee había sido dictada por la aliteración; pero no se trataba de un invento. Era el nombre que se usaba cuando yo era pequeño (en Birmingham) para la tela de algodón». Hubo luego vacaciones en Sidmouth, con caminatas por las colinas y maravillosos estanques entre las rocas junto al mar, cuando el padre empezaba a escribir El Señor de los Anillos; los paseos en coche, las tardes de otoño, hasta los pueblos al este de Oxford, como Worminghall, Brill o Charlton-on-Otmoor, o al oeste, a Berkshire y a la White Horse Hill para ver la antigua tumba conocida como Wayland's Smithy; los recuerdos de Oxford, del campo, de los relatos que su padre les contaba.

6 El narrador

Los relatos habían comenzado durante los años transcurridos en Leeds. Jhon, el hijo mayor, solía tener dificultad para dormirse. Entonces su padre se sentaba a su lado en la cama y le narraba la historia de «Carrots», un chico pelirrojo que trepaba al reloj de cuco y vivía luego una serie de extrañas aventuras.

De este modo, Tolkien descubrió que podía utilizar la imaginación de la que se valía para desarrollar las complejidades de El Silmarillion, en inventar historias más sencillas. Tenía un sentido del humor amable e infantil, el cual se manifestaba, a medida que sus hijos crecían, en la forma ruidosa en que jugaba con ellos, y en los cuentos que creaba para Michael, su hijo menor, cuando éste tenía pesadillas. Estos cuentos, narrados en los primeros días de Northmoor Road, se referían al invencible villano "Bill Stickers», un hombre enorme al que nadie podía capturar jamás. Su nombre procedía de una advertencia pintada en un portal de Oxford: BILL STICKERS WILL BE PROSECUTED;[27] y una fuente similar proporcionó el nombre del justiciero y permanente perseguidor de Stickers, Major Road Ahead.[28]

Los cuentos de Bill Stickers no fueron jamás escritos, pero sí otros. En el verano de 1925, mientras estaba de vacaciones con su familia en Filey, Tolkien escribió un extenso relato para Jhon y Michael. Su hijo menor había perdido en la playa un perrito de juguete, y para consolarlo su padre concibió las aventuras de Rover, un perro que un mago al que molesta convierte en juguete, y es extraviado en la arena por un niño pequeño. Pero esto es sólo el principio, porque el hechicero de la arena, Psamathos Psamathides, encuentra a Rover, le otorga el poder de moverse nuevamente y lo envía a visitar la Luna, donde tiene muchas curiosas aventuras, entre las que destaca su encuentro con el Dragón Blanco. Tolkien escribió la historia con el título de Roverandom. Muchos años más tarde la ofreció a sus editores como una posibilidad muy remota, y entre varias otras, de continuar El hobbit. No fue considerada adecuada en esa ocasión, y Tolkien no volvió a pensar en publicarla.

El entusiasmo de los chicos por Roverandom alentó a Tolkien a escribir más cuentos destinados a entretenerlos. Muchos de ellos empezaron con brío pero nunca fueron terminados. Algunos nunca pasaron de las primeras frases, como la historia de Timothy Titus, un hombre muy, muy pequeño, a quien sus amigos llamaban «Tim Tit». Entre otras narraciones iniciadas y abandonadas en seguida está la de Tom Bombadil, situada «en los tiempos del Rey Bonhedig", que describe a un personaje destinado evidentemente a ser el héroe: "Tom Bombadil era el nombre de uno de los más ancianos habitantes del reino, aunque sano, fuerte y cordial. Tenía cuatro pies de altura, con las botas puestas, y tres pies de ancho. Llevaba un sombrero de copa con una pluma azul, como su chaqueta, y unas botas amarillas".

Sobre el papel, la historia no pasaba de aquí, pero Tom Bombadil era una figura muy conocida por la familia Tolkien, puesto que el personaje tenía su origen en un muñeco holandés de Michael. El muñeco, con su pluma en el sombrero, era espléndido; pero a Michael no le gustaba y un día lo arrojó a la taza del water. Tom fue rescatado, y sobrevivió y se convirtió en el héroe de un poema escrito por Ronald, Las aventuras de Tom Bombadil, que fue publicado en el Oxford Magazine, en 1934. Habla de los encuentros de Tom con "Baya de Oro, la hija de la Mujer del Río», con el "Viejo Sauce", que lo encierra en un hueco de su tronco (idea que tal vez proviniera, según dijo una vez Tolkien, de los dibujos de árboles de Arthur Rackham) junto con una familia de tejones y un "Barrow-wight», un fantasma de una tumba prehistórica de las que se encuentran en Berkshire Downs, cerca de Oxford. Por sus características, el poema parece el esbozo de una obra mayor, y cuando se estudió la posibilidad de una continuación de El hobbit, Tolkien sugirió a sus editores que podría darle una extensión adecuada y explicó que Tom Bombadil debía representar «el espíritu (que se desvanecía) del campo de Oxford y Berkshire». Los editores no aceptaron la idea, pero más tarde Tom y sus aventuras se incorporaron a El Señor de los Anillos.

La adquisición del coche en 1932 y las posteriores andanzas de Tolkien como conductor lo

---

[27] Literalmente, «Los pegadores de carteles (Bill Stickers) serán perseguidos».
[28] Doble lectura: «El mayor Road Ahead», o bien «Carretera principal al frente».

llevaron a escribir otro cuento infantil, El señor Bliss. Es la historia de un hombre alto y delgado que vive en una casa alta y delgada y compra un automóvil amarillo brillante por cinco chelines y con notables consecuencias (aparte de una cantidad de colisiones.) La historia estaba generosamente ilustrada por el mismo Tolkien, con tinta y lápices de color, manuscrita con una hermosa caligrafía y encuadernada en un pequeño volumen. El señor Bliss debe en parte a Beatrix Potter su humor irónico, y a Edward Lear el estilo de sus dibujos, aunque las imágenes de Tolkien son menos grotescas y más delicadas. Como Roverandom y el poema sobre Bombadil, El señor Bliss fue presentado a los editores en 1937, y recibido con gran entusiasmo. Se hicieron arreglos para su publicación, no con el carácter de sucesor de El hobbit, sino con el de un entretenimiento para cubrir el intervalo hasta que estuviera lista una continuación adecuada. Los dibujos en color implicaban, sin embargo, una edición costosa, y los editores preguntaron a Tolkien si podría rehacerlos en un estilo más sencillo. Él respondió afirmativamente, pero no encontró tiempo para realizar la tarea, y el manuscrito de El señor Bliss quedó en un cajón donde permaneció hasta que muchos años más tarde fue vendido a la Universidad de Marquette, en Estados Unidos, junto con los manuscritos de las narraciones publicadas de Tolkien.[29]

El hecho de que El señor Bliss estuviera ilustrado con tanto cuidado —en realidad el relato se había apoyado en las ilustraciones—indicaba la importancia que daba Tolkien al dibujo y la pintura. Nunca había abandonado del todo esa afición de su niñez, y durante sus tiempos de estudiante había ilustrado varios de sus poemas, utilizando acuarelas, tintas de color o lápices, y desarrollando un estilo que expresaba su amor por los grabados japoneses, aunque con un planteo individual de la línea y el color. La guerra y sus otras tareas interrumpieron esta actividad, pero aproximadamente en 1925 volvió a dibujar con regularidad, y uno de los primeros resultados fue una serie de ilustraciones para Roverandom. Más tarde, durante las vacaciones en Lyme Regis de 1927 y 1928, dibujó escenas de El Silmarillion. Los dibujos muestran con cuánta claridad visualizaba los paisajes donde situaba sus leyendas, porque en varios dibujos el escenario de Lyme se integra a los relatos, revestido de misterio.

Tolkien era ya un talentoso ilustrador, aunque no tenía la misma habilidad con las figuras que con los paisajes. Su especialidad era la representación de sus amados árboles; y como Arthur Rackham (cuya obra admiraba), podía dar a las raíces y ramas torcidas una siniestra movilidad que era, al mismo tiempo, absolutamente fiel a la naturaleza.

Las dotes de Tolkien como narrador e ilustrador se combinaban cada mes de diciembre cuando Papá Noel enviaba una carta a sus hijos. En 1920, cuando Jhon tenía tres años y la familia estaba a punto de trasladarse a Leeds, Tolkien escribió con letra temblorosa una nota a su hijo, firmada “Tu P. Noel, que te quiere”. Desde ese momento en adelante hizo una carta similar cada Navidad. Las “Cartas de Papá Noel” crecieron e incluyeron muchos personajes adicionales como el Oso Polar, que comparte la casa de Papá Noel; el jardinero de éste, el Hombre de la Nieve, y su secretario, el elfo Ilbereth; gnomos y elfos de la nieve, y una legión de traviesos duendes que vive en las cavernas, debajo de la casa de Papá Noel. Cada Navidad, y a menudo en el último momento, Tolkien escribía un informe detallado sobre los acontecimientos ocurridos en el Polo Norte con la temblorosa letra de Papá Noel, las mayúsculas rúnicas del Oso Polar y la caligrafía cursiva de Ilbereth. Luego añadía algunos dibujos, escribía la dirección en el sobre (donde había inscripciones como “Por gnomo-correo. A toda prisa”) y recortaba y pegaba un sello postal del Polo Norte, pintado con gran realismo. Luego enviaba la carta. Esto podía hacerse de muy diversas maneras. La más sencilla consistía en dejarla sobre el hogar, como si hubiera caído por la chimenea, con el agregado de unos extraños ruidos a la mañana, muy temprano, y unas huellas de nieve en la alfombrilla de la puerta, indicadoras de que Papá Noel en persona había estado allí. Más tarde el mismo cartero actuó como cómplice, entregando las cartas. ¿Cómo podían los niños dudar de ellas? En realidad, siguieron creyendo en ellas hasta que cada uno crecía y descubría, por accidente o por

[29] *El señor Bliss* no es la única composición de Tolkien inspirada en el transporte a motor. *The Bovadium Fragments* (Los fragmentos de Bovadium), quizá compuesta a principios de los años sesenta, es una parábola de la destrucción de Oxford (Bovadium) por los *motores* creados por el *Daemos de Vaccipratum* (una referencia a lord Nuffield y su fábrica de motores Cowley), que bloquean las calles, asfixian a las personas y finalmente estallan.

deducción, que su padre era el verdadero autor. Pero aun así, nada se decía para no destruir la ilusión de los más pequeños.

Además de oír los relatos de su padre, los niños tenían repletos los estantes de la biblioteca de su cuarto. Gran parte de sus lecturas consistía en los textos favoritos de la infancia de Tolkien, como las historias de «Curdie», de George Macdonald, y las colecciones de cuentos de hadas de Andrew Lang; pero también frecuentaban expresiones más recientes de la literatura infantil como The Marvellous Land of Snergs, de E.A. Wyke-Smith, publicado en 1927. Tolkien advirtió que sus hijos se divertían mucho con los snergs, «una raza de seres apenas más altos que una mesa corriente, pero de hombros anchos y muy fuertes".

En cuanto al mismo Tolkien, sólo poseía el tiempo o la tendencia suficientes para leer cantidades limitadas de ficción. En general, prefería las novelas contemporáneas más ligeras. Le agradaban los relatos de Jhon Buchan, y leyó también las obras de Sinclair Lewis, de quien conocía su novela Babbitt, publicada en 1922, la historia de un hombre de negocios americano de edad mediana cuya ordenada vida se desmorona poco a poco.

En los crisoles de la literatura entran extraños ingredientes, y tanto Babbitt como The Marvellous Land of Snergs tuvieron un eco en El hobbit. Tolkien escribió a W.H. Auden que el segundo «era quizá un origen inconsciente de los hobbits, no de otra cosa"; y a un periodista le dijo que la palabra hobbit "podría tener alguna asociación con el Babbitt de Sinclair Lewis. Pero no con rabbit (conejo) como piensan algunos. Babbitt tiene la misma satisfacción burguesa que los hobbits. Su mundo es también un lugar limitado».

Menos misterioso es el origen de otro relato que Tolkien escribió en algún momento de los años treinta, quizá en parte para entretener a sus hijos, pero sin lugar a dudas por placer personal. Se trata de Egidio, el granjero de Ham y está ubicado en un territorio, "El Pequeño Reino", que es en realidad Oxfordshire y Buckinghamshire; procede evidentemente de las implicaciones del nombre Worminghail (que significa vestíbulo de los reptiles o los dragones), un pueblo a pocas millas al este de Oxford. La primera versión del cuento, menos extensa que la publicada más tarde, es sencilla y directa, y extrae su humor no tanto del estilo narrativo como de los acontecimientos que se relatan. También fue propuesta a los editores como posible continuación de El hobbit, y, al igual que sucediera con las anteriores, fue considerada excelente pero no lo que se requería en ese momento.

Algunos meses más tarde, a principios de 1938, Tolkien debía leer una conferencia sobre cuentos de hadas para una sociedad de estudiantes del Worcester College. Pero no la escribió; en cambio, decidió leer Egidio, el granjero de Ham. Al reconsiderar el relato, pensó que podía mejorarlo, y en la siguiente revisión lo convirtió en una narración más larga, llena de humor sofisticado. Pocas noches más tarde la leyó en el Worcester College. "Me sorprendió mucho el resultado", escribió luego. "El público no parecía estar aburrido; en realidad se desternillaba de risa." Cuando fue evidente que la segunda parte de El hobbit no estaría lista durante largo tiempo, ofreció a sus editores la versión revisada de Egidio, el granjero de Ham, y ellos la recibieron con entusiasmo; pero las demoras del tiempo de la guerra y el desacuerdo de Tolkien con el ilustrador elegido en un principio determinaron que el libro no apareciera hasta 1949, con los dibujos de una joven artista llamada Pauline Diana Baynes. Sus ilustraciones a la manera medieval encantaron a Tolkien, quien dijo de ellas: "Más que ilustraciones, son una historia emparentada". El éxito de la señorita Baynes con Egidio, el granjero de Ham hizo que fuera aceptada como ilustradora para las historias de Narnia, de C.S. Lewis; y más tarde hizo los dibujos de la antología de poemas de Tolkien y de El herrero de Wootton Major. Ella y su marido llegaron a ser amigos de los Tolkien en años posteriores.

Egidio, el granjero de Ham no causó demasiado entusiasmo en el momento de su publicación, y sólo cuando el éxito de El Señor de los Anillos se reflejó sobre las ventas de los demás libros, alcanzó un gran público. En cierto momento, Tolkien tuvo la idea de escribir una segunda parte, y esbozó la trama con cierto detalle: trataría del hijo de Egidio, George Worming, y de un paje llamado Suet. El dragón Crysophylax volvería a aparecer, y el escenario sería el mismo que en la primera parte. Pero en 1945 la guerra había deteriorado el paisaje de Oxfordshire que Tolkien tanto amaba, y escribió a sus editores: "La segunda parte [de Egidio, el granjero de Ham] está planeada aunque no escrita, y es probable que así quede. El corazón se ha ido del Pequeño Reino, y ahora los bosques y praderas son aeródromos y campos de prácticas de bombardeo».

Aunque a veces suscitan sentimientos profundos, los cuentos que Tolkien escribió para sus hijos entre los años veinte y los treinta eran en suma jeux d'esprit. Su verdadera empresa eran los temas mayores en prosa y verso.

Siguió trabajando en su extenso poema La gesta de Beren y Lúthien, y en versos aliterativos que narraban la historia de Túrin y el dragón. En 1926 envió este poema, y otros, a R.W. Reynolds, su profesor de Literatura Inglesa en la King Edward's. Reynolds aprobó las piezas menores, pero sólo elogió con tibieza los grandes poemas mitológicos. Sin desalentarse, contando con el apoyo de C.S. Lewis al poema de Beren y Lúthien, Tolkien siguió trabajando en éste y en la historia de Túrin. Aunque la historia tenía más de dos mil líneas y la gesta más de cuatro mil, ninguno de los dos poemas estaba terminado; y cuando Tolkien comenzó a revisar El Silmarillion (después de escribir El Señor de los Anillos) tal vez ya había abandonado toda intención de incorporarlos al texto publicado del ciclo. Sin embargo, ambos poemas eran importantes en el desarrollo de las leyendas, y en particular la gesta, donde se encuentra la versión más completa de la historia de Beren y Lúthien.

Los poemas eran también importantes para el desarrollo técnico de Tolkien como escritor. Los pareados de las primeras estrofas de la gesta tienen por momentos un ritmo monótono o rimas triviales, pero a medida que Tolkien adquiría mayor experiencia, el poema ganaba en seguridad; y es por ello que contiene muchos pasajes hermosos. Los versos de Túrin son aliterados, no rimados; su medida es una modernización de la forma de versificar anglosajona, para la que Tolkien demostraba gran habilidad. El siguiente pasaje describe la infancia y adolescencia de Túrin en el reino élfico de Doriath:

Much lore be learned, and loved wisdom,
but fortune followed him in few desires;
oft wrong and awry what he wrought turnéd;
what he loved he lost, what he longed for he won not;
and full friendship he found not easily,
nor was lightly loved for his looks were sad.
He was gloomy-hearted, and glad seldom
for the sundering sorrow that seared his youth.
On manhood's threshold he was mighty holden
in the wielding of weapons; and in weaving song
he had a minstrel's mastery; but mirth was not in it.[30]

Al adaptar y modernizar este antiguo estilo poético para sus propios fines, Tolkien había obtenido algo muy poco usual y de notable fuerza. Es una pena que haya escrito, o al menos publicado, tan pocos versos aliterados, porque se ajustaban a su imaginación mucho más que la rima moderna.

Escribió otros poemas de cierta longitud, no siempre vinculados con su propia mitología. Uno, inspirado en las leyendas célticas de Bretaña, era Aotrou and Itroun (en bretón, Señor y Señora), cuyo primer manuscrito está fechado en septiembre de 1930. El poema relata la historia de un hombre sin hijos que obtiene una poción de una hechicera o «Corrigan" (término genérico para hada, en bretón). A consecuencia del filtro, la esposa del hombre tiene gemelos, pero la Corrigan pide como pago que el hombre la despose, y su negativa ocasiona trágicas consecuencias. Aotrou and Itroun fue publicado algunos años más tarde por un amigo de Tolkien, el filólogo Gwyn Jones, en la Welsh Review. Se trata también de versos aliterados, aunque con rima.

Otro poema largo de este período tiene aliteración y no es rimado. Se trata de The Fall of Arthur ["La caída de Arturo"], la única incursión imaginaria de Tolkien en el ciclo artúrico, cuyas leyendas

[30] *Aliteración* es la repetición de la letra inicial en las palabras que se observa en cada línea del poema en inglés (y no en su traducción): Gran saber adquirió y amó el conocimiento, / mas su sino lo siguió en pocos deseos; / con frecuencia se torcía y deformaba lo que hacía, / perdía lo que amaba, su anhelo no lograba, / ni la plena amistad hallaba fácilmente. / Era de corazón sombrío y feliz pocas veces / por la ardiente pena que desgarró su juventud. / En el umbral de la hombría era potente / para blandir las armas; para tejer canciones / tenía la destreza del menestral, pero sin su alegría.

le gustaban desde la infancia, aunque las encontraba “demasiado extensas, fantásticas, incoherentes y repetitivas”. Las historias de este ciclo le parecían poco satisfactorias incluso como mitos, pues contenían de manera expresa la religión católica. En su propio poema artúrico no se refería al Grial sino que daba una versión personal de la muerte de Arturo, en la cual el rey y Gawain iban a la guerra en «tierras sajonas», pero regresaban al hogar ante la noticia de la traición de Mordred. El poema, jamás terminado, contó con la aprobación de E.V. Gordon y R.W. Chambers, este último profesor de Inglés en la Universidad de Londres, quien lo consideró “excelente material, verdaderamente heroico, muy distintivo por su valor al demostrar cómo el metro de Beowulf puede ser utilizado en el inglés moderno». Es también interesante porque es uno de los pocos textos en que Tolkien habla explícitamente de la pasión sexual, al describir el deseo de Mordred por Guinever (así es como escribe el nombre de la reina):

His bed was barren; there black phantoms
of desire unsated and savage fury
in his brain had brooded till bleak morning.[31]

Pero la Guinever de Tolkien no es la heroína trágica que aman los autores arturianos en su mayoría; él nos la describe como:

lady ruthless,
fair as fay-woman and fell-minded,
in the world walking for the woe of men.[32]

Aunque The Fall of Arthur fue abandonado a mediados de la década del treinta, Tolkien escribió en 1955 que aún esperaba completarlo, pero finalmente no fue así.
Una o dos veces decidió alejarse de los temas míticos, legendarios y fantásticos, y escribió algunas narraciones breves y de ambiente moderno para lectores adultos. Los resultados no fueron notables, demostrándose así que su imaginación necesitaba del mito y la leyenda para desarrollar todo su potencial. Y en realidad la mayor parte de su atención estaba todavía centrada en El Silmarillion. Procedió a numerosas revisiones y reformas de los principales relatos del ciclo, abandonando el nombre del navegante original, Eriol, que oye las narraciones, y cambiándolo por Aelfwine, O “amigo-elfo». Pasó también mucho tiempo (quizá más que el dedicado a las narraciones mismas) elaborando los lenguajes y abecedarios élficos; inventó un nuevo alfabeto al que primero llamó Quenyatic y luego Fëanorian, y a partir de 1926 SU diario está escrito en él. También se ocupó de la geografía y otros temas vinculados con su ciclo de leyendas.

A fines de los años treinta toda esta labor se acumulaba en una gran cantidad de manuscritos, muchos de ellos en exquisita caligrafía. Pero Tolkien no hizo todavía el menor esfuerzo por publicarlo. Pocos conocían su existencia. Fuera de la familia, sólo C.S. Lewis tenía una idea detallada de estos textos; y dentro de ella, Christopher, el menor de los varones, era el oyente habitual de las narraciones de su padre. El muchacho, escribió Tolkien en su diario, se había convertido «en una persona nerviosa, irritable, atormentada, difícil, descarada en ocasiones. Sin embargo hay en él algo intensamente querible, al menos para mí, por lo mucho que se me parece».

Muchas noches, Christopher, acurrucado junto a la estufa del estudio, escuchaba inmóvil a su padre, quien, más improvisando que leyendo, le hablaba de las guerras de los elfos contra el poder negro, o del peligroso viaje de Beren y Lúthien al corazón mismo de la fortaleza de hierro de Morgoth. No se trataba de nuevos relatos, sino de leyendas que revivían, en la voz de aquel hombre, la expresiva historia de un mundo sombrío donde repugnantes orcos y un siniestro Nigromante

[31] Su lecho era estéril; allí negros fantasmas / /de deseo insatisfecho y una furia salvaje / crecieron en su mente hasta la fría mañana.
[32] Una despiadada señora, / bella como un hada-mujer, con una mente cruel, / andando por el mundo para infortunio de los hombres.

custodiaban el camino, y un espantoso lobo de ojos colorados despedazaba uno a uno a los elfos amigos de Beren; pero donde, además, las tres grandes joyas élficas, las Silmarilli, brillaban con una luz extraña y poderosa; un mundo donde, contra todas las probabilidades, la búsqueda podía triunfar.

Quizá los sentimientos de Tolkien hacia su tercer hijo fueron uno de los factores que lo llevaron a comenzar el nuevo libro. Aunque más explícitamente debe su origen a C.S. Lewis, quien, según dice Tolkien, declaró un día: «Tollers, en los cuentos que se pueden leer hay muy pocas cosas que de verdad nos gustan. Temo que debamos hacer la prueba de escribir algunos nosotros mismos». "Estuvimos de acuerdo —continúa Tolkien— en que él debía intentar el viaje por el espacio, y yo el viaje por el tiempo.» Y también decidieron que los relatos de ambos debían dirigirse al descubrimiento del mito.

La narración de Lewis era Out of the Silent Planet [«Fuera del planeta silencioso»], es decir, el primer libro de su trilogía "de Ransom».[33] La respuesta de Tolkien a este desafío fue un cuento titulado El camino perdido, donde dos viajeros del tiempo, padre e hijo, se encuentran y descubren la mitología de El Silmarillion, mientras emprenden el viaje de retorno a la tierra de Númenor.

La leyenda de Númenor, la gran isla del oeste entregada a los hombres que han ayudado a los elfos en sus luchas contra Morgoth, fue probablemente escrita por Tolkien algún tiempo antes de El camino perdido, tal vez a fines de la década de 1920, o a comienzos de los años treinta. Tenía su origen en una pesadilla que lo turbaba desde niño, su "hechizo de la Atlántida», en la cual "tenía el terrible sueño de la Ola ineludible que brotaba en mitad de un mar calmo, o que avanzaba sobre los verdes litorales». Cuando los habitantes de Númenor son encantados por Sauron (el lugarteniente de Morgoth que ya había aparecido en el largo poema sobre Beren y Lúthien) para que rompan una orden divina y naveguen hacia el oeste, en busca de las tierras prohibidas, estalla una gran tormenta, una inmensa ola choca contra Númenor, y la isla íntegra se hunde en el abismo. La Atlántida se ha sumergido.

La historia de Númenor combina la leyenda platónica de la Atlántida con las cualidades imaginativas de El Silmarillion. Al final, Tolkien dice que a causa del hundimiento de Númenor la forma del mundo cambia, y las tierras del oeste "quedan apartadas para siempre de los círculos del mundo». El mundo mismo se curva, pero el Camino Recto hacia el Antiguo Oeste sigue existiendo para quienes lo encuentran. Éste es el «camino perdido» que daba nombre a la nueva historia.

El camino perdido en sí (al contrario de la historia de Númenor que estaba destinado a presentar) es una especie de autobiografía idealizada. Sus protagonistas son un padre y un hijo. El padre, un profesor de historia llamado Alboin (forma lombárdica de Ælfwine), inventa lenguajes, o mejor dicho encuentra que se le transmiten palabras; palabras que parecen fragmentos de antiguas lenguas olvidadas. Muchas de esas palabras se refieren a la caída de Númenor; y la historia se interrumpe, inconclusa, cuando Alboin y su hijo parten a través del tiempo hacia la misma Númenor. El relato es un tanto empalagoso en su forma de describir la relación entre padre e hijo, tal como le hubiese gustado a Tolkien que fuera; y es notable que ni Alboin ni su propio padre (que aparece al principio de la historia) tengan esposa, por haber enviudado muy jóvenes. Probablemente la narración fue leída en The Inklings; lo cierto es que Lewis oyó la leyenda de Númenor, porque se refiere a ella en That Hideous Strength, aunque por error escribe "Numinor>). (También toma algo prestado de Tolkien cuando da a su héroe Ransom el nombre de Elwin, que recuerda Ælfwine, y cuando en Perelandra llama a sus Adán y Eva "Tor y Tinidril», ecos indudables, para Tolkien, de Tuor e Idril en La caída de Gondolin.)

El camino perdido fue abandonado "(a causa de mi lentitud y mi incertidumbre») poco después

---

[33] Los tres libros fueron leídos por *The Inklings* a medida que los escribía. Los primeros dos contaron con la aprobación casi total de Tolkien (aunque no le agradasen todos los nombres inventados por Lewis), y en parte gracias a su apoyo *Out of the Silent Planet,* rechazado por dos editores, fue aceptado por The Bodley Head y publicado en 1938. A Tolkien le gustó aún más *Perelandra;* pero cuando Lewis le dio a conocer *That Hideous Strength*, registró en su diario: «Disparatado, me temo»; y un mejor conocimiento del libro no le hizo cambiar de idea. Le parecía estropeado por la influencia de la mitología artúrico-bizantina de Charles Williams.

Tolkien reconocía que el personaje de Ransom, el héroe (filólogo) de los relatos de Lewis, estaba en parte modelado sobre él. En 1944 escribió a su hijo Christopher: «Como filólogo, puedo tener alguna parte en él; reconozco alguna de mis ideas y opiniones, "lewisificadas"».

que los viajeros del tiempo llegan a Númenor. Pero Tolkien retomó el tema de los viajes por el tiempo como un modo de introducir la leyenda de Númenor cuando, a fines de 1945, comenzó a escribir Los papeles del Notion Club. Esta vez emplea como entorno The Inklings, con un leve disfraz, y los viajeros del tiempo son dos profesores de Oxford miembros del club literario informal que da título al relato. Pero, como su predecesora, también esta obra queda interrumpida al final de la introducción, cuando el viaje ha sido apenas superficialmente descrito. Los papeles del Notion Club captura en gran medida el espíritu de The Inklings, aunque Tolkien apenas intenta retratar a sus amigos. Una parte de la narración llegó a la prensa: es un poema sobre el viaje medieval de san Brendán, leyenda que Tolkien adaptó a su propia mitología. Con el título de Imram "(viaje» en gaélico), el poema se publicó en Time & Tide en 1955. Es en sí un poco despojado, apenas el recuerdo de un relato inconcluso y prometedor.

De este modo, durante los años veinte y treinta, la imaginación de Tolkien siguió dos cursos paralelos. De un lado estaban los relatos compuestos por mero pasatiempo, y muchas veces, sólo para entretener a sus hijos. Del otro, los temas mayores, a veces célticos o artúricos, pero por lo general asociados con sus propias leyendas. Nada se publicaba, aparte de unos pocos poemas presentados en el Oxford Magazine, los cuales hacían pensar a sus colegas que Tolkien se divertía con cuevas de dragones y ridículos hombrecillos como Tom Bombadil: un pasatiempo inofensivo, aunque un poco infantil.

Faltaba algo, un elemento que uniera los dos aspectos de su inventiva, produciendo una historia heroica y mítica, y a la vez acorde con la imaginación popular. Por supuesto, él no era consciente de esta carencia, y no le pareció significativo que de pronto la pieza que faltaba cayera en su lugar.

Era un día de verano, y él estaba sentado junto a la ventana de su estudio en Northmoor Road, corrigiendo exámenes. Años después recordó: "Uno de los candidatos dejó piadosamente una hoja en blanco (lo mejor que puede esperar el que corrige), y en ella escribí:
"En un agujero en el suelo vivía un hobbit". Los nombres siempre generan relatos en mi mente. Pensé más tarde que haría bien en descubrir cómo eran los hobbits. Y eso fue sólo el principio».

V.- 1925-1949 (ii): La Tercera Época

1 Aparece el señor Baggins

En realidad, esa pieza que faltaba había estado allí todo el tiempo. Era el lado Suffield de su propia personalidad.

Su profundo sentimiento de que su verdadero hogar estaba en el campo de West Midland habla determinado, desde sus días de estudiante, el carácter de su trabajo académico. Los mismos motivos que lo hablan impulsado a estudiar *Beowulf, Gawain* y el *Ancrene Wisse* crearon un personaje que reunía todo lo que amaba de West Midland: el señor Bilbo Baggins [Bolson], el hobbit.

Podemos ver algunos precedentes superficiales de la invención: los Snergs, el nombre Babbitt, y, en las propias historias de Tolkien, el Tom Bombadil original de un metro veinte, y el pequeño Timoteo Titus. Pero esto no nos dice gran cosa. El elemento personal es mucho más revelador. En la historia, Bilbo Baggins, hijo de la briosa Belladonna Tuk, quien a su vez era una dc las tres hijas del Viejo Tuk, descendiente también de los serios y respetables Baggins, es desventurado y de edad mediana, viste ropas discretas, aunque le gustan los colores vivos, y tiene una predilección por la comida sencilla. Pero hay algo extraordinario en su carácter, que despierta cuando la aventura comienza. Jhon Ronald Reuel Tolkien, hijo de la emprendedora Mabel Suffleid, una de las tres notables hijas dci viejo Jhon Suffield (que casi llego al siglo), dcscendiente también dc los serios y respetables Tolkien, era dc edad mediana e inclinado al pesimismo, vestía ropas comunes, aunque le gustaban los chalecos dc color, cuando se los podía permitir, y tenía predilección por la comida sencilla. Y había algo extraño en su carácter, que ya se había manifestado en la creación de una mitología, y lo inducía ahora a comenzar esta nueva narración.

El mismo Tolkien tenía conciencia de la similitud entre lo creado y el creador. “En verdad», escribió en una ocasión, “soy un hobbit, excepto por el tamaño. Me gustan los árboles, los jardines y las granjas sin máquinas; fumo en pipa, me gusta la comida sencilla (no refrigerada) y detesto la cocina francesa; me agradan, y hasta me atrevo a usar en estos días oscuros, los chalecos adornados. Tengo predilección por las setas (del campo); tengo un sentido del humor muy elemental (que incluso mis críticos favorables hallan fastidioso); me acuesto y me levanto tarde (cuando puedo), y no viajo mucho.” Y como para acentuar el paralelo personal, Tolkien eligió como nombre de la casa del hobbit, “Bag End” [Bolsón Cerrado], que era el que daban los lugareños a la granja que su tía jane poseía en Worcestershire. Worcestershire, cuna de los Suffield, y en donde su hermano Hilary estaba ahora cultivando la tierra, era la Comarca de la que provenían los hobbits. Tolkien escribió acerca de ella: “Cualquier rincón de esa Comarca (bello o sórdido) es para mí, de modo indefinible, “mi casa”, en un sentido en que no lo es ninguna otra parte del mundo”. Pero el pueblo de Hobbiton, con su molino y su río, no se encuentra en Worcestershire sino en Warwickshire, ahora semiescondido entre los suburbios de Birmingham, pero todavía identificable como el Sarehole donde Ronald Tolkien pasara aquellos cuatro años tan importantes para su formación.

Los hobbits no sólo deben su origen a las experiencias personales de Tolkien; éste dijo una vez en una entrevista: “Los hobbits son simples campesinos ingleses, pequeños de tamaño, porque esto refleja el alcance generalmente escaso de su imaginación, aunque de ningún modo de poco valor o energía latente”. Para decirlo de otro modo, los hobbits representan el encuentro de una imaginación escasa con un gran valor, lo cual (como Tolkien había visto en las trincheras durante la primera guerra mundial), con frecuencia conducía a la supervivencia, contra toda probabilidad. “Siempre me ha impresionado —dijo una vez— que estemos aquí, que hayamos sobrevivido, a causa del indomable valor que gentes muy pequeñas opusieron a fuerzas abrumadoras.»

En cierto sentido, es erróneo referirse a los hobbits como «la pieza que faltaba” para que los dos aspectos de la imaginación de Tolkien pudieran encontrarse y unirse entre 1920 y 1940; por lo menos es cronológicamente erróneo, ya que es muy probable que Tolkien comenzara a escribir *El hobbit* muy al principio de este período. Sería más exacto afirmar que sólo cuando el libro estuvo terminado y publicado —y de ningún modo antes de que empezara a escribir una segunda parte—, Tolkien comprendió la significación de los hobbits, y el papel esencial que jugaron en su mitología. Como otras de sus narraciones, *El hobbit* fue comenzada con la mera intención de entretener. Y casi sufrió, por añadidura, el destino de muchas otras historias que quedaron sin concluir.

Aunque podemos ver con bastante claridad por qué Tolkien comenzó a escribir este relato,

resulta imposible afirmar cuándo. El manuscrito no indica ninguna fecha, y el mismo Tolkien era incapaz de recordar con precisión el origen del libro. En una oportunidad dijo: "No estoy seguro, pero creo que la Fiesta Inesperada [el primer capítulo] fue apresuradamente escrita antes de 1935 con toda certeza después de 1930, fecha en que me instalé en el 20 de Northmoor Road". En otra parte escribió: "En una hoja en blanco garrapateé la frase "En un agujero en el suelo vivía un hobbit". No supe entonces por qué, y sigo sin saberlo. No hice nada con eso durante muchos años, ni fui más allá de la producción del mapa de Thror. Pero a principios de la década del treinta se convirtió en *El hobbit*». Este recuerdo de un hiato entre la idea original y la composición del cuerpo principal de la historia está confirmado por una nota que Tolkien escribió en una página sobreviviente del capítulo uno original: "Única página que se conserva de la primera versión manuscrita de *El hobbit,* la cual no pasó del primer capítulo». En 1937, poco después de que fuera publicado, Christopher Tolkien exponía (en su carta a Papá Noel) este informe sobre el origen del libro: "Papá lo escribió hace muchísimo tiempo y nos lo leyó a Jhon, Michael y a mí, en invierno, después del té. Los capítulos finales no estaban bien acabados, ni mecanografiados; lo terminó hace más o menos un año". Para la misma época, Tolkien envía una carta a sus editores donde declara: "Mi hijo mayor tenía trece años cuando oyó el relato. No les gustó a los menores, que empezaron a apreciarlo a medida que crecían".

Estas afirmaciones llevan a la conclusión de que el libro fue iniciado en 1930 o 1931 (cuando Jhon, el hijo mayor, tenía trece años); en efecto, había una versión completa mecanografiada (sólo faltaban los últimos capítulos) a la que C.S. Lewis tuvo acceso hacia fines de 1932. Sin embargo, Jhon y Michael Tolkien no creen que con esto el cuadro quede completo, pues recuerdan que su padre les relató algunos pasajes de la historia en el estudio del 22 de Northmoor Road, es decir, antes de 1930. No están seguros de que se tratara de partes de un relato *escrito;* bien podían ser, creen, cuentos improvisados que luego fueron absorbidos por *El hobbit* propiamente dicho.

El manuscrito indica que la redacción concreta de la mayor parte del relato se realizó en un período de tiempo bastante breve: la tinta, el papel y el tipo de escritura no varían, la numeración de sus páginas es consecutiva, y casi no hay división en capítulos. Parecía que Tolkien lo escribió con fluidez y casi sin vacilar, porque hay comparativamente pocas correcciones o palabras borradas. En la primera versión el dragón se llamaba Pryftan; el enano principal, Gandalf, y el brujo, Bladorthin. Pronto, el nombre del dragón cambió por Smaug (del verbo germánico *smugan,* que significa "meter por un agujero"). Tolkien dijo que esto era "un mal chiste filológico". Pero conservó cierto tiempo el nombre Bladorthin y sólo mucho más adelante el enano fue rebautizado Thorin Oakenshield [Escudo de Roble], y se dio al mago el nombre de Gandalf (tomado, como todos los nombres de los enanos, de la Edda Mayor), sin duda el correcto, pues en islandés significa "elfo-hechicero" y por lo tanto "mago".

La narración empezó como un entretenimiento personal, y en principio Tolkien no tenía la intención de que el mundo burgués y confortable de Bilbo Baggins estuviese relacionado de ningún modo con el vasto paisaje mitológico de *El Silmarillion.* Sin embargo, gradualmente, comenzaron a surgir los elementos de su mitología. Era inevitable que los enanos sugirieran una conexión (enano = *dwarf),* pues los *dwarves* (con plural escrito de este modo) ya tenían un lugar en sus obras anteriores; y cuando en el primer capítulo de *El hobbit* el mago menciona al "Nigromante", se refiere a la leyenda de Beren y Lúthien. Pronto se tomó evidente que el viaje de Bilbo Baggins y sus compañeros se realiza por un rincón de la Tierra Media cuya historia anterior es narrada en *El Silmarillion.* Según las palabras de Tolkien, ése era «el mundo por donde erraba el señor Baggins». Y silos acontecimientos del nuevo relato están situados, como así parece, en un momento muy posterior a los de *El Silmarillion,* y si las crónicas anteriores recuerdan la historia de la Primera y la Segunda Época de la Tierra Media, parecería que *El hobbit* debe ser un relato de la Tercera Época.

"Uno escribe una historia como ésa —ha dicho Tolkien— con el moho de la hojarasca de la mente"; y aunque todavía es posible ver la forma de algunas de esas hojas —el viaje alpino de 1911, los duendes de los libros de "Curdie" de George Macdonald, el episodio de *Beowulf* en que se le roba una copa a un dragón que duerme—, no son éstos los puntos esenciales de la metáfora de Tolkien. Se aprende poco revolviendo una pila de abono para saber de qué plantas muertas está compuesto. Mucho mejor es observar su efecto sobre las nuevas plantas que enriquece. Y en *El hobbit,* el moho de la hojarasca de la mente de Tolkien alimentó una rica espesura con la que sólo unos pocos libros de literatura infantil pueden compararse.

Porque *es* un cuento infantil. Aunque al fin fue parte de su mitología, Tolkien no permitió que el tono se hiciera demasiado serio ni tampoco adulto, y se atuvo a su intención original de entretener a sus hijos, y quizás a los de otras personas. En su primer borrador hizo esto de una manera consciente y deliberada, y existen en él gran cantidad de "apartes" destinados a los jóvenes lectores, como "Ahora ya sabes lo suficiente para continuar», o "Como veremos al final». Más tarde, suprimió muchos de ellos, pero algunos persistieron en el texto publicado. Tolkien lamentó esto último, pues llegaron a disgustarle tanto que incluso terminó por pensar que toda aclaración deliberada para niños era un gran error en un cuento. "No importan los niños —escribió una vez—. No estoy interesado en el "niño" como tal, moderno o como sea, ni tengo la intención de ir a su encuentro a la mitad o un cuarto del camino. Es de todos modos un error, o bien inútil (cuando se trata de un niño tonto), o bien pernicioso (cuando se le inflige a un niño dotado).» Pero mientras escribía *El hobbit* padecía aún lo que más tarde llamó "engaños contemporáneos acerca de los niños y los "cuentos de hadas"", engaños a los que no mucho más tarde decidió conscientemente renunciar.

La narración avanza con fluidez hasta el pasaje, próximo al final, en que el dragón Smaug está a punto de morir. Es aquí donde Tolkien comienza a vacilar, continuando la narración con notas muy generales, algo que haría con frecuencia en *El Señor de los Anillos* pero que aparentemente apenas hizo en *El hobbit.* Estas notas sugieren que Bilbo Baggins entraba en la cueva del dragón y lo apuñalaba. «Bilbo hunde su pequeño cuchillo mágico —escribió—. Estertores del dragón. Se desmoronan las paredes y entrada en el túnel". Pero esta idea, que se acomodaba poco al carácter del hobbit y presentaba la muerte del dragón de una manera no suficientemente grandiosa, fue reemplazada por la versión publicada, donde el que daba muerte al dragón era el arquero Bard. Luego de describir este episodio, Tolkien abandonó el relato.

O, con más precisión, no escribió nada más. Había desarrollado, para los niños, una conclusión improvisada de la historia; pero como dijo luego Christopher Tolkien, "los capítulos finales no estaban bien acabados, ni mecanografiados». En realidad, ni siquiera estaban escritos. En algunas ocasiones, mostró a sus amigos más cercanos la versión mecanografiada del relato casi concluida, con el tipo pequeño y nítido de su máquina de escribir Hammond, la cual disponía de bastardillas para las canciones, acompañada por algunos mapas (y también, quizá, unas pocas ilustraciones). Pero rara vez salió de su estudio, donde permanecía incompleta, tal vez para siempre. Los hijos crecían y ya no pedían cuentos de invierno, de modo que no había ninguna razón para que *El hobbit* fuera terminado.

Una de las pocas personas que leyó el texto fue una graduada llamada Elaine Griffiths, quien había sido alumna de Tolkien y se convirtió luego en amiga de la familia. Por recomendación de Tolkien, la editorial londinense de George Allen & Unwin la había contratado para que revisara la traducción de *Beowulf* hecha por Clark Hall, que entre los estudiantes llegó a ser muy popular como texto de consulta. Un día de 1936 (poco después de que *El hobbit* fuera abandonado), una persona de Allen & Unwin visitó en Oxford a Elaine Griffiths para conversar acerca del proyecto. Se trataba de Susan Dagnall, quien había estudiado con Miss Griffiths y la conocía bien. Por esta última se enteró de la existencia de un cuento infantil, inconcluso pero notable, escrito por el profesor Tolkien. Elaine Griffiths sugirió a Susan Dagnall que fuera a Northmoor Road y tratara de conseguir en préstamo el original. Susan Dagnall lo hizo, habló con Tolkien, pidió la obra, se la llevó a Londres, la leyó y decidió que en efecto era interesante para Allen & Unwin. Pero terminaba justo antes de la muerte del dragón. Devolvió a Tolkien el original, y le preguntó si estaba dispuesto a concluir la obra, y de ser así a corto plazo, para que pudiera ser publicada al año siguiente.

Tolkien puso manos a la obra. El 10 de agosto de 1936 escribió:
"El hobbit está ahora casi terminado, y los editores claman por él". Su hijo Michael se había lastimado la mano derecha con una ventana de la escuela; le pidió que le ayudara con la izquierda a mecanografiar el texto. La obra quedó terminada la primera semana de octubre, y fue remitida a las oficinas de Allen & Unwin, cerca del British Museum, con el título de *El hobbit, o una ida y una vuelta.*

El presidente de la firma, Stanley Unwin, pensaba que quienes mejor podían juzgarlos libros para niños eran los niños mismos, de modo que entregó *El hobbit* a su hijo Rayner, de diez años, quien luego de leerlo escribió el siguiente informe:

> Bilbo Baggins era un hobbit que vivía en su cueva de hobbit y *nunca* salía en busca de aventuras, hasta que el mago Gandalf y sus enanos lo convencieron de que fuese. Pasó momentos emocionantes luchando contra duendes y wargs. Por fin llega a la montaña solitaria. Smaug, el dragón que la custodia, muere, y después de una tremenda batalla con los duendes, el hobbit vuelve a su casa ¡rico! Este libro, que tiene mapas, no necesita ilustraciones, es bueno y debería gustar a todos los chicos entre 5 y 9 años.

El niño recibió un chelín por el informe, y el libro fue aceptado. A pesar de lo que decía Rayner Unwin, se decidió que *El hobbit*
tuviera ilustraciones. Tolkien era modesto acerca de su talento pictórico, y cuando presentó, a pedido de los editores, una serie de dibujos, comentó: “Me parece que estas ilustraciones sólo demuestran que el autor no sabe dibujar”. Pero Allen & Unwin no estuvieron de acuerdo, y aceptaron de buena gana ocho ilustraciones en blanco y negro.
Aunque Tolkien tenía cierta idea de los múltiples procesos que debía sufrir un libro antes de ser publicado, le asombró la cantidad de dificultades y decepciones que encontró en los meses siguientes; en realidad, las maquinaciones, y a veces la incompetencia, de editores e impresores, le sorprendieron hasta el fin de sus días. Tuvo que volver a dibujar los mapas de *El hobbit* porque los originales tenían demasiados colores; e incluso así, su propuesta de colocar el mapa general en las retiraciones y el de Thror entre el texto del capítulo primero, no fue aceptada. Los editores decidieron utilizar ambos mapas en las retiraciones, y, en consecuencia, su idea de unas “letras invisibles” que aparecerían poniendo a contraluz el mapa de Thror tuvo que ser abandonada. También invirtió Tolkien mucho tiempo corrigiendo las pruebas. Cuando las galeradas llegaron a Northmoor Road en febrero de 1937 decidió hacer una revisión a fondo de varias partes del libro, ya que había entregado el manuscrito sin examinarlo con su habitual minuciosidad, y varios de sus pasajes no le satisfacían del todo; en particular, le desagradaban varios “apartes» para sus lectores más jóvenes, y ciertas incoherencias en las descripciones topográficas. Se trataba de detalles que sólo un lector agudo y cuidadoso podía advertir, pero que él, con su espíritu perfeccionista, era incapaz de pasar por alto. En pocos días cubrió las pruebas con una multitud de modificaciones. Con una típica consideración por los impresores, se preocupó de que sus correcciones ocuparan exactamente el mismo espacio que el texto anterior; y perdió el tiempo, puesto que la imprenta decidió volver a componer todas las partes revisadas.

El hobbit se publicó el 21 de septiembre de 1937. A Tolkien le inquietaban hasta cierto punto las reacciones que pudieran suscitarse en Oxford, porque gozaba en ese momento de una Leverhulme Research Fellowship, una plaza pensionada para investigación, y observó al respecto: «Encontraré ahora muy difícil convencer a la gente de que éste no es el fruto principal de mis “investigaciones” de 1936-1937». No tenía por qué preocuparse: al principio, Oxford casi no le prestó atención.

Pocos días después de que hubiera aparecido, el libro mereció un comentario en las columnas de *The Times*. “Todos los que aman esos libros para niños que pueden ser leídos y releídos por adultos —escribía el periodista— han de tomar buena cuenta de que en esta constelación ha aparecido una nueva estrella. Para un ojo experimentado, algunos de los caracteres han de parecer casi mitopoeicos.» El ojo aludido era el de C.S. Lewis, quien en ese momento escribía de forma regular notas bibliográficas en el suplemento literario de *The Times,* y había logrado deslizar la noticia del libro de su amigo en el cuerpo principal del periódico. Por supuesto, también publicó en el suplemento una crítica de la obra en términos apasionados. Otros críticos se mostraron igualmente entusiastas, aunque alguno reprochó la exageración del editor, quien comparaba *El hobbit* con *Alicia en el país de las maravillas* sólo porque los autores de ambas obras eran profesores de Oxford; y hubo también algunas voces disonantes, entre ellas la del crítico del *Junior Bookshelf,* quien escribió (de modo algo desconcertante): “No se advierte la valiente libertad de las verdaderas aventuras”.

La primera edición de *El hobbit* se agoto en Navidad. Fue reeditada de inmediato incluyendo esta vez cuatro de las cinco ilustraciones en color que había preparado Tolkien. Al parecer, él jamás las había ofrecido a Allen & Unwin, y sólo cuando pasaron por las oficinas de la editorial

londinense en camino hacia Houghton Mifflin, que se ocuparía de la edición en Norteamérica, fueron descubiertas. La edición americana apareció pocos meses más tarde; fue recibida con aprobación por la mayoría de los críticos y se le otorgó el premio del *New York Herald Tribune* a la mejor obra para jóvenes de la temporada. Stanley Unwin comprendió que tenía en su catálogo un *best-seller* infantil. Escribió a Tolkien: (¡Un gran público reclamará que el año próximo les hable usted más de los hobbits!».

2 «El nuevo hobbit»

Pocas semanas después de la publicación de *El hobbit,* Tolkien fue a Londres a comer con Stanley Unwin para estudiar la posible continuación de la obra. El editor, bajo, barbado y de ojos brillantes, se parecía "exactamente a uno de mis enanos, sólo que no creo que fume». Desde luego, Unwin no fumaba, ni bebía alcohol (provenía de una estricta familia disidente); y cada uno encontró al otro bastante extraño. Unwin se enteró de que Tolkien tenía una extensa obra mitológica llamada *El Silmarillion,* la cual deseaba publicar, aunque reconocía que no era muy apropiada como sucesora de las aventuras de Bilbo Baggins, y también varios cuentos breves para niños: *El señor Bliss, Egidio, el granjero de Ham, y Roverandom,* así como una novela inconclusa llamada *El camino perdido.* Unwin pidió a Tolkien que enviara todos estos manuscritos a su despacho de Museum Street.

Fueron enviados y leídos. Las narraciones infantiles gustaron a todos, pero ninguna se refería a los hobbits, y Stanley Unwin estaba convencido de que eso era lo que deseaban las personas a quienes había agradado el primer libro. *El camino perdido* era evidentemente inadecuado para un público juvenil. Y *El Silmarillion* planteaba un problema más complejo.

Los manuscritos de esa extensa obra o, mejor dicho, el paquete de manuscritos, habían llegado en un estado de cierto desorden; y la única parte completa parecía ser el largo poema *La gesta de Beren y Lúthien.* Este poema fue entregado, por lo tanto, a uno de los lectores del editor. El lector no demostró gran entusiasmo, y de hecho en su informe fue muy duro con los dísticos. Pero se apresuro a aclarar que le había encantado la narración de Beren y Lúthien, la cual había sido agregada al poema por Tolkien con el fin presumible de completar la historia, pues también el poema estaba inconcluso. "Aquí el relato avanza a ritmo vivo —continuaba el informe en tono elogioso (aunque bastante absurdo)—: Está narrado con tal concisión y dignidad, que se apodera del interés del lector a pesar de los nombres célticos, que rompen los ojos. Tiene algo de esa alocada y resplandeciente belleza que asombra a todos los anglosajones cuando contemplan el arte céltico."

No hay pruebas de que en Allen & Unwin leyeran ninguna otra parte de *El Silmarillion* en esa oportunidad. Sin embargo, Stanley Unwin escribió a Tolkien el 15 de diciembre de 1937:

El Silmarillion contiene material maravilloso de sobra; en realidad, más que un libro en sí mismo, es una mina que puede ser aprovechada para escribir posteriormente más libros como *El hobbit.* Creo que éste era en parte su propio punto de vista, ¿no es así? Lo que necesitamos de verdad es otro libro que continúe nuestro éxito con *El hobbit* y ¡ay! ninguno de estos manuscritos (el poema y *El Silmarillion* mismo) se ajusta exactamente a esa necesidad. Todavía espero que tenga usted inspiración para escribir otra obra sobre el Hobbit.

Unwin agregó a su carta los cumplidos entusiastas, aunque extraviados, del lector, acerca de la parte de *El Silmarillion* que había visto Tolkien respondió (el i6 de diciembre de 1937):

Mi mayor alegría ha sido ver que *El Silmarillion* no es rechazado con desprecio. Desde que saqué afuera ese bienamado disparate personal he padecido un sentimiento de desolación y temor, del todo ridículo; y creo que si a usted le hubiese parecido una insensatez me habría sentido realmente abrumado. ¡Pero ahora sí tengo la esperanza de ser capaz de publicar un día *El Silmarillion!* Los comentarios de su lector me han alegrado mucho. Lamento que los nombres le hayan roto los ojos; creo (y me considero un buen juez en esto) que son buenos, y eficaces. Son coherentes, y están construidos con dos fórmulas lingüísticas emparentadas, de modo que logran un realismo que otros inventores de nombres (como Swift o Dunsany) no consiguen por completo. Es innecesario aclarar que no son célticos. Y tampoco los relatos.

Nunca pensé que los originales que arrojé contra usted se ajustaran a sus necesidades. Pero quería saber si algo de eso tenía algún valor que fuera más allá de lo personal. Pienso que, aparte de esto, es necesaria alguna secuela o continuación de *El hobbit.* Le prometo que reflexionaré sobre este asunto con la atención que se merece. Pero no dudo que estará usted de acuerdo conmigo en que la construcción de una mitología elaborada y sólida (y de dos lenguajes) es una ocupación mental absorbente, y tengo a los Silmarils en mi corazón. Sabe Dios, entonces, qué ocurrirá. Mr. Baggins empezó como un relato cómico entre los convencionales e inconsistentes enanos de los cuentos de hadas de Grimm, y fue arrastrado hasta el límite, de modo que incluso el terrible Sauron se asoma a ese límite. ¿Y qué más pueden hacer los hobbits? Pueden ser cómicos; pero su comedia es suburbana, a menos que se apoye en cosas más elementales. La verdadera diversión con los dragones y los orcos es, a mi juicio, anterior a su época. ¿Tal vez una línea nueva, aunque similar?

Es probable que Stanley Unwin no entendiera demasiado lo que Tolkien quería decir, pues en realidad lo que éste hacía era pensar en voz alta y trazar planes. Apenas tres días después escribía a Charles Furth, miembro del equipo editorial de Allen & Unwin: “He escrito el primer capítulo de un nuevo relato sobre los hobbits: *Una fiesta largamente esperada*».

El nuevo relato comenzaba de un modo muy similar al primero. El señor Bilbo Baggins, de Hobbiton, ofrece una fiesta para celebrar su cumpleaños; después de pronunciar un discurso ante sus huéspedes, se pone el anillo mágico que había adquirido en *El hobbit* y desaparece. El motivo de su desaparición, según ese primer borrador, era que a Bilbo «ya no le quedaban dinero ni joyas» y que partía en busca de más oro del dragón. En este punto se interrumpía, inconclusa, la versión original del primer capítulo.

Tolkien no tenía aún una idea clara acerca del tema de su nueva narración. Al final de *El hobbit* había dicho: “Bilbo continuó muy feliz hasta el fin de sus días, y éstos fueron extraordinariamente largos». ¿Cómo podía entonces el hobbit, sin contradecir lo anterior, tener nuevas aventuras dignas de llamarse así? ¿Acaso no había explorado la mayor parte de las posibilidades del carácter de Bilbo? Tolkien decidió entonces introducir a un nuevo hobbit, el hijo de Bilbo, a quien dio el nombre de una familia de ositos koala de juguete que tenían sus hijos: “Los Bingo”. De modo que tachó la palabra «Bilbo» en el primer borrador y escribió encima “Bingo». Después se le ocurrió otra idea, y, como hacía con frecuencia cada vez que esto le ocurría, escribió al pie, a manera de memorándum:

“Que la *devolución del anillo* sea el motivo”.

Después de todo, el anillo era tanto un nexo con el libro anterior como uno de los pocos elementos que no se habían desarrollado por completo. Bilbo lo había adquirido accidentalmente del astuto Gollum debajo de las Montañas Nubladas. Su poder de tomar invisible al portador había sido explotado al máximo en *El hobbit,* pero bien podía tener otras propiedades. Tolkien hizo algunas anotaciones más: “El anillo, ¿de dónde proviene? ¿Del Nigromante? No es muy peligroso, si se usa para un buen fin. Pero cobra un precio. O lo pierdes, o te pierdes a ti mismo”. Luego reescribió el capítulo inicial, llamando al héroe Bingo Bolger-Baggins; no era el hijo sino el sobrino de Bilbo. Lo mecanografió y a principios de 1938 lo envió a Allen & Unwin, preguntando si Rayner, el hijo de Stanley Unwin que había escrito el primer informe sobre *El hobbit,* tendría inconveniente en darle su opinión.

Stanley Unwin respondió el 11 de febrero que Rayner lo había leído con gran deleite y agregaba: “Siga adelante».

Tolkien se sintió alentado, pero contestó: “Me resulta demasiado fácil escribir primeros capítulos, pero por el momento la historia no se desarrolla. He agotado tanto al “hobbit” original (del que jamás pensé que tuviera una continuación) que es difícil encontrar algo nuevo en ese mundo”. Sin embargo, puso manos a la obra y escribió un segundo capítulo que tituló *Tres es compañía.* Narraba cómo Bingo, con sus primos Odo y Frodo, salía de viaje por el campo bajo las estrellas.

"Los cuentos tienden a irse de las manos —escribió Tolkien a su editor unas semanas más tarde—, y éste ha dado un giro inesperado." Se refería a la aparición de un siniestro Jinete Negro que evidentemente perseguía a los hobbits. Ése fue el primero de varios giros imprevistos que la narración había de describir. De modo inconsciente, Tolkien desviaba su relato del estilo alegre de *El hobbit* hacia algo más grande y oscuro, y más próximo, como concepto, a *El Silmarillion.*
Fue escrito un tercer capítulo, sin título pero en esencia el mismo que más tarde fue publicado con el nombre de «Un atajo hacia los hongos». Luego Tolkien hizo una versión mecanografiada de todo lo que había escrito (y reescrito) y la envió a Rayner Unwin. El niño la aprobó, aunque para su gusto había "demasiadas charlas de hobbits», y preguntó cómo se llamaría el libro.
¿Cómo, en verdad? Y aún había algo más importante: Tolkien no sabía con certeza de qué se trataba, y tenía poco tiempo. Aparte de los asuntos que a diario reclamaban su cuidado —las clases, los exámenes, la administración, la investigación— había un problema adicional: la misteriosa enfermedad cardiaca que aquejaba a su hijo Christopher. Al muchacho, que hacía poco había seguido a sus hermanos a una escuela católica de internos en Berkshire, se le ordenó guardar cama durante varios meses, acostado sobre la espalda, y Tolkien tuvo que dedicarle mucho tiempo a su atención. No volvió a pensar en el nuevo relato durante un largo período. Había agregado una nota al final de los tres capítulos escritos: "Bingo hará algo acerca del Nigromante, quien planea un ataque a la Comarca. Debe encontrar a Gollum, y saber dónde oculta el anillo, porque se necesitan tres". Pero por promisorio que pareciera esto al principio, no produjo resultados inmediatos; y el 24 de julio escribió a Charles Furth, de Allen & Unwin: "La segunda parte de *El hobbit* se ha quedado donde estaba. Ha perdido mi favor, y no sé qué hacer con ella".
Poco después llegó la noticia de la muerte de E.V. Gordon en un hospital, y este golpe contribuyó a demorar aún más la continuación del relato. Sin embargo, en esos días Tolkien comenzó a ordenar sus pensamientos sobre el asunto central del Anillo, y a escribir algunos diálogos entre Bingo y el elfo Gildor, donde se explicaba la naturaleza del Anillo. El elfo decía que era uno de varios anillos forjados por el Nigromante, quien al parecer lo buscaba. Los Jinetes Negros, según el elfo, eran "fantasmas de los anillos», que los otros anillos habían tomado permanentemente invisibles. Por fin, las ideas empezaban a surgir, y Tolkien escribió un pasaje de un diálogo entre Bingo y el mago Gandalf donde se determinaba que el Anillo debía ser llevado a la negra región de Mordor, distante muchos cientos de millas, y arrojado a "una de las Grietas de la Tierra" donde ardía un gran fuego. Era una base suficiente para continuar la historia y llevar a los hobbits hasta la casa de Tom Bombadil. Una vez hecho esto, el 31 de agosto de 1938, Tolkien escribió a Allen & Unwin que el libro "fluye y se me escapa de las manos. Está ya en el capítulo VII y avanza hacia metas totalmente imprevistas". Después partió de vacaciones con su familia, incluido Christopher —ahora mucho mejor de salud—, a Sidmouth.
Allí trabajó mucho en su relato, llevando a los hobbits a la hostería de un pueblo de Bree, donde encuentran a un extraño personaje, otro elemento no premeditado de la historia. En los primeros borradores Tolkien describía a esa persona como «un hobbit de aspecto extraño y cara parda", y lo llamaba Trotter. Posteriormente lo convertiría en un hombre de estatura heroica, el rey cuyo retomo al poder daba título al tercer volumen de su libro; pero en ese momento, Tolkien sabía tanto como los hobbits de quién se trataba. El texto proseguía con el traslado de Bingo a Rivendel, y más o menos en ese punto Tolkien garabateo: "Demasiados hobbits. Además Bingo Bolger-Baggins es un mal nombre. Mejor sería Bingo Frodo». Y debajo anotó: "No. Ya estoy demasiado acostumbrado a Bingo". Había otro problema: por qué el Anillo le parecía tan importante a todo el mundo. Esto no se había establecido aún con claridad. De pronto se le ocurrió una idea, y escribió: "El anillo de Bilbo, como se verá, era el *único Anillo gobernante.* Todos los demás habían vuelto a Mordor, pero éste se había perdido".
El único anillo gobernante, que controlaba a todos los demás; el anillo que era la fuente y el instrumento del poder de Sauron, el Señor Oscuro de Mordor; el anillo que los hobbits debían destruir para evitar que todo el mundo cayera bajo el dominio de Sauron. Ahora todo estaba en su sitio, y la historia se elevaba del nivel juvenil de *El hobbit* a la esfera de la gran novela heroica.

Incluso tenía un nombre: la siguiente vez que escribió a Allen & Unwin, Tolkien se refirió a ella denominándola *El Señor de los Anillos.*

Lo que había ocurrido era casi inevitable. Tolkien no deseaba escribir más historias como *El hobbit* sino continuar la sería empresa de su mitología. Y ahora podía hacerlo. El nuevo relato se había vinculado de un modo profundo con *El Silmarillion* y terminaría por adquirir el estilo elevado y la dignidad de propósito del libro anterior. Sí, los hobbits todavía eran hobbits, seres pequeños de pies peludos y nombres divertidos como Baggins y Gamgee (la broma familiar acerca de “Gaffer Gamgee” había conducido a la inclusión de un personaje llamado así y —lo que era más importante— del hijo de éste, Sam, quien tendría un papel importante en la historia). En cierto sentido, los hobbits habían surgido, por accidente, de la obra homónima. Pero ahora Tolkien advertía la significación de los hobbits en la Tierra Media. El tema de su nuevo relato era muy amplio, pero tendría su centro en el valor de esos pequeños seres, y su corazón en los jardines y hosterías del Condado, la representación de todo lo que amaba en Inglaterra.

Ahora que la naturaleza íntegra de la historia era evidente, había menos falsos principios y reconsideraciones. Al regresar de Sidmouth, Tolkien pasó muchas horas del otoño de 1938 escribiendo, de modo que a fin de año ya había adelantado mucho en lo que había de ser el Libro II. En general, como era su costumbre, trabajaba por la noche, al calor de la estufa de su estudio de Northmoor Road, valiéndose de su anticuada lapicera y su tintero, y utilizando el dorso de las hojas de examen, hasta el punto que gran parte de *El Señor de los Anillos* fue escrita entre fragmentos de olvidados ensayos de estudiantes. Cada capítulo empieza con un borrador garabateado y con frecuencia ilegible; luego hay un manuscrito más cuidadoso, y por fin la versión mecanografiada con la máquina Hammond. El único cambio importante que faltaba hacer era el del nombre del héroe. En el verano de 1939, después de un breve período en que consideró la posibilidad de cambiar todo lo realizado hasta entonces y empezar de nuevo con Bilbo como héroe —presumiblemente por el principio de que el héroe del primer libro debía ser también el del segundo—, Tolkien regresó a su intención de utilizar el personaje de Bingo; pero como el nombre le parecía intolerable por el carácter serio que había tomado la narración, lo cambió por Frodo, tal como ya se había llamado un personaje secundario. Y este nombre se mantuvo.

Más o menos en la época en que Tolkien decidía llamar a su libro *El Señor de los Anillos,* Chamberlain firmaba el acuerdo de Munich con Hitler. Tolkien, como muchas otras personas en ese momento, no sospechaba tanto de las intenciones alemanas como de las rusas; escribió que sentía “repugnancia de estar en cualquier lado que incluyera a Rusia”, agregando: “Uno sospecha que, en último término, Rusia es mucho más responsable que Hitler de la crisis presente y de la elección del momento”. Sin embargo, esto no significaba que la ubicación de Mordor en el este (Mordor era la sede del mal en *El Señor de los Anillos)* fuera una alusión simbólica a la política mundial contemporánea; eso era, como el mismo Tolkien afirmaba, una “simple necesidad narrativa y geográfica”. Siempre hizo una neta distinción entre símbolo y referencia: “Detesto cordialmente los símbolos en todas sus manifestaciones, y desde que fui lo bastante mayor y avisado, siempre lo he hecho. Prefiero la historia, real o ficticia, con sus múltiples referencias, para el pensamiento y la práctica de los lectores. Creo que muchos confunden “referencia” con “símbolo”; pero la primera reside en la libertad del lector, y el segundo en su intención de dominar». Como escribió C.S. Lewis de *El Señor de los Anillos:* “No se inventaron estos hechos para que reflejaran ninguna situación particular del mundo real. Fue al revés: los acontecimientos reales empezaron a conformarse, de manera horrible, al modelo que él había inventado libremente”.

Tolkien esperaba poder seguir trabajando en el libro durante los primeros meses de 1939 pero hubo infinitas distracciones, entre ellas su promesa de dictar su Conferencia Andrew Lang en la Universidad de St. Andrews a principios de marzo. Había elegido como tema el que propusiera un año antes a la asociación de estudiantes del Worcester College: los cuentos de hadas. Era apropiado para la ocasión, pues era un tema que había interesado mucho a Lang, y que no se apartaba de la mente de Tolkien mientras escribía su nuevo relato. *El hobbit* estaba claramente destinado a los niños y *El*

Silmarillion a los adultos; pero era consciente de que no resultaba tan fácil situar *El Señor de los Anillos*. En octubre de 1938 escribió a Stanley Unwin que su obra "olvidaba a los niños y se convertía en algo más aterrador que *El hobbit*». Y agregaba: "Tal vez sea muy poco apropiada". Pero sentía que los cuentos de hadas no eran necesarios para los niños, y decidió dedicar gran parte de su conferencia a probarlo.

Había tocado el punto esencial en el poema *Mythopoeia,* escrito para C.S. Lewis muchos años antes, y pensaba referirse a él:

The heart of man is not compound of lies,
but draws some wisdom from the only Wise,
and still recalls Him. Though now long estranged,
Man is not wholly lost nor wholly changed.
Dis-graced he may be, yet is not de-throned,
and keeps the rags of lordship once he owned:
Man, Sub-creator, the refracted light
through whom is splintered from a single White
to many hues, and endlessly combined
in living shapes that move from mind to mind.
Though all the crannies of the world we filled
with Elves and Goblins, though we dared to build
Gods and their houses Out of dark and light,
and sowed the seed of dragons- 'twas our right
(used or misused). That right has not decayed;
we make still by the law in which we're made.[34]

"El hombre, Sub-creador» era, en cierto sentido, una nueva manera de expresar lo que se suele llamar "la voluntaria suspensión de la duda", y Tolkien hizo de esto el argumento central de su conferencia.

«Lo que ocurre, en realidad —escribió—, es que el hacedor de narraciones se demuestra un exitoso "sub-creador". Construye un

Mundo Secundario al cual otra mente puede acceder. Lo que relata es "verdad" en su interior; se ajusta a las leyes de ese mundo. Por lo tanto uno lo cree, cuando está, por así decirlo, dentro de él. En el momento en que aparece la duda, se rompe el hechizo; la magia, o mejor dicho, el arte ha fracasado. Y uno retorna al Mundo Primario, mirando desde fuera el pequeño y abortivo Mundo Secundario."

Sostuvo gran cantidad de opiniones acertadas en esa conferencia, aunque tal vez fueron muchas para componer un argumento convincente. Pero al final afirmaba en términos enérgicos que la función más alta de un hombre consistía en la «sub-creación» de un Mundo Secundario, como la que él intentaba en *El Señor de los Anillos,* y expresaba su esperanza de que, en cierto sentido, esa historia y toda la mitología relacionada con ella pudieran ser consideradas "verdad". "Todo escritor que construye un mundo secundario —declaró— desea en alguna medida ser un verdadero creador, o espera capturar la realidad; espera que la cualidad peculiar de ese mundo secundario (cuando no todos los detalles) deriven de la realidad, o fluyan hacia ella." Incluso llegaba a decir que escribir

[34] El corazón del hombre no se compone de mentiras, / sino que extrae cierta sapiencia del único sabio / y aún lo recuerda. Aunque ahora, hace tiempo, desterrado, / el hombre no está totalmente perdido, totalmente cambiado. / Desgraciado quizá, pero no destronado, / conserva los harapos del señorío que tuvo alguna vez: / el hombre, Sub-creador, luz refractada / a través de quien se astilla a partir del puro Blanco / en muchos matices e incesantemente se combina / en formas vivas que van de mente a mente. / Aunque hemos llenado todas las grietas del mundo / con Elfos y Duendes; aunque hemos osado construir / con luz y oscuridad dioses y sus casas, / y sembrado la simiente de dragón – era nuestro derecho / (usado o abusado). Ese derecho no ha cesado: / hacemos aún por la ley en la que estamos hechos.

una historia como la que estaba desarrollando era una aventura específicamente cristiana. “El cristiano —dijo— llega a comprender que todas sus inclinaciones y facultades tienen un propósito, que se puede redimir. Tan grande es la generosidad que ha recibido que tal vez pueda atreverse a suponer que, en la Fantasía, quizá logre ayudar de verdad a la prosperidad y al enriquecimiento múltiple de la creación.”

Tolkien leyó su conferencia de St. Andrews el 8 de marzo de 1939 (y no en 1938 y 1940, como se ha dicho); y luego volvió con renovado fervor a la narración cuyo propósito había justificado. Esta narración había nacido como una mera segunda parte de *El hobbit,* a instancias de su editor; pero ahora, en especial después de haber declarado en su conferencia el valor de su propósito, el Anillo era tan importante para él como los Silmarils. Quedaba claro, entonces, que *El Señor de los Anillos* no era tanto la continuación de *El hobbit* como la de *El Silmarillion.* Todos los aspectos de la obra anterior tenían un papel en la nueva: la mitología, que proporcionaba a la vez un ambiente histórico y una sensación de profundidad; los lenguajes élficos que había desarrollado tan laboriosa y concienzudamente durante más de veinticinco años; incluso el alfabeto «féanoriano» en que había escrito su diario desde 1926 hasta 1933, y que ahora utilizaba para las inscripciones élficas de su relato. Sin embargo, ante sus amigos, Tolkien mencionaba siempre con modestia su trabajo como “el nuevo hobbit» O “la segunda parte de *El hobbit*».

Leyó un capítulo tras otro en *The Inklings,* donde fueron recibidos con gran entusiasmo, aunque no a todos agradó el “estilo elevado” de la prosa que comenzaba a predominar en el libro. Tolkien había pasado de un relativo uso del lenguaje coloquial en los capítulos iniciales, a una forma cada vez más arcaica y solemne. Tenía perfecta conciencia de esto; y así como se había valido de la conferencia de St. Andrews para explicar las intenciones del libro, se serviría ahora del prólogo a la traducción revisada del *Beowulf por* Clark Hall, para explicar que era algo deliberado. Elaine Griffiths se había sentido incapaz de examinar el texto; y Tolkien, al no encontrar tiempo para hacerlo personalmente, cedió la tarea a su colega Charles Wrenn, quien estaba entonces en la Universidad de Londres. Wrenn hizo el trabajo sin pérdida de tiempo, pero Allen & Unwin debió esperar muchos meses antes de que Tolkien se decidiera a ordenar su pensamiento para escribir la introducción que había prometido. Ese prólogo es un extenso análisis de los principios de la traducción; defiende, en particular, que para los temas heroicos debe adoptarse un “estilo elevado”. Consciente o inconscientemente, estaba hablando en realidad de *El Señor de los Anillos,* que en ese momento (comienzos de 1940) había llegado a la mitad de lo que sería el Libro II.

En el prólogo, Tolkien declaraba, justificando el estilo elevado: “Advertimos de inmediato nuestra frivolidad si evitamos *hitting y whacking* y preferimos *striking* y *smiting;* o si en vez de *talk* y *chat* utilizamos *speech* y *discourse,* y en lugar de *well-bred, brilliant* o *polite noblemen* (visiones de las columnas sociales de la prensa, y de hombres gordos en la Riviera), elegimos los *worthy, brave and courteous men* de antaño”. Desde ese momento en adelante, aplicó cada vez más estos preceptos estilísticos en *El Señor de los Anillos.* Esto era casi inevitable, porque a medida que la historia aumentaba en escala y ambición asumía el estilo de *El Silmarillion;* sin embargo, Tolkien no revisó jamás los primeros capítulos, los cuales habían sido escritos en un tono mucho más ligero, y él mismo observó, releyendo el libro veinticinco años más tarde: “El primer volumen es verdaderamente muy distinto del resto”.

El estallido de la guerra en septiembre de 1939 no tuvo efectos inmediatos sobre la vida de Tolkien; pero en esta época, para su dolor, la vida familiar cambió porque los hijos se marcharon del hogar. Jhon, el mayor, quien había estudiado inglés en Exeter, el antiguo *college* de su padre, se preparaba para el sacerdocio católico en Roma, de donde fue evacuado más tarde y enviado a Lancashire con sus compañeros. Michael pasó un año en el Trinity College e ingresó en la artillería antiaérea. Christopher, recuperado de su enfermedad, volvió a la escuela por un breve período antes de seguir a su hermano al Trinity. Sólo Priscilla, la menor, vivía aún en la casa. El modo de vida regular de Northmoor Road sufrió también ciertos trastornos: escaseó el servicio doméstico, a veces era preciso instalar evacuados y otras personas, se criaron gallinas en el jardín para aumentar la provisión de huevos, y Tolkien cumplió turnos del servicio de previsión de ataques aéreos,

durmiendo en la pequeña cabaña húmeda que hacía las veces de cuartel local. Sin embargo, Oxford no fue bombardeada, ni se pidió a Tolkien, como a muchos profesores, que realizara tareas para el Ministerio de Guerra u otros departamentos del gobierno.

A medida que la guerra proseguía, el carácter de la universidad cambiaba. Gran cantidad de cadetes eran conducidos a Oxford para recibir cursillos antes de iniciar su vida de oficiales; Tolkien organizó un programa para los cadetes navales en la Escuela de Inglés, modificando muchas de sus lecciones para adaptarlas a un público menos especializado. Pero en términos generales su vida era, en gran medida, como antes de la guerra; y su angustia ante la continuación de las hostilidades se debía tanto a motivos ideológicos como personales. "El pueblo de este país —decía en 1941— no parece haber comprendido todavía que, en los alemanes, tenemos un enemigo cuyas virtudes (pues así hay que llamarlas) de obediencia y patriotismo son, en general, superiores a las nuestras. Yo tengo, en esta guerra, un ardiente resentimiento personal contra ese rubicundo pequeño ignorante de Adolf Hitler, por arruinar, pervertir, malversar y tornar para siempre maldito ese noble espíritu nórdico, una suprema contribución a Europa que siempre he amado e intentado mostrar en su verdadero esplendor."

Muchos años después, Tolkien recordó que a finales de 1940 la redacción de *El Señor de los Anillos* se interrumpió casi por un año, en el punto en que la Compañía descubre la tumba de Balm en Moría. Si esto es verdad, y otras evidencias parecen confirmar que hubo un hiato en este momento, fue sólo la primera de varias demoras o vacilaciones importantes, ninguna de ellas imputable a una causa externa específica.

Cuando reanudó la tarea, Tolkien trazó un plan para el final del libro, que, según imaginaba, estaba a pocos capítulos de distancia, y comenzó a esbozar el episodio en que dos hobbits encuentran a Bárbol, quien representaba la última expresión del amor y respeto de Tolkien por los árboles. Cuando más tarde escribió ese capítulo (según le dijo a Nevill Coghill), modeló la forma de hablar de Bárbol *(«Hrum, Hroom»)* sobre la estruendosa voz de C.S. Lewis.

Allen & Unwin esperaba poder publicar la nueva historia un par de años después de la aparición de *El hobbit.* Esa esperanza se vio frustrada y en 1942 incluso el libro anterior se había agotado, al incendiarse durante el bombardeo de Londres el depósito donde se guardaban los ejemplares. Pero Stanley Unwin mantuvo su interés en el progreso del "nuevo Hobbit" y en diciembre de 1942 recibió una carta donde Tolkien informaba: «Se está acercando al fin. Espero tener un poco de tiempo libre estas vacaciones y terminarla a principios del año próximo. Ha llegado al Capítulo XXXI, y necesita unos seis más (que ya están esbozados").

Sin embargo, el Capítulo XXXI (ése era el número original de "Restos y despojos") estaba apenas al final de lo que seria el Libro III, y no faltaban seis capítulos sino treinta y uno para la conclusión del libro. Tolkien intentó resolver la obra en los meses siguientes, y escribió algo más. Pero en el verano de 1943 tuvo que admitir que estaba "mortalmente atascado".

Una causa de las dificultades radicaba en su perfeccionismo. No contento con escribir un libro muy extenso y complejo, quería asegurarse de que cada detalle aislado se adecuara de un modo satisfactorio al plan total. La geografía, la cronología y la nomenclatura debían ser absolutamente coherentes. Su hijo Christopher le ayudó en los aspectos geográficos, y juntos elaboraron un mapa muy completo del territorio donde tenía lugar la narración. Tolkien mismo había empezado a trazar esbozos de mapas desde el comienzo de su tarea; en una oportunidad dijo: "Si vas a escribir una historia complicada debes hacer un mapa; de otro modo, jamás lo podrás hacer después". Pero no bastaba con esto, sino que hizo además infinitos cálculos de tiempos y distancias, y elaboradas tablas de hechos de la historia, acompañados de fechas, días de la semana, horas y a veces hasta la dirección del viento y las fases de la luna. Esto se debía en parte a su insistencia habitual en la perfección, y en parte porque gozaba de su "sub-creación"; pero sobre todo por el deseo de ofrecer un retrato absolutamente verosímil. Mucho más tarde dijo: "He querido que la gente penetre en la narración y la tome (en cierto sentido) como una historia real".

La creación de nombres ocupaba también su interés, como era inevitable, puesto que los idiomas inventados eran a la vez la fuente de su mitología y una actividad principal de su mente. Una vez más, los lenguajes élficos, quenya y sindarin, ahora más sofisticados que cuando comenzara *El Silmarillion,* veinticinco años antes, desempeñaban un papel principal en la construcción de nombres, y en la composición de poemas y canciones de los elfos. La historia exigía también la invención de otros lenguajes, por lo menos en un nivel rudimentario, todo lo cual llevaba tiempo y esfuerzo. Además, había llegado a un punto en que el relato se dividía en varias cadenas de acontecimientos independientes e intrincados; y cuando creía que en sólo dos o tres capítulos Frodo y Sam Gamgi llegarían a Mordor, descubría que le era imposible desentrañar las complejidades de los hechos simultáneos en Gondor y Rohan. Le había llevado casi seis años llevar la historia hasta este punto; ¿cómo podía encontrar tiempo y fuerzas para concluirla, no ya para completar y revisar *El Silmarillion,* que aún reclamaba su atención[7] Tenía cincuenta y un años, estaba cansado y temía no lograr, finalmente, nada. Ya había logrado cierta fama por postergar de manera casi indefinida su labor filológica; esto a veces le divertía, aunque a menudo le causaba tristeza, pero la sola idea de no poder terminar su mitología, era para él terrible y sobrecogedora.
Fue entonces cuando lady Agnew, cuya vivienda quedaba enfrente de Northmoor Road, le comentó que se sentía molesta porque un gran álamo le quitaba el sol a su jardín; temía además que algún temporal lo derribara sobre la casa. Tolkien pensaba que esto era ridículo. «Un viento capaz de arrancar el álamo y arrojarlo sobre la casa —escribió— se habría llevado a la casa y a la mujer sin ayuda del árbol." Pero el álamo ya había sido podado y mutilado, y aunque Tolkien logró salvarlo a pesar de todo, recapacito mucho en el incidente. Estaba "ansioso por mi propio Árbol interno", dijo, refiriéndose a su mitología; y parecía haber cierta vinculación entre ambas cosas.
Una mañana despertó con un cuento en la mente, y enseguida hizo un bosquejo. Era la historia de un pintor llamado Niggle[35] que, como Tolkien, se preocupaba por los detalles: "Pasaba largo tiempo con una sola hoja, tratando de aprehender la forma, el brillo, el reflejo de las gotas de rocío en los bordes. Pero quería pintar un árbol. En particular, una imagen le preocupaba. Había comenzado con una hoja al viento, y se convertía en un árbol; el árbol crecía, generando un enorme follaje y las raíces más fantásticas. Extrañas aves se posaban en sus ramas y era preciso ocuparse de ellas. Y además, en torno del árbol, y más allá de él, a través de los huecos entre las hojas, empezaba a desplegarse un país».
En la historia, a la que llamó *Hoja de Niggle,* Tolkien expresaba sus profundos temores por su árbol mitológico. Como Niggle, sen-tía que se vería obligado a abandonar su tarea mucho antes de que estuviera terminada, si era posible terminarla en este mundo. Porque era en otro lugar, más luminoso, donde Niggle encontraba terminado su árbol, sabiendo que en efecto, se trataba de un árbol real, una parte de la creación.
El relato no fue publicado hasta muchos meses después, pero la tarea de escribirlo contribuyó a exorcizar algunos miedos de su autor, quien volvió a trabajar en *El Señor de los Anillos,* aunque el impulso inmediato surgió de C.S. Lewis.
A principios de 1944 *El Señor de los Anillos* estaba sin tocar desde hacía varios meses, y Tolkien escribía: «Según parece, no tengo ninguna energía mental, ni invención". Pero Lewis, percatado de lo que ocurría, lo urgió a proseguir hasta dar por concluido el libro. "Necesitaba un poco de presión, y probablemente responderé a ella", anotó. En abril retomó su labor, y empezó a escribir lo que sería el Libro IV, en el que Frodo y Sam Gamgi atraviesan las ciénagas hacia Mordor, donde se proponían destruir el Anillo arrojándolo a las Grietas del Destino.
Christopher Tolkien, llamado por la R.A.F., fue enviado a Sudáfrica a entrenarse como piloto (para dolor de su padre, quien consideraba inmoral y en extremo peligrosa la guerra aérea). Tolkien comenzó a escribir largar cartas a su hijo, dándole detallada información acerca de los progresos del libro, el cual solía leer a los hermanos Lewis y a Charles Williams en el White Horse, un *pub* al que concurrían a menudo en esa época. Citamos algunos fragmentos de esas cartas:

---

[35] *To niggle*: ser minucioso, prolijo; preocuparse por los detalles.

Miércoles 5 de abril de 1944: “Me he embarcado seriamente en un esfuerzo para terminar el libro, trabajando hasta tarde: se necesita una cantidad de relectura y de investigación. Es penoso volver a ponerse en marcha. Pocas páginas con mucho sudor; pero en este momento acaban de encontrar a Gollum en un precipicio”.
Sábado 8 *de abril:* “Pasé parte del día (y de la noche) luchando contra este capítulo. Gollum se está ocupando de su regreso. Hermosa noche de luna. A las dos de la madrugada estaba en el cálido y plateado jardín, deseando que tú y yo pudiésemos dar un paseo. Después me acosté”.
Jueves 13 *de abril:* “Te extraño una hora tras otra, y me siento solo sin ti. Tengo a mis amigos, por supuesto, pero rara vez puedo verlos. Ayer estuve casi dos horas con C.S.L. y con Charles Williams. Les leí el último capítulo; mereció su aprobación. He comenzado otro. Haré una copia y te la enviaré. Ahora volveré por un rato a Frodo y a Gollum».
Viernes 14 *de abril:* “Logré escribir una o dos horas, llevando a Frodo casi hasta las puertas de Mordor. Por la tarde corté el césped. La semana próxima empiezan las clases, y han llegado los exámenes de Gales. Pero continuaré con el “Anillo” en cada momento libre”.
Martes 18 *de abril:* “Mañana por la mañana espero ver a C.S.L. y a Charles W. para leerles el capítulo siguiente —el que trata sobre el paso de las Ciénagas Muertas y la aproximación a las Puertas de Mordor—, que ya casi está concluido. Pronto empezarán las clases: supervisé durante una hora el trabajo de la señorita Salu. Perdí la tarde con las cañerías (vía de agua cerrada) y la limpieza del gallinero. Ponen generosamente (ayer, nuevamente, 9). Brotan las hojas, las blancogrisáceas del membrillo, las grisverdosas de los manzanos jóvenes, las verdebrillante de los espinos, e incluso los brotes de los perezosos álamos”.
Domingo 23 *de abril:* “Leí mi segundo capítulo, el Cruce de las Ciénagas Muertas, a Lewis y a Williams el miércoles por la mañana. Fue aprobado. Ahora tengo casi la tercera parte: Las puertas del País de la Sombra. Pero la historia me domina, ¡he empleado tres capítulos para lo que debía ser uno solo! Y he dejado de lado muchas otras cosas. Pero estoy enredado en esto, y he tenido que arrancarlo de mi mente a la fuerza para ocuparme de los exámenes y las clases”.
Martes 25 *de abril:* «Di una clase muy pobre, vi a los Lewis y a C.W. (White Horse) durante media hora; corté el césped, escribí una carta a Jhon, y me debatí contra un pasaje recalcitrante del “Anillo”. Ahora debo saber cuánto más tarde aparece la luna cada noche, antes de volverse llena, y cómo guisar un conejo”.
Jueves 4 de mayo: “Ha aparecido un nuevo personaje (estoy seguro de que yo no lo inventé y ni siquiera lo quería, aunque me gusta: simplemente llegó caminando por los bosques de Ithilien): Faramir, el hermano de Boromir, que habla de la catástrofe y cuenta un montón de cosas sobre la historia de Gondor y Rohan. Si sigue así, tendré que remitir gran parte a los apéndices, donde ya hay un material fascinante acerca de la industria hobbit del tabaco y las lenguas del oeste».
Domingo 14 de mayo: “Ayer escribí un poco, pero estorbado por dos cosas: la necesidad de ordenar el estudio (que ha llegado al caos que indica siempre preocupaciones literarias o filológicas) y de ocuparme del trabajo; y además las dificultades con la luna. Quiero decir que, en los días esenciales entre la huida de Frodo y la situación presente (la llegada a Minas Morgul), encontré a mis lunas haciendo cosas imposibles, saliendo en una parte del territorio y poniéndose al mismo tiempo en otra. La reescritura de varios trocitos de capítulos anteriores llevó toda la tarde”.
Domingo 21 *de mayo:* “He aprovechado una semana gris de mucho frío (en que el césped no creció a pesar de una breve lluvia) para escribir, pero caí en una zona pantanosa. Todo lo que había esbozado y escrito antes se demostró casi inútil, porque los momentos, motivos y etc. habían cambiado por completo. Sin embargo, con mucho trabajo y cierto abandono de otras tareas, he escrito todo o casi todo hasta la captura de Frodo en el paso, en la frontera misma de Mordor. Ahora debo regresar junto a los demás y tratar de llevar las cosas al estallido final con cierta prisa. ¿Te parece que *Shelob* es un buen nombre para una monstruosa criatura con forma de araña[7] Por supuesto, es sólo *«she + lob”* (ella + arana), pero escribiendo las dos palabras juntas el nombre parece bastante tremendo”.

Miércoles 31 *de mayo:* "No he escrito nada importante desde
el lunes. Hoy transpiré con los manuscritos hasta el mediodía,
y los llevé a la imprenta a las dos de la tarde; era el último día.
Ayer: clase y pinchazo después de buscar el pescado, de modo
que tuve que cargar con ella hasta la ciudad y luego de regreso,
y como no es posible reparar una bicicleta, pasé la tarde entregado a una sucia lucha que concluyó con la extracción del neumático, la compostura de un pinchazo en la cámara interior y un tajo en la exterior, y volver a colocar cada cosa en su sitio. ¡lo! ¡Triumphum!
"La reunión de *The Inklings* (el jueves pasado por la noche) fue muy agradable. Estaba allí Hugo; parecía bastante fatigado pero estaba razonablemente ruidoso. Proporcionó el principal entretenimiento un capítulo del libro de Warnie Lewis sobre los tiempos de Luis XIV (me pareció muy bueno), y algunos fragmentos del *Who Goes Home,* de C.S.L., que trata sobre el infiemo. Yo sugerí que se llamara *Hugo's Home.'* Volví después de medianoche. El resto de mi tiempo, aparte de quehaceres domésticos y externos, ha estado ocupado por la desesperada tentativa de llevar el "Anillo" hasta un punto adecuado para detenerse antes de la interrupción de los exámenes, como la captura de Frodo por los Orcos en los pasos de Mordor. Trabajando a toda hora lo he logrado; y el lunes por la mañana leí los dos últimos capítulos *(El antro de Ella-laraña* y *Las decisiones de maese Samsagaz)* a C.S.L. Los aprobó con inusitado fervor, y hasta llegó a las lágrimas con el último, de modo que aparentemente va bien."

El libro IV de *El Señor de los Anillos* fue mecanografiado y enviado a Christopher en Sudáfrica. En ese momento, la mente de Tolkien estaba agotada por su febril actividad literaria. "Cuando pase la fatiga —escribió a Christopher— continuaré con el libro." Pero por el momento no hizo nada. "Estoy completamente vacío de inspiración para el "Anillo"», escribió en agosto; y a fin de año sólo había terminado una sinopsis del resto de la narración. Pensó reescribir y completar *El camino perdido,* la historia inconclusa de viaje en el tiempo que comenzara muchos años antes, y estudió con Lewis la idea de colaborar en un libro sobre la naturaleza, función y origen del lenguaje. Pero tampoco estos proyectos fructificaron, y Lewis, refiriéndose algún tiempo después a ese libro no escrito sobre el lenguaje, describió a Tolkien como «un gran hombre, pero dilatorio y poco metódico". "Dilatorio» no era del todo justo; pero "poco metódico" solía ser verdad.

Durante 1945 Tolkien hizo escasos o nulos progresos en *El Señor de los Anillos.* La guerra en Europa concluyó el 9 de mayo. Al día siguiente Charles Williams cayó enfermo. Fue operado en un hospital de Oxford, pero murió el 15 de mayo. Aunque Williams y Tolkien no habían habitado en el mismo plano de pensamiento, habían sido buenos amigos, y la muerte de Williams fue un símbolo amargo de que la paz no pondría fin a todas las dificultades, cosa que Tolkien sabía por demás. Durante la guerra había dicho a Christopher: "Estamos tratando de conquistar a Sauron con el Anillo", y con la paz le escribió: "La Guerra no ha terminado (y la que sí ha concluido, o la parte que ha concluido, en gran medida es una derrota). Pero, por supuesto, no está bien caer en el desánimo, pues las guerras siempre se pierden, y la Guerra siempre continúa, y de nada vale desfallecer».
En el otoño de 19 fue designado profesor de Lengua y Literatura Inglesas y fellow del Merton College, institución que encontró "agradablemente informal" después de Pembroke. Pocos meses más tarde, el retiro de David Nichol Smith suscitó un problema: a quién designar profesor de Literatura Inglesa del Merton. Tolkien era uno de los electores, y escribió: "Debería ser C. S. Lewis, o quizá lord David Cecil, pero nunca se sabe». Por fin ninguno de estos hombres fue elegido y se ofreció la cátedra a F.P. Wilson, quien la aceptó. Aunque no hay razones para suponer que Tolkien no apoyó a Lewis en la elección, la distancia entre los amigos se hizo más grande, o, al menos, hubo un enfrentamiento gradual por parte de Tolkien. Es imposible determinar con exactitud el por qué. Tal vez ni el mismo Lewis lo advirtiera en un principio, y cuando lo hizo se sintió turbado y entristecido. Tolkien continuó asistiendo a las reuniones de *The Inklings,* acompañado ahora por su hijo

Christopher (quien después de la guerra continuó estudiando en el Trinity College). Christopher fue invitado por primera vez a *The Inklings* para leer en voz alta *El Señor de los Anillos,* ya que, según sostenía Lewis, lo hacía mejor que su padre; luego fue miembro por derecho propio. Pero aunque Tolkien continuaba asistiendo con regularidad al «Bird and Baby» los martes por la mañana, y al Magdalen College las noches de los jueves, no había entre él y Lewis la intimidad de antes.

El deterioro de la relación pudo deberse, en parte, a algunas severas críticas que Lewis hiciera a ciertos detalles de *El Señor de los Anillos,* y en particular a sus comentarios acerca de los poemas, que (con la notable excepción de los aliterados) en general no le agradaban. Con frecuencia Tolkien se sentía herido por las observaciones de Lewis, y muchas veces las ignoraba; Lewis dijo de él más tarde: «Nadie ha influido jamás sobre Tolkien; tanto daría proponerse influir sobre un *bandersnatch».* Y en parte la creciente frialdad de Tolkien podía deberse a su desaprobación de las historias de «Narnia», para niños, que estaba escribiendo Lewis. En *1949* éste comenzó a leer la primera *(El león, la bruja y el guardarropas)* en voz alta a Tolkien, quien la recibió con un resoplido desdeñoso. “Verdaderamente no sirve”, le dijo a Roger Lancelyn Green. “Quiero decir, escribir sobre las costumbres de las ninfas, o la vida amorosa de un fauno.” Sin embargo, Lewis la terminó; y cuando fue publicada, junto con sus seguidoras, «Narnia» encontró un público tan amplio y entusiasta como el que había tenido *El hobbit.* Pero Tolkien no pudo modificar, en lo profundo de su corazón, el juicio original. “Es triste —escribió en 1964— que “Narnia” y toda esa parte del trabajo de C.S.L. esté más allá del alcance de mi simpatía, así como gran parte de mi obra está más allá de la suya.” Sin duda, pensaba que Lewis, de algún modo, había empleado en sus obras algunas de sus ideas y relatos; y así como le había disgustado el rápido paso de Lewis de converso a teólogo popular, le irritaba el hecho de que el crítico y amigo que había escuchado sus cuentos de la Tierra Media se hubiese levantado de su sillón, por así decirlo, para ir a su escritorio, tomar la pluma, e intentar lo mismo. Y sin duda le molestaba la mera cantidad de libros para niños de Lewis y la prisa casi indecente con que los producía. Las siete historias de «Narnia» fueron escritas y publicadas en sólo siete años, menos de la mitad del período en que se había gestado *El Señor de los Anillos.* Era otra cuña entre ambos, y después de I954, cuando Lewis fue elegido para una nueva cátedra de Literatura Medieval y Renacentista en Cambridge, lo cual le obligaba a pasar mucho tiempo fuera de Oxford, sólo se vieron en escasas ocasiones.

El hobbit fue reeditado al final de la guerra, y se hicieron arreglos para publicar *Egidio, el granjero de Ham.* En el verano de 1946 Tolkien informó a Allen & Unwin que a pesar de lo mucho que se esforzara por concluir *El Señor de los Anillos,* no había podido conseguirlo; la verdad era que apenas había tocado el libro desde finales de la primavera de 1944. Declaró: “Espero hacerlo antes del otoño», y retomó el trabajo las semanas siguientes. A fin de año envió una carta a su editor diciéndole que estaba «en los últimos capítulos”. Pero entonces se trasladó a una nueva casa.

Northmoor Road era demasiado grande para la composición actual de la familia, y su mantenimiento, muy costoso. Tolkien solicitó una casa del Merton College, y cuando quedó una libre, en Manor Road, cerca del centro de Oxford, hizo los arreglos necesarios para alquilarla. Ronald, Edith, Christopher y Priscilla se mudaron en marzo de 1947; Jhon cumplía sus funciones de sacerdote en las Midlands, y Michael, que era maestro de escuela, estaba casado y tenía un hijo pequeño.

Casi de inmediato, Tolkien comprendió que la pequeñez de su nuevo hogar se le hacía insoportable. En efecto, el número 3 de Manor Road era una casa de ladrillo fea y diminuta. No tenía un verdadero estudio, sino un *bed-sitter* en el ático. Se resolvió que apenas Merton pudiese ofrecer una vivienda mejor, la familia volvería a mudarse. Pero por el momento, era preciso contentarse con ella.

Rayner Unwin, el hijo del editor de Tolkien, que cuando niño escribiera el informe que decidió la publicación de *El hobbit,* estudiaba ahora en Oxford y había conocido al autor. En el verano de 1947 Tolkien estimó que *El Señor de los Anillos* estaba lo bastante cerca del final como para mostrarle una versión mecanografiada de la mayor parte de la obra. Después de leerla, Rayner dijo a su padre que era «un libro extraño” pero «brillante, que se apodera del lector”. Observó que la lucha

entre la luz y la oscuridad le hacía sospechar una alegoría, y comentó: “Honestamente, no sé quién se espera que lo lea: los niños no lo entenderán del todo; pero sin duda, silos adultos no se sienten infradotados por leerlo, muchos quedarán encantados”. No tenía duda de que el libro merecía ser publicado por la firma de su padre; sugería que se dividiera en secciones, y comentaba que, en ese sentido, el anillo de Frodo se parecía al de los Nibelungos.
Stanley Unwin entregó estos comentarios a Tolkien. A éste, la comparación de su Anillo con el *Nibelungenlied* y con Wagner siempre le irritó, y en una ocasión dijo: “Ambos anillos son redondos, y ahí se acaba el parecido”. Por supuesto, tampoco le agradaba la sospecha de que fuera una alegoría. Replicó: “Que Rayner no piense en una alegoría. Hay, supongo, una “moraleja” en todo cuento que merezca ser contado. Pero no es lo mismo. Incluso esa lucha (como dice él, no yo) entre la luz y la oscuridad es para mí sólo una fase particular de la historia, quizá un ejemplo de su trama, pero no La Trama; y los actores son individuos. Cada uno, por supuesto, contiene caracteres universales, o no tendrían vida; pero no los representan”. Sin embargo, en general, se sintió muy complacido por el entusiasmo con que Rayner recibió el libro, y terminaba afirmando: «Se trata ahora de terminarlo tal como está previsto, y luego de juzgarlo”.

Pero tampoco lo terminó. Revisó con minuciosidad y corrigió los capítulos anteriores, invirtiendo en esto tanto tiempo que sus colegas llegaron a pensar que se había perdido para la filología. Pero poner un definitivo punto final era algo que no podía hacer.
En el verano de 1947 preparó una revisión de *El hobbit* que proporcionaba una explicación más satisfactoria de la actitud de Gollum con el Anillo, o, mejor dicho, una explicación que justificaba mejor las consecuencias. Una vez escrita, la envió a Stanley Unwin y le preguntó su parecer. Por error, Unwin pensó que Tolkien tenía previsto incluirla en la siguiente edición de *El hobbit,* y la entregó sin más a su departamento de producción. Muchos meses más tarde, cuando le enviaron las pruebas del total, Tolkien se asombró al ver impreso el capítulo revisado.
Al cabo de unos meses, *El Señor de los Anillos* llegó a su fin. Tolkien recordó que había “llorado de verdad” mientras escribía la historia del recibimiento que hacen los héroes a los hobbits en el Campo de Cormallen. Había decidido, mucho antes, que al final del libro llevaría a los principales protagonistas a través del mar, hacia el oeste; y con el capítulo que describe la partida de los Puertos Grises, el enorme manuscrito quedaba casi completo. Casi, pero no del todo. “Me gusta atar los cabos sueltos”, dijo Tolkien una vez; y quería asegurarse de que éstos no existían en su gran obra. Entonces escribió un epilogo en el que Sam Gamgi narraba a sus hijos lo que había ocurrido a los principales personajes que no se habían embarcado hacia el oeste. Terminaba con Sam escuchando “el suspiro y el murmullo del mar contra las costas de la Tierra Media”.
Y ése fue el final; pero Tolkien tenía que revisar el texto, una y otra vez, hasta sentirse satisfecho de todo, y esto llevó muchos meses. Dijo del libro en una ocasión: “No creo que haya muchas frases que no hayan sido cuidadosamente retocadas”. Con la máquina de escribir tambaleándose sobre su cama, pues en el escritorio no había lugar, y con dos dedos, porque jamás había aprendido a escribir con diez, hizo una copia en limpio. Sólo quedó terminada en el otoño de 1949.
Tolkien entregó la versión completa a C. S. Lewis, quien respondió, después de leerla:

Mi querido Toilers:
Uton herian holbytlas, en verdad. He bebido de la rebosante copa y satisfecho una larga sed. Una vez que se remonta la empinada cuesta de la grandeza y el terror (aliviada por verdes valles, sin los cuales sería intolerable), casi no tiene parangón en toda la gama del arte narrativo que conozco. Pienso que se destaca por dos virtudes: la pura subcreación —Bombadil, los habitantes de las tumbas, los Elfos, los Ents—, que parece brotar de fuentes inagotables, y la construcción. Y también la *gravitas.* Ninguna novela puede rechazar con más confianza la acusación de «escapismo». Si se equivoca, se equivoca precisamente en un sentido opuesto: la postergación de las victorias de la esperanza y la despiadada acumulación de desastres sobre los héroes son casi demasiado penosas. Y la larga *coda* después de la eucatástrofe, te lo hayas propuesto o no, produce

el efecto de recordamos que la victoria es tan pasajera como el conflicto, y que (como dice Byron) «no hay moralista más severo que el placer", dejándonos una impresión final de profunda melancolía.
Por supuesto, esto no es todo. Hay muchos pasajes que yo hubiera deseado que escribieras de otro modo u omitieras directamente. Si no incluyo ninguna de mis críticas adversas en esta carta es porque ya has oído y rechazado la mayoría *(rechazado* es tal vez una palabra demasiado suave para tu reacción, al menos en una oportunidad). E incluso si todas mis objeciones fueran justas (lo que es, desde luego, improbable) los fallos que creo encontrar sólo podrían demorar y dañar la apreciación: el esplendor sustancial del relato puede acabar con todos ellos. *Ubi piura nitent in carmine non ego paucis offendi maculis.*
Te felicito. Todos estos largos años que has invertido en ella están justificados.
Tuyo,
Jack Lewis

Tampoco Tolkien pensaba que fuera perfecta. Pero dijo a Stanley Unwin: "Está escrita con la sangre de mi vida, gruesa o delgada, como sea, y no puedo hacer otra cosa».

VI.- 1949-1966: Éxito

1 Portazos

Le había llevado doce anos escribir *El Señor de los Anillos.* Cuando lo terminó, Tolkien se acercaba a los sesenta.

Par supuesto, deseaba ver su gran obra impresa. Pero no estaba seguro de querer que la publicara Allen & Unwin, aun cuando habla hablado de ella con su editor mientras la escribía, y el lo habla alentado, mostrando su aprobación por el manuscrito. Tolkien habla encontrado ahora alguien dispuesto a publicar *El Señor de los Anillos* junto con *El Silmarillion.*

Con el paso de los años se había resentido con Allen & Unwin por haber rechazado *El Silmarillion* en 1937 aunque, en verdad, no lo hablan rechazado: Stanley Unwin solo había dicho que no era una adecuada segunda parte para *El hobbit,* lo cual, según Tolkien, significaba que «una vez rechazada, rechazada para siempre". Era una lástima, pensaba, porque quería publicarlo. Se podía decir que *El Señor de los Anillos* constituía una narración independiente, pero como incluía oscuras referencias a la mitología anterior, era mejor que los dos libros se publicaran juntos. Y por encima de todo deseaba encontrar un publico para *El Silmarillion,* y ésta parecía una oportunidad ideal, y tal vez única. Dc modo que cuando Milton Waidman, de la editorial Collins, mostró interés en la edición de ambas obras, Tolkien se sintió inclinado a abandonar Allen & Unwin.

Waldman, un católico, había sido presentado a Tolkien por Gervase Mathew, un erudito sacerdote dominico que solía asistir a las reuniones de *The Inklings.* Cuando Waldman se enteró de que existía una larga continuación de *El hobbit,* libro que habla tenido gran éxito, expreso su interés; y a fines de 1949 Tolkien le envió un abultado manuscrito. Pero no se trataba de *El Señor de los Anillos* sino de *El Silmarillion.* Esta obra mitológica anterior, iniciada en 1917 como *El libro de los cuentos perdidos,* aún estaba incompleta, pero Tolkien había vuelto a trabajar en ella mientras terminaba *El Señor de los Anillos,* y estaba ahora lo bastante ordenada para que Waidman pudiera leerla. No se parecía a ninguna otra cosa que éste hubiera leído: era una narración en términos arcaicos, sobre heroísmo, elfos y poderes malignos. El manuscrito había sido mecanografiado en parte, pero la mayoría de los folios estaban escritos a mano con una letra muy pequeña. Waldman dijo a Tolkien que le parecía notable y que estaba dispuesto a publicarlo, siempre que lo terminara. Tolkien estaba encantado, pues había pasado la primera prueba: la aceptación (provisional) de *El Silmarillion.* Tolkien invitó a Waidman a Oxford y le entregó el manuscrito de *El Señor de los Anillos.* Waldman lo llevó para leerlo durante las vacaciones.

A principios de enero de 1950 casi lo había terminado, y otra vez manifestó a Tolkien su entusiasmo. "Es una verdadera obra de creación", escribió, aunque agregaba que lo largo del libro le preocupaba. Suponía, aun así, que Collins podría editarlo. Estaban en buenas condiciones para hacerlo. Casi todos los editores, inclusive Allen & Unwin, habían sufrido una desesperada escasez de papel! después de la guerra; pero la casa Collins no era sólo una editorial, sino también una papelería e imprenta de periódicos, de modo que recibía una cuota de papel mucho más grande que la generalidad de las firmas. En cuanto a la viabilidad comercial de las extensas obras mitológicas de Tolkien, el presidente de la compañía, William Collins, había dicho ya a Waldman que se sentiría complacido publicando cualquier trabajo del autor de *El hobbit.* En realidad, lo que deseaba adquirir Collins era el lucrativo *Hobbit;* y Tolkien, descontento con la reedición que después de la guerra se hiciera del libro, privado, por razones de economía, de sus láminas en color, dijo a Waldman que esperaba poder recuperar la obra de Allen & Unwin y verla reeditada de acuerdo con su intención original. También estaba disgustado con Allen & Unwin por la publicidad, que él consideraba insuficiente, de *Egidio, el granjero de Ham,* y creía que Collins sería capaz de vender mejor sus libros. Todo parecía preparado para una asociación entre Tolkien y Collins.

Sin embargo, había un punto que Waldman quería aclarar. "Asumo —escribió a Tolkien— que no tiene usted un compromiso moral ni legal con Allen & Unwin.» Tolkien respondió: "Creo no tener obligaciones *legales.* En el contrato de *El hobbit* había una cláusula que disponía la consideración, durante dos meses, de mi próximo libro. Ésta ha sido satisfecha mediante *a)* el rechazo de *El Silmarillion* por Stanley Unwin y *b)* por *Egidio, el granjero de Ham.* Pero mantengo relaciones personales y amistosas con Stanley U. y en especial con su segundo hijo, Rayner. Si esto constituye

una obligación *moral,* entonces la tengo. Pero trataré de liberarme, o por lo menos de liberar a *El Silmarillion* y todos sus parientes, de las espirales dilatorias de A. y U. Si puedo, del modo más amistoso posible".

Tolkien consideraba que si Allen & Unwin no era su enemigo, por lo menos era un aliado muy poco digno de confianza, en tanto que Collins parecía representar todo lo que él esperaba. Los acontecimientos demostrarían que la situación real era mucho más compleja.

En febrero de 1950 Tolkien escribió a Allen & Unwin para informar que *El Señor de los Anillos* estaba terminado. Sin embargo, no puede decirse que alentara a su editor a que se interesase por el libro. "La obra ha escapado de mi control —decía— y he producido un monstruo: una novela inmensamente larga, compleja, bastante amarga y atemorizante, muy poco apropiada para niños (o para cualquiera); y que en verdad no es una continuación de *El hobbit,* sino de *El Silmarillion.* Por fastidioso y ridículo que usted me considere, quiero publicar los dos, *El Silmarillion y El Señor de los Anillos.* Eso es lo que realmente deseo. O dejaré las cosas como están. No puedo pensar en ningún cambio o reducción drásticos. Pero no me sentiré resentido (ni me sorprenderá demasiado) si declina usted una propuesta tan evidente. mente poco provechosa." Casi en la forma de una nota al pie de página, añadía que las dos obras juntas sumaban la (a su juicio) inmensa cantidad de más de un millón de palabras.

En su respuesta, Stanley Unwin admitía que la extensión de las obras creaba un problema, pero preguntaba si no era posible dividirlas en "tres o cuatro volúmenes en cierta medida autónomos". No, respondió Tolkien, no era posible; había una única división natural entre las dos obras. Y proseguía desalentando de un modo deliberado el interés de Unwin. "Me pregunto cuántos —decía—, aparte de mis amigos, y'no todos han llegado hasta el final, leerían algo tan largo. No piense usted que me sentiría molesto si no quiere usted comprometerse.» Luego envió a Waldman una carta en la que comentaba: "Espero de todo corazón que no me pida los manuscritos".

Pero no era tan fácil desalentar a sir Stanley Unwin (quien había recibido su título nobiliario poco después de la guerra). El editor escribió a su hijo, que estudiaba en Harvard, y le pidió consejo. Rayner contestó: *«El Señor de los Anillos* es un gran libro, a su extraña manera, y merece ser publicado. *Yo* jamás sentí que me hiciera falta *El Silmarillion* mientras lo leía. Pero aunque él afirme que no prevé cambios drásticos, etc., esto es lo que convendría a cualquier editor que quisiera integrar en *El Señor de los Anillos* los materiales *verdaderamente* relevantes de *El Silmarillion* sin aumentar el tamaño ya enorme del primero y, si fuera posible, recortándolo. Tolkien no lo hará; pero tal vez pueda hacerlo alguien en quien él confié y a quien mire con simpatía (¿quizás alguno de sus hijos?). Si esto no es posible, yo recomendaría publicar *El Señor de los Anillos* como una obra de prestigio y "dejar caer" *El Silmarillion* después de darle una segunda mirada». Con poco tino, Stanley Unwin remitió a Tolkien una copia de esta carta.

Tolkien se enfureció. En abril de 1950 escribió a Unwin que la carta de Rayner confirmaba sus peores sospechas, «es decir, que aceptaría usted *El Señor,* y que eso sería más que suficiente, dado que yo no quiero recortes, pero no *El Silmarillion,* al cual veo que no tiene usted intención de reconsiderar. Después de todo, un rechazo es un rechazo y sigue siendo válido. Pero no se plantea la posibilidad de "dejar caer" *El Silmarillion,* después de una discreta reverencia *y* de aceptar la edición de *El Señor de los Anillos.* Yo no he ofrecido ni ofrezco *El Señor de los Anillos* a usted ni a nadie en esas condiciones, como sin duda he dicho antes claramente. Quiero una decisión, sí o no, a la propuesta que he hecho y no a ninguna posibilidad imaginada».

Stanley Unwin respondió el 17 de abril: "Lamento más de lo que puedo decir que sienta usted necesario plantearme un ultimátum, particularmente en relación con un manuscrito que nunca he visto en su forma final y completa. Como pide usted un sí o no *inmediato,* la respuesta es no; pero podría haber sido sí con tiempo para ver el manuscrito. Lo siento mucho, pero me veo obligado a tomar esta decisión».

Tolkien había logrado su objetivo. Ahora estaba libre para editar su obra con Collins. Mientras tanto, volvió a cambiar de vivienda: el Merton College le ofreció, en Holywell número 99, una vieja casa de gran carácter con una enorme cantidad de habitaciones y él, Edith y Priscilla se trasladaron allí desde Manor Road (distante sólo un centenar de metros) a comienzos de la primavera de 1950 Priscilla estudiaba ahora en el Lady Margaret Hall, y Christopher, quien ya no vivía con ellos, trabajaba como tutor free *lance* en la English Faculty mientras completaba su bachillerato

universitario en Literatura.

En su interior, Milton Waldman, de Collins, estaba seguro de que su empresa publicaría los libros de Tolkien. Dispuso que Tolkien acudiera a las oficinas de Collins en Londres, donde conoció a William Collins, y estudió la publicación con el departamento de producción. Todo parecía listo para llegar a un acuerdo en firme e imprimir *El Señor de los Anillos* junto con *El Silmarillion,* cuando aquél estuviese finalizado, aunque Tolkien aún tenía que trabajar bastante en el ultimo. Sólo quedaba un asunto por resolver: en mayo de 1950 Waldman visitó a Tolkien en Oxford y le dijo que *El Señor de los Anillos* "necesitaba urgentes reducciones". Fue una desagradable sorpresa. Tolkien respondió «que ya había hecho frecuentes recortes" pero que lo intentaría otra vez cuando tuviera tiempo. Waldman se asombró al saber que *El Silmarillion,* terminado, sería casi tan largo como *El Señor de los Anillos;* el manuscrito que había leído era mucho más breve.

El cálculo de Tolkien fue, en realidad, alocadamente desacertado. El largo total de *El Silmarillion,* tal como estaba planeado en ese momento, quizá habría alcanzado las ciento veinticinco mil palabras, quizá menos, pero nunca el medio millón aproximado de *El Señor de los Anillos.* Tolkien, para quien *El Silmarillion* era tan importante como aquél, había terminado por creer que debía tener la misma extensión. Y tampoco ayudó mucho al nuevo editor cuando entregó varios capítulos adicionales de *El Silmarillion* sin explicar cómo se acomodaban a la historia. Waidman se desconcertó un poco. "Me han extrañado mucho", fue su comentario. Y las negociaciones, que debían haber sido claras y simples, empezaron a tomarse confusas.

En este momento Waldman partió a Italia, donde solía pasar gran parte del año, retornando a Londres sólo para la primavera y el otoño. Su ausencia complicó las cosas. William Collins no conocía bien la obra de Tolkien y había puesto todo el asunto en manos de Waldman. Luego éste enfermó *y* retrasó su viaje de otoño a Londres. La consecuencia fue que, a fines de 1950, un año después de terminado, *El Señor de los Anillos* no estaba más cerca de su publicación. Stanley Unwin se enteró de esto y escribió que aún esperaba «el privilegio de vincularse con su publicación". Pero Tolkien no estaba dispuesto a dejarse seducir tan fácilmente por Allen & Unwin. Su respuesta, amistosa, no hacía la menor referencia al libro.

Gran parte del tiempo de Tolkien estaba ocupado por sus obligaciones académicas y administrativas en Oxford; visitó también Bélgica (como erudito en filología) e Irlanda (como examinador) y pronto transcurrió otro año sin que se diera un paso hacia la publicación. A fines de 1951 escribió una larga carta a Milton Waldman, esbozando en unas diez mil palabras la estructura de su mitología, con la esperanza de convencerlo así de que los libros eran interdependientes e indivisibles. Pero en marzo de 1952 aún no había firmado contrato con Collins, y *El Silmarillion* no estaba listo para ser publicado. William Collins se encontraba en Sudáfrica, Waldman en Italia y el precio del papel había subido. Tolkien (tan responsable como ellos por la demora) escribió a Collins que había perdido el tiempo. O bien ellos publicaban de inmediato *El Señor de los Anillos,* o bien él devolvería el manuscrito a Allen & Unwin. El resultado era inevitable, ya que a William Collins el ultimátum no le resultaba más apetecible que a Stanley Unwin. A su regreso de Sudáfrica, Collins leyó la carta de Tolkien y respondió el 18 de abril de 1952: «Temo que nos asusta la gran extensión de la obra que, dado el presente costo del papel, implica una enorme inversión», y agregaba que lo mejor que podía hacer era enviar de nuevo el manuscrito a Allen & Unwin.

Pero, ¿querría su antiguo editor aceptarlo?

El 22 de junio de 1952 Tolkien escribió a Rayner Unwin, quien ahora había vuelto a Inglaterra *y* trabajaba para la firma de su padre: "En cuanto a *El Señor de los Anillos y El Silmarillion,* están donde estaban. Uno terminado, el otro inconcluso (o no revisado), *y* ambos cubriéndose de polvo. He cambiado bastante de punto de vista:

¡Mejor es algo que nadal Aunque para mí son una sola obra y *El Señor de los Anillos* quedaría mucho mejor (y sería más comprensible) como parte de un todo, de buena gana aceptaría la publicación de cualquiera de las obras. Los años se toman preciosos. ¿Qué diría usted de *El Señor de los Anillos?* ¿Será posible hacer algo para abrir la puerta que yo mismo cerré de un portazo?".

2 Un gran riesgo

Rayner Unwin no necesitaba que se lo preguntaran dos veces. Sugirió que Tolkien enviara de inmediato el manuscrito de *El Señor de los Anillos* a Allen & Unwin, por correo certificado. Pero Tolkien sólo tenía una copia a máquina del libro en su forma revisada definitiva, y no quería mandarla por correo. Deseaba entregarla en persona, lo cual resultó imposible durante varias semanas. En agosto fue de vacaciones a Irlanda *y* visitó ese mismo mes a George Sayer, un amigo de C.S. Lewis, quien era profesor en el Malvern College y solía visitar *The Inklings.* Mientras Tolkien estaba en Worcestershire con Sayer, éste hizo registros magnetofónicos de lecturas y canciones de Tolkien extraídas de *El hobbit* y del manuscrito de *El Señor de los Anillos,* que había traído consigo. Mientras lo escuchaba, Tolkien se «asombró mucho al descubrir la eficacia de la versión *y* (si se me permite decirlo) mi propia eficacia como narrador». Muchos años más tarde, después de la muerte de Tolkien, las cintas grabadas en esa oportunidad se editaron en forma de discos de larga duración.
Tolkien nunca había tenido cerca un magnetófono y hasta fingió mirar con gran suspicacia el aparato de Sayer: recitó ante el micrófono el padrenuestro en gótico para expulsar a los demonios que pudieran acechar en el interior del aparato. Pero después de las sesiones de grabación de Malvern quedó tan impresionado con el objeto, que adquirió uno para su uso particular *y* se entretuvo en hacer nuevos registros de sus obras. Algunos años antes había escrito un "drama radial" que alcanzó gran éxito. Se titulaba *El retorno de Beorhtnoth, hijo de Beorhthelm y* era, en realidad, una "continuación" del poema anglosajón *La batalla de Maldon.* Narra un episodio imaginario, posterior a esa batalla, en que dos criados del duque de Beorhtnoth se dirigen en la oscuridad a retirar el cadáver de su amo del campo de batalla. Escrito en un equivalente moderno del verso aliterado anglosajón, se refiere al fin de la edad heroica, cuyas características ejemplifican por contraste el joven y romántico Torhthelm, y el práctico y anciano granjero Tídwald. Acabado en 1945, *El retorno de Beorhtnoth* no se publicó hasta 1953, año en que apareció en *Essays and Studies.* Nunca fue escenificado, pero un año después de su publicación fue transmitido por la Tercera Cadena de la BBC. A Tolkien le irritó la versión radial, pues ésta ignoraba el metro aliterado y presentaba el poema en la forma de pentámetros yámbicos. Registró entonces una versión a su gusto en su magnetófono, en la cual no sólo representaba ambos papeles sino que improvisaba hábilmente algunos efectos sonoros. Este registro, efectuado sólo para su entretenimiento personal, es sin embargo una interesante demostración del considerable talento de Tolkien como actor. Había demostrado este talento antes de la guerra, al representar a Chaucer en las "Diversiones de verano» organizadas en Oxford en 1938 *y* 1939 por Nevill Coghill y Jhon Masefield. El primer año recitó de memoria el *Nun's Priest's Tale, y* al siguiente *The Reeve's Tale.* No sentía entusiasmo por el drama como forma artística, pues lo consideraba antropocéntrico *y* por lo tanto restrictivo, pero no extendía este desdén al recitado dramático de poemas, en cuya categoría es presumible que situara su versión del *Beorhtnoth.*

El 9 de septiembre de 1952 Rayner Unwin fue a Oxford y recogió la versión mecanográfica de *El Señor de los Anillos.* Su padre, sir Stanley Unwin, estaba en Japón, de modo que Rayner quedaba a cargo de los pasos siguientes. Decidió no demorarse en volver a leer el voluminoso texto, pues lo había hecho casi en su totalidad cinco años antes, y aún conservaba vívida la impresión que le produjera. En cambio procedió a estimar los costos de producción; lo que más le preocupaba era mantener el precio del

libro a un nivel al que pudieran acceder el comprador habitual y, en particular, las bibliotecas circundantes. Después de cálculos *y* análisis realizados en las oficinas de Allen & Unwin, se pensó que lo mejor era dividir la obra en tres volúmenes, los cuales podrían venderse (con un muy pequeño margen de ganancia) a veintiún chelines cada uno. Este precio era ya bastante alto, *y* superaba el precio máximo de una novela comente, pero no había otra posibilidad. Rayner telegrafió a su padre *y* le preguntó si podían editar el libro, admitiendo que era "un gran riesgo" y reconociendo que la firma podía llegar a perder mil libras esterlinas. Sin embargo, concluía, en su opinión se trataba de la obra de un genio. Sir Stanley respondió que fuera publicado.

El 10 de noviembre Rayner Unwin le comunicó a Tolkien que la firma estaba dispuesta a publicar *El Señor de los Anillos* con un contrato de participación en las ganancias. Esto significaba que Tolkien no recibiría el porcentaje convencional de derecho de autor, sino la mitad de las ganancias; es decir, que no ganaría dinero hasta que las ventas del libro cubriesen el costo, pero a partir de entonces compartiría, a medias con el editor, todos los beneficios. Este método, poco empleado en otras editoriales, pero que antes había sido práctica corriente, era el favorito de sir Stanley Unwin para todos aquellos libros potencialmente antieconómicos. Ayudaba a mantener más bajo el precio, puesto que no era necesario agregar una suma adicional al costo para cubrir el porcentaje del autor. Además, si resultaba que el libro se vendía bien, el autor obtendría mayores beneficios que con un contrato de derechos. Allen & Unwin, por cierto, no esperaba vender más que unos pocos miles de ejemplares de *El Señor de los Anillos* —una obra voluminosa, poco convencional, *y* cuyo mercado era incierto—, por no tratarse de un libro infantil ni de una novela para adultos.

Pronto se difundió, entre los amigos de Tolkien, la noticia de que la obra había sido por fin aceptada. C. S. Lewis lo felicitó, observando: "Pienso que la prolongada gestación ha afectado un poco tu vigor: sentirás una nueva madurez *y* una nueva libertad cuando el libro aparezca". En ese momento particular, Tolkien no se sentía precisamente libre. Deseaba releer una vez más el texto antes de que entrara en imprenta, con el fin de eliminar toda posible contradicción. Por fortuna, Rayner Unwin, al contrario que Milton Waldman, no le había pedido ningún corte. Había también un problema complejo con los apéndices, según los había planeado; la información que contenían era relevante para el relato, pero resultaba inadecuada dentro de él. Esos apéndices sólo existían, en ese momento, en forma de borradores *y* notas dispersas, y era evidente que le llevaría bastante tiempo organizarlos. También le preocupaba la necesidad de hacer un mapa claro *y* preciso que acompañara al libro, porque una cantidad de cambios en la narrativa y la topografía habían tomado el mapa anterior (dibujado muchos años antes por Christopher Tolkien) erróneo e inexacto. Además, llevaba varios años de retraso en su labor académica, y no podía seguir ignorando esa situación. Por otra parte, había decidido volver a cambiar de casa.

La de Holywell Street, donde los Tolkien residían desde 1950, era un edificio muy lujoso, pero casi inhabitable por el ruido del tráfico, que no cesaba de día ni gran parte de la noche. "Esta hermosa casa —escribía Tolkien—, mecida y torturada por los ruidos, inundada por los gases, no permite ahora el sueño ni el trabajo. Así es la vida moderna. Mordor en nuestro medio. » Edith *y* él estaban solos, pues Priscilla había dejado Oxford para trabajar en Bristol, y Edith, afectada por la artritis y el reumatismo, encontraba fatigosas las muchas escaleras. En la primavera de 1953 Tolkien adquirió una casa en Headington, un tranquilo suburbio de Oxford, al este de la ciudad.

A pesar de los trastornos causados por la mudanza, Tolkien logró terminar la revisión final del primer volumen de *El Señor de los Anillos* a mediados de abril, *y* enviarla a Allen & Unwin para que empezaran a componerla. Poco después entregó el texto del segundo tomo. Había estudiado ya con Rayner Unwin el problema de los posibles títulos para los tres volúmenes, que Unwin consideraba preferible a un título general, y números para cada uno de los libros que compusieran la obra. Aunque se trataba de una

narración continua, y no de una trilogía —punto que Tolkien siempre se ocupó de aclarar—, se pensaba que sería mejor editarlo en tres volúmenes con distintos títulos, para obtener tres series de reseñas en lugar de una y también quizá para disimular la extensión de la obra. A Tolkien jamás le satisfizo del todo la división, e insistió en mantener el título general de *El Señor de los Anillos.* Después de largas discusiones, Rayner y él terminaron por concordar en tres nombres para los tres tomos: *La comunidad del anillo, Las dos torres* y *El retorno del rey,* aunque Tolkien prefería, para el último, *La guerra del anillo,* porque revelaba menos el final.

Los problemas de «producción» que encontró Tolkien eran similares a los que había padecido con el *hobbit.* Deseaba que su amada obra se publicara tal como lo había previsto, pero una vez más, muchos de sus planes fueron dejados de lado, a menudo por motivos de índole económica. Entre los elementos cuyo costo fue considerado excesivo, se contaban la tinta roja con que debían ser impresas las «letras de fuego» del Anillo, y el proceso de medios tonos de color necesarios para reproducir el facsímil hecho por Tolkien de *El libro de Mazarbul,* un volumen quemado *y* medio roto que era encontrado en las Minas de Moría. Esto lo entristeció, pues había invertido muchas horas en su realización, escribiendo sus páginas en caracteres rúnicos *y* en el alfabeto de los elfos, deteriorándolas luego y quemando sus bordes, y manchándolas con sustancias que semejaban sangre seca. Todo ese trabajo era ahora inútil.'[36] También se irritó al ver las pruebas, porque la grafía de varias palabras había sido modificada: *dwarves* por *dwarfs, elvish* por *elfish, further* por *farther y* (alo peor", según Tolkien) *elven* por *elfin.* Los tipógrafos, censurados por esto, adujeron en defensa propia que se habían limitado a adoptar la ortografía del diccionario. (En 1961 se hicieron "correcciones" del mismo tipo a los escritos de Tolkien cuando Puffin Books editó *El hobbit* en rústica; en esa oportunidad, para desesperación del autor, el error no se descubrió hasta que el libro llegó a las librerías.) Tampoco se había resuelto, aún, el problema del mapa, o mejor dicho los mapas, puesto que ahora también se consideraba imprescindible un plano adicional de la Comarca. "Estoy abrumado —escribía Tolkien en octubre de 1953—. En estado de pánico. Son urgentes *y* esenciales; pero sencillamente no puedo terminarlos." Por fin, cedió la tarea a su cartógrafo original, Christopher, quien de algún modo logró interpretar los esbozos superpuestos, alterados *y* con frecuencia contradictorios de su padre, y trazar un mapa general y otro más pequeño para la Comarca, legibles *y* en letra clara.

El primer volumen de *El Señor de los Anillos* se debía publicar en el verano de 1954**,** y los dos siguientes con breves intervalos. La edición sería bastante modesta: tres mil quinientos ejemplares del primero y apenas más de los otros dos. Los editores consideraban que era suficiente para el moderado interés que, según anticipaban, el libro atraería. A Rayner Unwin le aterrorizaba la idea de un elogio exagerado en la sobrecubierta, porque la obra desafiaba toda descripción convencional. Su padre y él solicitaron la ayuda de tres autores que, según pensaban, podrían decir algo interesante acerca de ella: Naomi Mitchison, que adoraba *El hobbit,* Richard Hughes, que lo había alabado tiempo antes, y C.S. Lewis. Los tres respondieron con palabras de elogio; la señora Mitchison comparó *El Señor de los Anillos* con Malory *y* con la ciencia ficción, y Lewis trazó un paralelo con Ariosto. "(No he leído a Ariosto —dijo una vez Tolkien— *y* lo odiaría si lo hiciera.")

Se acercaba la fecha de edición del primer volumen. Habían transcurrido más de dieciséis años desde que Tolkien comenzara a escribirlo. "Tengo miedo de la

[36] En el «Calendario de Tolkien» de 1977 se reprodujeron alguna páginas del *Libro de Mazarbul*.

publicación —dijo a su amigo el padre Robert Murray—, porque será imposible desdeñar lo que se diga. He expuesto mi corazón a los disparos.”

3 Dinero o gloria

“Este libro es como un relámpago en un cielo claro. Es inadecuado decir que en él vuelve de súbito la novela heroica, magnífica, elocuente, sin el menor pudor, en un período de antirromanticismo casi patológico. Para nosotros, que vivimos en este extraño período, ese retorno, y el inmenso alivio que trae consigo, es sin duda lo más importante. Pero en la historia de la narrativa misma —una historia que se extiende en el pasado hasta la *Odisea y* más allá—, la obra no constituye un retomo sino un avance o una revolución: la conquista de un nuevo territorio.» Esta opinión sobre *La comunidad del anillo* (el primer volumen de *El Señor de los Anillos)* apareció en *Time & Tide* el 14 de agosto de 1954’ pocos días después de la publicación. Su autor era C.S. Lewis.

Quizá era algo excesivo que Lewis colaborara en la sobrecubierta y además publicara una reseña; pero deseaba hacer todo lo posible para ayudar a Tolkien, aunque antes de enviar a Rayner Unwin su «desmesurado elogio” había advertido al autor: “Aunque tú *y* él aprobéis mis palabras, pensad dos veces antes de usarlas: soy sin duda un hombre odiado, quizá cada vez más, y mi nombre podría hacer más daño que bien». Palabras proféticas, porque en agosto de 1954 un crítico demostró extraordinaria animosidad personal contra Lewis y empleó (o desperdició) buena cantidad de espacio para burlarse de su comparación entre Tolkien y Ariosto. Edwin Muir escribió en el *Observer:* “Sólo una obra maestra podría sobrevivir a tal bombardeo de elogios”; *y* aunque admitía el goce que le había proporcionado su lectura, se declaraba decepcionado por “la carencia de discriminación *y* profundidad humana que el tema exigía. El señor Tolkien describe un tremendo conflicto entre el bien *y* el mal, del que depende el futuro de la vida en la Tierra. Pero sus personas buenas son siempre buenas, y las figuras malvadas inmutablemente malvadas, y en su mundo no hay lugar para un Satán a la vez malo y trágico”. (Al parecer, Muir había olvidado a Gollum, malvado, trágico, y casi redimido.) Varios críticos fustigaron la prosa de Tolkien, entre ellos Peter Green, del *Daily Telegraph,* para quien “vacila entre los prerrafaelistas y el *Boy's Own Paper»;* y a su vez, J.W. Lambert declaró en el *Sunday Times* que la obra tenía dos extrañas peculiaridades: “ningún espíritu religioso, de cualquier naturaleza; y, en todos los sentidos, ninguna mujer”. (Ambas afirmaciones eran en parte injustas, pero se reflejaron en textos posteriores de otros críticos.) Sin embargo, a pesar de estos severos juicios, los hubo también entusiastas; e incluso entre quienes se burlaban había algunos que se sentían proclives al elogio. Green admitía en el *Daily Telegraph* que la obra poseía una «innegable fascinación”, en tanto que Lambert agregaba en el *Sunday Times:* “¿Una caprichosa charla trivial más un mensaje? No; se desarrolla con una energía narrativa y descriptiva que la eleva sobre ese nivel”. Quizá la observación más aguda fuera la del comentarista del *Oxford Times:* “Las personas muy prácticas no tendrán tiempo para este libro. Pero aquellas que poseen una imaginación despierta se sentirán transportadas, participarán de las peripecias de la búsqueda *y* lamentarán que sólo queden dos volúmenes por venir”.

Las críticas eran lo bastante buenas para promover las ventas, y pronto se vio que los tres mil quinientos ejemplares editados eran insuficientes para cubrir la demanda. Seis semanas después de la primera edición se ordenó una segunda. Tolkien escribió: “En cuanto alas reseñas, han sido bastante mejores de lo que yo temía”. En julio había visitado Dublín, donde se le había concedido el título de doctor *honoris causa* de la Universidad Católica de Irlanda, y en octubre volvió a viajar para recibir otro título

honorario en Lieja; éstas *y* otras exigencias demoraron la terminación de los apéndices de *El Señor de los Anillos.* Los tipógrafos ya habían compuesto el texto del tercer volumen, del que Tolkien había decidido excluir el epílogo, un poco sentimental, donde hablaba de Sam y su familia. Pero no se podía imprimir hasta que llegaran los apéndices, así como el mapa más completo de Gondor *y* Mordor, que ahora Tolkien estimaba indispensable, y el índice de nombres que había prometido en el prefacio del primer volumen.

A mediados de noviembre apareció *Las dos torres.* Las críticas fueron de un tono similar a las anteriores. El bando favorable esperaba con ansiedad el tercer volumen, pues la historia se había interrumpido cuando Frodo estaba prisionero en la Torre de Cirith Ungol; y como decía el comentarista del *Illustrated London News,* «la incertidumbre es cruel". Mientras tanto, pasó la fecha fijada por Allen & Unwin para la entrega de los apéndices, y ningún original llegó a sus oficinas. "Lo siento profundamente —escribió Tolkien—. Me he esforzado." Y logró enviar poco después parte del material; parte, pero no todo.

En Norteamérica, Houghton Muffin había publicado en octubre *La comunidad del anillo;* poco después, *Las dos torres.* La crítica de ambos fue, en general, cautelosa. Pero los entusiastas artículos de W.H. Auden en el *New York Times* («Ninguna ficción, en los últimos cinco años, me ha dado más placer") contribuyeron a aumentar las ventas, y en el curso del año siguiente, los lectores norteamericanos consumieron una gran cantidad de ejemplares.

En enero de 1955, dos meses después de la publicación del segundo tomo, Tolkien no había terminado aún los apéndices que con tanta urgencia se le requerían. Había abandonado toda esperanza de hacer un índice de nombres, pues le llevaría demasiado tiempo. Libre de esta obligación, completó otros textos en enero *y* en febrero, aunque la dificultad de la tarea le resultaba enloquecedora. Había planeado escribir un volumen entero «para especialistas", en el cual detallaría los aspectos históricos y lingüísticos de sus pueblos mitológicos, reuniendo gran cantidad de notas sobre el particular. Pero estaba obligado a comprimir el conjunto, ya que los editores sólo le concedían un reducido espacio al final del volumen. Sin embargo, continuó deprisa su labor, espoleado por las cartas de lectores que consideraban el libro casi como si fuera histórico, *y* pedían más información sobre gran cantidad de temas. Esta actitud le halagaba, porque era precisamente la respuesta que había tenido la esperanza de recibir; sin embargo observó: "No estoy seguro de que esta tendencia a tratar todo el asunto como si fuera un vasto juego sea realmente buena; al menos no lo es para mí, que también la encuentro fatalmente atractiva". Sin embargo, era alentador que los textos preparados con tanta laboriosidad, referentes a los Calendarios de la Comarca, los Senescales de Gondor o el Tengwar de Fëanor, fueran leídos con entusiasmo por gran número de personas.

En marzo aún no estaban listos los apéndices. A las oficinas de Allen & Unwin comenzaron a llegar enérgicas cartas de queja por la tardanza del tercer volumen. Para los editores, era obvio que el libro despertaba un interés superior al comente. Rayner Unwin suplicó a Tolkien que terminara su tarea, pero sólo el 20 de mayo recibió la versión definitiva de los apéndices. El mapa final, —obra de Christopher, quien había trabajado veinticuatro horas sin interrupción para terminarlo, había sido remitido algunas semanas antes, de modo que no debía haber nuevos retrasos. Pero los hubo. La tabla de las runas contenía errores, y Tolkien tuvo que corregirlos. Luego los tipógrafos se vieron en la necesidad de hacerle varias consultas, pero él se había marchado de vacaciones a Italia.

Hizo el viaje en barco y tren, acompañado por Priscilla, mientras Edith partía en un crucero por el Mediterráneo junto a tres amigas. Llevó un diario en ese viaje, y en él registró la sensación de «ir al corazón de la cristiandad, como un exilado de las remotas provincias fronterizas que retorna a su hogar, o por lo menos al hogar de sus padres". En Venecia, entre los canales, se sintió «casi libre de la maldita enfermedad del motor de

combustión interna, de la que muere el mundo entero", diciendo además: "Venecia me ha parecido increíble, élficamente hermosa, como un sueño de la antigua Gondor, o de Pelargir, la de las Naves Númenóreanas, antes del regreso de la Sombra». Mientras visitaba Asís con Priscilla, recibió las preguntas de la imprenta, pero no podía responder a ellas sin consultar antes sus notas, es decir, una vez que regresara a Oxford. Y sólo el 20 de octubre, casi un año después de la publicación de *Las tres torres,* apareció en los estantes de las librerías *El retorno del rey.* Una aclaración en la última página pedía disculpas por la ausencia del índice prometido.

Ahora que habían aparecido los tres tomos, los críticos podían evaluar en su totalidad *El Señor de los Anillos.* C.S. Lewis rindió un nuevo homenaje en *Time & Tide:* «El libro es demasiado rico y original para hacer un juicio definitivo tras una primera lectura. Pero sabemos que nos ha afectado. Ya no somos los mismos». Una nueva voz se unió al coro de alabanzas cuando Bernard Levin escribió en *Truth:* "Una de las obras literarias más notables de nuestro tiempo y de todos los tiempos. Es reconfortante, en estos agitados días, recibir de nuevo la seguridad de que los mansos heredarán la tierra". Pero hubo también nuevas objeciones al estilo. Jhon Metcalf escribió en el *Sunday Times:* "Con demasiada frecuencia, el señor Tolkien se desvía hacia una especie de *Brewers' Biblical,* adornada con inversiones y plagada de arcaísmos"; y Edwin Muir volvió a lanzarse al ataque en una nota del *Observer* titulada "El mundo de un niño». "Es sorprendente —decía— que todos los personajes sean niños disfrazados de héroes adultos. Los hobbits, o medianos, son niños comentes; los héroes completamente humanos han llegado a la quinta forma; pero casi ninguno de ellos sabe algo de las mujeres, excepto de oídas. Y los elfos, enanos y ents son, de un modo irrevocable, niños, y jamás llegarán a la pubertad."

"Fuera Edwin Muir y su adolescencia retardada —resopló Tolkien—. Es bastante viejo para saber más. Si se hubiera graduado lo nombraría profesor de poesía... Una dulce venganza.»

En ese momento, las opiniones estaban ya claramente polarizadas. El libro tenía sus defensores y sus detractores; y como decía W.H. Auden: "Nadie parece tener una opinión moderada; la gente o bien —como yo mismo— lo encuentra una obra maestra en su género, o no lo puede soportar». Y así seguiría siendo durante el resto de la vida de Tolkien: una facción lo elogiaría al máximo, mientras que la otra lo despreciaría por completo. En general, a Tolkien mismo esto no le importaba demasiado; incluso le divertía. Al respecto escribió:

The Lord of the Rings
is one of those things:

if you like you do:
if you don't, you boo![37]

No puede decirse que la Universidad de Oxford lo abucheara. Era demasiado cortés para hacerlo. Pero como el mismo Tolkien observó, sus colegas le dijeron: "Ahora sabemos qué ha estado haciendo todos estos años. Y por qué la edición de esta obra, y el comentario de aquélla, y las gramáticas *y* glosarios prometidos nunca se terminaban. Ya se ha entretenido; ahora debería *trabajar* un poco». El primer fruto de esta demanda fue una conferencia, postergada varios meses, sobre los elementos célticos en la lengua inglesa. Titulada "El inglés y el galés», fue leída el **21**de octubre de 1955, al día siguiente de la aparición de *El retorno del rey.* Era un largo examen, más bien difuso, de las

[37] *El Señor de los Anillos* / es una de esas cosas: / si te gusta te gusta, / si no, la abucheas.

relaciones entre ambos idiomas, cuyo único propósito (según la explicación de Tolkien) era presentar una serie de elementos. En efecto, contenía referencias autobiográficas de valor acerca de la historia de su propio interés por las lenguas. En el comienzo, Tolkien pedía excusas por el retraso, añadiendo que entre las muchas tareas que lo habían provocado estaba "la muy postergada aparición de un extenso trabajo, si así puede llamarse, que contiene, en la forma de presentación que encuentro más natural, gran parte de lo que yo, personalmente, he recibido del estudio de las cosas célticas».

Resultaba ya evidente, que *El Señor de los Anillos* no haría perder mil libras a Allen & Unwin. Las ventas aumentaban poco a poco, pero sin cesar. Recibieron además el impulso de una dramatización radial del libro que, como era inevitable, no gozó de la aprobación de su autor, quien tenía reservas acerca del teatro en general y aún más de la "adaptación" de obras literarias, por creer que este proceso las reducía a su nivel meramente humano, y por lo tanto más trivial. Sin embargo, las emisiones radiales contribuyeron a la popularidad del libro, y a principios de 1956 Tolkien recibió su primer pago de Allen & Unwin, de acuerdo con lo estipulado en el contrato, referente a la participación a medias en las ganancias: el cheque superaba las tres mil quinientas libras. Era bastante más de lo que ganaba al año en la universidad, y aunque naturalmente estaba feliz, no dejó de ver que los impuestos serían un grave problema. Las ventas se elevaron aún más durante 1956, *y* el cheque que recibió al año siguiente era sustancialmente mayor. A consecuencia de ese inesperado ingreso, lamentó no haber optado por jubilarse de su cátedra a los sesenta y cinco años en lugar de conservarla hasta los sesenta *y* siete —la edad usual del retiro en Oxford—, como había acordado. Sus preocupaciones por los impuestos, que pronto se comprobarían justificadas, hicieron que aceptara de buena gana la oferta de compra de los manuscritos de sus principales narraciones publicadas, que le hizo en 1957 la Universidad de Marquette, una institución católica del Medio Oeste estadounidense. Recibió la suma de mil doscientas cincuenta libras esterlinas, que equivalía entonces a cinco mil dólares, y en la primavera de 1958 los originales de El *hobbit, El Señor de los Anillos, y Egidio, el granjero de Ham,* junto con los de *El señor Bliss* (todavía inédito), cruzaron el Atlántico.

Además de dinero, *El Señor de los Anillos* estaba proporcionando a Tolkien gran cantidad de cartas de admiradores. Entre ellos se encontraba un verdadero Sam Gamgi, quien no había leído *El Señor de los Anillos* pero había oído decir que su nombre aparecía en él. Tolkien, muy divertido, le explicó el origen del nombre *y* le envió los tres volúmenes dedicados. Más tarde dijo: "Durante algún tiempo he vivido temiendo recibir una carta firmada por "S. Gollum". Eso no hubiera sido tan fácil de resolver".

Allen & Unwin había empezado a negociar las traducciones a lenguas extranjeras. La primera fue la holandesa, publicada en 1956, después de que Tolkien reprobara con severidad al traductor por sus tentativas iniciales de verter a su propia lengua la compleja serie de nombres que el relato contenía. Por fin, Tolkien se sintió complacido por la versión holandesa, pero no así por la sueca, editada tres años más tarde. No sólo desaprobaba gran parte de la traducción (conocía el sueco lo suficiente), sino que le irritó el prólogo, donde vio «cinco páginas de impertinentes disparates". El traductor interpretaba la obra como una alegoría de la política mundial contemporánea, relatada a «un ejército de nietos", *y* describía el muy comente suburbio de Oxford donde vivía Tolkien (se trataba de Headington, situado sobre una pequeña elevación llamada Headington Hill), como «un paisaje de jardines... con las Quebradas o las colinas de Headington al fondo». Tolkien envió su más enérgica protesta, *y* el prólogo fue eliminado de las posteriores ediciones en sueco.

En los años siguientes *El Señor de los Anillos* lite traducido a las principales lenguas europeas, y a muchas otras, con el resultado de que Tolkien recibió numerosas invitaciones para viajar al extranjero. Aceptó sólo una, y su visita a Holanda, en la primavera de 1958, fue un éxito. Sabía de antemano que encontraría una cálida

bienvenida, porque había sido amigo durante años del profesor Piet Harting, de la Universidad de Amsterdam, quien lo aguardaba a su llegada *y* lo atendió espléndidamente. El principal acontecimiento fue una «cena de los hobbits», ofrecida por un librero de Rotterdam, en la cual Tolkien pronunció un alegre discurso en inglés salpicado de neerlandés *y* de élfico. Era en parte una parodia del discurso de Bilbo en el comienzo de *El Señor de los Anillos, y* Tolkien concluía recordando «que se cumplen ahora exactamente veinte años desde que empecé a narrar la verídica historia de nuestros amados antepasados hobbits de la Tercera Edad. Miro hacia el este, el oeste, el norte y el sur y no veo a Sauron; pero sé que Saruman ha tenido numerosa descendencia. Nosotros, los hobbits, no disponemos de armas mágicas contra ellos. Sin embargo, mis queridos hobbits, os ofrezco un brindis. Por los hobbits. Ojalá sobrevivan a los sarumanes y vuelvan a ver la primavera en los árboles".

Estaba claro ya que *El Señor de los Anillos* era una especie de candente propiedad internacional. Stanley Unwin advirtió a Tolkien que pronto llegaría alguna oferta para llevar el libro al cine, *y* ambos decidieron una política: o bien un «tratamiento» respetuoso del libro, o una buena cantidad de efectivo. Como sir Stanley decía, la opción era "gloria O dinero". Las primeras tentativas del mundo cinematográfico se realizaron a fines de 1957: tres hombres de negocios estadounidenses visitaron a Tolkien *y* le mostraron los esbozos de una posible versión de *El Señor de los Anillos* en dibujo animado. Esos caballeros (Forrest J. Ackerman, Morton Grady Zimmerman *y* Al Brodax) le entregaron también el guión del film. Al leerlo, Tolkien descubrió que su obra no era tratada con el debido respeto. Una cantidad de nombres estaban mal escritos (Boromir aparecía como Borimor); se prescindía de toda marcha a pie y la hermandad del Anillo iba a todas partes montada en águilas, y el pan de los elfos, el *lembas,* era descrito como un «concentrado de alimentos". No parecía haber mucha gloria en el asunto, y tampoco mucho dinero, de modo que no se prosiguió la negociación. Pero era un indicio de lo que se acercaba. Mientras tanto, los ingresos que percibía Tolkien por sus libros continuaban siendo elevados. «Temo —escribió— que hay mucho que decir en favor de "las formas más groseras de éxito literario", como las ha llamado hace poco un crítico resentido."

Las ventas de *El hobbit* y *El Señor de los Anillos* aumentaban a un ritmo sostenido, pero no hubo cambios drásticos hasta 1965. A principios de ese año llegó la noticia de que un editor estadounidense, que no parecía sufrir de exceso de escrúpulos, se proponía hacer una edición de *El Señor de los Anillos,* en rústica, no autorizada *y* sin pagar derechos de autor. En ese momento la situación de la propiedad literaria en los Estados Unidos era confusa, de modo que el editor pensaba sin duda que podía hacerlo con toda impunidad, sabiendo además que la obra se vendería mucho, sobre todo entre los estudiantes, quienes ya comenzaban a demostrar su interés por ella. La Única forma de salvar la situación consistía en que el editor autorizado de Tolkien en los Estados Unidos, Houghton Muffin, produjera tan rápido como le fuera posible su propia edición en rústica, la cual estaba previsto que se hiciera en colaboración con Ballantine Books. Pero para poder registrar los derechos de esa nueva edición, era necesario introducir una cantidad de cambios en el texto, de modo que el libro fuera técnicamente "nuevo". Rayner Unwin fue a Oxford, explicó todo esto a Tolkien *y* le pidió una apresurada revisión no sólo de *El Señor de los Anillos,* sino también de *El hobbit,* para que también éste quedara protegido. Tolkien estuvo de acuerdo y Unwin regresó satisfecho a Londres.

Normalmente, ante la sola palabra "revisión" Tolkien ponía manos a la obra. Pero no fue así en esta oportunidad. Se había acostumbrado a no respetar las fechas de entrega y las solicitudes urgentes de manuscritos, y continuó puliendo su nuevo relato, *El herrero de Wootton Major* (que acababa de escribir), trabajando en su traducción de *Gawain,* y efectuando algunas modificaciones a su poema élfico *Namárië,* al cual el compositor

Donald Swann quería poner música como parte de un ciclo de canciones de Tolkien. Cuando concluyó todas estas tareas era junio, y la edición que Tolkien y sus amigos consideraban "pirata» acababa de aparecer.

Su editor era Ace Books, quien, al ser acusado, sostuvo que su edición nada tenía de ilegal, aunque había sido impresa sin permiso de Tolkien ni de su legítimo editor, *y* no se había ofrecido a aquél ningún pago de sus derechos. La edición de Ace estaba bastante bien cuidada, y su precio, setenta y cinco centavos de dólar por volumen, era muy bajo. Había algunas erratas, pero, en conjunto, reproducía de un modo correcto el texto de Tolkien, tanto que incluía la promesa de un índice de nombres formulada en el prólogo, y la nota final donde se pedía disculpa por su ausencia. Ace era una conocida editorial de ciencia ficción y sin duda mucha gente compraría la obra mientras no apareciera otra edición autorizada en rústica. Se pidió a Tolkien que completara con urgencia la revisión (en la que, según se suponía, había estado trabajando asiduamente durante los últimos seis meses).

Tolkien empezó a trabajar, pero no en la revisión de *El Señor de los Anillos,* que era urgente, sino en la de *El hobbit,* que no lo era. Invirtió muchas horas en la búsqueda de algunas notas que había hecho con anterioridad, pero no logró encontrarlas. Tropezó en cambio con una versión mecanografiada de *La nueva sombra,* un texto perteneciente a *El Señor de los Anillos,* que había iniciado mucho antes para abandonarlo después de escribir unas pocas páginas. Se refería al retorno del mal a la Tierra Media. Permaneció despierto hasta las cuatro de la madrugada meditando sobre esto. Cuando al día siguiente volvió a *El hobbit,* encontró que una gran parte le parecía «muy pobre» y tuvo que contenerse para no iniciar la reescritura íntegra del libro. El repaso le llevó bastante tiempo, y cuando por fin retomó *El Señor de los Anillos* ya era el verano. Decidió introducir una cantidad de cambios para corregir algunas contradicciones, y controló el índice que le habían preparado, pero sólo en agosto pudo enviar a Estados Unidos el texto revisado.

Entretanto, el editor oficial, Ballantine Books, había resuelto no esperar más. Para tener al menos un libro de Tolkien en las librerías, publicó *El hobbit* en su versión original, sin esperar la revisión de Tolkien, que sería incluida en una edición posterior. Le enviaron un ejemplar que le asombró por el dibujo de la cubierta. Ace Books, a pesar de su piratería, había elegido a un artista que estaba familiarizado con el texto; pero la ilustración de Ballantine no parecía tener ninguna relación con *El hobbit:* mostraba una colina, dos avestruces y un extraño árbol con frutos esféricos. Tolkien explotó: "¿Qué tiene que ver esto con el relato? ¿Dónde está ese lugar? ¿Por qué los avestruces? ¿Y qué es esa cosa con bolas rosadas?». La respuesta fue que el artista no había tenido tiempo de leer el libro y que el objeto con bolas rosadas se proponía "sugerir un árbol de Navidad», y Tolkien sólo pudo decir: "Empiezo a creer que estoy encerrado en un manicomio".

En octubre de 1965 se publicó en Estados Unidos la edición «autorizada" en rústica de *El Señor de los Anillos,* con las revisiones de Tolkien y también con los avestruces *y* el árbol de Navidad en la cubierta del primer volumen, aunque luego esta ilustración fue sustituida por un dibujo original del propio autor, de quien también aparecían Otros dibujos en las cubiertas del segundo y el tercer volumen. Cada ejemplar contenía un mensaje de Tolkien: "Esta edición en rústica, y no otra, ha sido publicada con mi consentimiento *y* cooperación. Quienes favorezcan (al menos) la cortesía para con los autores vivientes deberían adquirir ésta, *y* ninguna otra".

Pero esto no produjo resultados inmediatos. La edición de Ballantine (quien pagaba derechos de autor) costaba veinte centavos de dólar más por volumen que la edición de Ace, y los estudiantes norteamericanos no demostraron al principio ninguna preferencia. Era obvio que se debía hacer algo. Y por curioso que parezca, Tolkien desempeñó un papel eficaz e importante en la campaña que se iniciaba; curiosamente, porque no era un hombre de negocios, y también irónicamente porque sus hábitos tan poco comerciales le

dieron gran ventaja. Había "desperdiciado" muchas horas (que hubiera debido invertir en completar sus obras) en responder a las innumerables cartas de sus admiradores; esto significaba que disponía, sobre todo en los Estados Unidos, del afectuoso apoyo de muchas docenas de entusiastas corresponsales, que deseaban acudir en su defensa. Tolkien comenzó a incluir en sus respuestas a estos lectores una nota en la cual les informaba que la edición de Ace no contaba con su autorización, solicitándoles que lo transmitiesen a sus amigos. Esto pronto dio notables resultados. Los lectores americanos no sólo comenzaron a negarse a comprar la edición de Ace, sino que exigieron a los libreros que la retiraran de sus anaqueles. Un club de admiradores, The Tolkien Society of América, recientemente formado, entró en combate. Hacia fin de año las ventas de Ace sufrieron un brusco descenso; y cuando la causa de Tolkien fue apoyada también por la Science Fiction Writers of America, un gremio influyente que aplicó una presión considerable sobre Ace, el resultado fue que esta editorial escribió a Tolkien ofreciéndole el pago de los derechos por todos los ejemplares vendidos, y comprometiéndose a no reeditar la obra una vez agotada su existencia. Se firmó entonces un tratado y concluyó "la guerra por la Tierra Media", como la denominara un periodista.

Pero la consecuencia más importante aún no había llegado. La disputa atrajo una publicidad considerable, y el nombre, así como los títulos de los libros de Tolkien, llegaron a ser ampliamente conocidos en los Estados Unidos. Durante 1965, se habían vendido cerca de cien mil ejemplares de la edición de *El Señor de los Anillos* de Ace; pero esa cifra fue pronto superada por la edición "autorizada", que llegó en poco tiempo al millón de ejemplares. Sin quererlo, Ace había prestado un gran servicio a Tolkien al trasladar el libro desde la "respetable" situación de tapa dura —en la que había languidecido durante varios años— a la cumbre de los *best-sellers* populares. Comenzó entonces el culto universitario de la obra.

Sin duda, los textos de Tolkien poseían muchos elementos que resultaban atractivos para los estudiantes norteamericanos. El énfasis puesto en la protección de la naturaleza contra la devastación de la sociedad industrial coincidía con la aparición del movimiento ecologista, y era fácil ver en *El Señor de los Anillos* un panfleto adecuado al momento. Pero la principal atracción residía, como dijera mucho antes Lewis, en su desvergonzado retorno a la novela heroica. Los críticos más duros hablaban de escapismo, y otros más duros aún comparaban su éxito con la perniciosa influencia de las drogas alucinógenas que estaban poniéndose de moda en algunos círculos de estudiantes; pero, por la razón que fuera, para cientos de miles de jóvenes en los Estados Unidos, la historia del viaje de Frodo con el Anillo se había convertido en "el libro" por excelencia, muy por encima de cualquier *best-seller* anterior. A fines de 1966 un periódico informaba: "En Yale, la trilogía se está vendiendo más rápido que *El señor de las moscas,* de William Golding, en su momento culminante. En Harvard, ha sobrepasado a *El guardián entre el centeno,* de J.D. Salinger». Aparecieron chapas con leyendas como «Frodo vive», «Gandalf presidente» y "Ven a la Tierra Media». Muy pronto crecieron en la costa oeste y en el estado de Nueva York ramas de la Tolkien Society, que acabó por convertirse en la Mythopoeic Society, dedicada también al estudio de las obras de C.S. Lewis y de Charles Williams. Los miembros de los clubes de admiradores organizaban «hobbit picnics» donde se comían setas y se bebía sidra y la gente iba vestida como los personajes de la historia. Más tarde, los textos de Tolkien accedieron también a la respetabilidad de los círculos académicos de los Estados Unidos, y se escribieron tesis con títulos como «Análisis paramétrico de la ironía y el conflicto antitético en *El Señor de los Anillos* de J.R.R. Tolkien». En las librerías universitarias aparecieron obras críticas sobre Tolkien. La hija del presidente, un astronauta y una estrella de cine expresaron su entusiasmo en sendas cartas. En los muros aparecieron leyendas como:
"J.R.R. Tolkien crea hobbit».
El entusiasmo estadounidense se contagió a otros países. Durante un festival en Saigón, un bailarín vietnamita llevaba un escudo con el ojo sin párpados de Sauron; y en Borneo

se formó la Sociedad Frodo. Al mismo tiempo, aumentó en Inglaterra el interés por los libros de Tolkien, en parte porque quienes en la infancia habían leído sus obras llegaban ahora a la adultez y comunicaban esa admiración a sus amistades, y en parte por reflejo del culto desarrollado en los Estados Unidos. Las ventas del libro aumentaron rápidamente, se formó una Tolkien Society en Londres con ramificaciones en el resto del país, los estudiantes de la Universidad de Warwick bautizaron Tolkien Road al camino que rodeaba el campus, y una "revista psicodélica» titulada *Gandalfs Garden* manifestó de un modo explícito que pretendía "reunir personas hermosas». En el número uno opinaba que Gandalf "penetraba de inmediato en el mundo espiritual de los jóvenes como el héroe mitológico de la época».

En cuanto a Tolkien, en una carta que enviara a Norman Davis, se refería al entusiasmo que despertaban sus libros como "el deplorable culto a mi persona"; y a un periodista que le preguntó si le agradaba ser tan popular entre los jóvenes americanos le respondió: «El arte los impulsa y no saben qué es lo que los impulsa, y se embriagan. Muchos jóvenes americanos están relacionados con mis historias de un modo distinto al mío".

Las ventas siguieron en aumento, y aunque es imposible dar una cifra exacta, a fines de 1968 se habían vendido en todo el mundo cerca de tres millones de ejemplares de *El Señor de los Anillos,* que fue traducido a muchos idiomas.

El número de periodistas que querían entrevistar a Tolkien era cada vez mayor, y aunque a éste no le gustaban los reportajes, su cortesía natural le impedía rehusar. Por fin, eligió a algunos por quienes sentía una preferencia particular, e insistió en comunicarse exclusivamente con ellos. Visitantes de todas clases llegaron con propuestas de negocios relacionados con su libro y, aunque prefería no ser molestado, solía recibirlos. En general, parecía gustar de las personas la primera vez que las veía, pero le irritaban poco tiempo después. Tal vez pensando en esto, instaló en su estudio un despertador que sonaba a los pocos minutos que alguien llegaba, indicando así que debía retirarse para atender otras ocupaciones.

Los admiradores norteamericanos comenzaron a organizar peregrinaciones para verlo. Dick Plotz, miembro fundador de la Tolkien Society americana, le hizo una entrevista para *unfanzine.* El profesor Clyde S. Kilby, de Illinois, demostró gran interés por *El Silmarillion,* obra que los devotos de Tolkien esperaban con impaciencia; Tolkien le enseñó algunos manuscritos de la obra y le alegraron sus elogiosas observaciones. Otro académico estadounidense, William Ready, luego de entrevistarse con él, publicó un libro sobre Tolkien que éste encontró "insultante y ofensivo», a partir de lo cual fue más cauto con aquellos que lo visitaban. A principios de 1968 la BBC realizó un film sobre él, titulado *Tolkien en Oxford;* no se mostraba receloso ante la cámara y hasta parecía divertirle. Pero, en general, nada de esto le causaba placer. Escribió a un lector:

«Ser en vida una figura de culto no es nada agradable. Como quiera que sea, no creo que ayude mucho a engreírlo a uno; en mi caso, me hace sentir en extremo pequeño e incapaz. Pero ni siquiera la nariz de un ídolo muy modesto puede mantenerse del todo indiferente al dulce olor del incienso".

VII.- *1959-1973: Los últimos años*

1 Headington

La fama lo dejaba perplejo. Nunca la habla esperado ni le parecía adecuada. Que sus lectores se entusiasmaran con sus narraciones podía pasar, pero ¿por qué se ocupaban de él con tanto alboroto? Debía afrontar montañas de correspondencia de sus admiradores, y muchas personas no se limitaban a enviar cartas, sino que adjuntaban regalos de todo tipo: pinturas, esculturas, jarras, fotografías de dos mismos disfrazados de personajes de los libros, cintas magnetofónicas, comida, bebida, tabaco, tapices. La casa de Sandfield Road 76, donde los Tolkien vivían ahora, repleta ya de libros y papeles, comenzaba a desbordar de regalos. Tolkien pasaba día tras día escribiendo cartas de agradecimiento. Cuando Allen & Unwin le ofreció ayuda para contestar su correo acepto de buen grado. Pero como su dirección había recibido cierta publicidad, y su número de teléfono figuraba en la gula de Oxford, padecía también otras molestias. Visitantes que llegaban sin estar citados y le pedían autógrafos o dinero. Por lo general, eran atentos aunque también, a veces, amenazantes. El teléfono sonaba en mitad de la noche: se trataba de un norteamericano desconocido que deseaba hablar con él personalmente y no tenía la menor idea de la diferencia horaria. Y lo peor era que la gente empezaba a tomar fotografías a través de las ventanas. No era la clase de cosas que deberían ocurrir en un mundo ordenado, una Comarca bien protegida.

A medida que Tolkien envejecía, muchas de sus características se agudizaban. Eran cada vez más pronunciadas su apresurada forma de hablar, su mala articulación y sus frases entre paréntesis. Antiguas actitudes, como su rechazo de la cocina francesa, se convirtieron en absurdas caricaturas de sí mismas. Lo que dijo una vez sobre los prejuicios de C.S. Lewis se podría haber dicho de él en su ancianidad:
"Tenía muchos, algunos imposibles de erradicar, porque se basaban en la ignorancia y eran impenetrables a la información». Al mismo tiempo, no tenía tantos prejuicios como Lewis, aunque "prejuicios" no es la palabra exacta, puesto que implica actos fundados en opiniones, mientras que las extrañas creencias de Tolkien rara vez determinaban su conducta. No se trataba tanto de prejuicios como del hábito (bastante corriente en Oxford) de hacer afirmaciones dogmáticas acerca de asuntos de los que sabía muy poco.
En algunos sentidos, la ancianidad le parecía profundamente angustiosa, pero en otros sacaba al exterior lo mejor que había en él. Le ponía triste la evidencia de que sus energías lo abandonaban, y escribía en 1965: "Encuentro difícil trabajar; empiezo a sentir la vejez y el fuego que se extingue". De vez en cuando esto lo impulsaba a la desesperación, y en los últimos años las depresiones que habían caracterizado su vida se acentuaron aún más: su sentimiento de retiro y abandono bastaba para evocar este aspecto de su naturaleza. Pero la otra faceta de su personalidad, su capacidad para la amistad y el buen ánimo, continuaba siendo vigorosa, e incluso mayor, equilibrando así el creciente abatimiento que sufría. Físicamente mejoraba con la vejez: las arrugas suavizaban la expresión de su rostro largo, delgado y anguloso, y debajo del chaleco de color que ahora usaba casi siempre, había un abdomen cada vez más rotundo. Sus amigos estaban de acuerdo en que la madurez le favorecía. La necesidad de sentirse acompañado aumentaba con el tiempo, y los ojos parpadeantes, el discurso entusiasta, la risa explosiva, la fácil cordialidad y su carácter expansivo en la mesa de su casa o de un bar hacían de él una compañía muy agradable.
"Era un hombre de "amigotes" —escribió C.S. Lewis en su nota necrológica—, y no había sitio mejor para él que un pequeño círculo de íntimos cuyo tono fuera a la vez bohemio, literario y cristiano. »Sin embargo, cuando Tolkien se retiró de la cátedra de Merton en el verano de 1959, se puso casi deliberadamente fuera del alcance de esos «amigotes", de esa sociedad que (aparte de su familia) era lo que más amaba, y experimentó, por consiguiente, cierta insatisfacción. En esos últimos años, veía alguna vez a Lewis y visitaba cada tanto el *Bird and Baby* y los Kilns, donde vivía Lewis, en el lado opuesto de Headington; Lewis y él podrían haber conservado en parte su antigua amistad si a Tolkien no le hubiera desconcertado e irritado el casamiento de aquél con Joy Davidman, que duró de 1957 hasta la muerte de ella en 1960. Sus sentimientos pueden explicarse,

quizá, por el hecho de que ella era divorciada, y también porque a Tolkien no le agradaba el que Lewis pretendiera que sus amigos homenajearan a su nueva esposa; mucho más si consideraba que cuando Lewis tenía treinta años era un verdadero solterón que presumía de ignorar el hecho de que alguien se despidiera para volver junto a su mujer. Y había todavía más. Tolkien se sentía, en apariencia, traicionado por ese matrimonio y le disgustaba la intrusión de una mujer en su amistad, así como a Edith le había molestado la presencia de Lewis. Irónicamente, Edith fue buena amiga de joy Davidman.

A mediados de los años cincuenta, el final de las reuniones regulares de Tolkien con Lewis marcó el cierre del período de su vida dedicado a los clubes, iniciado con la T.C., B.S. y desarrollado al máximo en *The Inklings.* Desde ese momento en adelante fue un solitario que pasaba la mayor parte del tiempo en su casa. Esto se debía sobre todo a la necesidad, puesto que le preocupaban mucho la salud y el bienestar de Edith, a quien se le hacía cada vez más difícil moverse y sufría de constantes trastornos digestivos, motivo por el cual Tolkien se sentía obligado a pasar con ella todo el tiempo posible. Pero este cambio en su vida era también, en cierta medida, un abandono deliberado de la compañía con la que había vivido, trabajado y conversado durante cuarenta años; por otra parte, Oxford estaba cambiando, y su generación cedía el paso a hombres diferentes, menos discursivos y sociables al modo antiguo y, desde luego, menos cristianos.

En su discurso de despedida, ante un nutrido auditorio, en el salón del Merton College, al final de su último curso de verano, Tolkien se refirió a algunos cambios que ocurrían en Oxford. Lanzó algunas mordaces observaciones contra el énfasis creciente en la investigación de postgraduado, a la que describió como "la degeneración de la curiosidad y el entusiasmo legítimos en economía planificada, según cuyas normas se embutía un tiempo determinado de investigación en tripas de tamaño más o menos estándar, para fabricar salchichas del tamaño y forma aprobados por nuestro propio y pequeño libro de cocina". No concluyó con una referencia a asuntos académicos, sino con una cita de su propia canción élfica de despedida, *Namárië.* Después de cuatro décadas de servir en la universidad, se proponía dedicar todo el tiempo posible a sus leyendas, y en especial a la conclusión de *El Silmarillion,* que Allen & Unwin estaba muy interesada en publicar, después de una espera de varios años.

Sandfield Road no era el mejor lugar para el retiro. Tolkien había vivido allí durante seis años y conocía bien sus limitaciones; sin embargo, ni aún así estaba preparado para la sensación de aislamiento que empezó cuando ya no tuvo que hacer un viaje diario a la Universidad. La casa se encontraba a tres kilómetros del centro de Oxford, y la parada del autobús a una distancia superior a la que podía recorrer Edith con facilidad. Por consiguiente, toda salida a Oxford o a las tiendas de Headington suponía llamar a un taxi. Los amigos no iban de visita con tanta frecuencia como cuando los Tolkien vivían en el centro. Christopher y su esposa Faith acudían a menudo; Faith era escultora y había hecho un busto de su suegro que el claustro de profesores le regaló el día de su despedida; posteriormente, Tolkien lo hizo fundir en bronce a sus propias expensas, y la escultura quedó más tarde instalada en la biblioteca de la Universidad. Pero Christopher, quien entonces era profesor, y luego accedió a una plaza pensionada en el New College, estaba muy ocupado con su trabajo. Jhon era párroco en Staffordshire y Michael, que era maestro en las Midlands, sólo podía hacer visitas ocasionales con su familia (un hijo y dos hijas). Priscilla había regresado a Oxford, donde trabajaba como *Probation Officer,* y visitaba a sus padres con frecuencia, pero vivía en el otro extremo de la ciudad y tenía también sus propias preocupaciones.

Los contactos de Tolkien con la vida académica se reducían a ocasionales entrevistas con Alistair Campbell, el erudito en lengua anglosajona que había sucedido en la cátedra a Charles Wrenn, y a comidas con su antiguo discípulo Norman Davis, el nuevo profesor de Lengua y Literatura Inglesa de Merton. Davis y su mujer comprendieron pronto que esas reuniones eran una parte importante en la vida de los Tolkien, pues significaban para ellos una liberación de la confinada rutina doméstica de Sandfield Road. Una vez por semana los Davis los llevaban a algún restaurante rural en boga, aunque ninguno atraía mucho tiempo a los Tolkien, a causa de algún fallo en la cocina, lo abultado de la cuenta o el hecho de que fuera preciso ir por algún camino nuevo que echaba a perder el paisaje. En el restaurante bebían una copa —Edith había descubierto que un buen coñac favorecía

su digestión— y hacían luego honores a una excelente comida en la que no faltaba el vino. Lena Davis conversaba con Edith, a quien quería, dejando que los dos hombres se entregaran a sus propios asuntos. Y aparte de esto y los acontecimientos familiares, a poco más llegaba la vida social de Tolkien.

El Exeter College le concedió una Honorary Fellowship en 1963, y luego Merton su Emeritus Fellowship. Pero aunque siempre fue bien recibido en ambos *colleges* y lo invitaban con frecuencia, raramente asistía a sus cenas; cuando lo hacía, comía poco, pensando lo peor de la cocina. No cenaba fuera a menos que Priscilla o alguna amiga acompañase a Edith. En esa época, su preocupación por ella era siempre lo principal.

Inmediatamente después de su retiro tuvo bastante que hacer con los arreglos domésticos. Fue necesario encontrar espacio para todos los libros de sus habitaciones del *college,* y como su estudio—dormitorio de Sandfield Road estaba ya repleto, decidió convertir el garaje (que como no tenía coche estaba desocupado) en despacho y biblioteca. El traslado de los libros llevó varios meses, y no fue por cierto un alivio para el lumbago del que ahora se quejaba. Pero cuando todo quedó en su sitio, comenzó a revisar y completar *El Silmarillion.*

Dada su costumbre a las reescrituras drásticas, tomó la decisión de reconstruir toda la obra. Le ayudaba su secretaria de jornada parcial Elisabeth Lumsden quien, como dos de sus sucesoras, Naomi Collyer y Phyllis Jenkinson, llegó a ser amiga de Tolkien y de Edith. Apenas había comenzado cuando tuvo que interrumpir el trabajo por la llegada de las pruebas de su edición del *Ancrene Wisse,* demorada por una huelga de la imprenta. De mala gana abandonó su mitología y corrigió doscientas veintidós páginas escritas en inglés medio, agregando llamadas al pie. Una vez que acabó con *el Ancrene Wisse,* retornó al que para él era su “verdadero trabajo», pero le pareció que, antes de proseguir con *El Silmarillion,* debía concluir la revisión de sus traducciones de *Gawain* y *Pearl,* y escribir las introducciones que los editores le habían pedido. Antes de que pudiera terminar alguna de estas tareas, Allen & Unwin le encargó otra: debía revisar su conferencia sobre los cuentos de hadas pues deseaban reeditarla junto con *Hoja de Niggle.* Esta falta de continuidad en su labor, que demoraba la conclusión de cualquier proyecto, lo frustraba cada vez más.

Invertía también una considerable cantidad de tiempo en contestar la correspondencia. Sus lectores le escribían elogiando, criticando, o pidiendo información sobre algún elemento de sus narraciones. Tolkien tomaba todas las cartas con la misma seriedad, en especial las de los niños o las personas maduras. A veces hacía dos o tres borradores de la contestación, y otras quedaba insatisfecho con el resultado o tan indeciso acerca de lo que debía decir que nunca respondía. O extraviaba una carta después de escribirla y pasaba horas revolviendo el garaje o el estudio hasta dar con ella. La búsqueda solía revelar otras cosas olvidadas, una carta sin responder o un cuento inconcluso, y entonces abandonaba lo que hubiera comenzado, para dedicarse a leer o a reescribir lo que acababa de descubrir. De este modo transcurrían muchos días.

Siempre le gustó responder a las peticiones de los lectores que deseaban dar el nombre de un lugar o un personaje de sus obras a su casa, a un animal doméstico o incluso a un hijo; pensaba que tales solicitudes eran pura cortesía y se indignó cuando un alíscafo fue bautizado «Shadowfax” (el caballo que montaba Gandalf) sin su autorización. Quienes le escribían por estos motivos solían tener recompensas inesperadas: un criador de ganado de jersey que solicitaba usar «Rivendel» como nombre para un rebaño recibió una carta donde Tolkien le decía que la palabra élfica para “toro” era *mundo* y le sugería una cantidad de nombres para cada toro de ese rebaño. (Después de remitir esta carta, Tolkien empezó a investigar por qué *mundo* significaba toro, algo que no había tenido en cuenta anteriormente). Como éste y otros asuntos similares le preocupaban cada vez más, dedicaba poco tiempo a *El Silmarillion.*

Sin embargo, no abandonó esta tarea, y tal vez lo hubiera podido llegar a publicar de haber sido más disciplinado adoptando métodos de trabajo regulares. Pero muchas de sus horas las pasaba haciendo solitarios, a veces hasta muy tarde por la noche. Era una vieja costumbre, y había inventado una cantidad de variantes, que de buena gana enseñaba a otros aficionados a los solitarios. Aunque no dejaba de meditar mientras en apariencia perdía el tiempo con las barajas, le remordía gastar el tiempo de esa forma. A menudo pasaba horas haciendo maravillosos e intrincados dibujos en los márgenes de los periódicos, mientras resolvía las palabras cruzadas. Esos

dibujos estaban inevitablemente relacionados con sus narraciones, y evocaban la heráldica élfica, los diseños de tapices de Númenor o exóticas plantas con nombres en quenya o sindarin. Al principio le fascinaban. Pero luego se sentía avergonzado por lo que no consideraba sino métodos dilatorios, e intentaba volver al trabajo. Entonces, sonaba el teléfono, o Edith le pedía que la acompañase a hacer compras o a tomar el té con una amiga, y Tolkien abandonaba su labor por el resto de la jornada.

Él mismo era en parte responsable de trabajar tan poco y la depresión que esto le causaba hacía que le fuese aún más difícil retornar a la tarea, aparte de lo que lo entristecía su modo de vida, al cual, en muchas ocasiones, consideraba monótono y restrictivo. "Los días parecen en blanco —escribió una vez— y no puedo concentrarme en nada. Encuentro la vida aburrida en esta prisión.»

En particular, echaba de menos la compañía masculina. Su viejo amigo y médico, R.E. Havard, miembro de *The Inklings,* vivía muy cerca; era católico y con frecuencia se sentaba a su lado durante la misa, los domingos. Conversar con él durante el regreso era un rasgo importante de la semana, aunque muchas veces sólo conseguía acrecentar la nostalgia.

C.S. Lewis murió el 22 de noviembre de 1963, a los sesenta y cuatro años. Pocos días más tarde, Tolkien escribió a su hija Priscilla:
"Hasta ahora sólo había tenido los sentimientos normales de un hombre de mi edad, comparable a un árbol anciano que pierde sus hojas una por una; esto es como un golpe del hacha junto a las raíces".

Se negó a escribir una necrológica de Lewis, y rechazó la invitación a colaborar en un libro de homenaje. Pero pasó muchas horas meditando en el último libro de su amigo: *Cartas a Malcolm, sobre todo acerca de la plegaria.*

Poco después de la muerte de Lewis empezó a llevar un diario, algo que durante muchos años había dejado de hacer. En parte era un pretexto para emplear otro alfabeto que había inventado; lo llamaba su "Nuevo Alfabeto Inglés», agregando que se proponía mejorar "el ridículo alfabeto propuesto por personas que competían por el dinero de ese absurdo Shaw". Empleaba letras convencionales (aunque con diferentes valores de sonido), algunos signos fonéticos internacionales y ciertos símbolos de su propio alfabeto *fëanorian.* Tolkien recurría a él siempre que deseaba registrar algún asunto privado. Como todos sus diarios, éste contenía más penas que alegrías, y no daba una imagen del todo estimable de su vida en Sandfield Road. Indicaba, sin embargo, la espantosa profundidad de las depresiones en que, aunque por breves períodos, era capaz de sumergirse. "La vida es gris y sombría —escribió en uno de esos momentos—. Nada puedo hacer entre la aridez y el aburrimiento (confinado en mis habitaciones), entre la ansiedad y la desesperación. ¿Adónde iré[2] ¿A un hogar de ancianos, sin libros, contactos ni conversación con otros hombres[2] ¡Dios me asista!"

Pero como solía ser típico en él, Tolkien consiguió que esta depresión diera frutos positivos. Así como su angustia por no poder terminar *El Señor de los Anillos* había dado origen a *Hoja de Niggle,* la preocupación por su futuro y el creciente dolor por la aproximación de la vejez lo llevaron a escribir *El herrero de Wootton Major.*

El relato nació de forma curiosa. Un editor estadounidense había pedido a Tolkien que escribiera el prólogo de una nueva edición de *La llave dorada,* de George Macdonald. Por regla general rechazaba este tipo de invitaciones; pero esa vez, sin una razón especial, aceptó. Comenzó a trabajar a fines de enero de 1965, un momento en que su ánimo estaba particularmente decaído. Halló el libro de Macdonald mucho menos agradable de lo que lo recordaba, y observó que era «malo, incoherente y mal escrito, a pesar de unos pocos pasajes memorables». (Tolkien no tenía la apasionada devoción de C.S. Lewis por Macdonald; le gustaban los libros de «Curdie», pero hallaba que la literatura de Macdonald estaba estropeada por su contenido alegórico moral.) Sin embargo, a pesar de lo que opinaba acerca del relato, y de un modo poco usual en él, continuó su labor, como si quisiera demostrarse a sí mismo que aún era capaz de trabajar. Comenzó por explicar, a los jóvenes lectores a quienes se destinaba la edición, el significado del término *fairy* [«hada»]:

Fairy es muy poderosa. Ni siquiera un mal autor puede resistirse. Probablemente construye su historia con trocitos de cuentos más antiguos, o cosas que recuerda a medias, o demasiado valiosas para que él se desencante o las estropee. Alguien puede encontrarlas por vez primera en su tonta historia, y vislumbrar a Fairy, y pasar a cosas mejores. Esto se podría decir de un cuento breve

como éste. Había una vez un cocinero, que se proponía hacer un pastel para una fiesta infantil. Su idea principal era que debía ser muy dulce...

Esta narración sólo debía extenderse a unas cuantas frases. Pero siguió y siguió, hasta que Tolkien se detuvo, comprendiendo que tenía vida propia y debía completarse como un texto aislado. En el primer borrador se llamó "El gran pastel", pero pronto adoptó el nombre de *El herrero de Wootton Mayor.* (El prólogo al libro de Macdonald no fue terminado.)

El herrero era insólita por dos motivos: estaba escrita a máquina
—cosa que Tolkien no acostumbraba hacer— y se refería estrecha y conscientemente a él mismo. Dijo de ella que era "la historia de un anciano, lleno de los presagios de la partida", y en otra parte que estaba "escrita con profunda emoción, en parte extraída de la experiencia de la soledad del retiro y de la vejez". Como Smith, el chico del pueblo que traga una estrella mágica y obtiene así su pasaporte a Faery, Tolkien, en su imaginación, había viajado hacia tierras misteriosas; pero ahora sentía la proximidad del final y era consciente de que se acercaba el momento en que debería entregar su propia estrella, su inventiva. Y éste fue el último relato que escribió.

Poco después de terminarlo, Tolkien se lo mostró a Rayner Unwin; a éste le encantó, pero sentía que se necesitaban otros cuentos para editar un volumen que fuera lo bastante sustancial. No obstante, Allen & Unwin decidió publicarlo en solitario, y en 1967 aparecía en Inglaterra y Estados Unidos la edición de *El herrero de Wootton Mayor* con ilustraciones de Pauline Baynes. El libro fue en general bien recibido por los críticos, aunque ninguno de ellos advirtió su contenido personal ni el alegórico, tan poco habitual en su autor. Tolkien dijo a propósito de esto: *«No* hay alegoría en el Faery, cuya existencia se concibe como extramental. Hay ciertos vestigios de alegoría en la parte humana, que me parece evidente, aunque ningún crítico o lector haya declarado hasta ahora su aversión al respecto. Como de costumbre, no hay "religión" en el relato; pero como está bastante claro, el Maestro Cocinero y el Gran Salón, etc. son una alegoría (algo satírica) de la iglesia y el párroco del pueblo, cuyas funciones han decaído, perdiendo todo contacto con las "artes", hasta convenirse meramente en comer y beber, de modo que sólo en los niños queda una última huella de «otra cosa"»

En este período Tolkien completó otros dos libros para su publicación. En 1964 su conferencia, revisada, *Sobre los cuentos de hadas* apareció junto con *Hoja de Niggle* en un solo volumen bajo el título general de *Árbol y hoja;* y cuando en 1961 su tía Jane Neave, de ochenta y nueve años, le preguntó en una carta «si no podía editar un libro pequeño que hablara de Tom Bombadil, ese tipo de libro que nosotros los ancianos podemos comprar como regalo de Navidad", el resultado fue *Las aventuras de Tom Bombadil.* Los poemas elegidos para esta obra habían sido escritos en su mayoría entre 1920 y 1930, con las excepciones *de Bombadil sale en barca,* compuesto especialmente para el libro, y *Gato,* escrito en 1956 para entretener a Joan Anne, la nieta de Tolkien. El libro, ilustrado también por Pauline Baynes, apareció justo a tiempo de alegrar los últimos días de jane Neave, quien falleció poco después.

Aunque a veces la vida en el retiro le pareciera a Tolkien «gris y sombría", no dejaba de ofrecerle muchos momentos de gozo. Por primera vez disponía de dinero. Ya en 1962, antes del espectacular aumento de las ventas de sus obras en los Estados Unidos, había escrito: "Es una situación que me deja atónito, y espero agradecérselo a Dios lo suficiente. Hace muy poco me preguntaba si podría seguir viviendo aquí, con mi escasa pensión. Pero a menos que ocurra una catástrofe universal, no es probable que vuelva a sufrir dificultades por el resto de mis días".

Los impuestos se llevaban gran parte de sus ganancias, pero soportaba esto con filosofía, aunque en cierta ocasión cruzó un cheque por una gran suma destinada a las autoridades impositivas con las palabras "Ni un penique para el Concorde". Cerca del fin de su vida hizo un arreglo financiero que cedía a sus cuatro hijos la mayoría de sus bienes.

Fue generoso con su recién adquirida riqueza, y entregó (anónimamente) una suma importante a la iglesia parroquial de Headington. Pero lo que más le alegraba era poder ayudar a los miembros de su familia. Regaló una casa a uno de sus hijos, un coche a otro, un violonchelo a un nieto, la matrícula escolar a una nieta. Sin embargo, a pesar de la abundancia, no perdió el hábito de cuidar cada moneda, adquirido durante años de grandes gastos y pequeños ingresos; y su diario, aparte de

registrar la temperatura, incluía invariablemente un informe del dinero gastado, por pequeña que fuera la suma: “Correo aéreo, IS 3d; hojas Gillette, 25 IId; sellos postales, 71/2d; Steradent 6s 2d”. Nunca despilfarró el dinero; ni él ni Edith instalaron jamás aparatos eléctricos en su hogar, porque nunca los habían usado ni imaginaban que pudieran necesitarlos ahora. En la casa no había televisor, y tampoco lavadora o lavavajillas.

No obstante, le daba gran placer poseer mucho dinero. Tolkien se permitía pequeñas extravagancias selectas: una buena comida en un restaurante después de una mañana de compras en Oxford, una chaqueta de pana, un nuevo chaleco de la sastrería Hall, vestidos para Edith.

Todavía él y su esposa eran personas muy diferentes con intereses muy distintos; e incluso después de cincuenta años de matrimonio no siempre eran una compañía ideal el uno para el otro. Como ocurriera a lo largo de toda su vida, padecían ocasionales momentos de irritación, a pesar de lo cual el afecto que los unía continuaba siendo entrañable, y más notorio ahora que el esfuerzo de formar una familia había pasado. Tenían tiempo para sentarse a conversar, cosa que hacían con frecuencia, especialmente las noches de verano, en los bancos de la galería de Sandfield Road, o en el jardín, entre las rosas, él con su pipa y ella fumando un cigarrillo, hábito que había adquirido muy tarde en su vida. Como era inevitable, gran parte de su conversación se refería a la familia, una fuente continua de interés para ambos. Siempre les había preocupado el *concepto* de familia, algo que apenas conocieron cuando niños; ahora les complacía su papel de abuelos, y gozaban de la visitas de sus nietos. Sus bodas de oro, celebradas en 1966 con gran ceremonia, fueron también un motivo de placer para ambos. Entre los festejos del aniversario se incluyó la ejecución, en el Merton College, del ciclo de canciones de Tolkien, *El camino continúa siempre,* con música de Donald Swann; el compositor estaba al piano y cantaba William Elvin («Un nombre de buen augurio”, según Tolkien).[38]

La casa de Sandfield Road no era ideal, y la situación se deterioraba a medida que la salud de Edith decaía. A pesar de que su artritis era cada vez más grave, continuaba ocupándose de la cocina, del arreglo de la casa en gran parte y también del jardín; pero mientras corría la década de 1960 y se acercaba a los ochenta años era obvio que no podría continuar mucho más tiempo de ese modo. Una empleada doméstica la ayudaba algunas horas al día, pero la vivienda era grande y el trabajo mucho; y al mismo tiempo no había lugar para alojar a una empleada permanente, aun en el caso de que se pudiera dar con la persona adecuada. El mismo Tolkien ayudaba en lo que podía; como era hábil con las manos, reparaba algún mueble roto o cambiaba un fusible, pero también él se sentía cada vez más torpe. A comienzos de 1968, cuando Tolkien contaba setenta y seis años y Edith setenta y nueve, decidieron mudarse a una casa más apropiada. El traslado tendría además la ventaja de mantener oculta la nueva dirección, para evitar así el casi intolerable flujo de cartas, regalos, llamadas telefónicas y visitantes. Estudiaron varias posibilidades en la zona de Oxford. Y por fin se establecieron en Bournemouth.

[38] Juego de palabras entre el apellido Elvin y *Elves* (elfos).

2 Bournemouth

Incluso si se lo compara con la mayoría de los pueblos costeros ingleses, Bournemouth es un lugar particularmente falto de gracia, una extensión urbana que debe su arquitectura al final del siglo xix y principios del xx, y que tiene un anémico parecido con la Riviera francesa. Como la mayoría de los balnearios de la costa sur, atrae en gran número a los ancianos, quienes vienen a pasar sus últimos años en bungalows y casas con jardín, o en descoloridos hoteles cuyo bajo precio en invierno se eleva bruscamente en verano. Salen a tomar aire de mar en East Cliff o en West Cliff; visitan la biblioteca pública, los jardines de invierno, el campo de golf; pasean entre las coníferas de Boscombe y Branksome Chine, y a veces mueren.

Sin embargo, Bournemouth cumple su finalidad. Es un entorno donde las personas de edad madura y ciertos recursos pueden sentirse cómodas y pasar el tiempo con otras personas de la misma edad y clase. A Edith le agradaba mucho, y, con razón, porque allí, por primera vez en su vida, tuvo gran cantidad de amigos.

Algunos años antes, ella había empezado a pasar sus vacaciones en el Hotel Miramar, al oeste de la ciudad. Se trataba de un establecimiento caro, pero cómodo y amigable, destinado a personas como ella. Cuando Tolkien se retiró y dejó de viajar a Irlanda para tomar exámenes, comenzó a ir con su esposa de vacaciones a Bournemouth, y comprendió en seguida que ella era mucho más feliz allí que en su casa de Oxford. Era comprensible, ya que el entorno social del Miramar se parecía mucho al que había conocido en casa de los Jessop, en Cheltenham, entre 1910 y 1913: clase media alta, próspera, poco intelectual, cuyos miembros demostraban una fácil cordialidad recíproca. En el Miramar, Edith se sentía en su hogar, en su propio medio; jamás se había sentido así en Oxford ni, en verdad, en ningún momento durante su vida de casada. Muchos de los huéspedes del hotel eran ricos y seguros de sí mismos, o, desde luego, poseían títulos. Mas pertenecían en esencia al mismo grupo: eran conservadores, les gustaba hablar de sus hijos, sus nietos y las relaciones comunes, y pasar la mayor parte del día en el salón, con ocasionales paseos junto al mar, tomar allí el café después de la comida y ver el noticiario de las nueve de la noche en la sala de televisión antes de acostarse. Edith no se sentía en absoluto inferior a esas personas, porque ahora su situación financiera era próspera como la de ellas, y su prestigio por ser la esposa de un autor internacionalmente famoso desmentía todo posible sentimiento de inadaptación.

Desde un punto de vista más práctico, el Miramar era cada vez más la solución ideal para los problemas domésticos de los Tolkien. Cuando la tensión de administrar la casa se tornaba excesiva para Edith, lo mejor era alquilar las habitaciones habituales y llamar al taxista que solía llevarlos hasta Bournemouth. Allí Edith recuperaba pronto sus fuerzas y su mejor ánimo y Tolkien se encontraba a gusto por la sencilla razón de que en ese lugar se veía libre de los limites de Sandfield Road y de la angustia que le causaba su propia incapacidad de trabajo.

De todos modos, el Miramar no lo hacía particularmente feliz. Apenas compartía el gusto de Edith por las personas «cuya conversación general —como decía C.S. Lewis— es casi por entero narrativa", y aunque a veces encontraba entre los huéspedes alguna persona interesante, otras la sensación de encierro generaba en él una furia silenciosa e impotente. En otros aspectos, las vacaciones en Bournemouth eran apropiadas para él. Podía trabajar en su habitación, tanto —o tan poco— como en Sandfield Road, cuando recordaba llevar los papeles necesarios, lo que no siempre ocurría, y le gustaban la comodidad y la cocina del hotel. Edith y él habían descubierto un médico local que siempre se mostraba atento y amable si alguno de ellos no se sentía bien; había una

iglesia católica no demasiado lejos; el mar, que él tanto amaba —aunque era bastante más tímido de lo que hubiera preferido—, estaba cerca; y por encima de todo, veía feliz a Edith. Los viajes a Bournemouth continuaron, y cuando los Tolkien decidieron dejar Sandfield Road y buscar otra casa, a nadie podía sorprender que prefirieran una en las proximidades del Miramar.

"Vive en una casa horrible, no se puede decir hasta qué punto, y con cuadros horrorosos." W. H. Auden dijo esto en una reunión de la Tolkien Society de Nueva York, y sus palabras fueron reproducidas por un periódico londinense en enero de 1966. Tolkien las leyó y comentó: "Como su única visita fue hace muchos años, y sólo entró a tomar el té en la habitación de Edith, debe tener un recuerdo confuso (si es que de verdad ha dicho eso"). Era una respuesta serena a una observación insultante; y después de enviarle una carta donde apenas mostraba su desagrado, Tolkien siguió manteniendo con Auden una cordial correspondencia.

Las palabras de Auden eran necias y poco veraces. La casa de Sandfield Road (a la que se refería) no era más fea que otras de esa modesta calle, y los cuadros que adornaban las paredes del pequeño salón de Edith, no eran distintos de los que podían verse en cualquier casa corriente de clase media del distrito. Aunque, por supuesto, era eso, y no otra cosa, lo que Auden quería decir. Le sorprendía que ese hombre de gustos sofisticados tuviera un estilo de vida tan vulgar, y que viviera en una casa cuyo carácter era marcadamente conformista. Ese estilo de vida no reflejaba de modo específico los gustos de Tolkien aunque, por otra parte, tampoco lo objetaba: en realidad, por su carácter ascético, apenas si lo advertía. Es importante comprender esto antes de sacar conclusiones acerca de la vida que Tolkien llevó en Bournemouth desde 1968 hasta fines de 1971.

Edith y él adquirieron un bungalow a poca distancia, en taxi, del Miramar. Es fácil suponer lo que habría pensado Auden de esa sencilla vivienda moderna de Lakeside Road 19, porque era, según su propia expresión, tan "horrorosa» como la de Headington. Pero desde el punto de vista de los Tolkien, esa casa era exactamente lo que querían. Contaba con una cocina bien equipada donde Edith, a pesar de sus dificultades físicas, podía trabajar con comodidad; y disponía de un dormitorio para cada uno, un salón, un comedor y también de un estudio para Tolkien, quien asimismo podía disponer del garaje doble como despacho y biblioteca, tal como hiciera en Sandfield Road. Había calefacción central, un lujo del que nunca antes habían gozado, una galería donde al atardecer podían sentarse a fumar, un gran jardín con mucho espacio para sus rosas y hasta para algunas hortalizas, y en el fondo un portal que daba a la pequeña garganta boscosa llamada Branksome Chine, que descendía hacia el mar. Los vecinos eran católicos, y solían llevar en su coche a Tolkien a la iglesia; Edith tenía una empleada doméstica permanente, y los amigos y miembros de la familia que venían a visitarlos podían alojarse siempre en el Miramar, donde cuando Edith quería un descanso, los Tolkien acostumbraban ir a comer y a veces a dormir.

El traslado a Bournemouth implicaba grandes sacrificios para Tolkien. No le gustaba alejarse de Oxford y esto significaba un contacto mucho más limitado con su familia y sus amigos íntimos y nuevamente, como había ocurrido en Headington, encontraba la realidad algo más dura de lo que había previsto. "Estoy muy bien —escribió a Christopher cuando llevaba un año en Bournemouth—, pero sin embargo, sin embargo... No veo hombres como yo. Extraño a Norman, y sobre todo te extraño a ti.»

Pero el sacrificio tenía una finalidad, y esa finalidad se había logrado. Edith era feliz en Lakeside Road, tanto como en las vacaciones en el Miramar y mucho más que en cualquier otro momento de su vida de casada. Aparte de la comodidad de la casa nueva, que además no tenía escaleras, eran un continuo goce para ella las visitas al hotel y a los amigos que allí tenía. Había dejado de ser la esposa tímida, insegura y a veces

preocupada de un profesor de Oxford, para ser otra vez ella misma, la Miss Bratt sociable y de buen humor de los días de Chekenham. Estaba de nuevo en el sitio al que pertenecía.

Y, en general, la vida era también mejor para Tolkien. Le gratificaba ver feliz a Edith, y eso se transmitía a su propio estado de ánimo, de modo que el diario que llevó por breve tiempo durante ese período en Bournemouth apenas muestra la depresión que solía apoderarse de él en Sandfield Road. La ausencia de "los hombres como yo» se compensaba en parte por las frecuentes visitas de su familia y amigos, al tiempo que la ausencia casi total de las interrupciones provocadas por los admiradores (mantuvieron con éxito en secreto la dirección y el número de teléfono, e incluso la noticia de que Tolkien vivía en la costa sur) determinó que contase con mucho más tiempo libre para trabajar. La mujer del médico le prestaba alguna ayuda como secretaria, y Joy Hill, la persona de Allen & Unwin que se ocupaba de su correspondencia, iba regularmente a Bournemouth para recoger las cartas de los admiradores. Un accidente bastante grave complicó en principio el traslado: Tolkien sufrió una caída en las escaleras de Sandfield Road y se lastimó mucho una pierna, motivo por el que tuvo que pasar varias semanas en un hospital y luego varias otras enyesado; pero cuando se recuperó pudo, al menos en teoría, dedicarse con cierto esfuerzo a terminar *El Silmarillion.*

Era difícil, sin embargo, decidir con precisión por dónde comenzar. En cierto sentido, había muy poco que hacer. La historia en sí de *El Silmarillion* estaba completa, si se puede utilizar el término "historia" para referirse a una obra que comienza con la descripción de la creación del mundo, y se ocupa sobre todo de la lucha entre los elfos y la potencia original del mal. Para obtener una narración continua, Tolkien sólo debía decidir qué versión usar de cada capítulo, puesto que había muchas, desde las primeras, de 1917, hasta algunas escritas en los últimos años. Pero esto implicaba muchas decisiones, y no se sentía capaz de tomarlas. Aunque lograra completar una parte del trabajo, debería luego asegurarse de que toda la obra coincidiera con ella. A lo largo de los años, las diversas alteraciones y reescrituras habían producido una enorme confusión en los detalles. Algunos nombres de personajes se habían cambiado en unos pasajes y no en otros. Las descripciones topográficas eran desorganizadas y contradictorias. Y lo peor: los manuscritos estaban en desorden, de modo que ya no estaba seguro acerca de los que representaban sus últimos pensamientos sobre un pasaje determinado. Por razones de seguridad, había hecho dos copias de cada texto mecanografiado, guardando ambas en lugares distintos. Pero al no saber cuál era la copia y cuál el original, había enmendado ambas por separado y de modo contradictorio. Para producir un texto coherente debía hacer un *collage* detallado de cada pasaje, y la perspectiva lo desanimaba.

Además no sabía con certeza de qué manera presentar el conjunto de la obra. Se sentía inclinado a abandonar la estructura primitiva, incluido el recurso introductorio del navegante a quien se le cuentan relatos. Pero, ¿necesitaría entonces otro recurso del mismo tipo? ¿O sería bastante con presentar esos relatos como la mitología que ya aparecía, de modo menos evidente, en *El Señor de los Anillos?* Por otra parte, su tarea se había complicado al incluir en este último libro varios personajes importantes, como la reina Galadriel y los Entes, similares a árboles, quienes no aparecían en *El Silmarillion* original y ahora debían ser mencionados. Logró, con todo, dar solución satisfactoria a estos problemas; pero no ignoraba que debía cuidar *El Silmarillion,* en todos sus detalles, con *El Señor de los Anillos,* si deseaba evitar un bombardeo de cartas que señalaran las contradicciones. Y aunque lograra enfrentar todos estos desafíos técnicos, aún le quedaría la reconsideración de algunos aspectos fundamentales de la obra, cuya alteración exigiría una reescritura íntegra desde el principio.

En el verano de 1971, después de pasar tres años en Bournemouth, había empezado ya a hacer progresos, aunque como era su costumbre, prestaba más atención a los detalles que al plan general, por ejemplo, la forma correcta que debía adoptar el nombre

de algún personaje. De ahí pasaba a considerar la revisión de ciertos aspectos de los lenguajes élficos. Y cuando escribía, no era en general una revisión del relato sino algún texto vinculado con la enorme cantidad de escritos adicionales que se había acumulado. Gran parte de este material tenía la forma de ensayos y se refería a los aspectos que podríamos denominar "técnicos" de su mitología, como la relación entre los procesos de envejecimiento de elfos y hombres, o la muerte de plantas y animales en la Tierra Media. Sentía que cada detalle de su cosmos requería la misma atención, se publicaran o no esos ensayos. La sub-creación se había convertido en un pasatiempo gratificante en sí, al margen del deseo de ver la obra editada.

A veces pasaba largas horas ante su escritorio, pero otros días se concentraba en un solitario abandonando toda pretensión de trabajar. ¿Y qué importaba si no tenía deseos de hacerlo, después de una buena comida acompañada con abundante vino en el Miramar? Podían esperar a que el libro estuviera listo. Él se tomaría su tiempo.

Otros días le angustiaba ver que los meses pasaban sin que el libro quedara terminado. Y a fines de 1971 el período de Bournemouth llegó bruscamente a su fin. Edith, de ochenta y dos años, sufrió una inflamación de la vesícula. Fue internada, y después de pasar algunos días en grave estado, falleció en la mañana del lunes 29 de noviembre.

3 Merton Street

Cuando Tolkien empezó a reponerse del primer impacto de la muerte de Edith, se vio que de ningún modo le convenía permanecer en Bournemouth. Era obvio que debía volver a vivir en Oxford, pero al principio no estaba claro en dónde. Fue entonces cuando el Merton College le invitó a convertirse en miembro residente honorario, ofreciéndole además unas habitaciones en una de las casas de la institución en Merton Street, donde un *scout* y su esposa se Ocuparían de él. Era un honor inusual y una solución perfecta. Tolkien aceptó con entusiasmo y, a comienzos de marzo de 1972, después de pasar algunas semanas con miembros de su familia, se trasladó al 21 de Merton Street; como era típico en él, se había hecho amigo de los tres hombres de la mudanza, quienes lo llevaron en su camión desde Bournemouth hasta Oxford.

Su vivienda de Merton Street consistía en un gran salón, un dormitorio y un cuarto de baño. Charlie Carr, el *scout,* vivía en el sótano con su esposa. Los Carr fueron muy amables con Tolkien: no sólo le servían el desayuno en sus habitaciones (lo que era parte del arreglo), sino también la comida o la cena si no se sentía bien o no deseaba comer en el *college.* Otra alternativa era hacerlo en el Eastgate Hotel, situado al lado, que había cambiado mucho desde la primera vez que cenara en él con Lewis, en los años treinta, y ya no era tan barato. Pero Tolkien era ahora un hombre rico, y podía acudir al Eastgate cuando lo deseara. Sin embargo, tomaba la mayoría de sus comidas en el *college,* en cuyo Senior Common Room era siempre bien recibido.

En general, su forma de vida de los años 1972 y 1973 le agradaba. La pérdida de Edith lo había angustiado mucho, y ahora era, en esencia, un hombre solitario; pero también libre, tanto como no recordaba haberlo sido jamás, y podía vivir como quisiera. Así como Bournemouth fue una especie de recompensa para Edith por todo lo que tuvo que soportar en los primeros tiempos de su matrimonio, la vida de soltero de Tolkien en Merton Street parecía una compensación por lo paciente que había sido en Bournemouth.

Su existencia no era de ningún modo inactiva. Visitaba a menudo el pueblo, vecino de Oxford, donde vivían Christopher y Bailie, su segunda esposa; y en compañía de sus nietos Adam y Rachel, Tolkien olvidaba su lumbago y corría por el césped, o arrojaba una caja de cerillas a la copa de un árbol e intentaba derribarla a pedradas para entretenerlos. En una ocasión fue de vacaciones con Priscilla y el hijo de ésta, Simon, a Sidmouth. Volvió a ver a su viejo amigo de la T.C., B.S., Christopher Wiseman. Pasó varios días con su hijo Jhon en su parroquia de Stoke-on-Trent, y juntos fueron a visitar a su hermano Hilary, quien aún vivía en su granja de Evesham.

Ronald y Hilary eran más parecidos ahora que cuando jóvenes. Los ciruelos que durante más de cuatro décadas Hilary había despojado cuidadosamente de sus frutos habían envejecido y eran casi estériles. Era necesario derribarlos, y plantar en su lugar árboles nuevos. Pero Hilary no era capaz de afrontar esa tarea y los había dejado tal como estaban. Los dos hermanos veían partidos de cricket o tenis en la televisión, y bebían whisky.

Durante esos dos años Tolkien recibió muchos honores. Gran cantidad de universidades norteamericanas lo invitaron ofreciéndole doctorados, pero no se sentía con fuerzas para viajar. También en su país recibió homenajes. En junio de 1973 fue a Edimburgo para recibir un grado de honor, y se emocionó profundamente cuando, en la primavera de 1972, la reina le concedió un C.B.E. en el palacio de Buckingham. Pero quizá la mayor gratificación fue el Doctorado Honorario en Letras conferido por la Universidad de Oxford; no por *El Señor de los Anillos,* como se aclaró, sino por su contribución a la filología. Sin embargo, el discurso del Orador Público durante la ceremonia (su viejo amigo Colin Hardie), contenía varias referencias a las crónicas de la

Tierra Media, y concluía con la esperanza de que «como el Camino continuaba siempre, produciría *El Silmarillion* y nuevos trabajos académicos”.
En cuanto al libro citado, los meses transcurrían sin progresos. Hubo una demora inevitable cuando Tolden reorganizó sus libros y papeles después de su traslado desde Bournemouth, pero al reemprender la tarea, otra vez se vio impedido de avanzar por los problemas técnicos. Algunos años antes había decidido que, si moría antes de concluir la obra, Christopher (quien la conocía perfectamente) debía completarla para su publicación, juntos habían estudiado *El Silmarillion,* contemplando los numerosos problemas que quedaban por resolver; a pesar de ello, no lograron grandes adelantos.

Sin duda, no esperaba morir tan pronto. En una ocasión dijo a su antigua discípula Mary Salu que sus antepasados tenían la tradición de la longevidad, y que creía que había de vivir todavía muchos años. Pero en 1972 se produjeron las primeras advertencias. Empezó a sufrir de indigestión aguda, y aunque un análisis con rayos X no reveló ninguna causa más específica que la dispepsia, le recomendaron una dieta que excluía el vino. A pesar de que su obra continuaba inconclusa, no parecía que le agradara la perspectiva de quedarse muchos años más en Merton Street.

“Con frecuencia me siento muy solo —escribió a su prima Marjorie Incledon—. Después de los cursos, cuando se van los estudiantes, me quedo solo en este caserón, con la única presencia del cuidador y su mujer, abajo, en el sótano.»

Sin embargo, el flujo de visitantes no cesaba: su familia, los viejos amigos, Joy Hill para ocuparse de la correspondencia. Siempre había algún asunto que resolver con Rayner Unwin o con su abogado y asesor en muchas cuestiones, Dick Williamson. Y estaba el viaje en taxi de todos los domingos hasta la iglesia de Headington, y de ahí hasta el cementerio de Wolvercote, para visitar la tumba de Edith. Pero la soledad no lo abandonaba.

En el verano de 1973, algunos de sus íntimos observaron que estaba más triste que de costumbre, y que envejecía rápidamente. Sin embargo la dieta en apariencia había dado buenos resultados, y en julio asistió a una cena con los miembros del club ínter universitario Ad Eundem, de Cambridge. El 25 de agosto escribió una tardía nota de agradecimiento a su anfitrión en esa oportunidad, el profesor Glyn Daniel:

> Querido Daniel:
> Ha pasado largo tiempo desde el 20 de julio; pero más vale (espero) tarde que nunca. Hago ahora lo que debí hacer antes de sumergirme en otros asuntos: agradecerte la exquisita cena de St. Jhon’s y, en especial, tus atenciones y tu cordialidad. Ha sido el momento del cambio: no sufrí efectos desagradables, y desde entonces he podido abandonar los tabúes de la dieta que observé durante unos seis meses.
> Aguardo la próxima cena de A.E., y espero verte allí.
>
> Siempre tuyo,
> Ronald Tolkien.

Tres días después de escribir esta carta, el martes z8 de agosto, viajó a Bournemouth, a casa de Denis Tolhurst, el médico que, con su esposa Jocelyn, había atendido a Tolkien y a Edith cuando vivían allí.

El final fue rápido. El jueves asistió al festejo del aniversario de la señora Tolhurst, pero no se sentía bien y no quiso comer mucho, aunque bebió un poco de champaña. Durante la noche sufrió dolores, y a la mañana siguiente fue trasladado a un hospital privado, donde se diagnosticó una grave úlcera gástrica. Michael estaba de vacaciones en Suiza, y Christopher en Francia, por lo que ninguno de los dos pudo llegar a su lado a tiempo; pero Jhon y Priscilla fueron a acompañarlo a Bournemouth. Al principio su estado inspiraba optimismo, pero el sábado sufrió una infección torácica y murió en la

mañana del domingo z de septiembre de 1973, a los ochenta y un años de edad.

VIII.- El Árbol

El Árbol

En estos días se ha puesto de moda considerar a *The Inklings,* el grupo de hombres que se reunían en el Magdalen College los jueves por la noche durante las décadas de 1930 y 1940, como Un grupo homogéneo de escritores que ejercían influencia unos sobre otros. Pero, suscriba o no este punto de vista, quien pase por Oxford puede visitar las sepulturas de los tres Inklings mis conocidos: C.S. Lewis, Charles Williams y J.R.R. Tolkien.

El visitante encontrará la sepultura de Lewis en el cementerio de su propia parroquia, Headington Quarry. Una sendilla losa marca la tumba, que comparte con su hermano el mayor W.H. Lewis. Está adornada por una cruz y lleva las palabras *Men must endure their going hence* [Los hombres deben soportar marcharse de aquí].

Williams reposa bajo la sombra de la iglesia de St. Cross, en el centro de Oxford. Cerca yace otro Inkling, Hugo Dyson; en ese campo se encuentran las tumbas de muchos universitarios de esa generación.

Lewis y Williams eran miembros de la Iglesia Anglicana, y no hay en Oxford otro cementerio que el de Wolvercote, donde se reserva a los miembros de la Iglesia Católica un pequeño sector. Si el visitante busca esa tercera tumba deberá alejarse mucho del centro de la ciudad, mucho mis allá de las tiendas y del camino de circunvalación, antes de llegar a las altas puertas de hierro. Atravesándolas, mis allá de la capilla, y de muchas hectáreas de sepulcros, llegará hasta una parte donde hay muchas lápidas escritas en polaco; ésa es la zona católica, y son mis las tumbas de emigrados que las de los feligreses católicos británicos. Algunas ostentan floridas inscripciones, y fotografías de los muertos. Pero una losa de granito de Cornualles gris, situada a la izquierda del grupo se destaca nítidamente, así como su inscripción, algo extraña: *Edith Mary Tolkien, Lúthien,* 1889-1971. *Jhon Ronald Reuel Tolkien, Beren,* 1892-1973.

Este sepulcro se halla en un entorno suburbano, muy distinto de la campiña inglesa que Tolkien amaba, pero no de los lugares creados por el hombre en los cuales pasó la mayor parte de sus días. De modo que incluso en el final, en esa sencilla tumba de un cementerio público, se nos recuerda la antítesis entre la vida ordinaria que llevó y la extraordinaria imaginación que creó su mitología.

¿De dónde vino esa imaginación que pobló de elfos, orcos y hobbits la Tierra Media? ¿Cuál fue la fuente de la visión literaria que cambió la vida de este oscuro erudito? ¿Por qué esa visión golpeó la mente y armonizó con las aspiraciones de incontables lectores de todo el mundo?

Tolkien había pensado que eran preguntas imposibles de responder, al menos en un libro de este carácter. No estaba de acuerdo con las biografías como auxiliares de la apreciación literaria, y tal vez estuviera en lo cierto. Su verdadera biografía se encuentra en *El hobbit, El Señor de los Anillos* y *El Silmarillion,* porque la verdad sobre él está en sus páginas.

Pero quizá hubiera permitido un epitafio.

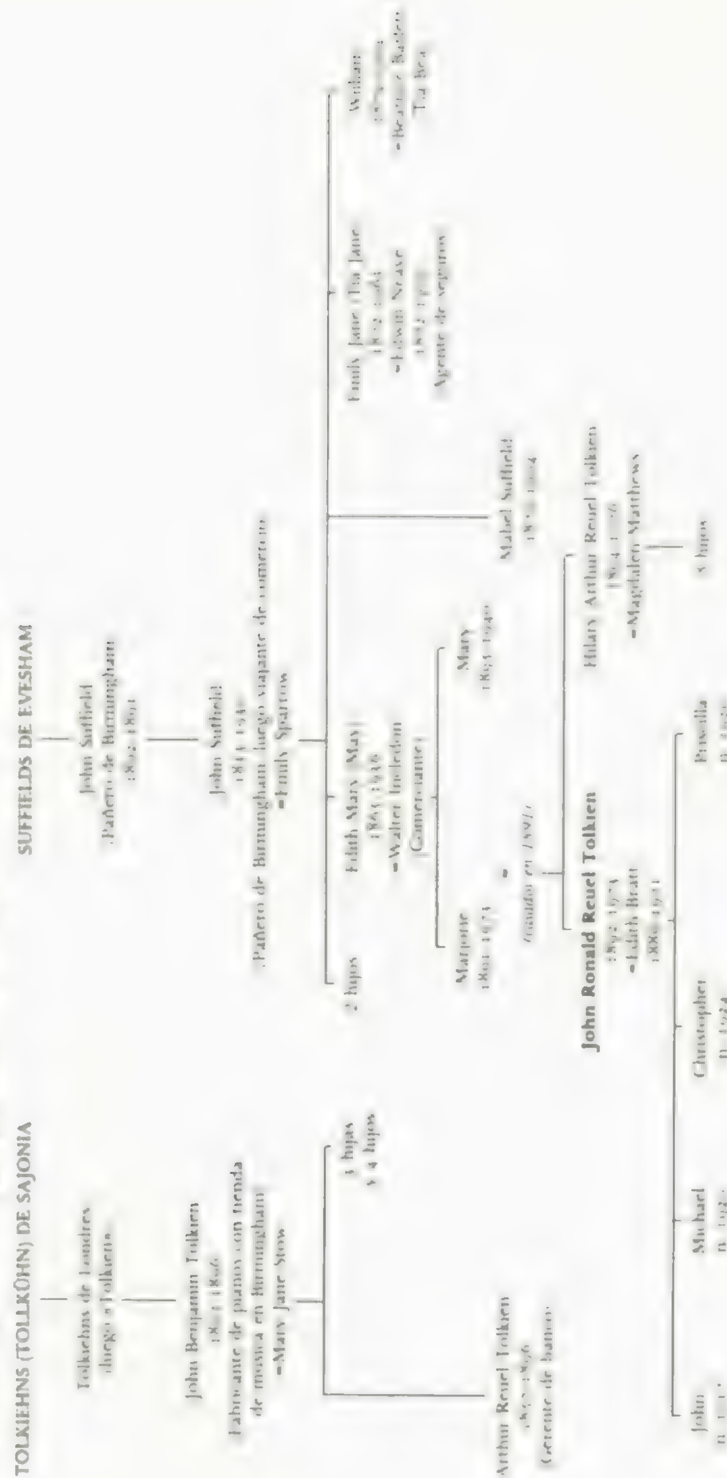
Su misa de réquiem fue celebrada en Oxford cuatro días después de su muerte, en la sencilla iglesia de Headington a la que asistía con frecuencia. Las plegarias fueron especialmente elegidas por su hijo Jhon, quien celebró la misa con la ayuda de un viejo amigo de Tolkien, el padre Robert Murray, y del sacerdote de la diócesis, monseñor Doran. No hubo sermón ni se citaron sus escritos. Pero cuando unas semanas más tarde sus admiradores estadounidenses organizaron en California un servicio en su memoria, fue leído su cuento breve *Hoja de Niggle.* Quizá Tolkien no lo hubiera considerado inadecuado:

> *Ante él se encontraba el Árbol, su Árbol, ya terminado, si tal cosa puede afirmarse de un árbol que está vivo, cuyas hojas nacen y cuyas ramas crecen y se mecen en aquel aire que Niggle tantas veces había imaginado y que tantas veces*

había intentado en vano captar. Miró el Árbo4 y lentamente levantó y extendió los brazos.
«Es un don», dijo.

Apéndices

APÉNDICE A


APÉNDICE A
Genealogía simplificada de J.R.R. Tolkien
TOLKIEHNS (TOLLKÜHN) DE SAJONIA
Tolkiehns de Londres
(luego «Tolkien»)
John Benjamin Tolkien
Fabricante de pianos con tienda
de música en Birmingham
=Mary Jane Stow
3 hijas
y 4 hijos
Arthur Reuel Tolkien
Gerente de banco
SUFFIELDS DE EVESHAM
John Suffield
Pañero de Birmingham
John Suffield
Pañero de Birmingham luego viajante de comercio
=Emily Sparrow
2 hijos
Edith Mary (May)
=Walter Incledon
(Comerciante)
Marjorie
Mary
Mabel Suffield
Emily Jane (Tía Jane)
=Edwin Neave
Agente de seguros
William
=Beatrice Bartlett
Tía Bea
(casados en 1891)
John Ronald Reuel Tolkien
=Edith Bratt
Hilary Arthur Reuel Tolkien
=Magdalen Matthews
John
Michael
Christopher
n. 1924
Priscilla
3 hijos

APÉNDICE B

Cronología de acontecimientos de la vida de J.R.R. Tolkien

1892 3 *de enero:* Jhon Ronald Reuel Tolkien nace en Bloemfontein.
1894 Nace su hermano menor, Hilary.
1895 *Primavera:* Mabel Tolkien parte a Inglaterra con sus dos hijos; Arthur Tolkien permanece en Sudáfrica.
1896 *Febrero:* Muere Arthur Tolkien. *Verano:* Mabel Tolkien alquila una casa en Sarehole Mill, Birmingham. Ella y sus hijos permanecen allí durante cuatro años.
1900 Mabel Tolkien ingresa en la Iglesia Católica. Con sus hijos, se traslada de Sarehole a una casa en el suburbio de Moseley, en Birmingham. Ronald empieza a asistir a la King Edward's School.
1901 Mabel y sus hijos se trasladan de Moseley a King's Heath.
1902 La familia se instala en Oliver Road, Edgbaston. Ronald y Hilary asisten a la St. Philip's Grammar School.
1903 Los dos niños abandonan esta escuela. Ronald obtiene una beca para la King Edward's y vuelve a esta última en otoño.
1904 A principios de año se descubre que Mabel Tolkien padece de diabetes. Pasa algunas semanas en el hospital. En el verano ella y sus hijos residen en Rednal. Muere en noviembre, a los treinta y cuatro años.
1905 Ronald y Hilary se instalan en la casa de su tía Beatrice, en Stirling Road.
1908 Nuevo traslado a la casa de la señora Faulkner, en Duchess Road. Ronald conoce a Edith Bratt.
1909 *Otoño:* El padre Francis Morgan descubre el romance entre Ronald y Edith Bratt. Ronald fracasa en su intento de obtener una beca en Oxford.
1910 *Enero:* Ronald y Hilary cambian de alojamiento. Ronald sigue viendo a Edith Bratt, pero luego se le prohíbe comunicarse con ella. *Marzo:* Edith se marcha de Birmingham a Cheltenham. *Diciembre:* Ronald gana una beca (Exhibition) para el Exeter College de Oxford.
1911 Formación de la T.C., B.S. *Verano:* Ronald termina la escuela. Visita Suiza. *Otoño:* Primer curso en Oxford. *Navidad:* Participa en la representación de *Los Rivales* en la King Edward's.
1913 *Enero:* Ronald se reúne con Edith Bratt. *Febrero:* Conquista Honores universitarios de Segunda Clase. *Verano:* inicia tareas docentes en la Honours School of English Language and Literature. Visita Francia con una familia mexicana.
1914 *Enero:* Edith ingresa en la Iglesia Católica. Ronald y ella se comprometen formalmente. *Verano:* Ronald visita Cornwall. Al comienzo de la guerra decide retornar a Oxford y graduarse.
1915 *Verano:* Recibe Honores de Primera Clase en su examen final. Se alista en los Lancashire Fusiliers, e inicia su entrenamiento en Bedford y Staffordshire.
1916 *22 de marzo:* Casamiento con Edith, quien luego se traslada a Great Haywood. *Junio:* Tolkien embarca rumbo a Francia. Se dirige al Somme como subteniente del 11.° de Lancashire Fusiliers y sirve como oficial de señales de batallón hasta el otoño. *Noviembre:* regresa a Inglaterra, enfermo de "fiebre de las trincheras».
1917 *Enero* y *febrero:* Convaleciente en Great Haywood, empieza a escribir *El libro de tos cuentos perdidos,* que se convertirá más tarde en *El Silmarillion. Primavera:* Es destinado a Yorkshire, pero pasa gran parte del año en el hospital. *Noviembre:* Nace su hijo mayor, Jhon.
1918 Tolkien (ahora teniente) es destinado a la guarnición Humber y a Staffordshire. En noviembre, después del armisticio, regresa a Oxford con su familia e ingresa en el equipo del *New English Dictionary.*
1919 Empieza a trabajar como tutor free *lance.* Se traslada con Edith a Alfred Street, **I.**
1920 Es designado lector *(reader)* de Lengua Inglesa en la Universidad de Leeds, donde comienza sus tareas en otoño. Nace el segundo hijo, Michael.
1921 Edith y su familia se reúnen con él en Leeds, y luego se establecen en el **11** de St. Mark's

Terrace.

1922 E.V. Gordon se incorpora al personal de Leeds. Él y Tolkien comienzan a trabajar en su edición de *Sir Gawain and the Green Knight.*

1924 Tolkien es designado profesor de Lengua Inglesa en la Universidad de Leeds. Compra una casa en Darnley Road. Nace su tercer hijo, Christopher.

1925 Se publica la edición de *Sir Gawain.* En el verano Tolkien es nombrado profesor de Anglosajón de Rawlinson y Bosworth, en Oxford, donde inicia sus tareas en otoño. Adquiere una casa en Northmoor Road, y la familia se reúne con él a principios del año siguiente.

1926 Comienzo de la amistad con C.S. Lewis. Formación de *The Coal-biters.*

1929 Nace su hija Priscilla.

1930 La familia se traslada del 22 al 20 de Northmoor Road. En esta época, aproximadamente, Tolkien empieza a escribir *El hobbit.* Lo abandona antes de terminar.

1936 Conferencia sobre *Beowulf los monstruos y los críticos.* Susan Dagnall, de Allen & Unwin, lee el manuscrito de *El hobbit,* y Tolkien concluye el libro a instancias de ella. Es aceptado para su publicación.

1937 Se publica *El hobbit* en otoño. Atendiendo a una sugerencia de Stanley Unwin, Tolkien comienza a escribir una segunda parte que se convertirá en *El Señor de los Anillos.*

1939 Tolkien pronuncia una conferencia, *Sobre los cuentos de hadas,* en la Universidad de St. Andrews. Al comienzo de la guerra Charles Williams se une a *The Inklings.*

1945 Tolkien es elegido profesor de Lengua y Literatura Inglesas de Merton, Oxford.

1947 Los Tolkien se trasladan a Manor Road.

1949 Se completa *El Señor de los Anillos.* Publicación de *Egidio, el granjero de Ham.*

1950 Tolkien ofrece *El Señor de los Anillos* a la editorial Collins. La familia se muda de Manor Road a Holywell Street.

1952 Collins devuelve el manuscrito de *El Señor de los Anillos;* Tolkien lo entrega a Allen & Unwin.

1953 Los Tolkien se instalan en Sandfield Road, Headington, un suburbio de Oxford.

1954 Publicación de los primeros dos volúmenes de *El Señor de los Anillos.*

1955 Publicación del tercer volumen.

1959 Tolkien se retira de su cátedra.

1962 Publicación de *Las aventuras de Tom Bombadil.*

1964 Publicación de *Árbol* y *hoja.*

1965 Ace Books publica una edición americana no autorizada de *El Señor de los Anillos.* Se inicia el “culto de las universidades».

1967 Publicación de *El herrero de Wootton Major.*

1968 Los Tolkien se establecen en Lakeside Road, Poole (junto al pueblo de Bournemouth).

1971 Edith Tolkien muere en noviembre, a los ochenta y dos años.

1972 Tolkien regresa a Oxford, donde se aloja en un apartamento en la Merton Street. Recibe el C.B.E., y la Universidad de Oxford le otorga un Doctorado Honorario en Letras.

1973 El 28 de agosto viaja a pasar unos días con sus amigos de Bournemouth. Enferma y muere en una clínica en las primeras horas del domingo 2 de septiembre, a los ochenta y un años.

APÉNDICE C

Fuentes y reconocimientos

En general he citado, en este libro, las palabras de J.R.R. Tolkien sin hacer referencia a las fuentes, ya que éstas habrían sido numerosas y por lo tanto (según me ha parecido) fatigosas para la vista; como muchas citas son de materiales inéditos, su interés habría sido, por otra parte, limitado. También he prescindido de la habitual hilera de puntos para indicar la omisión de un pasaje en mitad de una cita; los casos son igualmente numerosos y por lo tanto irritantes (a mi juicio) y poco esclarecedores, Mi finalidad ha sido no interrumpir la narración con lo que Tolkien llamó en una oportunidad "la huella del editor que pasa».

En vista de la falta de referencias, quizá pueda ser de interés una breve explicación sobre la naturaleza de mis fuentes. La historia de la vida de la familia en Bloemfontein se funda en las cartas escritas por Arthur Tolkien a sus parientes de Inglaterra. Los días de la infancia en Sarehole y en Birmingham fueron evocados por J.R.R. Tolkien en notas manuscritas y en entrevistas periodísticas y radiales. Tuve también la fortuna de conocer a su hermano Hilary Tolkien, quien me habló de sus primeros años y mantuvo conmigo una correspondencia de cierta extensión mientras escribía este libro. Lamentablemente, no vivió para verlo terminado, pues murió a comienzos de 1976. Los acontecimientos de Duchess Road quedaron registrados en cartas contemporáneas intercambiadas por Tolkien y Edith Bratt, con quien se casaría más tarde; y la crónica de su separación forzosa se encuentra en un diario que él mantuvo durante breve tiempo en este período. Después del reencuentro, continuaron su correspondencia hasta que iniciaron una vida matrimonial regular a fines de 1918; los centenares de cartas que escribieron durante ese tiempo han proporcionado mucha información acerca de los días de estudiante de Tolkien y de su participación en la guerra. Christopher Wiseman, cuya ayuda, aliento y amistad se cuentan entre los principales placeres de mi labor en esta obra, me contó los orígenes de la T.C., B.S. El itinerario de Tolkien en Francia durante la primera guerra mundial procede de un apresurado diario que él llevaba entonces, y que, junto con la *History of the Lancashire Fusiliers* 1914-1918 (Aldershot, 1949), del mayor general J.C. Latter, y *The Somme* (Londres, 1966), de Jhon Harris, me han permitido construir una imagen detallada de su servicio activo. Entre '919 y 1933, Tolkien llevó un diario bastante extenso, escrito con sus alfabetos inventados, y ésta ha sido la fuente principal de mi versión de esta parte de su vida. Para los años siguientes me he valido sobre todo de la correspondencia que mantuvo con su familia, sus amigos, sus editores y los lectores de sus obras; y también de los diarios que llevó, con diverso grado de regularidad, desde 1964 hasta el fin de su vida. También he utilizado el contenido autobiográfico de sus libros publicados, y en particular del ensayo *Sobre los cuentos de hadas, y* de la conferencia *El inglés y el galés.*

Debo a la generosidad de los hijos y la hija del profesor Tolkien el acceso a las cartas, diarios y otros papeles; y por consiguiente es con ellos con quienes he contraído mi mayor deuda de gratitud: el reverendo Jhon Tolkien, Michael Tolkien, Christopher Tolkien y Priscilla Tolkien. Cada uno de ellos me ha concedido sin límites su tiempo y su atención, analizando conmigo la vida de su padre y comentando el manuscrito de este libro; durante toda mi labor han demostrado una cordialidad, apoyo y amistad inagotables.

Del mismo modo, los albaceas del profesor Tolkien me han ofrecido toda la ayuda posible durante la preparación de este trabajo; tanto ellos como George Allen & Unwin me han permitido citar los textos de Tolkien, publicados e inéditos.

Muchas personas me han hablado o escrito acerca de sus recuerdos del profesor Tolkien, a mí o a Ann Bonsor, quien, generosamente, me ha permitido utilizar los registros magnetofónicos por ella grabados para una serie de emisiones radiales acerca de Tolkien. Por este motivo agradezco a: la profesora Simonne d'Ardene; Owen Barfield; el profesor Nevill Coghill; el profesor Norman Davis y su esposa; Elaine Griffiths; Joy Hill; Robert Murray, S.J.; Mary Salu; Donald Swann; doctor Dennis Tolhurst; Baile Tolkien; Rayner Unwin; Dick Williamson; los fallecidos Jhon Bryson, Hugo Dyson, el reverendo Gervase Mathew, O.P., y Milton Waidman. Varios de los mencionados han

tenido la amabilidad de leer el manuscrito de esta obra y de aportar sus comentarios.

También agradezco a muchos miembros de la familia del profesor Tolkien, aparte de los citados, por su ayuda en muchos aspectos. Asimismo, por el préstamo de fotografías familiares y la autorización para reproducirlas.

Otras personas me han asistido de diversas formas, y agradezco (entre otros) a: C. Talbot d'Alessandro; Jonathan Anelay; sir Basil Blackwell; C.H.C. Blount y Norman Craig, de la King Edward's School, de Birmingham; Alma Dadlez; el profesor Glyn Daniel; el reverendo Pascall Dillon, O.M.I.; Charles Furth; Glen y Bonnie Good-Knight; Juliet Grindle; el reverendo Walter Hooper; Guy Kay; Jessica Kemball-Cook; el profesor Clyde S. Kilby; los reverendos R.P. Lynch y C.J.G. Winterton, del Oratorio de Birmingham; el señor y la señora Michael Maclagan; A.C. Muffett; el señor y la señora David Phillips; Oliver Suffield; Graham Tayar; Gwendoline Williams, y el director de la St. Philip's Grammar School de Birmingham. Brenda Goodall, de Supercopy (Oxford), me ha ayudado mucho con las fotocopias.

Agradezco a los albaceas de C.S. Lewis la autorización para citas de sus cartas a Tolkien.

Durante los preparativos para escribir este libro visité la Universidad de Marquette de Milwaukee, Estados Unidos, en cuyos archivos se encuentran muchos manuscritos de las obras de ficción de Tolkien. En Marquette recibí la ayuda de Paul Gratke, y los reverendos Robert Callen, S.J. y Raphael Hamilton, S.J. También debo dar gracias a varias bibliotecas inglesas: la Bodleian; la librería del Imperial War Museum; la biblioteca pública de Evesham y a su bibliotecario Keith Barber, y a la biblioteca Brotherton de la Universidad de Leeds.

He consultado gran cantidad de libros que me han servido de ayuda, en especial *Surprised by Joy* y *The Four Loves* de C.S. Lewis y sus cartas recopiladas, así como la biografía de Lewis escrita por Roger Lancelyn Green y Walter Hooper. También *The Life of Joseph Wright,* por E.M. Wright (Oxford, 1932); *The Rise of English Studies* por D.J. Palmer (Oxford, 1965); *Tolkien Criticism: An Annotated Checklist,* por Richard C. West (Kent State University Press) y A *Guide to Middle Earth* por Robert Foster (Nueva York, 1974). Agradezco también a numerosos periodistas y comentaristas que han entrevistado a Tolkien, y cuyas entrevistas he consultado. Debo mencionar en particular las siguientes entrevistas: Keith Brace *(Birmingham Post,* 25 de mayo de 1968); Daphne Castell *(Glasgow Herald,* 6 de agosto de 1966, y *Christian Science Monitor,* u de agosto de 1966); William Cater *(Daily Express, 22* de noviembre de 1966, y *Sunday Times,* 2 de enero de 1972); Don Chapman "(Anthony Wood», *Oxford Mail,* 9 de febrero de 1968); Jhon Ezard *(Oxford Mail,* 3 de agosto de 1966); William Foster *(The Scotsman,* 25 de marzo de 1967); Denys Guerouk *(Now Read On,* BBC, Radio 4, 16 de diciembre de 1970); Philip Norman *(Sunday Times,* 15 de enero de 1967); Charlotte y Denis Plimmer *(Daily Telegraph Magazine,* 22 de marzo de 1968), y Richard Plotz *(Seventeen,* ,7 de enero de 1967).

Agregaré mi reconocimiento a los miembros de mi familia, quienes han leído el manuscrito de este libro formulando valiosas sugestiones, y en especial a mi esposa Mari Prichard, quien, además de ser una constante asesora, llevó a cabo la tarea vital de "decodificar" el diario en alfabetos inventados que Tolkien escribió entre 1919 *y* 1933.

Ya he mencionado a Christopher Tolkien; pero no puedo pasar por alto mi especial deuda con él. Como albacea literario de su padre ha debido hacer frente a la inmensa tarea de ordenar *El Silmarillion* para su publicación. En plena actividad, dedicó innumerables horas a ayudarme, y a proponer inapreciables sugerencias que han influido de manera considerable sobre la forma final de este libro. Además de esto, él mismo, su esposa Baillie y sus hijos Adam y Rachel me recibieron en su casa cinco días por semana casi durante ocho meses, mientras yo consultaba los muchos papeles y manuscritos que se encontraban en ese momento bajo su techo. Gracias por la invariable calidez con que me han acogido haciendo que mi tarea fuera un placer.

APÉNDICE D

Fotografías.



1.- Grupo de familia. Bloemfontein, noviembre de 1892.



2.- Sarehole Mill.



3. Ronald y Hilary Tolkien en mayo de 1905



4. Padre Francis Morgan (*cortesía de Birmingham Oratory*)

3.- Ronald y Hilary Tolkien en mayo de 1905.

4.- Padre Francis Morgan.



5. Edith Bratt en 1906, a los diecisiete años.



6. Roland Tolkien en 1911, a los diecinueve años.

5.- Edith Bratt en 1906, a los diecisiete años.

6.- Ronald Tolkien en 1911, a los diecinueve años.



7 y 8. Edith y Ronald Tolkien en 1916.



9. Grupo de familia en el jardín Northmoor Road c. 1936.

7.- Edith Tolkien en 1916.
8.- Ronald Tolkien en 1916.
9.- Grupo de familia en el jardín. Northmoor Road, 1936.



10.- Página manuscrita de *El Señor de los Anillos*.



11.- En el estudio de Merton Street, 1972.



12.- La última fotografía de Tolkien, junto a uno de sus árboles favoritos (Pinus Nigra) en el Jardín Botánico. Oxford, 9 de agosto de 1973.

GUERRA DEL ANILLO